



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS

**La frontera que vino del norte.
Prácticas de identidad,
formación nacional y resistencia
en la formación de la frontera
México - Estados Unidos:
La región de El Paso, 1900-1930**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO ACADÉMICO DE

Doctor en Antropología
Presenta

Carlos González Herrera

DIRECTOR DE TESIS
Dr. Rafael Antonio Pérez-Taylor Aldrete

MÉXICO, D.F. 2007



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Introducción	1
El arco temporal y la región	3
I. <i>Border, frontier</i> , frontera y tradiciones culturales nacionales	20
La frontera en la tradición cultural de los Estados Unidos	28
La frontera en la tradición cultural de México	34
II. La lenta construcción de la frontera con México	41
La inmigración asiática a los Estados Unidos y la frontera mexicana	42
Inmigrantes de oriente medio: un nuevo momento en la construcción de la frontera	51
Vigilancia de nacionalidades y cuerpos en la frontera mexicana	56
III. La frontera en la mira de nativistas, eugenistas y racistas	60
El nativismo racista estadounidense	60
La eugenesia y su discurso	62
Estado y eugenesia	64
Eugenesia en la frontera	66
IV. Medicalización de la frontera y la invención de México	70
Cordones sanitarios, frontera y nacionalidad	73
El Puente Santa Fe: Ellis Island del desierto	84
Los mártires del tifus	89
El ritual de desinfección	92
V. El enemigo indispensable: mercados de trabajo y controles migratorios	98
Bienvenido...¡lárgate!: La dualidad en la concepción sobre la presencia mexicana	111
La inmigración mexicana: Entre restricciones y excepciones	121
Atrapado sin salida. El inmigrante mexicano entre la Guerra Mundial, los intereses económicos y el movimiento obrero organizado	134
<i>"The Ugly Mexican"</i>	153
VI. Vacunas, pasaportes, Patrulla Fronteriza y cuotas: Se completa el aparato de vigilancia de la frontera con México	165
El nacimiento de la Patrulla Fronteriza	177
El sistema de cuotas por origen nacional	184
La frontera: zona de peligro	193
VII. La construcción de una sociedad anglo en la frontera. Los orígenes de la discriminación	197
La convivencia obligada: Anglos y mexicanos en la región de El Paso	197
Un modelo corporativo para control de los mexicanos	207
La elite angloamericana de El Paso	215
México revolucionario: Un vecino peligroso	223
El Paso: sueños de metrópoli y racialización de la ciudad	235
La racialización de la ciudad	239
VIII. La Revolución Mexicana y la construcción de un nacionalismo	

en el exilio	257
Mecanismos cotidianos de exclusión y segregación	262
Los diferentes grupos del exilio	270
Las diversas caras del nacionalismo mexicano en el exilio.	
El nacionalismo desde abajo y sin Estado	280
Nacionalismo popular contra la discriminación	294
Conclusiones	315
Anexos	329
Bibliografía y fuentes	340

Introducción

Hace algunos años me encontraba “haciendo puente” para cruzar el Río Bravo, una de las marcas físicas de la frontera internacional entre México y los Estados Unidos, y así salvar los pocos metros que separan a las ciudades de Juárez, en Chihuahua, y El Paso, en Texas. “Hacer puente”, como puede adivinarse, es una segunda acepción que los habitantes de la frontera norte de México damos a la colorida expresión. Se cruza hacia las ciudades estadounidenses de los estados de California, Arizona, Nuevo México y Texas por múltiples razones: trabajo, estudio, visitas sociales y familiares y, por supuesto, para encontrar alguna forma de gozo en los paraísos de consumo que se ofrecen al pasar al otro país.

Poco antes de someterme a la revisión migratoria de rutina, me descubrí realizando un ritual de apariencias para librar mejor el escrutinio al que iba a ser sometido: me enderecé en el asiento, ajusté el cinturón de seguridad, bajé los cristales de las ventanas y liberé los seguros de las puertas de mi automóvil; me quité los anteojos oscuros, preparé mi visa y deseé haber lavado el carro.

Me encontraba yo representando un auténtico ritual contemporáneo de relaciones de poder interiorizadas. El sencillo acontecimiento cotidiano de cruzar una línea divisoria internacional es un vivo ejemplo de la relación, abismalmente asimétrica, entre dos Estados-nación que asumen su vecindad con cargas históricas y memorias colectivas muy distintas.

Mientras que al atender a la experiencia de consolidación del Estado-nación estadounidense, que incluye toda la parafernalia

nacionalista e identitaria, encontraba una poderosa maquinaria montada desde fines del siglo XIX y principios del XX, para lograr una definición más precisa y vigilada de su frontera con México, como parte de su proceso de autoafirmación como nación-imperio; la contraparte mexicana no sólo se mostraba notoriamente débil, sino casi inexistente. Dos explicaciones tenía yo a la mano para dar respuesta a semejante disparidad: la primera la atribuía a un simple, pero angustiante, problema de falta de fuentes; la otra, de fondo mayor, hace referencia a la fuerza y coherencia con que los dos Estados-nación hicieron presentes sus proyectos en la zona fronteriza.

¿Cómo entendieron, asumieron y construyeron los Estados Unidos y México sus zonas fronterizas? De principio rechacé la idea de que hubiese bastado el simple trazado de una línea divisoria para que los grupos sociales que habitaban la región hubiesen aceptado de manera inmediata una nueva forma de organización, una tabla rasa a la compleja y vieja historia de relaciones y movimientos humanos. Había pues que lograr entender qué tipo de maquinaria cultural y de ingeniería social fue necesaria para que conceptos como soberanía, ciudadanía, Estado-nación, raza, nacional o extranjero se acreditaran como guía de la vida diaria de los habitantes de esta región que súbitamente, a partir de 1848, se había convertido en binacional.

Me propuse que la investigación para esta tesis la dedicaría a la forma en que los Estados Unidos entendieron, inventaron y construyeron una de sus dos fronteras continentales, la que da al sur con ese extraño país llamado México. Creo firmemente que lo que hoy tenemos como frontera México-Estados Unidos es el resultado de la sumatoria de acciones e iniciativas de poder del segundo y de la omisión permanente por parte del primero. “La frontera que vino del norte” es pues, algo más que un juego de palabras; intenta ser un recuento, que

yo creo no ha sido considerado con suficiencia, de prácticas socio-culturales que relacionan los procesos de construcción y consolidación de los Estados nacionales con aquellos dirigidos a dar forma e intención a sus fronteras comunes.

El arco temporal y la región

El arco temporal escogido para esta investigación (1900-1930) es particularmente interesante pues la construcción de la frontera moderna coincide con dos procesos diferentes para cada uno de los países. A los Estados Unidos lo encuentra en un momento clave en el proceso de afirmación de su poderío transnacional y la construcción de los límites físicos de su dominio imperial. En México, a este periodo lo cruzan varios eventos: Primero, el final de un régimen político de corte conservador que habiéndose empeñado en el fortalecimiento del Estado-nación, se opuso a cambios en la estructura social del país. Segundo, el estallido de una revolución y guerra civil que por diez años convulsionaría al país. Tercero, el surgimiento de un régimen posrevolucionario que impulsó una combinación de estado corporativo fuerte, movimientos de masas con cierta autonomía y un proyecto nacionalista de grandes alcances políticos, sociales, económicos y culturales.

Para los Estados Unidos la frontera se convirtió en un proceso de autoafirmación imperial con rasgos políticos, culturales, raciales, médico-científicos, económicos y militares. Para México la frontera, a pesar del origen norteamericano de los hombres fuertes del nuevo régimen, siguió siendo una región ajena, atípica y a la que en buena medida se le siguió viendo como el espacio que nos separaba y distanciaba del vecino poderoso. El vacío protector.

Desde los Estados Unidos, el puesto fronterizo de El Paso, Texas, se convirtió en un laboratorio para las afirmaciones de su carácter imperial y de un nacionalismo basado en la exclusión. Fue un espacio política y simbólicamente importante para terminar de afinar el dominio sobre la barbarie de la *frontier* con la finalidad de convertirlo en un lugar “políticamente correcto”: la *border*. Juárez-El Paso fue teatro de la mezcla de la política de Estado y las políticas populares por hacerle evidente a los mexicanos de ambos lados de la frontera, que ese punto era un resguardo de la civilización y la democracia occidentales, y de las que evidentemente ellos, no formaban parte.¹ Desde Juárez la ausencia de una política de Estado clara y continua, fue sustituida con otros elementos de gran importancia para la imaginación y construcción del espacio fronterizo mexicano.

Al emprender este estudio renuncié a la idea de un enfoque macro que siguiera la tradición de la historia diplomática o del análisis de las relaciones bilaterales; de igual manera decidí no pensar en enfocarme en un estudio general de toda la línea fronteriza entre los dos países. Pensé que la selección de un estudio de caso me permitiría la aproximación antropológica a un intento de pensar una historia cultural de esta zona fronteriza.

Esta antropología histórica de un escenario como el de El Paso-Juárez, me remitió a tratar de entender las prácticas concretas con las que una sociedad y, más particularmente, el Estado y sus agencias, elaboran la ruta para la construcción de una frontera, de un límite; en otras palabras, la forma en que codifican las diferencias y construyen la

¹ Shawn Lay, *War, Revolution, and the Ku Klux Klan: A Study of Intolerance in a Border City*, El Paso, Texas Western Press, 1985.

“otredad”. En una frontera, se tratan de afirmar los límites propios de una nación y procesar las diferencias que la separan de otra.

Los procedimientos para lograr lo anterior, nunca podrán ser suaves, sencillos ni espontáneos. Siempre implicarán dosis de violencia física y simbólica y de ejercicios de exclusión de unos seres humanos sobre otros. La construcción de esa “otredad” nacional no se ejecuta en el aire ni sobre la otra nación en general; el marco jurídico, los tratados internacionales y todo el cuerpo regulatorio que los Estados Unidos elaboraron para distinguir al *alien-otro-extraño* pueden ser entendidas por gobernantes y burócratas, incluso por ciertos segmentos “ilustrados” de las sociedades pero, y es un pero mayúsculo, son absolutamente inútiles cuando se trata de interiorizar la conciencia de los ciudadanos “de a pie”. La implantación de la frontera como el espacio para la construcción de la diferencia y para la legitimación de las prácticas excluyentes, requiere de mucho más: De escenografías y coreografías apropiadas para el despliegue del poder del Estado y de la sociedad dominante; de una tecnología de escrutinio y examen que permita clasificar y poner adjetivo -de etnicidad, género, nacionalidad, ciudadanía, cultura y posición económica- a hombres y mujeres que participan en la puesta en escena de la vida en frontera.

El suroeste estadounidense fue, todavía durante la primera mitad del siglo XIX, una región de identidades diferentes a la anglosajona: unas indígenas, despreciadas y semidestruidas por siglos de presencia europea y mestiza producida por la Nueva España y luego por el México independiente; otra hispánica, que por años pudo ufanarse de ser la cultura “civilizada” y dominante de estas regiones. El crecimiento y dominio arrollador que los anglosajones estadounidenses lograron de esta porción del territorio les demandó continuar la cruzada civilizatoria

que Turner había enunciado describiendo el avance hacia el oeste de los Estados Unidos.

Durante toda la segunda mitad del siglo XIX el Estado y una parte de la sociedad estadounidenses se empeñaron por convertir la región de una gran zona de difusas fronteras culturales (*frontier*), en un auténtico límite de su soberanía nacional-territorial e identidad étnico-cultural (*border*). Esa nueva frontera no podía ser ni construida y luego asegurada sólo con la presencia de fuerzas militares, cosa que por otro lado hubiese resultado más que imposible. La construcción de la frontera con México fue ejecutada sobre dos premisas: La primera exigía considerar al país del sur como una fuente, que consideraban inagotable, de fuerza de trabajo barata, no calificada y a la que cuando se necesitase se podía expulsar de nuevo hacia su país gracias a la contigüidad física. La segunda, resultó de una ejecución más compleja y siempre imperfecta; sin dejar de atraer a los mexicanos como fuerza de trabajo para asegurar la competitividad del suroeste en el concierto de la economía de los Estados Unidos, había que construir los escenarios, prácticas, instituciones de Estado y ambientes sociales que aseguraran su identificación como un *alien-otro-extraño* permanente.

El reto no era menor, fincar una frontera de porosidad dinámica adaptada a los grandes intereses de la economía regional pero que, al mismo tiempo, fuera inflexible en su afán de marcar las diferencias y de vigilar la seguridad de la nación y el Estado. Por ello esa frontera no podía ser vigilada en masa, indiscriminadamente y con la presencia masiva de ejércitos. Al arrancar el siglo XX, una carrera sorprendentemente rápida para sofisticar la vigilancia de la frontera fue iniciada. La frontera con México, no obstante sus notables características particulares, sería monitoreada y vigilada tomando las experiencias de los puertos marítimos que administraban los flujos de

inmigrantes a los Estados Unidos en Ellis Island, en Nueva York y en Angel Island en California, así como del conocimiento médico-científico acumulado en las grandes ciudades del este donde se concentraban los inmigrantes europeos, los cordones sanitarios contra las enfermedades transmisibles en Texas, Puerto Rico, Cuba y Filipinas. Ello exigía que las técnicas de vigilancia tuvieran una escala adecuada, ésta sería la del cuerpo humano.

La burocracia estadounidense que administró la frontera con México durante los años de este estudio, centró su vigilancia en los cuerpos de los mexicanos atendiendo a la doble premisa recién mencionada y por ello, fueron sujetos a una constante elaboración dicotómica: necesidad-rechazo, aceptación-contención, simpatía-antipatía, aprobación-discriminación, inclusión-exclusión. Para lograr sustentar legal y culturalmente esa elaboración dicotómica hubo de proveerse una lectura que permitiera ubicar los dos polos de valoración. El positivo señalaba al cuerpo mexicano como una oportunidad, fuerza de trabajo abundante, barata, hábil, dócil y aguantadora; el negativo confeccionó la idea del cuerpo mexicano como ajeno, no apto para las virtudes ciudadanas, incapaz de asimilación y como un reto para la salud pública estadounidense. A este juego de polos opuesto se dedica la mayor parte de esta tesis.

El ritual de “cruce” con el que inicié esta introducción no es, ni fue producto de coerciones abiertas aplicadas con lujo de violencia. Se trata, al decir de Foucault, de ejercicios de “coerción débil”, no por ello inefectiva. Desde siempre, el escrutinio en esta frontera fue un asunto cercano a la mecánica del sentido de la vista y de la percepción, se vigilan los movimientos, los gestos, las actitudes, la rapidez de respuesta, la apariencia. El paso por un puesto migratorio no es el ingreso a un convento, fábrica o ejército; tampoco supone formas de

esclavitud, servidumbre o vasallaje, ¡pero!, no debe haber duda, en las fronteras se elabora efectivamente una nueva forma de dominación del cuerpo: para ser explotado o para ser patologizado.

El sentimiento que me queda, al dar por terminada esta etapa del trabajo de entender la frontera, se acerca mucho a unas palabras luminosas de Foucault:

El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone. Una “anatomía política”, que es igualmente una “mecánica del poder”, está naciendo: define cómo se puede hacer presa en el cuerpo de los demás, no simplemente para que ellos hagan lo que se desea, sino para que operen como se quiere, con las técnicas, según la rapidez y la eficacia que se determina. La disciplina fabrica así [...] cuerpos dóciles.²

Los años de vida fronteriza a los que se dedica este trabajo tienen como novedad la aparición de un sistema articulado de vigilancia de los movimientos de sur a norte de personas; sistema que además de registrarlas y convertirlas en estadísticas, las clasifica y las nombra de acuerdo a un sistema múltiple de valores.³ Doy por entendido que la frontera entre los Estados Unidos y México entendida sólo como una línea imaginaria trazada en un mapa y reconocida como un hecho político y diplomático es mucho más antigua. Ese sistema de monitoreo sobre lo que cruzaba desde México exigió que el punto de cruce fronterizo en el que se instalaban las autoridades de las diferentes agencias del Estado, el Servicio de Inmigración y el Servicio de Salud

² *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI editores, 1999 (1ª edición 1976), p. 141-42.

³ La importancia de este tipo de registros consistía en que afirmaba la relación de supremacía respecto a México ofreciendo, vía las estadísticas, radiografías del país y de sus nacionales a los que lograba convertir en objeto de conocimiento y sujetos del poder. La integración de este corpus informativo representa una continuidad del viejo discurso colonial que las potencias europeas usaron para definir al “otro” e imponer su poder frente a culturas distintas.

Pública principalmente, se convirtiera en el teatro de los escrutinios y los exámenes para permitir o no la entrada a los Estados Unidos.

Las técnicas de reconocimiento de los cuerpos que cruzaban el puente internacional iniciaban por técnicas oculares que, frecuentemente, eran seguidas por otras de tipo verbal y físico. Cruzar bajo escrutinio tenía como objetivo ritualizar la conversión de la persona en un *alien-otro-extraño*. Si la Guerra de 1846-1848 y la firma de los tratados internacionales entre los dos países no habían convencido a los habitantes mexicanos de la región de que a partir del puente internacional se pasaba a otra soberanía nacional, los rituales cotidianos a los que se sometían cada vez que cruzaban “ese límite” lo harían.

La importancia de las inspecciones y su parafernalia reside en el hecho de ir internando en los cuerpos y mentes de las personas un nuevo sistema de identidades y de relaciones de poder. Pasar un ritual de inspección fronteriza es mucho más útil para entender la dominación de un país sobre otro, que la lectura de las diferencias en los productos internos brutos respectivos. Sostengo que durante las primeras décadas del siglo XX, la fuerza del Estado estadounidense creó esa frontera basándose en la imposición paulatina de una disciplina sobre los cuerpos de los mexicanos. Observar, preguntar, tocar, bañar, desinfectar y vacunar, son parte de un engarzamiento de técnicas que van sofisticándose y volviéndose más y más intrusivas y violentas.

La administración de la frontera con México se convirtió sin exageración en una “microfísica del poder”, mediante la cual México y los mexicanos eran “legal y científicamente” jerarquizados a través de

[...] una mirada normalizadora, una vigilancia que permite calificar, clasificar y castigar. Establece sobre los individuos una visibilidad a través de la cual se los

diferencia y se los sanciona. A esto se debe que, en todos los dispositivos de disciplina, el examen se halle altamente ritualizado. En él vienen a unirse la ceremonia del poder y la forma de la experiencia, el despliegue de la fuerza y el establecimiento de la verdad. En el corazón de los procedimientos de disciplina manifiesta el sometimiento de aquellos que se persiguen como objetos y la objetivación de aquellos que están sometidos. La superposición de las relaciones de poder y de las relaciones de saber adquiere en el examen toda su notoriedad visible.⁴

La administración del movimiento de personas entre dos puntos físicamente tan cercanos, Juárez y El Paso, permitió fincar la verdadera frontera entre las dos naciones al volver culturalmente comprensibles los límites y las asimetrías entre ambas. La sofisticación de los procesos de esa administración de cuerpos, identidades, espacios y movimientos es una clara relación de la intrínseca correspondencia que hay entre el conocimiento y el poder. Desde los escenarios coloniales del siglo XVI, hasta los poscoloniales de los siglos XIX y XX, la necesidad de definir al “otro” crean ese vínculo.

España, frente a la conmoción causada por el “surgimiento” de América, tuvo que inventar la manera de aproximarse

[...] a la novedad representada por América, el pensamiento europeo se hallaba ante la tarea de definir y delimitar lo nuevo para establecer un orden que eliminara la confusión e inseguridad que habían surgido. Nombrar, construir y acotar la nueva realidad: ésa fue la tarea de los teólogos y teóricos del Viejo Mundo frente al reto que había representado el descubrimiento de un mundo desconocido.⁵

Siglos después los poderes neocoloniales se enfrentaban, en uno de los *continuum* de angustia de la cultura occidental, a la necesidad de

⁴ *Ibidem*, p. 189.

⁵ Herbert Frey, *El “otro” en la Mirada. Europa frente al universo américo-indígena*, México, Universidad Autónoma de Quintana Roo/Miguel Ángel Porrúa, 2002, p. 102.

identificar y clasificar a los “otros” para poder ejercer su dominio a “plenitud”. El gran antropólogo Bernard Cohn en sus trabajos ha mostrado, con el ejemplo del régimen Raj en la India, que los dominios de modelo colonial tuvieron que crear sistemas de categorías para definir las identidades que permitirán trazar las líneas para la inclusión o la exclusión: los británicos y los indios en ese caso particular.⁶

En el siglo XIX, estos regímenes han sustituido a los teólogos por nuevos teóricos que, basados en la “ciencia”, se integrarán a las grandes burocracias coloniales y se ocuparán de dar sustento “objetivo” al saqueo de inmensas regiones del mundo no occidental en la India, África o en el Oriente: clasificando a los pueblos, “descubriendo” sus atributos, potenciales, debilidades, con la finalidad de “otorgarles” su lugar en el mundo; para ello, se crearon especialidades como los censos, los estudios prospectivos, las etnografías. Se levantaron registros de los movimientos, las transacciones, de las enfermedades y, con esa información, se confeccionarán estadísticas que facilitaron el disciplinar a los cuerpos a través del establecimiento de rutinas y la estandarización de prácticas cotidianas.

Durante la segunda mitad del siglo XIX los distintos sistemas imperiales impulsarán más y más la ampliación y especialización de la base científica de su sistema de dominación. Si bien es cierto que las ideas de estas operaciones de conocimiento-poder-dominación provienen, generalmente, de los estudios del comportamiento del colonialismo norte-europeo en Asia, África y el sub-continente Hindú, me parece que deben ser cotejadas con las formas de comportamiento de los Estados Unidos en América Latina y de manera muy prometedora

⁶ *An Anthropologist among the Historians and Other Essays*, Delhi, Oxford University Press, 1987 y “Beyond the Fringe: The Nation-State, Colonialism, and the Technologies of Power”, en *Journal of Historical Sociology* I: 224-229.

para el entendimiento de la región fronteriza con México. La ausencia de las relaciones entre los Estados Unidos con México y el resto de la América Latina del mundo de los estudios poscoloniales ha sido recientemente reconocida⁷ pero aún el camino es muy largo para comprender la riqueza que estas aproximaciones podrían aportar a una nueva etapa de la Antropología mexicana.

Por mucho tiempo, el enfoque tradicional que la academia mexicana ha hecho en la economía política, ha implicado el olvido de las dimensiones culturales de las mismas prácticas económicas que pretender explicar.⁸ Tampoco se trata de justificar los estudios culturales que moviéndose al otro polo han olvidado las prácticas económicas y sus complejas redes de implicaciones político-culturales y parecen esmerarse en desfragmentar la historia. Espero haber logrado en esta tesis mantener un balance adecuado evitando los excesos del economicismo y de los estudios culturales. Coincido con Fernando Coronil de que no hay razón para la polarización, y de que la crítica al modernismo debería llevar a una aproximación más crítica a la complejidad de la historia y no a la proliferación de “viñetas y cuentos desunidos”.⁹

Por ello mi interés no me llevó a seguir la línea de trabajo, tan sobrepoblada, que interpreta la frontera entre los dos países como un hecho “dado”, derivado de la simple premisa de la vecindad de una nación más poderosa que la otra, para luego elaborar sofisticados

⁷ Me refiero de manera particular al notable volumen editado por Gilbert M. Joseph, Catherine C. Legrand, and Ricardo D. Salvatore, editors, *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham-London, Duke University Press, 1988.

⁸ En ese sentido destaca por su novedad, apertura para los temas no indígenas, el libro de Manuel Gamio, *El migrante mexicano. La historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*, México, SEGOB/UC MEXUS/CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, editor. 2002.

⁹ Prólogo al libro de Joseph, Legrand y Salvatore, pp. XI-XII.

estudios basados en datos “duros” de la estadística y así argumentar que México está tan lejos de los Estados Unidos, que nunca lo podrá alcanzar. Me interesaba tomar otro rumbo y asumir una posición modesta de antropólogo que escoge un escenario en un tiempo dado y se prepara para hacer un estudio de caso.

Mi trabajo sobre la construcción-invencción de la frontera, desde el escenario del punto de cruce fronterizo de El Paso y Ciudad Juárez, está animado por la idea de que es posible hacer dialogar a la antropología mexicana con el trabajo académico de otras latitudes, pero que pueden encontrar escenarios históricos y vivencias humanas compartidas: los encuentros imperiales de manera preponderante. El movimiento en el puente internacional sobre el Río Bravo y entre estas dos poblaciones, que una vez fueron la misma, conlleva interacciones culturales entre actores locales y extranjeros; entre gente común con las instituciones del Estado; entre seres humanos que empiezan a usar la raza, la nacionalidad, la ciudadanía y el discurso de la superioridad de cierto *stock* genético sobre otro. Todo ello en condiciones de transformaciones históricas profundas, como las que vivieron ambos países entre 1900 y 1930.

Las descripciones e ideas que vendrán a continuación ubicarán este punto de la geografía binacional en un tiempo determinado y buscarán desdoblar las apariencias físicas en paisajes sociales en los que se sucedieron encuentros imperial-subalternos, fijados por ciertos modos de explotación de las riquezas de la naturaleza y del trabajo del hombre (el modelo económico del suroeste estadounidense). Intentarán explicar cómo esos paisajes, esos sujetos sociales y los espacios para su actuación y encuentro fueron constituidos por relaciones y discursos de nacionalidad, clase, etnicidad, cultura, religión y género. Estos paisajes, estas relaciones y estos discursos están alineados en eje con la

formación de la identidad nacional, la consolidación del Estado-nación-imperio estadounidense y dan, definitivamente, el carácter a la frontera con México.

El cruce fronterizo entre Juárez y El Paso es un mirador extraordinario pues es una “zona de contacto” donde no sólo se han producido choques entre culturas, historias, lenguas y religiones diferentes, sino que se han modelado desde el poder, los métodos para su clasificación y tratamiento.¹⁰

Otro de los argumentos que esta tesis sostiene se relaciona con el mundo de las migraciones. Los traslados de poblaciones, o partes de ellas, del lugar donde se considera están el hogar, la familia, lo propio; a sitios alejados física o culturalmente, han existido por muchísimos años. El siglo XIX llevó esa experiencia humana a proporciones nuevas. Durante sus últimas décadas y las primeras del XX la migraciones incluso redefinieron las antiguas relaciones metrópoli-colonia, centro-periferia, primer mundo-tercer mundo, por un aquí y allá que se había sobrepuesto a las distancias: las “zonas de contacto” entre esos mundos asimétricos dejaron de estar en la seguridad de los alejados espacios coloniales africanos, asiáticos o indostaníes.

Las corrientes migratorias de los últimos cien años son producto del desdoblamiento de las realidades coloniales, de la descomposición de los legados de siglos de colonialismo y dominios imperiales. La migración masiva y descontrolada pareciera ser la venganza no planeada “el tiro por la culata” del despotismo y falta de sensibilidad

¹⁰ La idea de “zonas de contacto” entre el centro y la periferia pero que ya no se encuentran en las áreas coloniales o periféricas ha sido desarrollada por Mary Louise Pratt en su *Imperial Eyes: Travel Writting and Transculturation*, London and New York, Routledge, 1992. Su uso está también en la obra de Ian Chambers, *Migración, cultura, identidad*, Buenos Aires, Amorrourtu editores, 1994.

metropolitanos. Esta migración, ya como producto del desanudado de los remedos de sociedad civil que se dejaron en las colonias o como continuación de proyectos de extracción de mano de obra de un país hacia otro (como en el caso de México y los Estados Unidos), mueven las “zonas de contacto” al traspaso de las potencias:

Cuando el “tercer mundo” no puede mantenerse ya en un remoto “allá” sino que empieza a aparecer “aquí”; cuando el choque entre culturas, historia, religiones y lenguas diferentes ya no ocurre en la periferia, [...] sino que irrumpe en el centro de nuestra vida cotidiana, en las ciudades y culturas del llamado “primer mundo o mundo desarrollado”.¹¹

La inmigración impactó de manera profunda la historia del XIX estadounidense pero no fue sino hasta finales de siglo que, con la aprobación de la Ley de Inmigración de 1891, la llegada de personas a ese país se convirtió en un “rito de pasaje” cada vez más definido por el conocimiento científico de especialistas en medicina, patología y salud pública:¹² “De Ellis Island a Angel Island, las manos, los ojos y los instrumentos de los funcionarios de salud pública pusieron bajo escrutinio la condición física de los futuros ciudadanos de la nación.”¹³

La frontera estadounidense con México fue primero, como se mostrará, un puerto de embarque para la importación, selección y distribución de miles y miles de trabajadores que apuntalaron el *boom* económico del suroeste; luego se pretendió que funcionara como un filtro de la inmigración clandestina de las razas y nacionalidades consideradas como riesgosas para la pureza racial de la nación. La

¹¹ Chambers, *op. cit.* p. 14.

¹² Un trabajo inspirador es el de Howard Markel, *Quarantine! East European Jewish Immigrants and the New York City Epidemics of 1892*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 1997.

¹³ Howard Markel and Alexandra Minna Stern, “Which Face? Whose Nation? Immigration, Public Health, and the Construction of Disease at America’s Port of and Borders, 1891-1928”, en *American Behavioral Scientist*, vol. 42, June/July 1999, pp. 1313-1330.

“otredad” de los mexicanos llevó más tiempo en ser elaborada, y no sería sino hasta la segunda década del siglo XX en que la violencia de la Revolución Mexicana y el trabajo de clasificación de los eugenistas y médicos, lograron acumular la evidencia suficiente como para considerar a los mexicanos o Méxicoamericanos como riesgos a la salud pública, a los mercados laborales y a la integridad genético racial de los Estados Unidos.

Los capítulos 2, 3, 4, 5 y 6 trazan el curso de esa transformación de la concepción de los mexicanos en la conciencia del Estado y la conciencia popular estadounidenses. Observaremos cómo durante la Era Progresiva además de que se revolucionó la comprensión de las etiologías de muchas enfermedades infecciosas, emergieron con fuerza teorías que se autonombraban de base “científica” relacionadas con la herencia y cómo los diferentes grupos humanos eran “portadores” de capacidades diferentes. Justamente cuando la vigilancia sobre los mexicanos que cruzaban la frontera se radicalizó, el papel de los servicios de salud pública y el racismo científico, apuntalados por la Eugenesia, llegaron al máximo de su influencia y poder, transformando la experiencia de los inmigrantes que pretendían entrar a los Estados Unidos.

Se podrá observar cómo estos sistemas de escrutinio migratorio funcionaron con tal oportunismo y cinismo, que no sorprenderá que aún con todo el discurso sanitarista, y a pesar de las voces oficiales y científicas de alarma sobre el peligro infeccioso que representaban los migrantes mexicanos, el número de estos ciudadanos que fueron retenidos, descalificados o rechazados en las fronteras por motivos estrictamente de salud fueron mínimos. Ello se debió, además de las presiones por exenciones promovidas por los grandes empleadores de mano de obra mexicana, a que ese complicadísimo sistema de

observación, examen y clasificación que montaron el United States Public Health Service (USPHS) y el United States Immigration Service tenía el gran objetivo de definir al *alien-otro-extraño*, para poder definir la frontera. Como veremos, más importante que la salud, fueron vitales las evidencias visuales de pobreza, de aspecto criminal o inmoral, de debilidad mental o, sencillamente, la sospecha de ser agente de ideas políticas subversivas de tufillo comunista, anarquista o sindicalistas; aspectos todos inconvenientes para la forja del rostro de la nación-imperio.¹⁴

No tengo duda de que las elaboraciones sobre México y lo mexicano, tanto como mano de obra o como riesgo de salud, son una clara expresión de la racionalidad occidental y de la burguesa en particular, impedida de otorgar el estatus de racionalidad a ese amplio horizonte de “otros” que en diferentes momentos ha enfrentado, controlado o destruido: indios, negros, mexicanos, mujeres, locos, campesinos, trabajadores. En palabras de Guy Rozat:

El nuevo *anthropos*, *Homo economicus*, encuentra su propio motor en sí mismo y en el intercambio generalizado.

Así, sólo es poseedor de racionalidad verdadera el hombre blanco, varón, burgués, dueño de medios de producción, amo de la vida y de la muerte sobre este planeta. Es ese *anthropos* fundamentalmente etnocentrista y racista, nacido de las “luces burguesas”, que impregnan aún totalmente nuestra vida cotidiana y, a *fortiori*, el objeto de investigación de las “ciencias humanas”.¹⁵

¹⁴ Señalan Markel y Stern: “At a time when epidemics were on decline, many public health officials became concerned less with diseases such as cholera, typhoid, and plague and more interested in identifying more ambiguous conditions and syndromes such as feeble-mindedness, constitutional psychopathic inferiority, and poor physique. The three physicians who occupied the position of Surgeon General during the Progressive Era reflected this trend and often voiced their anxieties and opinions about what “face” the nation should have and who should comprise the body politic”. *Op. cit.*, p. 1315.

¹⁵ *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México, Universidad Veracruzana/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/INAH, 2002, p.31.

Los últimos dos capítulos concentran la mirada en la forma en que la población mexicana asentada en la ciudad de El Paso respondió, rechazó o se adaptó a esa cultura de discriminación construida, sobre todo, durante el último tercio del siglo XIX. Demográficamente la región estuvo poblada por una mayoría de mestizos mexicanos pero, a partir de 1870, la presencia de población angloamericana se volvió no sólo importante sino mayoritaria hacia fines del siglo XIX y durante los primeros años del siglo entrante. Esos vaivenes de la composición étnico-nacional de la población local obligaron a patrones de convivencia social que se fueron adaptando a la realidad de una presencia anglo minoritaria a la de su predominio en todos los campos de la vida regional.

Comparada con otras zonas del estado de Texas y del sur y suroeste estadounidenses, la región de El Paso mostró un comportamiento notoriamente tolerante hacia las poblaciones de origen no anglo. Ello no implicó, sin embargo, que la cultura de discriminación no se hubiera hecho presente; tal como se plantea en el capítulo 7, si la sociedad *paseña* se comportó de manera tolerante e incluyente, lo fue por la presencia no sólo mayoritaria de los mexicanos, sino porque además detentaban buena parte del poder político y económico. Como se explicará, la guerra mexicano-estadounidense entre 1846-1848, la pérdida de los territorios del norte, los resultados de la guerra de secesión de los Estados Unidos 1861-1865 y luego la notable ausencia física y espiritual del Estado mexicano, favorecieron el paulatino pero incontenible ascenso de los grupos anglos a la cima de la vida social, política y económica de El Paso.

La elite *paseña* tejió una complicada red de solidaridades, protecciones y subordinaciones que le permitió explotar el potencial económico y político-electoral de la población mexicana de El Paso, en un verdadero modelo de control corporativo. Esa sujeción de los mexicanos *paseños* tuvo como eje la recomposición urbano-espacial de la ciudad basada en criterios de tipo racial, cultural y económico.

El último capítulo insiste en el papel importantísimo que la Revolución Mexicana tuvo en reorientar el posicionamiento político y cultural de los diversos sectores de la sociedad mexicana que vivía en El Paso, pero que se puede hacer extensivo a otras muchas ciudades de características similares. Como podrá verse, prácticamente todas las facetas de la vida diaria mexicana en El Paso, experimentaron una transformación a partir del movimiento revolucionario. Tanto si se trataba de población refugiada por la violencia, exiliada por la política, o simplemente inmigrada por razones económicas, su posicionamiento frente a su propio país de origen, como frente a el que los recibía fue reagrupado y fortalecido por los elementos de un intenso nacionalismo.

Un nacionalismo que les permitía dar la cara y discutir el devenir político de México y así sentar las bases para su eventual y casi siempre deseado regreso, pero que también sirvió como arsenal de armas y herramientas para hacer frente a una cultura que los excluía y los discriminaba aún tratándose de mexicanos de las burguesías porfirista, maderista o delahuertista. Ese nacionalismo tendría expresiones de carácter elitista, pero también de orientación claramente popular. En ambos casos, se comparte una mecánica: son producidos de abajo hacia arriba, no son nacionalismos oficiales ni de Estado.

Sirvan las líneas anteriores para lograr ubicar el contexto de ideas y preocupaciones que me llevaron a plantear este tema como uno

pertinente para hacer dialogar a la antropología con la historia; a los fenómenos macro con un estudio de caso. Con limitaciones claras que asumo, quise pensarme como un antropólogo mexicano mirando hacia fuera y reflexionando sobre un tema de humana universalidad. Terminó reconociendo el apoyo y el marco de libertad que crearon para mí el programa de doctorado del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM y muy particularmente mi comité doctoral integrado por los doctores Rafael Pérez Taylor, Ricardo Melgar Bao y Hernán Salas Quintanal.

I. *Border, frontier, frontera* y tradiciones culturales nacionales.

Para cuando México había alcanzado su independencia, en los Estados Unidos ya se empezaban a tomar las iniciativas no sólo para defender sus fronteras, sino para expandirlas. Los caminos evidentes para hacerlo veían hacia el oeste; como nación iniciaban su primer gran acción de conquista. Contra la ingenua y ambivalente idea de que esa conquista sería sobre los elementos de la naturaleza, el proceso evidentemente alteró, hondamente, la vida de grupos humanos. La conquista del oeste, afectó tanto a conquistadores como a conquistados, de igual manera que la esclavitud afectó a los blancos dueños de esclavos como a los negros sometidos a esclavitud.

La conquista del oeste y la esclavitud en el sur de los Estados Unidos, son las dos marcas distintivas de la historia de ese país durante el siglo XIX. Pero, nos dice Patricia Nelson Limerick,¹⁶ mientras la esclavitud en la conciencia colectiva de los estadounidenses es un asunto de gran seriedad, el legado de la expansión hacia el oeste no. Los historiadores del sur colocaron la esclavitud, las relaciones entre blancos y negros, la Guerra Civil y el futuro de la población negra después de ésta, como elementos centrales de la historia nacional estadounidense. La academia de ese país ha reconocido, dentro y fuera de las aulas universitarias, a la sociedad esclavista, a la Guerra Civil y al periodo de la Reconstrucción como parte de los *curricula* en la formación de los historiadores profesionales y en la enseñanza de la historia.

¹⁶ *The Legacy of Conquest. The Unbroken Past of the American West*, New York-London, W.W. Norton & Company, 1987, pp. 18-19.

La conquista del oeste, la expansión de la frontera americana, tuvo otro destino en la memoria nacional y en el imaginario popular. Este proceso tuvo una suerte de disolución y simplificación hasta la aparición de la nueva historia del oeste americano de la que Limerick es una de sus pilares. El drama humano que significó la esclavitud, fue resuelto con un juego de estereotipos de novela de aventuras: valientes y nobles pioneros, con un sentido, quizá inconsciente, de destino manifiesto se embarcaban en riesgosas y sacrificadas caravanas-cruzadas hacia el oeste del Río Misisipi. En su peregrinaje pionero se llegarían a enfrentar a los pueblos nativos, a quienes en esa imagen idílica también se otorgaría nobleza de espíritu. En ese enfrentamiento de dos tipos diferentes de nobleza, se daría la competencia por aquellas tierras salvajes e inexploradas. Predominó así la visión de que dichas tierras no pertenecían a nadie y que en la lucha por las mismas triunfó el más apto, el que más las merecía. La realidad de la conquista, invasión y despojo territorial -que llevó en la práctica al etnocidio-, fue sustituida por esa gran invención nacional de un territorio virgen y vacío que se había colonizado gracias al arrojo, el espíritu pionero y la visión de futuro de hombres blancos. Por ello le ha sido tan sencillo a la cultura popular estadounidense: pinturas, novelas, cine y televisión presentar al teatro del oeste con una enorme banalidad que evade los problemas reales del pasado y desconecta esa conflictividad social con las crisis del presente, palabras de Patricia Nelson Limenck: “El asunto de la esclavitud fue del dominio de académicos de gran seriedad y fue motivo de una sobria reflexión nacional: el asunto de la conquista del oeste fue del dominio de la industria del entretenimiento y ocasión para alegre escapismo nacional. Un signo de arrepentimiento por “lo que hicimos a los indios” ha entrado a la escena pero el rasgo dominante de

la conquista sigue siendo el de la aventura. Los niños juegan felices a “vaqueros e indios”, nunca a amos y esclavos.¹⁷

Lo anterior no significa que relevantes miembros de la academia estadounidense se ocuparon del oeste y su proceso de conquista. La primera etapa del expansionismo de ese país se experimentó en los territorios adyacentes al propio: la incorporación de la República de Texas, las adquisiciones de Luisiana. La guerra con México (1846-1848) prácticamente creó el futuro suroeste del país. Así pues, el oeste americano tiene momentos estelares cuando se narra la historia del expansionismo nacional. Sin embargo, ese proceso de banalización retoma fuerza cuando el proceso de conquista termina, al momento en que la expansión se topa con el Océano Pacífico y esa inmensa franja territorial que conocemos como el oeste es llenada por la presencia de la cultura de sociedad blanca estadounidense. No es pues arriesgado afirmar que la mirada histórica profunda y crítica ha sido un inquilino de estancias cortas en los intentos por aprender y entender el “salvaje oeste”.

De hecho tanto la versión académica como la popular del significado de la expansión de la presencia estadounidense hacia el oeste tienen en común narrativas idealizadas y plagadas de propuestas ideológicas tendientes a congelar realidades creando estereotipos. El poder de influencia de ambas visiones ha sido enorme al modelar la cultura estadounidense moderna y contemporánea. En lo que toca a la historia del oeste americano, la figura señera es la de Frederick Jackson Turner quien en 1893 presentó un breve ensayo “El significado de la frontera en la historia americana”. Turner, fue un académico cuyo entusiasmo, espíritu innovador y narrativa vigorosa le granjeó grandes

¹⁷ *Ídem*, p. 19.

simpatías y respeto intelectual. La historia del oeste encontró entonces un nuevo sinónimo: la expansión de la frontera.

En su ensayo, Turner propuso la retadora idea de que la sustancia de que estaba formada la historia americana se encontraba, en su estado más puro, en los límites geográficos de la sociedad protagónica de esa historia. La línea limítrofe a la que se refería, era la frontera occidental que durante casi todo el siglo XIX había estado en permanente movimiento. En ese espacio cambiante se reproducía constantemente el “genio” creador de la nación, lo que le permitía un rejuvenecimiento permanente de sus instituciones. Mientras en el este, decía Turner:

... vemos el habitual fenómeno de la evolución de instituciones en una zona limitada, [en el oeste] observamos una repetición del proceso de evolución en cada zona occidental alcanzada por el proceso de expansión. Así pues, el desarrollo norteamericano no ha representado un mero adelanto a lo largo de una línea única, sino a un retorno a condiciones primitivas en una línea fronteriza continuamente en movimiento de avance, con un nuevo desarrollo zonal. El desarrollo social norteamericano ha recommenzado continuamente en la frontera. Ese renacimiento perenne, esa fluidez de la vida norteamericana, esa expansión hacia el Oeste con sus nuevas oportunidades y su contacto ininterrumpido con la simplicidad de la sociedad primitiva, proporcionan las fuerzas que dominan la idiosincrasia norteamericana. La verdadera mira en la historia de esta Nación no es la costa atlántica, sino el Gran Oeste.¹⁸

El oeste como frontera, tuvo un significado equivalente al del septentrión colonial novohispano, un escenario para el encuentro dramático entre la civilización y la barbarie. Pero a diferencia del caso mexicano, ese lugar no se consideró como excéntrico o periférico, sino

¹⁸ Frederick Jackson Turner, “El significado de la frontera en la historia Americana”, en *Estados Unidos de América. Documentos de su historia socioeconómica*, Silvia Núñez García compiladora, México, Instituto Mora, 1988 v.3, p. 346.

como el espacio central privilegiado para reafirmar la cultura americana, mientras más hacia el oeste se viajaba, los valores primigenios se volvían más puros en lugar de diluirse: “Al moverse hacia el Oeste, la frontera se vuelve cada vez más norteamericana.”¹⁹ La desaparición de un oeste continental que pudiera seguirse conquistando, debió limitar también la narrativa de la frontera como la incubadora permanente del espíritu americano, pero el discurso *turneriano* se encargó de asegurarle futuro a su papel seminal para la historia de los Estados Unidos ya que todos aquellos puntos de la geografía que habían servido como lugares para el relanzamiento del camino al oeste, seguían conservando la frescura del espíritu y las instituciones norteamericanas que eran un testimonio vivo del rechazo a los moldes viejos y anquilosados:

El inflexible medio ambiente norteamericano está allí, con sus imperiosas incitaciones a que se acepten sus condiciones; también están allí los hábitos heredados en cuanto a la forma de hacer las cosas; y sin embargo, a pesar del medio ambiente, a pesar de la costumbre, cada frontera proporcionó ciertamente un nuevo campo de oportunidad, una puerta de escape a la esclavitud del pasado; y la frontera se ha visto acompañada por una frescura, una confianza y un desprecio por la vieja sociedad, junto con una impaciencia ante sus imposiciones e ideas en indiferencia ante sus enseñanzas.²⁰

A punto de iniciarse el siglo XX, reconocía Turner con optimismo, la desaparición física de la frontera cerraba el primer periodo de la historia norteamericana. Pero la nación debería reconocer en ella, un papel similar al que el Mediterráneo había tenido para la cultura griega.²¹

La frontera era tierra de pioneros y los pioneros en el discurso *turneriano* estaban determinados por elementos nacionalistas, de raza y

¹⁹ *Ibidem*, p. 347.

²⁰ *Ibidem*, p. 373.

²¹ *Ibidem*, p. 374.

de género; el pionero era pues de habla inglesa, anglosajón y hombre, desenvolviéndose en un medio rural de espectacular y ruda belleza. Los indios, los hispanos, los asiáticos e incluso los francocanadienses eran, dice Limerick, en el mejor de los casos actores de reparto. De la mujer ni hablar, prácticamente invisible.²² A pesar de tan evidentes omisiones, la visión de frontera de Frederick Jackson Turner pareció haber quedado grabada en piedra pues gozó de enorme popularidad y respeto dentro y fuera de la academia. Empezando por el hecho de que su propuesta estaba presentada con las credenciales de la historia profesional: definiciones, conceptos, utilización de material estadístico (el Censo de Población de 1890) y de archivos locales; incluso la propuesta de una periodización que incorporaba a los Estados Unidos en la historia de la civilización occidental y su presencia en el nuevo continente: la frontera concluía cuatro siglos después de iniciada la expedición de Cristóbal Colón. Pero también por la capacidad que la narrativa de Turner tuvo, para generar entusiasmo y apego casi devoto de muchos sectores de la vida cultural y política estadounidenses. Dos presidentes, Woodrow Wilson y Theodore Roosevelt formaron parte del público seguidor de Turner.²³

La tesis sobre la frontera de Turner siguió gozando de un prestigio casi incontestado por décadas. Richard Etulaine, otro de los fundadores de la nueva historia del oeste americano, advierte que aún pasados 40 años de aparecido el ensayo de Turner, las críticas que se le hacían estaban llenas de cautela. En 1933 Frederic Paxson, autor de la primera síntesis histórica sobre la frontera, seguía dejando en claro que las ideas de Turner seguían siendo válidas aunque aceptaba que sus propuestas

²² *Op.cit.* p. 21.

²³ Kerwin Lee Klein, *Frontiers of Historical Imagination. Narrating the European Conquest of Native America, 1890-1990*, Berkeley, University of California Press, 1997, p.20.

no habían sido examinadas con evidencia empírica.²⁴ Pero como quedó dicho, la fuerza de las ideas de este historiador debe buscarse lejos de su capacidad para lidiar con los problemas pasados y presentes de la región a la que dedicó su ensayo. La complejidad de una historia de la frontera que incluya las relaciones entre diversos grupos étnicos y nacionales, que incluya la perspectiva de género o incluso que se desenvuelva en un escenario distinto al *wilderness turneriano*, una ciudad o un medio industrial por ejemplo, no sólo desborda al modelo, se encuentra en otro eje de reflexión.²⁵

Recuerdo aquí la coincidencia de consejos de tres historiógrafos: el recuento de los eventos históricos que llegan a nosotros, lo hacen en forma de narrativas o discursos. Ninguno de estos eventos ocurrieron u ocurren en una forma narrativa, pueden en el mejor de los casos ser sus reflejos más o menos nítidos, pero nunca los eventos mismos. Por eso las narrativas históricas no pueden corresponder a sus objetos, el intento de explicarlos ya los ha transformado.²⁶ Patricia Limerick parece no alejarse mucho de esta plataforma de entendimiento: la idea de la frontera vale la pena estudiarse como un artificio de creación histórica.

La llegada del siglo XX convirtió la tesis de la frontera en un anacronismo que retrazó el surgimiento de nuevas ideas que produjesen una nueva historiografía. El propio Turner fue víctima de la petrificación de su tesis de 1893 pues era prácticamente imposible explicar el rápido

²⁴ Richard W. Etulain, *Writing Western History: Essays on Major Western Historians*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1991. En especial el capítulo, "After Turner: The Western Historiography of Frederic Paxson".

²⁵ Limerick, *op.cit.* p. 21. La propia Limerick da una de las pistas por las que la tesis de la frontera tuvo tal fuerza en la historiografía del oeste americano: Mientras que los historiadores de la época colonial tenían en 1776 una marca para su periodización, los historiadores del sur o de la Guerra Civil la tenían en 1865; los historiadores de la frontera no tenían una marca de tal precisión. Turner les creó una: 1893.

²⁶ De los dos primeros los consejos llegaron en forma de lecturas: Haden White y Michel DeCerteau. El tercero corresponde a un maestro permanente, Guy Rozat.

crecimiento económico del suroeste y la región fronteriza con México en aquellos términos. Como un método de investigación histórica, la tesis de la frontera se volvió inútil, pues no hacía sino resaltar una ruptura difícil de explicar entre el mundo rural y el rápido surgimiento de una economía urbano industrial evidente en todos los estados del oeste americano, incluidos California, Arizona, Nuevo México y Texas que explicaban su vigor económico gracias a su conveniente vecindad con México y su abundante oferta de mano de obra barata. Pero aun así, la sombra de la tesis de la frontera ha continuado nublando muchas percepciones, dentro y fuera del mundo de la academia: paradójicamente, la gran limitante de la tesis al no tener las herramientas para explicar el oeste americano y su región fronteriza en las condiciones del siglo XX, se ha convertido en una forma de ver la historia americana: la falta de continuidad entre la expansión territorial estadounidense hacia el oeste del Misisipi durante el siglo XIX y la historia del oeste americano durante todo el siglo XX hasta nuestros días.²⁷ Desligar ese continuo histórico permite proponer como novedades las inconformidades de los pueblos indios, los graves problemas de asimilación de las poblaciones inmigrantes, el papel que los braceros mexicanos han jugado y juegan en la competitividad de la economía del suroeste, o los programas para la internación temporal de trabajadores mexicanos de baja calificación para realizar las labores físicamente más arduas.²⁸

La frontera en la tradición cultural de los Estados Unidos.

²⁷ Hasta hace pocos años, los cursos de “Western American History” en las universidades de los Estados Unidos llegaban hasta fines del siglo XIX o acaso hasta la Primera Guerra Mundial.

²⁸ El plan de trabajadores mexicanos temporales propuesto por el presidente George W. Bush a inicios del 2004, tiene asombrosa semejanza –como se verá más adelante- con otras iniciativas puestas en marcha durante los años de la Primera Guerra Mundial y luego durante la década de los veinte.

La frontera en la tradición cultural estadounidense juega un papel de una magnitud que se agiganta al contemplar la influencia de este fenómeno en la tradición mexicana. Comencemos con el hecho de que en inglés se puede acudir a las palabras *frontier* y *border* para diferenciar, además de sutilezas conceptuales y de lenguaje, procesos históricos de naturaleza diferente. Los discursos históricos estadounidenses –el académico, el político y el popular– para contar y explicar el siglo XIX son impensables sin el protagonismo de la frontera-*frontier*; de hecho, el sustento ideológico de la frontera sigue teniendo un peso formidable en la ideología popular y del Estado: a la hora de enfrentar a sus adversarios, la dicotomía civilización/barbarie sigue operando como justificación suficiente para crear sustento histórico-moral que no sólo permita sino obligue a los Estados Unidos a actuar como guardián universal de la civilización occidental.

La literatura –histórica, memorias, diarios de viaje, diarios militares, novelas, periodística– producida durante el siglo XIX en los Estados Unidos acerca de “su frontera”, es de una abundancia prodigiosa. Sin embargo no es sino hasta fines de ese siglo que la *frontier history* y la historia del *american west* se elevarían a la cima del mundo académico y del pensamiento político estadounidenses. En 1893, Frederick Jackson Turner lanzó su hipótesis sobre la frontera en su célebre ensayo “*The Significance of the Frontier in American History*”,²⁹ creando una auténtica revolución en la manera en que los Estados Unidos se veían a sí mismos, alimentando, particularmente, su autoconciencia como el imperio del bien.

²⁹ Aparecido primero en los *State Historical Society of Wisconsin Proceedings* de 1893 y reimpresos en *The Early Writings of Frederick Jackson Turner*, Madison, University of Wisconsin Press, 1938. Una buena manera de acercarse a la obra de Turner es el inspirador libro de Kerwin Lee Klein, *Frontiers of Historical Imagination. Narrating European Conquest of Native America, 1890-1990*, Berkeley, University of California Press, 1997.

Se podría decir que Turner concluye medio siglo de un intenso trabajo de invención y construcción de un concepto de frontera que acomodara al Destino Manifiesto de la joven nación. En efecto, desde la independencia de las Trece Colonias y hasta poco antes de mediar el siglo XIX, para los estadounidenses la idea de frontera era muy similar a la que tenían las naciones europeas: una línea que demarca los límites de las naciones. Había una tácita aceptación de que los pueblos indios al oeste del territorio que ocupaban las Trece Colonias constituían naciones, tal como España lo hacía con Francia o con Portugal. No obstante, esta situación habría de cambiar dramáticamente por la concatenación de una serie de acontecimientos: La independencia y pronta anexión de Texas, la compra de la Luisiana y de Alaska, la guerra con México cuya victoria significó una inmensa ganancia territorial, *el Gold Rush* o fiebre del oro en California. De súbito, la **frontera-border** que separaba a los Estados Unidos de las naciones indias con sus territorios, se convirtió en una **frontera-frontier** que separaba a la civilización de la barbarie, al orden de las poblaciones asentadas del desorden de pueblos itinerantes. La gran diferencia entre la frontera de los Estados Unidos con aquellas de Europa –señaló Turner- residía en que a diferencia de las densas poblaciones y los paisajes fortificados, en “América” existía la división entre la “tierra de nadie” y los pioneros esperando reclamarla.

El *American West* fue en efecto el lugar donde se encontraron europeos y nativos y, aunque tradicionalmente el oeste se entiende en el sentido geográfico –oeste del río Misisipi-, en realidad el concepto jala consigo la idea occidental del oeste: donde las civilizaciones históricas se encuentran con la barbarie no histórica. La historia de la **frontera-frontier**, fue una manera efectiva de poner a los Estados Unidos en un lugar de privilegio en el curso de la historia.

La influencia *turneriana* en la manera en que se concibió a la frontera desde la tradición estadounidense fue no sólo profunda sino de largo aliento y sin parangón ninguno en la mexicana. Durante las siguientes décadas, el significado de frontera de Turner empezó a multiplicar sus sinónimos: “el oeste”, “el límite de la tierra libre”, “la línea de la más efectiva y rápida americanización”, “la evidencia que registra la energía expansiva de los pioneros que empujan la línea divisoria”, “una región migrante”, “el límite de lo asentado”, o “una forma de sociedad más que un área o región”.

Además, Turner completó el concepto de frontera para adaptarlo aún más a las condiciones modernas de la nación-imperio al señalar que el efecto más importante de la frontera había sido la promoción de la democracia. En una explosión de optimismo decía que la frontera era productora de hombres individualistas que al tener que enfrentar un medio hostil y salvaje, transformaban las complejidades de la sociedad en una organización primitiva basada en la familia con ciertas tendencias antisociales e igualitarias que producían una antipatía natural hacia el control y particularmente hacia cualquier forma de centralismo. El individualismo fronterizo –continúa Turner- había sido desde siempre un auténtico promotor de la democracia.

Uno podría pensar que la profesionalización de las ciencias sociales y las humanidades pronto desearían el despliegue discursivo de Turner sobre la frontera y la historia de los Estados Unidos. No fue así, pero no solamente porque hubiera sido un miembro prominente de la academia estadounidense que logró una importante lealtad entre sus colegas, sino porque este autor logró crear y alimentar un estado de ánimo y emocional dentro y fuera de las instituciones educativas, desde donde se defendieron los elementos poéticos de sus ensayos proponiendo la idea de que sus tesis eran una herramienta de

interpretación más que una teoría. Pero sus ideas fueron más allá; al idealizarse e ideologizarse las características del oeste y de la frontera, se volvieron metafísicas: mientras avanzaran los asentamientos americanos hacia el occidente, el desarrollo americano estaba asegurado. La frontera y sus características políticas y rasgos culturales eran el motor del desarrollo de los Estados Unidos.

Un análisis riguroso de los planteamientos *turnerianos* logra demostrar que no sólo son provincianos y emocionales, sino ilógicos y atrapados en confusiones y contradicciones. Sus ideas tienen cimientos históricos vagos, aunque quizá presentados con belleza poética. Turner hizo un intercambio fácil pero dudoso, en lugar del rigor de las pruebas él ofreció la épica y la leyenda de la *Great Frontier*, llenándola de simbolismos y emociones patrióticas y de mitos y romance nacionalista. Al introducir en su definición de *frontier* -y en toda su interpretación- un cuerpo de valores morales y significados sociales, Turner hizo un uso instrumental del nacionalismo y de la nación, y colocó a la frontera como elemento imaginario definitorio del pasado y el devenir de los Estados Unidos.³⁰

En otro momento, esta investigación pondrá atención no sólo en el seguimiento de los efectos del *turnerismo* en la literatura sobre la frontera producida en los Estados Unidos, sino sobre todo en las posibles repercusiones en las formas concretas en que la frontera con

³⁰ Utilizo el carácter instrumental y el adjetivo imaginario tal como lo han hecho los estudiosos del surgimiento de las naciones y los nacionalismos. Me ha resultado particularmente útil la lectura de la célebre conferencia dictada en La Sorbone en 1882 por Ernest Renan, *Qu'est ce que c'est une nation?* Su versión al inglés "Why is a Nation?" en Geoff Eley y Ronald Grigor Suny editors, *Becoming National*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1995, pp.42-56. Eric J. Hobsbawm, *Nations and Nationalism Since 1780*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990. Liah Greenfeld, *Nationalism. Five Roads to Modernity*, Cambridge-London, Cambridge University Press, 1992. Benedict Anderson, *Imagined Communities*, London-New York, VERSO, 1992 (1ª. Reimpresión). Tom Nairn, *Faces of Nationalism. Janus Revisited*, London-New York, VERSO, 1997.

México fue imaginada y construida. Nos detendremos a examinar cómo ese discurso poético sobre la frontera se usa para encubrir el afianzamiento de la nación-imperio³¹ y en qué forma toda esa imaginería académico-popular tiene expresiones muy violentas:

1. En expresiones de racismo de Estado y oficial a través de la eugenesia y la medicalización de los puestos fronterizos.
2. La aparición del pensamiento nativista que se hizo presente en diversos sectores de la población anglo del suroeste: la prensa y sectores populares tales como el movimiento obrero organizado.
3. En la militarización de la frontera a través de los *Texas Rangers* y luego de la *Border Patrol*.

Ciertamente la literatura producida desde las ciencias sociales y las humanidades sobre de la frontera no se agota en Frederick Jackson Turner ni en la escuela *turneriana*. Desde hace un par de décadas, antropólogos, historiadores e incluso investigadores desde el campo de la crítica literaria, han iniciado muy serios esfuerzos por cambiar el carácter marcadamente ideológico de los estudios sobre la frontera y el American West. De hecho desde los años cuarenta se realizaron críticas a la hipótesis fronteriza de Turner. George W. Pierson³² acusó a Turner de explotar los sentimientos del público estadounidense que con gusto aceptaba sus explicaciones sobre el carácter único de su país. Con Turner –decía Pierson- la palabra frontera se ha convertido en una caja de Pandora llena de problemas para los historiadores.

³¹ Sobre este tema se puede consultar el espléndido volumen reunido por Amy Kaplan y Donald E. Pease (editores), *Cultures of United States Imperialism*, Durham-London, Duke University Press, 1993. También Gilbert M. Joseph, Catherine C. Legrand y Ricardo D. Salvatore (editores), *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relation*, Durham.London, Duke University Press, 1998.

³² "The Frontier and Frontiersmen of Turner's Essays" en *Pennsylvania Magazine of Biography and History*, N.64, oct. 1940, citado en Klein, *op. cit.*, pp. 22-23.

Más recientemente desde el campo de la filosofía, John J. Juricek señaló que Turner había trabajado el lenguaje histórico de manera que su propuesta armonizara muy bien con las creencias de sus lectores, sobre todo con las de aquellos que tenían una fe notable en la excepcionalidad de los Estados Unidos.³³ En las pasadas dos décadas, los estudios de la frontera han sido incluidos en perspectivas teóricas³⁴ mucho más amplias y en combinación con otros elementos como la identidad, el género, el nacionalismo y el propio estudio de los procesos de construcción de lo nacional (nation-building)³⁵

La frontera en la tradición cultural de México.

Aunque tal como señalé, en la continuación de esa investigación moveré la mirada hacia la forma en que la formación de la frontera movilizó a la sociedad y al Estado mexicano, no quisiera dejar pasar la oportunidad de hacer un rapidísimo vuelo de pájaro sobre la frontera en la tradición

³³ “American usage of the word ‘Frontier’ from Colonial Times to Frederick Jackson Turner” en *Proceedings of the American Philosophical Society*, N. 110, 1966.

³⁴ Podemos destacar a Hayden White con sus obras, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973; *The Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1978; *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987. Francois Furet, *In the Workshop of History*, Chicago, University of Chicago Press, 1982. También es indudable la influencia de la obra de Michel Foucault y de Michel De Certeau.

³⁵ En la medida en que se convirtieron en interlocutores, unos más evidentes que otros, de esta investigación, quiero al menos citar a Patricia Nelson Limerick, *The Legacy of the Conquest: The Unbroken Past of the American West*, New York, Norton, 1987; George J. Sánchez, *Becoming Mexican American: Ethnicity, Culture, and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*, New York, Oxford University Press, 1993; Friedrich Katz, *La Guerra Secreta en México*, 2 vols, México, ERA, 1982; Alan Knight, *op. cit.*; Mark Reisler, *By the Sweat of Their Brow: Mexican Immigrant Labor in the United States, 1900-1940*, Westport, Greenwood Press, 1976; Amy Kaplan y Donald E. Pease, *op. cit.*; Ann Laura Stoler, *Race and the Education of Desire: Foucault’s History or Sexuality and the Colonial Order of Things*, Durham, Duke University Press, 1995; Frederick Cooper y Ann Laura Stoler editores, *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World*, Berkeley, University of California Press, 1997; Linda B Hall y Don M. Coerver, *Revolution on the Border: The United States and Mexico, 1910-1920*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1988; Robert M. Utley, *Facing the West: The Metaphysics of Indian-Hating and Empire-Building*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1980.

cultural de México, que nos permite un vistazo de superficie de la gran diferencia que la frontera entre ambos países jugó en la formación del “alma nacional”.

La relación de nuestro país con los Estados Unidos es omnipresente, es tan definitoria en la conformación y comportamiento nacionales, que se podría esperar una literatura rica sino en la de origen académico, sí al menos en los géneros de la novela, el cuento o la ciencia ficción. No es así y pareciera que esta ausencia es el reflejo del papel que la frontera ha jugado en la agenda del Estado mexicano y en el proceso de construcción de la nación-estado y de la identidad nacional.

El papel que juega la frontera en la biografía de los Estados Unidos -como fuente de inspiración, optimismo, excepcionalidad, y como causa del desarrollo nacional y de su carácter democrático-, cambia radicalmente al poner la mirada en México. La frontera en nuestra tradición histórico-cultural, es un espacio un tanto indefinido de oscuridad, lejanía, incertidumbre y fuente de miedo a lo desconocido. La máxima del presidente Lerdo de Tejada, “entre México y los Estados Unidos: el desierto” pareciera resumir esa ambigua y quizá conflictiva relación entre el México central y su septentrión, se le reconoce sí como parte del patrimonio territorial de la nación, pero como un patrimonio periférico al corazón espacial y espiritual del país y, quizá por ello, como una mercancía negociable.

Después de la separación de Texas en 1836, la enorme pérdida territorial después de la guerra entre 1846 y 1848, la compra del territorio de La Mesilla en 1853, y luego las décadas de conflicto con apaches, comanches y lipanes, la frontera pareció no significar otra cosa que memoria afrentada, derrota y un miedo rencoroso. Nada más contrastante que la visión de la frontera como símbolo de triunfo para el

país vecino. Quizá por ello, las relaciones entre México y los Estados Unidos eran lo que sucedía en la Ciudad de México y en Washington; las fronteras reales, y lo que en ellas sucedía, fueron una especie de vacío y sujetas al olvido del Estado Mexicano.³⁶

Destaca ese papel mínimo que la frontera juega en la construcción de la historia y cultura nacionales, si revisamos a otros países latinoamericanos. El rol de la Pampa como una frontera interna en la que se forja el carácter nacional argentino ha recibido mucha atención, desde la literatura popular con el *Martín Fierro* de José Hernández, hasta la prodigiosa *Radiografía de la Pampa* de Ezequiel Martínez Estrada.³⁷ En Brasil los estudios sobre frontera son muy importantes, allí incluso se vuelve a encontrar el desdoblamiento del concepto y se ha adoptado *frontier* para describir el proceso y “gesta” de la expansión de una sociedad que había sido dotada de territorios muy por encima de lo que le era posible aprovechar. Precisamente en esos territorios periféricos (Rio Grande do Sul desde principios del siglo XIX o el Paraná en pleno siglo XX) se crean zonas pioneras a las que se les atribuyen características “democráticas” paralelas a las de los pioneros estadounidenses.³⁸

El arco temporal escogido para esta investigación (1900-1930) es particularmente interesante pues la construcción de la frontera coincide con dos procesos diferentes para cada uno de los países. Para los

³⁶ Carlos González H. Y Ricardo León G., *Civilizar y Exterminar. Tarahumaras y Apaches en Chihuahua, siglo XIX*, México, CIESAS-INI, 2000.

³⁷ Esta sentencia de Martínez Estrada pareciera ser la queja de algún fronterizo mexicano recriminando el abandono de la región: “La causa de inseguridad con que avanza la República Argentina, es esa parálisis periférica, ese vacío que hay detrás de sus bordes, desde donde nos llegan las emanaciones de un sopor profundo, de una existencia letárgica y cargada de amenazas.” *Radiografía de la Pampa*, México, CONACULTA, 1993, p. 56.

³⁸ Una buena guía para rastrear estos temas en la producción bibliográfica brasileña es Francois Chevalier, *América Latina. De la Independencia a nuestros días*, México, FCE, 1999.

Estados Unidos es como se señaló, un momento clave en el proceso de afirmación de su poderío transnacional y la construcción de los límites físicos del dominio imperial que buscaban fijar (la frontera El Paso-Juárez). En México, para este periodo, se cruzan varios eventos. Primero, el final de un régimen político de corte conservador que habiéndose empeñado en el fortalecimiento del estado-nación, se opuso a cambios en la estructura social del país. Segundo, el estallido de una revolución y guerra civil que por diez años convulsionaría al país. Tercero, el surgimiento de un régimen posrevolucionario que impulsó una combinación de estado corporativo fuerte, movimientos de masas con cierta autonomía y un proyecto nacionalista de grandes alcances políticos, sociales, económicos y culturales. Para los Estados Unidos la frontera se convirtió en un proceso de autoafirmación imperial con rasgos militares, políticos, culturales, raciales y económicos. Para México la frontera, a pesar del origen norteamericano de los hombres fuertes del nuevo régimen, siguió siendo una región ajena, atípica y a la que en buena medida se le siguió viendo como el espacio que nos separaba y distanciaba del vecino poderoso. El vacío protector.

Desde los Estados Unidos, el puesto fronterizo de El Paso, Texas, se convirtió en un laboratorio para las afirmaciones de su carácter imperial y de un nacionalismo basado en la exclusión. Fue un espacio política y simbólicamente importante para terminar de afinar el dominio sobre la barbarie de la *frontier* y así convertir el lugar en uno “políticamente correcto”: la *border*. Juárez-El Paso fue teatro de la mezcla de la política de Estado y las políticas populares por hacerle evidente a los mexicanos de ambos lados de la frontera, que ese punto era un resguardo de la civilización y la democracia occidentales, y de las

que evidentemente ellos, no formaban parte.³⁹ Desde Juárez, la ausencia de una política de Estado clara y continua fue sustituida con otros elementos de gran importancia para la imaginación y construcción del espacio fronterizo mexicano.

La frontera durante estos años no pudo haber tenido un carácter más pragmático e instrumental:

- Fue lugar de exilio para los desafectos al régimen de Porfirio Díaz; el magonismo es inexplicable sin el espacio fronterizo; lo fue también para maderistas, orozquistas, porfiristas, mexicanos adinerados, integrantes de facciones revolucionarias en desgracia, etcétera.
- Fue el mercado natural para la obtención de armas antes, durante y después de la Revolución
- Fue la forma más sencilla de solventar el lento, deficitario y caro mercado de los bienes de consumo provenientes del centro de México.⁴⁰

Pero junto a estos elementos que se pueden considerar positivos, la población fronteriza construyó –probablemente muy de cerca al resto de los mexicanos- su concepto de frontera con una mezcla de patriotismo político, de xenofobia popular y de nacionalismo político-cultural y con menos énfasis de un nacionalismo económico. En el caso del patriotismo, fue un sentimiento que en México tiene sus antecedentes en el liberalismo popular que desde poco después de la guerra con los Estados Unidos, había empezado a desarrollarse con amplitud y ha encontrar raigambre popular bastante profunda; primero en el México

³⁹ Shawn Lay, *War, Revolution, and the Ku Klux Klan: A Study of Intolerance in a Border City*, El Paso, Texas Western Press, 1985

⁴⁰ Oscar Martínez, *Ciudad Juárez: el auge de una ciudad fronteriza a partir de 1848*, México, FCE, 1978; C.L. Sonnishsen, *Pass of the North, four centuries on the Rio Grande*, El Paso, Texas Western Press, 1968.

central, en estados como Puebla, pero que con mucha rapidez se expandieron hacia otros puntos de la geografía nacional.⁴¹ La xenofobia tenía el objetivo muy concreto de lograr la sensación de homogeneidad entre la población mexicana al hacer la clara distinción entre locales y fuereños, y aunque intentaba obviar las fuertes diferencias de clases y de intereses de la población fronteriza, era en muchas ocasiones la única arma y consuelo de las clases populares ante los “güeros” o los gringos: una burla, un desprecio o quizá poder esquilmarle unos dólares demás por un producto o servicio.

En el caso del nacionalismo en los campos de la política, la cultura y la economía, sí es posible rastrear una posición de los gobiernos mexicanos, más que del Estado como tal. A través de la educación, la diplomacia y de la prensa de la época, se notan esfuerzos importantes por afianzar la identidad ligándola de manera indisoluble a la soberanía nacional.⁴² Como continuación de esta tesis, me propongo hacer un esfuerzo por rescatar la **mestizofilia**⁴³ como la corriente eugenésica mexicana opuesta a su contraparte estadounidense y en la que se

⁴¹ Hasta donde yo sé, la mayor parte de las aportaciones en este tema son de estudiosos ingleses y estadounidenses, aquí cito una muestra representativa: De Guy P.C. Thompson, “Bulwarks of Patriotic Liberalism: the National Guard, Philharmonic Corps and Patriotic Juntas in Mexico, 1847-88” en *Journal of Latin American Studies*, 22, 1990, pp. 31-60”; Popular Aspects of Liberalism in Mexico, 1848-1888” en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 10, n. 3, 1991, pp. 265-292. ; David A. Brading, “Liberal Patriotism and the Mexican Reforma” en *Journal of Latin American Studies*, 20, 1989, pp. 27-48; Alan Knight, “Peasants into Patriots: Thoughts on the Making of the Mexican Nation” en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, invierno de 1994, pp. 135-161; Florencia E. Mallon, *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995. A los anteriores hay que sumar la obra del antropólogo mexicano de la Universidad de Chicago, Claudio Lomnitz, en particular *Deep Mexico Silent Mexico. An Anthropology of Nationalism*, Minneapolis and London, University of Minnesota Press, 2001.

⁴² Josefina Zoraida Vázquez, *Nacionalismo y educación en México*, México, El Colegio de México, 1970. Mary Kay Vaughan, *Estado, clases sociales y educación en México*, México, FCE, 1982

⁴³ El término quizá debamos atribuírselo a Agustín Basave Benítez en su obra, *México mestizo: análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*, México, FCE, 1992. Véase también la obra del antropólogo Claudio Lomnitz, *Exits from the Labyrinth: Culture and Ideology in the Mexican National Space*, Berkeley, University of California Press, 1992.

resume mucho del esfuerzo ideológico del Estado mexicano para la construcción de una identidad nacional sólida, y que tiene sus inicios en las propuestas de ciertos intelectuales del grupo de los “científicos” como Vicente Riva Palacio, Francisco Pimentel que rechazaron las teorías que señalaban al mestizo como símbolo de la degeneración racial de la humanidad. Ellos, por el contrario encontraron en el mestizo a un ser vigoroso, producto de la mezcla del europeo con el indio. No hay duda que la veneración a lo mestizo alcanzó un nivel superior en la obra de Andrés Molina Enríquez *Los grandes problemas nacionales* de 1909. La idea de que el exotismo mestizo nos hacía universales pero por sobre todo nos aseguraba la identidad, la soberanía y la unidad nacional fue muy socorrida durante esas décadas y naturalmente impactó a ciertos sectores de la población chihuahuense y de la frontera en particular.⁴⁴

⁴⁴ En este tema sigo las ideas del antropólogo e historiador Mauricio Tenorio Trillo en su *Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México, FCE,

II. La lenta construcción de la frontera con México.

I knew that eternal vigilante on the Mexican border line is the prize of liberty [...]

Marcus Braun, inspector de inmigración. 1907.⁴⁵

Tanto un libro de historia nacional estadounidense como uno mexicano resuelven la existencia de la frontera internacional como un acto fundacional, de *tabula rasa*. Se inaugura un presente sin ataduras en el pasado. La guerra entre ambos países entre 1846 y 1848 significó el cambio de soberanía de un inmenso territorio, que pronto conformó la región suroeste de los Estados Unidos. Poblaciones que como Paso del Norte habían sido por siglos un punto intermedio para la protección, el descanso y el reabastecimiento para viajeros que continuaban su camino hacia el norte de Nuevo México o, en sentido contrario, hacia Chihuahua, Zacatecas o la Ciudad de México, se transformaron súbitamente en lugares limítrofes sobre una frontera internacional.

Así a partir de la mitad del siglo XIX, el concepto de frontera ha seguido las pautas que los tratados internacionales de límites fijaron por acuerdo de los dos gobiernos federales, ambos situados a miles de kilómetros de esa región que siendo vieja, se consideraba novedosa por iniciarse como zona de frontera. Una vez practicada la *tabula rasa*, esa frontera fijada sólo ha ido siguiendo el curso de eventos que se nos han presentado de manera simplista y predecible. Nada más alejado de la verdad. Los tratados internacionales que fijan en un mapa las líneas divisorias que llamamos frontera, son la más superficial de las cubiertas del largo proceso histórico que derivó en la conformación de ese espacio

⁴⁵ Marcus Braun, Inspector de Inmigración en Nueva York a Frank P. Sargent, Comisionado General de Inmigración. Nueva York, 10 de junio de 1907, Micropelículas del Immigration and Naturalization Service, Record Group 85. Series A, part 2, Mexican Immigration, 1906-1930. (En adelante, INS, RG 85). Casefile 52320/1A.

regional que no adquirió las características que hoy le conocemos sino hasta casi la tercera década del siglo XX: ¡Ochenta años después del Tratado Guadalupe Hidalgo!

Para los Estados Unidos, la frontera con México constituyó, sin exageración, un laboratorio para decantar conceptos de identidad y exclusión culturales, sociales y raciales que dieran elementos al gran proyecto de ingeniería cultural que implica la construcción de una identidad nacional y la afirmación de la condición no sólo de Estado-nación, sino de Nación-imperio. En ese proyecto podemos reconocer una compleja yuxtaposición de ideas y políticas concretas de lo que la frontera con México debería ser. Contra lo que pudiera suponerse, fue hasta relativamente tarde cuando la línea fronteriza de los Estados Unidos con México en efecto funcionó como un mecanismo de identificación, clasificación y contención sobre la población mexicana. Por raro que pueda parecer, la vigilancia sobre la frontera que cruza desde el Pacífico hasta el Golfo de México y que divide ciudades como El Paso en Texas y Juárez en Chihuahua, tuvo como objetivo, durante muchos años, no a inmigrantes mexicanos sino a los de origen asiático, del medio oriente o de la Europa central. Quizá sea éste un buen lugar para realizar el primer censo que permita examinar los cimientos sobre los que se finca esa abigarrada construcción cultural llamada frontera.

La inmigración asiática a los Estados Unidos y la frontera mexicana.

Una constante de la economía norteamericana ha sido la práctica, por parte de sus hombres de empresa, de impulsar la importación de mano de obra barata, poco calificada que les permitiese no sólo aliviar la escasez real de mano de obra, sino también multiplicar sus ganancias

gracias al pago de salarios bajos a una clase trabajadora sin derechos, poco organizada y de la que se podía prescindir en cuanto conviniera a sus intereses. Desde mediados del siglo XIX, la floreciente economía californiana requirió de una fuerte inyección de esa mano de obra barata y la encontró al otro lado del mundo: en China. Un reporte de 1877 calculaba que el número de chinos en los EU oscilaba entre los 150,000 y los 200,000. Sólo la ciudad de San Francisco tenía una comunidad china calculada en más de 50,000. Por décadas las minas y los ferrocarriles usaron a plenitud el trabajo chino y sin embargo, siempre existieron las miradas nativistas que vieron con recelo extremo la presencia de asiáticos en los Estados Unidos:

El mongol tiene un profundo desprecio por las demás civilizaciones. Rechaza en absoluto nuestra civilización por la única razón de estar fundada en la cristiandad.

Cualquier forma de gobierno republicano o liberal es bastante incomprensible para ellos [...] Sus supersticiones, sus prejuicios y sus opiniones se han vuelto tan rígidas como sus hábitos y costumbres, y sus observaciones sólo descubren los defectos aparentes, las contradicciones y las inconsistencias de nuestro gobierno y de nuestra religión, las cuales según su punto de vista son evidencia radical de su carácter general.

Si aparenta amoldarse a nuestra idiosincrasia, lo hace únicamente para tener una mejor posibilidad de acumular dinero. Profesa amistad, sentimiento del cual no tiene ni la más remota idea. Es cruel e inflexible, esperando únicamente la oportunidad para dar el golpe [...] ⁴⁶

Muchas de las ideas que en estos años se expresaron en contra de los chinos, serían reelaboradas 20 o 25 años después para calificar a los mexicanos; particularmente aquéllas sobre el carácter inasimilable de “razas” como la mexicana y el conflicto racial latente cuando se permite la inmigración sin restricciones; así como lo ilusorio que era pensar que

⁴⁶ Edwin R. Meade, “Inmigrantes chinos en los Estados Unidos”, en *Estados Unidos de América. Documentos de su historia socioeconómica*. V.3, pp. 43-51.

esa mayoría de inmigrantes hombres y solteros, no intentarían traer a sus familias y como consecuencia ensanchar su presencia en el país. Creer que todo se resolvía colocando a esos inmigrantes en una situación de inferioridad social a la de la mayoría blanca, era un gran error.⁴⁷ Pero como sucedió cíclicamente en la historia de la inmigración a los Estados Unidos, sólo cuando poderosos materiales hacen segunda voz a los discursos nativistas anti-inmigrantes, las restricciones se vuelven materia de la acción del Estado. Hacia fines de la década de 1870, una crisis económica restringió el mercado laboral y la clase obrera organizada hizo presión para que se restringiera la llegada de chinos al país. El 6 de mayo de 1882 el Congreso estadounidense decidió prohibir la entrada de trabajadores provenientes de China por los siguientes diez años argumentando que se estaba poniendo “[...] en peligro el buen orden de ciertas localidades dentro del territorio [de los Estados Unidos].⁴⁸

Ahora bien, con lo anterior no estoy proponiendo una vulgar simplificación que implique que es la “base material” la que determina la acción del Estado. Se verá con mayor profundidad al analizar el proceso de construcción de la percepción sobre “lo mexicano”, son momentos precisos en que prejuicios, miedos e intereses materiales, coinciden en embarcarse en esos amplios proyectos de ingeniería cultural que transforman a profundidad a la sociedad. En este caso, la necesidad de numerosos trabajadores chinos, coincidió con políticas restrictivas que reflejaban mucho del pensamiento y ánimo de la sociedad blanca, tales como negarles derechos ciudadanos, presentarse ante un juez, o participar en el sistema electoral. En 1854, el juez de la Suprema Corte

⁴⁷ *Ídem*, p. 47.

⁴⁸ “Ley de Exclusión China del 6 de mayo de 1882”, en *Estados Unidos de América. Documentos de su historia política*, Silvia Núñez García y Guillermo Zermeño Padilla compiladores. México, Instituto Mora, 1988, pp. 260-262. Al momento de ese decreto la población china era calculada en unas 360,000 personas.

de Justicia del Estado de California, J. Murray argumentó que aunque las leyes estatales excluían del derecho a testificar en la corte a todo aquel que no fuera de “sangre blanca” y aunque la ley respectiva sólo mencionaba la prohibición para que negros, mulatos e indios lo hicieran, ésta debería hacerse extensiva a los chinos, ya que no eran mencionados por una “omisión insignificante”.⁴⁹

Tal como después sucedería con los “peones” mexicanos, el movimiento para llegar a la exclusión no es automático, se forma durante años y se nutre de numerosos elementos. La visión anti-china estadounidense fue alimentada no sólo por nativistas y racistas nacionalistas dentro del territorio nacional, a ella contribuyeron viajeros, misioneros, diplomáticos que después de sus viajes a China, popularizaban sus impresiones a través de artículos periodísticos, conferencias y memorias. Pero quizá el punto de quiebre, anterior a la Ley de Exclusión de 1882, fue el envío de trabajadores chinos a centros industriales del este en calidad de rompehuelgas. Y justo como veremos más adelante cuando se discutieron las restricciones al cruce de trabajadores mexicanos, los principales defensores de no imponer restricciones eran aquéllos que obtenían beneficios con su presencia. Leland Stanford, accionista fundador del ferrocarril *Central Pacific*, decía que su empresa dependía de la presencia de los trabajadores chinos y que el trabajo que éstos hacían en el tramo de Sierra Nevada sólo podía ser realizado por ellos, ya que las avalanchas de nieve habían cobrado la vida de trabajadores blancos. Para los empresarios ferrocarrileros, señala Patricia Limerick, “[...] los chinos eran baratos y reemplazables y realizaban labores necesarias pero poco atractivas y dignas para los obreros blancos.”⁵⁰

⁴⁹ Limerick, *op.cit.* p. 261.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 265. Acerca del proceso político cultural para crear el aparato de ideas antichinas dice Limerick: “Such efforts at assimilation produced meager results, which

El sentimiento anti-chino estuvo presente desde el primer momento en que los primeros trabajadores llegaron a las costas del Pacífico, ese momento crítico para su exclusión llegó en 1882 y permaneció inalterado por décadas: la Ley de Exclusión fue refrendada por diez años más en 1892 y se hizo permanente en 1902. Los chinos, tal como lo harían los mexicanos después, jugaron un doble papel en la historia del oeste americano, por un lado proporcionaron la mano de obra barata, abundante y sumisa que la región necesitó para fincar su competitividad frente al este y medio-oeste; por el otro, sirvieron como explicación para los posibles fracasos que la sociedad blanca pudiera experimentar:

Los americanos fueron al oeste con grandes expectativas de mejorar su fortuna, esas expectativas estaban cargadas tanto de optimismo como de las semillas del desencanto, la frustración y la necesidad de encontrar a alguien a quien culpar. [...] chivos expiatorios se encuentran por todo el mundo, y son un común denominador en Europa, en Asia o en Latinoamérica, la frontera no fue una excepción.⁵¹

in turn provided “evidence” for the “inability” of the Chinese to assimilate.[...] Once the failure to assimilate had been interpreted as racial character, anti-Chinese partisans joined the tide of scientific racism, freed from blame or responsibility for any injuries that followed. Along with scientific racism, the anti-Chinese advocates could draw on a familiar element of 19th century American political thought. The arrival of the Chinese coincided with widespread controversy over slavery; almost immediately, the two matters were intertwined. Most Chinese immigrants had to borrow money for their passage; this credit-ticket system put them under the control of Chinese merchants. Control extended through their stay; to secure a return ticket, the Chinese immigrant had to present a release, certifying that he was debt-free.[...] Chinese immigration came to be dominated by the analogy of slavery: if an economy was built on cheap, racially distinctive, centrally controlled labor, the West would bring on itself the struggles and frustration of the South[...] If white Americans saw Chinese labor as a variation on slavery, their version of abolition was to keep out the slaves [...] In the 1882 Exclusion Act, racial antipathy revolutionized American immigration policy, drawing for the first time a line based on race and nationality. *Ibidem*, pp. 267-268.

⁵¹ Entre los ejemplos de la literatura que ha revisado la situación de la población china en los Estados Unidos: Gunther Barth, *Bitter Strength: A History of the Chinese in the United States, 1850-1950*, Cambridge, Harvard University Press, 1964; Stuart Creighton Millar, *The Unwelcome Immigrants: The American Image of the Chinese, 1785-1882*, Berkeley, University of California Press, 1969. Y de particular interés para la situación de los chinos en el oeste americano y la zona fronteriza Alexander P. Saxton,

No debe pues extrañar que en ese ambiente, el sentimiento anti-chino incluyese, además de las buenas conciencias de los grupos dominantes, a las clases trabajadoras estadounidenses que estaban envueltas por la retórica que disfrazaba a los grandes intereses de tipo imperial que en los Estados Unidos empezaron a fortalecerse con el fin de la Guerra Civil (1862-1865) durante la Época Dorada, tal como lo ha mostrado Alexander Saxton.

La vigilancia que se ejercía en los puertos marítimos, por los que tradicionalmente habían desembarcado los inmigrantes chinos, era bastante estricta por lo que a partir de 1892 (año en que se amplió el efecto restrictivo de la Ley de Exclusión de 1882) el contrabando de estos trabajadores empezó a desarrollarse generando grandes ganancias a quienes operaban estas mafias de transporte ilegal de inmigrantes de China. La frontera entre México y los Estados Unidos se convirtió en una de las vías más atractivas para hacerlo. El puesto migratorio en El Paso, Texas, tenía los ojos puestos en chinos que quisieran utilizar el enorme movimiento humano que provocaba la inmediata vecindad de esa población con Ciudad Juárez, para cruzar subrepticamente hacia los Estados Unidos. Gracias a que desde la década anterior El Paso había quedado comunicada por importantes líneas férreas transcontinentales; desde el inicio de los 1890s y particularmente al iniciar el siglo XX, la ciudad se había convertido en un centro de transportación, minero, comercial y para la importación de trabajadores mexicanos, indispensable para la bonanza económica del suroeste.⁵² La presencia vigilante del Estado también creció materializada en agencias de escrutinio y vigilancia: inmigración, aduanas, salud pública, ejército.

The Indispensable Enemy: Labor and the Anti-Chinese Movement in California, Berkeley, University of California Press, 1975 y Limerick, *op. cit.* Cap.8.

⁵² Una excelente descripción se puede encontrar en Mario T. García, *Desert Immigrants. The Mexicans of El Paso, 1880-1920*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1981.

En 1907 Frank W. Berkshire, -uno de los más lúcidos y acuciosos inspectores del Servicio de Inmigración de los Estados Unidos y desde mi perspectiva uno de los arquitectos de de la moderna frontera estadounidense con México, fue comisionado a El Paso a cargo de los “asuntos chinos”. Muy pronto fue convertido en inspector general a cargo del distrito que vigilaba toda la frontera desde sus oficinas en esa ciudad. A Berkshire le tomó poco tiempo comprender que Juárez-El Paso había dejado de ser un punto importante para el contrabando de inmigrantes chinos y que éste, seguramente era llevado acabo por Sonora y Arizona y Baja California y California debido, en parte, a las nuevas regulaciones mexicanas relativas a la inmigración china a México: El gobierno de Porfirio Díaz había decidido que las condiciones de salud en China habían mejorado lo suficiente como para abrir las puertas del país a chinos que cumplieran ciertas condiciones de higiene. Además de haber limitado el desembarco a puertos situados en su mayoría en la costa del Pacífico mexicano: Manzanillo, para grupos grandes, Mazatlán y Guaymas para grupos de menos de diez personas.⁵³

El crecimiento de la colonia china de El Paso se había dado por la inmigración realizada antes de 1882 o burlando las disposiciones de la exclusión durante los últimos diez o quince años del siglo XIX. Así pues, el “problema chino” era más un asunto que preocupaba a las autoridades y buenas conciencias de la ciudad, que al Servicio de Inmigración en este punto específico de la frontera. En 1893, por ejemplo, se daba la noticia llena de un tono escandaloso, cínico y exagerado, que el sur de El Paso tenía más fumaderos de opio que cualquier otra ciudad en los Estados Unidos y “[...] se debía sin duda a

⁵³ Traducción de las “Regulaciones relativas a la inmigración china a México” aparecidas en el *Diario Oficial* del 2 de octubre de 1903; INS, RG 85. Casefile 55609/551.

que El Paso tiene más residentes chinos en relación a su población, que cualquier otra ciudad de Texas.”⁵⁴

La información de que dispongo indica que al inicio del siglo XX otros asiáticos, los japoneses, usaron este punto de cruce para internarse a los Estados Unidos. La crisis que acompañó la guerra con Rusia de 1905 estaba provocando la salida de miles de japoneses que buscaron cabida en los Estados Unidos aprovechando que hacia ellos existía una actitud menos hostil que la sufrida por los chinos.⁵⁵ En el contexto del final de la guerra, el presidente Theodore Roosevelt intervino como mediador entre los rivales obteniendo además el “Pacto de Caballeros” de 1908 con el gobierno del Japón, que comprometía a frenar la emigración de sus súbditos hacia los Estados Unidos a cambio de aceptar que las familias de los japoneses que ya habían inmigrado pudieran unírseles.⁵⁶ Aún así, las autoridades de inmigración en El Paso montaron un operativo para impedir la entrada de japoneses que hubiesen llegado al continente americano por puertos mexicanos. Como siempre se hicieron excepciones, a fines de 1906 los agentes consulares estadounidenses en Manzanillo y Guadalajara informaron que un grupo de 150 japoneses habían tomado el ferrocarril hacia Ciudad Juárez con la idea de cruzar a El Paso, se trataba de profesionistas, artesanos calificados y estudiantes que contaban con cantidades importantes de dinero, lo que los hacía sujetos a internarse sin mayores problema.⁵⁷

Suerte muy distinta corrieron otro grupo de 200 japoneses, que sólo unas semanas después fueron detenidos en puente internacional y

⁵⁴ *El Paso Evening Tribune*, 18 de octubre de 1893, p. 4.

⁵⁵ *El Paso Herald*, 14 de mayo de 1907, p.2. Hasta 1890, la población japonesa en los Estados Unidos era casi inexistente, ver Limerick, *op. cit.* p. 270.

⁵⁶ “De la inmigración indiscriminada a la ‘selección de las especies nacionales’”, en Silvia Núñez García y Guillermo Zermeño Padilla compiladores. *Op. cit.* pp. 534 y 549-551.

⁵⁷ *El Paso Herald*, 21 de diciembre de 1906, p.1

obligados a regresar a Juárez donde se les informó que el gobierno mexicano tampoco los admitiría.⁵⁸ Una política de endurecimiento fue informada por el Departamento de Comercio y Trabajo, del que dependía el Servicio de Inmigración, para prevenir que ciudadanos japoneses usaran a México como trampolín, incluso se hacía la predicción de que hasta 500 de ellos serían detenidos mensualmente sólo en el cruce Juárez-El Paso.⁵⁹

Aunque, como veremos más adelante, las voces de alerta sobre la “amenaza mexicana” ya se hacían escuchar, la política de vigilancia de la frontera sur de la nación americana seguía pensando en ese límite como un espacio de riesgos relacionados con el cruce ilegal e indeseado de nacionalidades diferentes a la mexicana. De los reportes oficiales que circulaban entre funcionarios del alto rango del Servicio de Inmigración se obtiene la idea de que la reorganización de la vigilancia de la frontera con México debía hacerse en buena medida en consideración de la relativa facilidad con la que trabajadores inmigrantes chinos y japoneses lograban internarse por tierra a los Estados Unidos. Hasta ese momento la “buena voluntad” y las poco efectivas órdenes y circulares originadas desde Washington no habían logrado detener a una muy bien organizada red de agentes enganchadores de trabajadores asiáticos, particularmente japoneses. Estos agentes contrataban los servicios de ciertas compañías que literalmente importaban a los trabajadores, pagando sus pasajes desde el Japón a algún puerto mexicano del Pacífico, desde donde se les llevaba por tren hasta la frontera; ahí sólo se esperaba la oportunidad para contrabandearlos hacia territorio estadounidense.⁶⁰

⁵⁸ *El Paso Herald*, 19 de febrero de 1907, p.6.

⁵⁹ *El Paso Herald*, 22 de marzo de 1907, p.1

⁶⁰ Ver nota 14.

Inmigrantes de oriente medio: un nuevo momento en la construcción de la frontera.

El monitoreo de la frontera en lugares como Juárez y EL Paso continuó funcionando como un laboratorio para perfeccionar los filtros y las técnicas de clasificación de las personas de acuerdo a estatus migratorio, pertenencia racial y nacionalidad; conceptos que poco a poco iban logrando empatar a las teorías eugenésicas, a los sentimientos nativistas y a un nacionalismo racista con las políticas de Estado para la inmigración selectiva. Durante la primera década del siglo XX, el cruce Juárez-El Paso fue escenario de un creciente tráfico de inmigrantes sirios, turcos y griegos que ocuparon al Servicio de Inmigración y fortalecieron la imagen de que la vigilancia sobre ese lugar era indispensable para la consolidación de la nacionalidad americana - conceptual y anímicamente basada en la pureza de la raza blanca- y la protección de su soberanía -entendida como la necesidad de defender esa pureza de presencia y mezclas raciales indeseables por ser inferiores.

A fines del año 1905, el Servicio de Inmigración realizó el más serio esfuerzo por comprender las condiciones en que se realizaba la inmigración siria y griega vía México; comisionó al inspector A. Seraphic que se encontraba estacionado en la Florida para que aprovechando su origen griego y su capacidad para trabajar como agente secreto, viajara de incógnito a México y documentara las fases de esa inmigración.

Seraphic inició su periplo en Veracruz, donde las líneas de vapores franceses y alemanas que traían a los inmigrantes tocaban tierra mexicana. Al desembarcar en ese puerto, los sirios y griegos viajaban en ferrocarril a las ciudades de México, Monterrey, Torreón o Nuevo Laredo, según el contacto de la red de manejo de inmigrantes que

les recibiera en Veracruz. Seraphic encontró que la red griega, era la mejor montada (quizá el hecho de hablar griego le permitió explorarla mejor) y tenía su sede en Torreón que por aquellos años vivía una bonanza económica importante. Ahí los hermanos Nicolopoulos, propietarios de una fábrica de ropa, concentraban a sus paisanos hasta reunir un número atractivo de ellos para luego enviarlos por el Ferrocarril Central Mexicano hasta Ciudad Juárez acompañados por otro comerciante griego, Teodoro Kyriacopoulos, que vivía en la pequeña ciudad de Jiménez, Chihuahua, al norte de Torreón; este último, no tuvo empacho en confesar a Seraphic que se había encargado “[...] el mismo de pasar a mucho griegos por el propio puente Santa Fe”. En Ciudad Juárez, la red de contrabandistas de griegos la completaba el californiano Alfredo Duboys, un antiguo funcionario del mismo Ferrocarril Central.

Seraphic descubrió que el método era ingenioso pero sencillo. Los griegos dejaban todo su equipaje en Juárez para ir con las manos libres, luego Kyriacopoulos o Duboys los hacía subir al tranvía que cruzaba el puente en los horarios en que éste iba repleto de mexicanos, les conseguían algunos sombreros anchos y ya sentados en el tranvía les iban platicando en español. Los griegos que no tenían la menor idea de que les venía diciendo, se concretaban a soltar algunas carcajadas, de acuerdo a las instrucciones recibidas. El inspector de inmigración que, por absurdo que parezca, no hablaba español, hacía caso omiso de esos grupos de “mexicanos alegres”. El “Reporte Seraphic” dedica buena parte de sus 25 páginas a criticar la indisciplina en que funcionaba la estación de vigilancia migratoria del puente Santa Fe en El Paso, aprovechando para sugerir que los inspectores ahí, además de insubordinados, buscaban esas posiciones por los privilegios e influencia política que ganarían.

Tomando en consideración que la vigilancia en las ciudades texanas de Laredo, Brownsville e Eagle Pass no era mejor, Seraphic hizo varias recomendaciones al Comisionado General de Inmigración entre las que destacó dos: la necesidad de que los inspectores de inmigración hablaran al menos un español elemental, y la referente a que los inspectores sanitarios tuvieran como antecedente haber trabajado al menos un par de años en la Ellis Island en el examen de extranjeros. Esta última propuesta se hacía en consideración de que un porcentaje importante de los griegos y sirios sufrían de tracoma y que los médicos inspectores eran incapaces de reconocer el padecimiento ocular que además de llegar a causar ceguera es infeccioso.⁶¹ El Reporte Seraphic causó molestias dentro del Servicio pues se pensó que retrataba una realidad exagerada; por otro lado, si bien describió con exactitud la red para la internación de griegos a los Estados Unidos, dejó descuidado lo referente a los sirios que, en consideración de las autoridades del Servicio de Inmigración en Washington, eran de mayor riesgo a la salud pública del país.

Al mismo tiempo que se enviaban agentes encubiertos a México, sin conocimiento del gobierno de P. Díaz, la diplomacia formal ejercía presiones sobre el secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mariscal, para que colaboraran decididamente en desactivar desde México, el problema de la inmigración sirio-griega.⁶² E. Thompson, embajador estadounidense en México se encargó de las negociaciones con el secretario Mariscal con el fin de que México adoptase medidas similares a las del gobierno canadiense y que contribuirían a que la frontera entre los dos países se liberara de ese problema. Muchos de estos sirios, le decía, estaban enfermos y al saber que serían rechazados en Ellis

⁶¹ "A. Seraphic, Inspector a cargo a Comisionado General de Inmigración", Washington, 8 de enero de 1906; INS. RG 85. Casefile 51423/1A.

⁶² "U.S. Will Ask Mexico to Help Keepout the Undesirable Immigrants" en *El Paso Herald*, 25 de noviembre de 1905, p. 2.

Island, si viajaban directo a los Estados Unidos, decidían hacerlo por México donde no se les ponían restricciones, sentando así un peligroso precedente pues “[...] será sólo cuestión de tiempo para que clases inadmisibles de otras nacionalidades puedan usar también esa ruta”.⁶³

En realidad esta situación era mucho más complicada, como pronto iría quedándole claro a las autoridades en Washington. La red de tráfico de inmigrantes no sólo se movía por rutas diferentes, sino que el Servicio de Inmigración era en verdad ineficiente e incluso corrupto. En cuanto a las rutas, además de la posibilidad de viajar directo a México desde un puerto francés o alemán, los sirios usaban la alternativa de viajar desde Marsella a Buenos Aires y de ahí otro barco los transportaba a Veracruz desde donde viajaban en ferrocarril hasta Ciudad Juárez, vía la Ciudad de México. Otra de las opciones de viaje era viajar hasta Veracruz, de ahí a diferentes puntos de México donde trabajaban como empleados de comerciantes sirios establecidos en el país. Después regresaban a Veracruz desde donde se embarcaban a Puerto Progreso, Yucatán donde podían abordar otro barco que los conduciría a Nueva York; al llegar allí, la embarcación por provenir de un puerto mexicano, no pasaba los rigores de las inspecciones del Servicio de Inmigración y del Servicio de Salud Pública en Ellis Island.⁶⁴

Los testimonios rendidos por inmigrantes de nacionalidad siria en lugares como San Louis Missouri, dejan claro que la red de contrabando estaba bien organizada y tocaba a los propios servicios de monitoreo de la frontera. El doctor E. D. Sinks, inspector sanitario del Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos en El Paso, declaró, en interrogatorio oficial, que él no formaba parte de la red de extorsión a

⁶³ “E.E. Thompson a Ignacio Mariscal, secretario de Relaciones Exteriores”, México, 7 de junio de 1906; INS, RG 85. Casefile 45115/8

⁶⁴ “Comisionado General de Inmigración a Comisionado de Inmigración en Ellis Island” Washington, 6 de febrero de 1907; INS, RG 85. Casefile 51423/1

inmigrantes; afirmaba que el negocio había sido diseñado y manejado por el vecino de Ciudad Juárez de origen sirio Alexander Lemon quien conseguía certificados oficiales de inspección médica que luego vendía a sus paisanos para cruzar a El Paso.⁶⁵ El contrabando de inmigrantes sirios se hacía también por el cruce de Nuevo Laredo-Laredo y esta parte del negocio era controlada por Antón Gazen (o Kazen), comerciante sirio establecido en Monterrey y quien era señalado como el jefe de la red siria en México. Gazen al parecer contaba con el apoyo de su hermano Abraham quien era empleado como traductor por el Servicio de Inmigración! en Laredo, Texas.⁶⁶

La corrupción estaba tan enraizada que no fue sino hasta 1908, que la investigación realizada por el inspector Seraphic obtuvo pruebas que llevaron a que varios funcionarios gubernamentales de alto rango que junto con otras personas habían hecho una fortuna, fueran removidos. El centro del fraude fue localizado en la oficina de la USPHS desde la cual se expedían certificados de salud para ser traficados entre los sirios que aguardaban en Ciudad Juárez a cruzar hacia El Paso. El certificado de salud podía valer oro cuando existía la sospecha de que la persona padecía tracoma, cosa que sucedía con entre el 10 y 20% del total de los sirios. El mecanismo en la frontera funcionaba de esta manera: se expedían certificados de salud, reales o apócrifos que eran usados para que determinado número de sirios cruzara; luego un asociado de la red regresaba con los certificados y los llevaba a Alexander Lemon, dueño de una casa de huéspedes, o de Selim Mattar, otro sirio propietario de una frutería, donde ellos volverían a vender los certificados a los sirios que tenían escondidos. Era simplemente cosa de esperar el momento adecuado y serían llevados al puente Santa Fe,

⁶⁵ “Secretario de Estado a secretario de Comercio y Trabajo”, Washington, 22 de agosto de 1906; INS, RG 85. Casefile 51423/A.

⁶⁶ “Departamento de Comercio y Trabajo” Washington, 2 de febrero de 1907; INS, RG 85. Casefile 52546/1B.

donde además de seguridad se contaba con alguna forma de complicidad en el Servicio de Inmigración.⁶⁷

Vigilancia de nacionalidades y cuerpos en la frontera mexicana.

Como podemos observar, las acciones de exclusión basadas en el origen nacional de los inmigrantes continuaban refinándose y ensayándose en el laboratorio de la frontera con México. No obstante, las baterías de los mecanismos de monitoreo aún no apuntaban a los mexicanos. De hecho, entre la Ley de Exclusión China de 1882 –que puede considerarse como el final de la inmigración indiscriminada- y el intento por poner freno a la entrada de sirios, griegos, turcos o europeos del este, presenciamos un cambio de enorme importancia en el proceso de construcción de la identidad de la Nación-imperio y en la vigilancia de sus fronteras: de la selectividad basada solamente en restricciones por origen nacional a la selectividad basada en los cuerpos (entendidos como unión de lo físico, lo mental y lo espiritual) de los inmigrantes. No debe pues extrañarnos que en sólo unos años el peso de la inspección médica rivalizara e incluso rebasara a la inspección estrictamente migratoria. La centralidad de la corporeidad del inmigrante queda evidenciada con sencillez en las instrucciones que el Servicio de Inmigración en Washington enviaba a sus agentes en El Paso urgiendo a volver más riguroso su escrutinio pues “Los sirios utilizan la argucia de hacerse pasar por mexicanos con tanto éxito que, inmigrantes ilegales de otras nacionalidades están empezando a hacerlo también.”⁶⁸

⁶⁷ “Sensacional Removal Rumored at El Paso Port of Entry For Aliens”, *El Paso Morning Times*, 14 de agosto de 1908, pp. 2-3. También en INS, RG 85. Casefile 52588/1B

⁶⁸ “F. P. Sargent, Comisionado General de Inmigración a T.F. Smucker, Inspector a cargo en El Paso”, Washington, 14 de febrero de 1907; INS, RG 85. Casefile 51423/1

La mirada vigilante que se mueve del origen nacional al cuerpo del individuo que cruza las fronteras puso a la política migratoria estadounidense en el umbral de una conceptualización particular para México y sus habitantes. Los impulsos racistas de la sociedad anglosajona se habían expresado desde hacía muchos años, pero sólo hasta los últimos años del siglo XIX empezó a armarse un discurso anti-mexicano sólido. El nacionalismo racista se empezó a refinar y a volver “políticamente correcto” con la aparición de la voz de la ciencia y la medicina, con ello se logró un público más numeroso a las ideas de resaltar las diferencias raciales, pues en ellas no sólo descansaba la nacionalidad y el “genio” de un pueblo, sino también los peligros de enfermedades propias de “razas contaminadas”.⁶⁹

En la propuesta de ley de inmigración del senador Henry Cabot Lodge, encontramos una síntesis adecuada de lo que podríamos llamar el despertar estadounidense a la realidad migratoria del siglo que estaba por iniciarse; la salida del estado de inocencia en el que ese país se habría encontrado viviendo desde su fundación, cuando las trece colonias estaban fundadas en la unidad de pobladores de la “misma estirpe racial. Holandeses, suecos y alemanes no habían encontrado dificultad alguna para fundirse con los colonos de habla inglesa pues todos ellos “[...] descendían de las tribus germánicas que el César combatió y Tácito describió”. Hasta 1875 la inmigración había continuado el mismo patrón, de los dos siglos anteriores, basado en las

⁶⁹ A esas voces se sumaban también los discursos darwinistas, como el de Henry Cabot Lodge, en los que se proponía una visión “histórica” de la superioridad de la raza blanca y de la necesidad de proteger la “base racial” de los Estados Unidos con medidas que sólo permitieran la inmigración a personas de habla inglesa, alemanes, escandinavos y franceses. Su iniciativa de ley para restringir la inmigración presentada en 1896, hacía eco de “[...] un franco deseo del pueblo norteamericano por restringir [...] la inmigración hacia los Estados Unidos. El proyecto Lodge pretendía ampliar la base de exclusiones de la ley vigente que a su entender “[...] eran excesivamente reducidas y no incluyen a todos ni siquiera a una parte considerable de los inmigrantes cuya presencia en este país es indeseable o dañina. En Silvia Núñez y Guillermo Zermeño, comp. *Op. cit.*, pp. 537-548.

“razas hermanas o aliadas”, por lo que el progreso del país había sido grande y sin dificultades, continuaba la fantasía racial de Lodge. Sin embargo las últimas dos décadas habían descompuesto el horizonte

[...] razas de origen racial totalmente diferente y con las que el pueblo de habla inglesa no se había mezclado o relacionado hasta el momento, repentinamente han comenzado a inmigrar a los Estados Unidos en grandes cantidades. Rusos, húngaros, polacos, bohemios, italianos, griegos e incluso asiáticos [...] durante estos últimos veinte años han ingresado en números cada vez mayores [y] actualmente casi igualan a la inmigración de razas hermanadas por la sangre y la lengua, [...], que hasta ahora han construido los Estados Unidos y conformado el pueblo norteamericano.⁷⁰

Sin avanzar aún hacia las cuotas migratorias por nacionalidad, que se harían efectivas un cuarto de siglo después, Lodge si señalaba la importancia del equilibrio racial frágil que tenían los Estados Unidos. La base poblacional de la nación –continuaba su argumentación– es lo que genéricamente se llamaba la raza inglesa y que habiéndose formado lentamente, por siglos y con muy poca mezcla de sangres, correspondía llamarle una raza histórica. Así pues, con el peso de la historia encima, la política migratoria estadounidense debería considerar los riesgos de un cambio: estaban en peligro la apariencia física, las instituciones y leyes, la cultura y la lengua misma ya que, como “[...] la historia nos muestra [...] La raza baja absorberá a la alta, no la alta a la baja, cuando las dos especies se aproximen a la igualdad numérica.”⁷¹

Medidas restrictivas y selectivas basadas en ideas radicales como las de Lodge y otras emparentadas en espíritu y estilo, fueron cobrando cada día más adeptos en el mundo de la ciencia y la medicina, la política, el movimiento obrero, las iglesias; sin embargo su implementación, particularmente las pruebas de alfabetización fueron

⁷⁰ *Ídem*, p. 544.

⁷¹ *Ídem*, p. 547. De hecho los eugenistas calculaban que la reserva genética de la raza superior se ponía en riesgo cuando ésta era menor del 85% del total de la población.

vetadas sucesivamente por los gobiernos de los presidentes Cleveland en 1897, Taft en 1913 y Wilson en 1917 aunque en esta última ocasión, el Congreso se impuso decretando una nueva Ley General de Inmigración en febrero de ese año.⁷²

Casi un decenio después de la Ley de Exclusión China, el Congreso estadounidense decretó el Acta de Enfermedades de 1891 que fue seguida por la Ley de Inmigración de 1903 que fortalecían mucho la capacidad de manejar la movilidad en la frontera por parte de los inspectores de los servicios de Inmigración y de Salud Pública; particularmente en El Paso, donde se habían instalado las oficinas centrales de inmigración para el suroeste del país. La ciudad de El Paso, por su incómoda vecindad inmediata con Ciudad Juárez, se había convertido en la “puerta trasera” a través de la cual enfermos, criminales y demás inmigrantes indeseables, que no habían podido entrar a los Estados Unidos por la vía marítima, estaban inundando al país.⁷³

⁷² El gobierno de Wilson sin embargo cedió a las presiones de los grandes empleadores de inmigrantes mexicanos y emitió la circular del 23 de mayo por la que se suspendía la aplicación de varias de las provisiones restrictivas para entrar al país. “George J. Harris, Inspector supervisor a Inspector a cargo”, El Paso, 15 de junio de 1917; INS, RG 85. Casefile 54261/202.

⁷³ Declaraciones de Marcus Braun, inspector de migración en El Paso en *El Paso Herald*, 25 de noviembre de 1905, p.2.

III. La frontera en la mira de nativistas, eugenistas y racistas.

El nativismo racista estadounidense.⁷⁴

El origen de la ideología nativista data del siglo XVIII y desde su inicio preconizó la “natural” superioridad de los blancos anglosajones, sobre cualquier otro grupo humano. Durante el siglo XIX, las elites económicas, religiosas y políticas vieron en la población indígena de los Estados Unidos (que sólo interesaban por sus tierras) y en las oleadas de inmigrantes, un reto a la integridad y pureza racial y cultural del grupo anglo-protestante que desde entonces gobernó esa nación.

A pesar de sus aprensiones, tuvieron que reconocer que la expansión del capitalismo en su país requería de refuerzos numerosos y constantes de mano de obra que soportara el espectacular crecimiento de industrias, comunicaciones, minería y agricultura. Así pues, desde mediados del siglo XIX se empezaron a afinar los puntos de vista y las posiciones políticas respecto a los inmigrantes: Algunos eran mucho más deseables que otros.

El nativismo estadounidense permeó el aparato gubernamental y permitió delinear las políticas migratorias más trascendentes de aquel país como la Ley de Exclusión China de 1882, el acuerdo anti-japonés de 1907; o la serie de medidas tomadas entre 1917 y 1924 diseñadas para prevenir la llegada –a territorio de los Estados Unidos- de inmigrantes del sur y del este de Europa. No puede olvidarse el acta de 1924 que redujo la posibilidad de inmigrar a católicos, italianos y

⁷⁴ Una visión sintética de esta corriente se encuentra en Joe R. Feagin, “Old Poison in New Bottles: The Deep Roots of Modern Nativism”, en Juan F. Perea editor, *Immigrants Out! The New Nativism and the Anti-Immigrant Impulse in the United States*, New York, New York University Press, 1997, pp. 13-43.

polacos, así como a judíos de Europa oriental y a población asiática. El nativismo, tanto en Europa como en los Estados Unidos, definió por vez primera a la “raza blanca” como un grupo social con un papel de privilegio en la historia mundial.

Como producto de estas ideas, se desarrolló el nacionalismo blanco que creció durante todo el siglo XIX con un acuerdo tácito entre las elites políticas y económicas de origen norte europeo –que siguieron dominando al país después de la Guerra Civil (1861-1865), y los cuadros académicos, que desde instituciones de educación superior y la prensa, generaban el discurso narrativo que daba “sustento” a la superioridad anglosajona, adoptando para ello el social-darwinismo que les permitía proponer, no sólo la sobrevivencia del “más apto”, sino su derecho “natural” a dominar a los demás.⁷⁵

Este nativismo racial, tomó la forma de un anglosajonismo o nacionalismo blanco, que gradualmente empezó a centrar sus “dudas” en los numerosos inmigrantes que llegaban del sur y el este europeos. Fueron considerados no solamente distintos culturalmente sino inferiores en el sentido racial. Sin embargo y durante algún tiempo, el nativismo racial fue contenido en círculos elitistas debido a que la expansión económica americana, experimentada durante la Era Progresiva (1889-1920) requería del ingrediente esencial de una mano de obra abundante. Desde entonces, se ha vuelto casi oficial el hecho de que los ciclos económicos determinen las políticas migratorias. En tiempos de escasez de mano de obra, el Estado impuso pocos obstáculos a la inmigración.

⁷⁵ Theodore W. Allen, *The Invention of the White Race*, Nueva York, Verso, 1994.

La eugenesia y su discurso.

La palabra eugenesia fue ideada por el científico inglés Francis Galton en 1883 con la premisa de que el conocimiento de las leyes de la herencia podían usarse para lograr mejoras importantes en la reproducción y desarrollo de las razas. Puesto en otras palabras, la eugenesia dio cobijo a un movimiento para mejorar la raza humana y más particularmente para preservar la pureza de algunos de sus integrantes. Como ciencia, se basó en el supuesto de un entendimiento novedoso de las leyes de la herencia humana. Como movimiento social, fue un intento porque la sociedad asegurara su constante mejoramiento a través del manejo de la herencia, haciendo que los individuos y grupos más aptos, se reprodujesen entre ellos y, como consecuencia obligada, previniendo que los poco aptos descompusieran o contaminaran las generaciones futuras.

El nuevo evolucionismo que desató la aparición de El origen de las especies de Charles Darwin en 1865 fue una poderosa avenida de influencias sobre lo que después sería conocido como la eugenesia, el cual reconoce como su texto fundador al Hereditary Genius del propio Galton y que apareció en 1869. Desde entonces, dos tradiciones eugenésicas -ligadas también a nacionalismos y procesos de construcción de Estados-nación diferentes- se extendieron por buena parte del “mundo occidental”, una que dominó en el mundo anglosajón y otra que se arraigó en el mundo latino.

La tradición eugenésica anglosajona cobijó de manera más celosa las ideas, sobre todo políticas, del social darwinismo. Un notable biólogo alemán, August Weismann, propuso que en las sociedades y los grupos humanos era distinguible un patrón genético que llamó germoplasma y que sin importar las condiciones externas, era transmitido de

generación en generación sin sufrir alteraciones. En el mundo latino – Francia, Italia y América Latina- las ideas de Lamarck de un germoplasma capaz de responder a las influencias externas, positivas o negativas, fueron determinantes para moldear una eugenesia light que profesaba un racismo menos evidente y que se veía obligada – particularmente en América Latina-, a una visión optimista de las mezclas raciales. La mestizofilia mexicana destaca sin lugar a dudas en esta línea de pensamiento como una corriente particularmente rica en propuestas que fueron abrazadas por los regímenes posrevolucionarios durante los años veintes y treintas.⁷⁶

Las ideas de Weismann, o weismanismo, fueron objeto de al menos dos tipos de lectura: una optimista, radical y positiva que señalaba que si el germoplasma no sufría cambios, entonces era posible encontrar elementos y rasgos alentadores tanto en las clases privilegiadas como en las desfavorecidas. Pero también una lectura pesimista, conservadora y negativa que lanzaba la idea de que sólo los que se encuentran en la cima de la estructura social son los más aptos y mejor dotados. Fue esta última la que empezó a popularizarse en medio de los temores desatados en Europa y más aún en los Estados Unidos, de una degeneración social provocada por los cambios que producían la industrialización, la migración de millones de seres humanos, los cambios de las conductas y hábitos sexuales y el salto de la mujer al mundo del trabajo asalariado. Fue primero sobre esas clases miserables que crecían en arrabales, las masas de desempleados, la creciente población presa del alcoholismo, y sobre los enfermos mentales e

⁷⁶ Sobre el paulatino debilitamiento de la influencia de las ideas de Darwin es muy útil Peter Bowler, *The Eclipse of Darwinism: Anti Darwinian Evolution Theories in the Decades around 1900*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1983.

inadaptados que deambulaban las calles o atestaban los asilos y hospitales, que la agitada atención de los eugenistas se centró.⁷⁷

En ese ambiente fue que los primeros proyectos para la esterilización involuntaria se empezaron a discutir como políticas sanitarias oficiales, dando con ellos un giro brutal a las tradicionales formas que habían normado los derechos a la reproducción de la familia occidental. A principios del siglo XX se expidió la primera ley estatal de esterilización obligada o involuntaria en los Estados Unidos; hacia el fin de los años 20s, leyes similares habían sido aprobadas en 24 estados haciendo sujetos de su acción a hombres pobres, generalmente negros que estaban reclusos en cárceles e instituciones para enfermos mentales. Se ha calculado que entre 1917 y 1945 unos 70,000 individuos fueron esterilizados.⁷⁸

Por supuesto que el ejemplo más aterrador de esterilización involuntaria masiva y organizada por el Estado, es el ocurrido en la Alemania nazi. Apenas llegado al poder en 1933, Adolfo Hitler promovió la ley respectiva de su régimen, que previó el establecimiento de tribunales de salud genética desde los cuales se ordenó y supervisó la esterilización involuntaria de aproximadamente el uno por ciento de la población alemana de entonces.⁷⁹

Estado y eugenesia.

La confluencia e interacción del nativismo, la eugenesia, la ciencia médica y los procesos de racialización de grupos humanos y de regiones específicas, tales como la frontera entre los Estados Unidos y México,

⁷⁷ Nancy Leys Stepan, *The Hour of Eugenics: Race, Gender, and Nation in Latin America*, Itaca, Cornell University Press, 1991, capítulo 1.

⁷⁸ Daniel J. Kevles, *In the Name of Eugenics: Genetics and the Uses of Human Heredity*, New York, A. Knopf, 1985.

⁷⁹ Un impresionante recuento de la limpieza racial disfrazada de salud pública en la Alemania gobernada por Hitler se encuentra en Robert N. Proctor, *Racial Hygiene: Medicine under the Nazi*, Cambridge, Harvard University Press, 1988.

deben entenderse en el contexto de los grandes cambios políticos y culturales, sociales y económicos que fueron experimentados en los Estados Unidos durante la era progresista entre 1880 y 1920, pero que en muchos sentidos se extienden hasta la entrada del país a la Segunda Guerra Mundial.

La aparición de la sociedad industrial y la consolidación de grandes centros industriales como Nueva York, Chicago, Detroit y Los Ángeles fracturaron, en más de un sentido, las estructuras sociales tradicionales. Desde los años ochenta del siglo XIX, las ciudades industriales del norte recibieron oleadas de afro-americanos del antiguo sur esclavista, junto con otra que trajo a cientos de miles de inmigrantes de países como Italia y Hungría. La aparición de estos mares de caras nuevas, hizo que los miembros de la elite junto con una mayoría del cuerpo científico y académico del este y el medio oeste, vieran con real pánico los “deteriorantes” efectos que la segunda revolución industrial estaba teniendo sobre sus otrora “pacíficos” *hinterlands*. La eugenesia logró articular un discurso que rebasaba con mucho a la mera diatriba racista y anti-inmigrante.⁸⁰ Con fundamentos tomados del evolucionismo, concibió métodos para poner un alto a la onda expansiva y destructiva de una sociedad que estaba distendida y siendo carcomida por una dinámica centrípeta; para ello, era necesario y urgente establecer y monitorear límites claros del *body politic* nacional.

Además de las medidas de orden técnico que pregonaban los eugenistas: planeación científica y racional del crecimiento y un manejo adecuado del “germoplasma humano”, en sectores cada vez más extendidos, se difundían sentimientos y se urgía por políticas hacia los inmigrantes. El ambiente social y cultural hacia ellos había ido

⁸⁰ La Eugenics Records Office fue fundada por Charles Davenport en 1903 y publicaban el *Eugenical News* como su órgano de difusión.

cambiando irremisiblemente y radicalmente, de uno que se enorgullecía de enriquecerse de influencias que fortalecían el “ser americano”, a otro que engendraba claras formas de nacionalismo xenofóbico. Es un hecho que el nacionalismo estadounidense de las primeras tres décadas del siglo XX encontró en la biología y, claro está, en la genética, los elementos “científicos” para su discurso y con esos nuevos argumentos creyeron poder explicar la pobreza, la criminalidad, los comportamientos sexuales desviados, la desorganización urbana y la enfermedad.⁸¹

Eugenesia en la frontera.

El ideal de la blancura nórdica emblemática del nativismo racista, al que ya nos referimos, se mezcló con las propuestas eugenistas de administración del “germoplasma”, en la acción de las agencias gubernamentales encargadas de lidiar con el fenómeno migratorio. La profilaxis fronteriza, basada en la inspección higiénico-sanitaria, en apariencia una actividad fría y meramente técnica, buscó de manera febril la racialización y la taxonomización de los cuerpos para poder categorizarlos y así poder controlarlos en el nombre de la pureza nacional. En su afán por demostrar la validez de sus ideas de administrar y controlar al máximo la llegada de las razas no favorecidas por la naturaleza, idearon pruebas difíciles de imaginar en los famosos puertos de entrada de Angel Island en el Pacífico y la Ellis Island en el Atlántico. Como es conocido, fueron particularmente duros con los inmigrantes chinos a quienes, junto con otros no deseados, se les practicaron exámenes médicos invasivos, internamientos sanitarios; se les sujetó a pruebas de inteligencia, que en la práctica estaban diseñadas para exponer la debilidad mental de esos inmigrantes. Toda

⁸¹ Una lectura sugerente de la concepción del Estado tomando estas responsabilidades está en Allan Dawley, *Struggles for Justice, Social Responsibility and the Liberal State*, Cambridge, Harvard University Press, 1991.

esa práctica logró la burocratización y la estandarización de la visión del otro.⁸²

La geografía ha obligado a los Estados Unidos a una relación casi íntima con México. El proceso de racializar y medicalizar a México y a los mexicanos, no fue tan intenso como lo sucedido con las poblaciones asiáticas pero, pasado el tiempo le llegó la hora a la frontera cuya falta de precisión social y cultural tanto preocupaba a la elite anglo de las ciudades fronterizas estadounidenses. Y es que los mexicanos, eran un “otro” diferente, no venían del otro lado del Atlántico ni eran antípodas como los chinos; los mexicanos estaban pegaditos, de hecho formaban parte del *body politic* de los Estados Unidos ya que todo el suroeste era impensable sin el componente histórico “no importado” de lo hispánico y mexicano.

A partir de la segunda década del siglo XX, la frontera con México empezó a ganar espacio en el imaginario americano y las ideas eugenistas fueron situando al vecino del sur en la mira de de la burocracia y las instituciones encargadas del resguardo de la esencia nacional estadounidense. Para estos años las ideas clasistas y racistas de las elites urbanas, como la de El Paso, confluyeron con las propuestas eugenistas en el seno del gobierno federal en agencias como el Servicio de Inmigración y Naturalización y el Servicio de Salud Pública (INS y USPHS por sus siglas en inglés) y en la acción e integración de cuerpos paramilitares como los Texas Rangers y la Border Patrol.

La Revolución mexicana fue el punto de quiebre para las relaciones diplomáticas entre los dos países, pero fue también un viraje cultural ya que los eugenistas y nativistas estadounidenses encontraron

⁸² El procedimiento cultural por el que se establece la ecuación entre los inmigrantes y el movimientos de los gérmenes nocivos es espléndidamente descrito por Alan Kraut, *Silent Travelers: Germs, Genes, and the “Immigrant Menace”*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1995.

en esa coyuntura, el momento y pretexto ideal para cambiar el centro de su preocupación de los chinos hacia este híbrido llamado mestizo mexicano. Esto se volvió particularmente cierto en momentos en que los Estados Unidos empezó a estacionar miles de tropas pertenecientes a la Guardia Nacional en la frontera, justo antes de su entrada al escenario bélico de la Primera Guerra Mundial. La presencia de una población flotante tan importante revivió al *wide open town* ⁸³ pues los vicios se volvieron a disparar, aunque en esta ocasión la purificación de El Paso había logrado que la mayor parte del consumo de alcohol y la práctica de la prostitución pasara a Juárez. La militarización de la frontera a partir de 1915, trajo como consecuencia que los eugenistas, civiles y militares, identificaran injustamente a la región y particularmente al lado mexicano como sitio de enfermedad e inmoralidad.⁸⁴

Juárez- El Paso representan un caso ideal para el estudio de los eugenistas, de las agencias gubernamentales, los cuerpos paramilitares, la elite anglo y organizaciones racistas extremistas como el Ku Klux Klan interactuando de frente a el fenómeno migratorio mexicano. Las acciones encaminadas a la purificación del *body politic*, quedaron inextricablemente conectadas al manejo de la inmigración como una herramienta de Estado que incluyó el rediseño socio-racial de la ciudad de El Paso, y la creación y popularización de un discurso médico que con su particular poética y metáforas logró instalar en el imaginario popular la oposición de un Estados Unidos limpio contra un México corrupto y patologizado.⁸⁵

⁸³ Clasificación que se dio a ciudades con límites morales y raciales muy laxos tales como Nueva Orleans, San Francisco y El Paso. OHI-UTEP, no.27, entrevista a Chester Hope, editor de *El Paso Times* de 1917 a 1925, por Wilma Cleveland, 27 de julio de 1968.

⁸⁴ Sobre el tema es iluminador el libro de Alan M. Brandt, *No Magic Bullet: A Social History of Venereal Disease in the United States since 1880*, Oxford, Oxford University Press, 1987.

⁸⁵ Un parte del trabajo fino y pionero de Alexandra Mina Stern, se encuentra en su artículo "Buildings, Boundaries, and Blood: Medicalization and Nation Building on the

En 1925 David Starr Jordan, el ex rector de la Universidad de Stanford y uno de los fundadores del Comité Eugénista de la American Breeders Association y de la asociación filantrópica Mexican-American League, señalaba en una carta a Charles Davenport, a quien ya nos referimos, su preocupación por la masiva entrada de mexicanos a California y a los EUA y su urgencia para que su entrada y presencia fuera monitoreada de manera más meticulosa:

[...] los mexicanos han traído consigo la plaga bubónica, la viruela y el tifus. Y aunque estas enfermedades no han afectado las partes del sur del país con buenos estándares de limpieza, los funcionarios de salud se encuentran agobiados por el trabajo y el miedo a las enfermedades han derrumbado a la mitad la principal cosecha del sur de California: los turistas invernales.⁸⁶

Esta directa correlación que establecía Jordan, entre el individuo mexicano y la condición de impureza y enfermedad, encontró cada día más audiencia entre la clase política y los grupos de elite de la porción suroeste de los Estados Unidos y constituyó una vinculación entre el discurso científico, el nativismo y un nacionalismo blanco que empujaban la consolidación de la identidad de la Nación-imperio.

U.S.-Mexican Border, 1920-1930”, en *Hispanic American Historical Review*, 79, 1:48-81, 1999.

⁸⁶ “David Starr Jordan a Charles Davenport”, 7 de mayo de 1925. Esta comunicación forma parte de la colección Davenport que se encuentran en la American Philosophical Society de Philadelphia y me fue proporcionada por Alexandra M. Stern.

IV. Medicalización de la frontera y la invención de México.

Las circunstancias que dieron origen a la moderna frontera entre México y los Estados Unidos obligaron a que su trazo se hiciera sobre un territorio con un dominio político, territorial y cultural que no reconocía la hegemonía de la sociedad angloamericana. Como parte del patrimonio territorial estadounidense había quedado, merced a la derrota mexicana estipulada en el Tratado de Guadalupe Hidalgo, una extensa región con una población importante de origen hispano y mexicano. Al correr el nuevo límite internacional por zonas acostumbradas a una constante comunicación y movilidad, la frontera se mantuvo por muchos años ajena a la vida cotidiana de los habitantes mexicanos en lugares como Juárez y El Paso. Ambas poblaciones seguían unidas por prácticas viejas, por lazos interpersonales profundos, por intereses económicos muy fuertes. En varios sentidos, la verdadera frontera aún se encontraba muchos kilómetros al norte; la frontera política no estaba sobrepuesta a la frontera anímica y cultural y esto es especialmente cierto en el caso de la línea divisoria entre México y Texas.

Debería ser casi evidente que una línea fronteriza, aunque fuese resultado de una guerra como la de 1846-1848, no iba a resolver los conflictos derivados de los intentos por imponer un nuevo sistema de identidades que dejaría de reconocer al que, bien que mal, había proporcionado lazos de comunidad a la población del viejo septentrión mexicano: la lengua española, la religión católica y la administración colonial. Así pues, la frontera sur de los Estados Unidos enfrentó su primer reto como contenedora de identidad y ciudadanía estadounidense y por tanto como diferenciadora del “otro”, no en el mismo límite con México, sino dentro de sus nuevos territorios ganados en guerra. No importó que el Tratado de Guadalupe Hidalgo hubiese

ordenado el otorgamiento de la ciudadanía estadounidense a los mexicanos que se quedaron “voluntariamente” al norte de la frontera:⁸⁷ los verdaderos límites de la ciudadanía tuvieron que ser definidos una y otra vez en todos los espacios sociales, tribunales, calles, escuelas, iglesias, lugares de trabajo.⁸⁸

Durante toda la segunda mitad del siglo XIX, esos estadounidenses de origen mexicano tuvieron que luchar por hacer efectivas las disposiciones del Tratado en materia de reconocimiento a sus derechos de propiedad. Por muchas décadas, se habían acostumbrado a verse a sí mismos como el grupo dominante, en relación a los grupos étnicos nativos que por centurias habían habitado y transitado esos enormes territorios. Particularmente cierto, resultaba ese sentimiento con la elite que se reclamaba de origen español y poseía tierras y ganados, aunque el mencionado tratado otorgó derechos civiles, incluidos los de propiedad, a un poco más de 90 mil mexicanos que decidieron quedarse en los territorios que los Estados Unidos se anexaban.

Tanto el gobierno de Texas como el federal, tuvieron un reconocimiento especial hacia los mexicanos blancos y españoles. Sin embargo, conforme el simple control de la tierra dejó de tener tanta

⁸⁷ De hecho se presentaron casos en los que aun antes de que los comisionados de límites de ambos países terminaran de trazar la línea divisoria, militares estadounidenses hicieron presencia hacia el sur con el objeto de lograr más ganancias territoriales. Tal fue el caso de las comunidades de Ysleta, Socorro y San Elizario (al oriente de Paso del Norte o Juárez) que aun sin quererlo, fueron seccionadas del territorio chihuahuense y pasaron al de Texas. Igual suerte corrieron los ejidos y tierras comunales de los pueblos de San Lorenzo y Senecú. Ver Óscar J. Martínez, “Puntos importantes en las relaciones fronterizas México-Estados Unidos, 1848-1876”, en Ma. Esther Schumacher (compiladora) *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*, México, FCE-SRE, 1994, pp.157-172.

⁸⁸ Una revisión a fondo de las consecuencias del mencionado tratado se encuentra en Richard Griswold del Castillo, *The Treaty of Guadalupe Hidalgo: A Legacy of Conflict*, Norman. University of Oklahoma Press, 1990. También el libro clásico de Josefina Zoraida Vázquez, *Mexicanos y norteamericanos ante la Guerra del 47*, México, SEP-Setentas, 1970.

importancia, la elite terrateniente hispana –especialmente en Texas- vio el rápido desvanecimiento de su antiguo prestigio y poder. Como ha mostrado de manera espléndida David Montejano, la expansión de las líneas ferrocarrileras a través del territorio, vinieron a completar su desplazamiento.⁸⁹ Perdidos estatus y fortuna, para los texanos anglos,⁹⁰ un mexicano era un mexicano, sin importar árboles genealógicos. El ferrocarril, podemos decir, produjo el efecto socio-cultural de borrar las antiguas ambigüedades raciales, dejando asentadas dos sociedades diferenciadas: la anglo y la mexicana.⁹¹ Pero ni la ciudadanía estadounidense se encontraba asegurada por completo, desde 1850 y hasta el fin del siglo, tuvieron que recurrir repetidamente a los tribunales federales para que invalidaran las decisiones tomadas por legislaturas locales, de California y Texas fundamentalmente, en la que se les pretendía excluir de sus derechos ciudadanos basados en su origen nacional como mexicanos.⁹² El nacionalismo blanco, basado en las ideas nativistas, defendía la unidad raza-nacionalidad-ciudadanía como la legítima portadora de las virtudes culturales y cívicas de los ciudadanos blancos.

Como señalé atrás, la frontera con México queda más exactamente descrita, a fines del siglo XIX y principios del XX, como el límite sur de la nación americana puesto que los esfuerzos de monitoreo

⁸⁹ *Anglos and Mexicans in the making of Texas, 1836-1986*. Austin, University of Texas Press, 1987.

⁹⁰ Había la costumbre de llamar tejanos al habitante de ese estado pero de origen mexicano, mientras que texano se aplicaba al de origen angloamericano. Ver Jesús F. de la Teja, “La colonización e independencia de Texas. El punto de vista tejaño”, en Schumacher, *op. cit.* p.80.

⁹¹ En otros casos, como en los condados centrales de Texas, tres mundos quedaron claramente delineados: el anglo (definido por su blancura por lo que también incluyó a irlandeses, italianos o judíos), el negro o africano y el mexicano. Ver el trabajo de Neil Foley, *The White Scourge. Mexicans, Blacks, and Poor Whites in Texas Cotton Culture*, Berkeley, University of California Press, 1997.

⁹² Esas luchas por el reconocimiento de sus derechos como ciudadanos estadounidenses son descritas por Griswold del Castillo, *op. Cit.* y para el caso particular de California por Tomás Almaguer, *Racial Faultlines: The Historical Origins of White Supremacy in California*, Berkeley, University of California Press, 1994.

estaban centrados en detener la entrada de nacionalidades y cuerpos definidos: asiáticos, árabes del oriente medio, judíos y eslavos del centro de Europa. Antes de tener una frontera funcional con México, en Estados Unidos había de producirse un equipo adecuado de herramientas y filtros identificadores de los habitantes de ese país al sur. La perorata estrictamente racista que despreciaba sin más a cualquier grupo étnico fuera del grupo racial fundador de la nación americana, no proporcionaba la sofisticación que necesitaba una política de Estado para la defensa de su integridad y de sus fronteras.

La frontera con México significó pues un reto para las autoridades y clases dirigentes del país; la comunidad médica y científica asumieron una parte considerable del desafío. El impulso que recibió la reflexión basada en la eugenesia fue correspondiente a las enormes dificultades que se enfrentaban para clasificar apropiadamente a los mexicanos. El esquema racial que establecía dicotomías tales como blanco-negro, tropical-templado o que permitía diferenciar a un “otro” con claridad, como en el caso de los grupos de inmigrantes recién mencionados, simplemente no funcionaban con el caso de los vecinos del sur. Sin embargo los racistas y nativistas que para fines del siglo XIX ya dominaban económica y políticamente a El Paso, San Antonio, Brownsville o Laredo, insistían en que “sus” ciudades se encontraban “infectadas” del fenómeno *mongrel*.⁹³

Cordones sanitarios, frontera y nacionalidad.

Durante todo el siglo XIX la gran región que abarcaba Texas, Nuevo México y estados como Nuevo León, Tamaulipas, Coahuila y Chihuahua

⁹³ Palabra ofensiva que designa tanto a una persona mestiza o de sangre cruzada, como a un perro.

había sido escenario de una intensa actividad que creció más aún durante los años de la Guerra Civil.⁹⁴ Así pues, Texas, en lo particular, no obstante el claro predominio social y económico que ya tenían los angloamericanos en su territorio para el inicio de los 1880s, experimentaba una fuerte presencia mexicana producida no sólo por la vieja población anterior a la guerra con México, sino por una notable movilidad de trabajadores que iban y venían cruzando la frontera cotidianamente sin mayores obstáculos.

A principios del otoño de 1882 apareció un brote epidémico de fiebre amarilla en las poblaciones de los valles bajos del Río Bravo, resultando muy afectada la ciudad de Brownsville -frente a Matamoros. Con independencia de los efectos que causó la epidemia en términos de las vidas que cobró, se convirtió en uno de los momentos claves para la instalación de una frontera real, definida y vigilada con México, pues permitió sembrar la semilla -en los terrenos oficial, científico-médico y en el popular- de un discurso y una imagen de México y los mexicanos como una amenaza para el bienestar de la población blanca de los Estados Unidos y, muy particularmente, de la población de sureños blancos.

Después de la Era de la Reconstrucción (1865-1877) y hacía el arranque de la Era Progresiva (1889-1920), y al igual que otros muchos aspectos de la vida de la república,⁹⁵ la óptica de la salud pública dio el giro de un total localismo hacia una visión amplia y nacional en lo referente a las enfermedades contagiosas. Por ello, también se convirtió un momento clave para la afirmación del poder del gobierno federal,

⁹⁴Este fenómeno ha sido muy bien descrito por Mario Cerutti en su vasta obra sobre el noreste de México y su relación con Texas.

⁹⁵ Para una visión clara y sintética puede verse el utilísimo manual de los acreditados historiadores Eric Foner y John A. Garraty, editores, *The Reader's Companion to American History*, Boston, Houghton Mifflin Company, 1991. pp.868-871 y 917-923.

gracias al manejo del lenguaje científico-médico que logró ganarse un respeto muy amplio en la población. Tenemos pues, que la salud pública como discurso y como organismo burocrático para la afirmación del Estado sobre regiones e individuos, juega un papel protagónico también en la definición de la nueva frontera con México.

La aparición de la fiebre amarilla en la región limítrofe entre Texas y México legitimó la presencia de dos brazos de gran alcance del gobierno federal: el United States Marine Hospital Service (antecesor del U.S. Public Health Service) y del Ejército. Estas autoridades fueron investidas de una autoridad que llegó a intimidar a los habitantes de la región pues, no habiendo ni rebelión, disturbio o brote de violencia generalizada que ameritara una medida tipo toque de queda; médicos apoyados por soldados tuvieron el poder para decidir sobre el movimiento de las personas, para inspeccionar la intimidad de los hogares, para confinar en instalaciones de detención a quienes se considerase como riesgo de salud. El poder del Estado pudo inspeccionar y tocar los cuerpos de habitantes que quizá nunca habían sentido la presencia del poder estatal en tan cercana manera. Terminada la epidemia, las autoridades sanitarias pudieron proclamar con orgullo que el ejercicio de ese amplísimo poder sobre la gente, sus cuerpos y sus movimientos, había rendido frutos satisfactorios pues entre las ciudades de Corpus Christi y Laredo, una distancia de casi 260 kilómetros, no se había reportado ningún caso de fiebre amarilla. La excepción había sido Brownsville donde la mitad de sus 4,500 habitantes se infectaron, causando 114 muertes.

¿Qué hacía diferente a Brownsville? La gran presencia de población mexicana y el constante movimiento de “peones” que cruzaban constantemente desde la ribera mexicana del Río Bravo, para trabajar en ranchos, granjas y fincas del lado texano. El notable

diferencial en la mortalidad demostraba, de acuerdo al Cirujano General⁹⁶ John Hamilton, cuan legítimo era el uso de la autoridad médica federal y el establecimiento de vigilancia armada que limitara la movilidad de las personas, insistiendo en llamar a esas líneas armadas “cordones sanitarios” en busca de afianzar la legitimidad de la medida ya que en la práctica, se establecía una frontera interna que dividía el sur de Texas (de fuerte presencia mexicana) con el interior del país. Ese cordón sanitario, iría perdiendo importancia conforme “[...] todas las ciudades sean tan limpias que la suciedad que ahora padecen no sea más nido para el crecimiento y propagación de las semillas del contagio, y que el movimiento provocado por el comercio se vuelvan también limpios y saludables”; mientras tanto, los cordones sanitarios bajo control de los médicos del gobierno federal deberían seguirse usando para “[...] separar y proteger a las formas de comercio limpias y saludables de los peligros de ciudades dentro y fuera de las fronteras de los Estados Unidos.”⁹⁷

La medidas de salud pública desplegadas por el USMHS en la región cercana a la frontera con México, incluyó un proceso de racialización de la zona. Los cordones sanitarios –vallas humanas de soldados y médicos- funcionaron, en efecto, como método para evitar la expansión de enfermedades infecciosas, pero también trazaron líneas imaginarias poderosas en las que se diferenciaba a poblaciones texanas con una composición eminente o mayoritariamente mexicana, de aquellas cuyo componente racial dominante era anglosajón. Esa frontera interior, segregaba a zonas que no cumplían con los estereotipos estadounidenses de hábitos, limpieza y actitud hacia las fiebres y cuyas

⁹⁶ El Surgeon General, en el gobierno federal de los Estados Unidos, equivaldría a un secretario o ministro de salud de otros países.

⁹⁷ John Raymond McKiernan, *Fevered Measures: Communicable Disease and Community Formation on the Texas-Mexico Border, 1880-1923*, Tesis Doctoral, The University of Michigan, 2002, pp. 43-45.

poblaciones tenían dificultades en reconocer y respetar con facilidad los límites establecidos por la autoridad del Estado, como en el caso de los cordones sanitarios. Los mexicanos a ambos lados de la frontera ofrecían una lectura adicional, sumada a la racial, por parte de los monitores sanitarios y los grupos dominantes del sur de Texas: eran una población que mostraba una extremada movilidad. El peón mexicano era altamente mutable, podía hacer trabajo en granjas para luego aparecer como residente en pueblos y ciudades como sirvientes, en el sector de servicios o como obrero industrial, y luego convertirse en trabajador ferrocarrilero. Esa enorme adaptabilidad del trabajador mexicano, que tanto beneficiaba a la economía del suroeste, era vista como un riesgo de salud que se ligaba a la naturaleza misma de las epidemias; una de las soluciones que por entonces se pensó ayudaría fue una paulatina represión de la movilidad mexicana. Resulta fascinante en este ejercicio de profilaxis, que se estuviera pensando en los mexicanos a ambos lados de la frontera: limitar el movimiento de México al sur de Texas para luego volverlo a restringir entre esta zona y el norte de los Estados Unidos.

La construcción de la ecuación mexicano=riesgo de salud se constituyó en una forma de discriminación por origen nacional que afectó la vida de los trabajadores mexicanos pero insultó a las muy racistas clases altas y medias mexicanas de los estados nortños que fueron igualados a “sus compatriotas del sur del país y preferentemente a la población indígena”. Los inspectores médicos angloamericanos pensaron que los mexicanos de todas las clases sociales residentes en la región fronteriza compartían una suerte de inmunidad en contra de las enfermedades “tropicales” y que por ello mismo los hacía actuar con una actitud floja y negligente, convirtiéndolos en auténticos vectores para la transmisión de las enfermedades contagiosas. El ferrocarril, que modificó las economías del suroeste estadounidense y del norte

mexicano no hacía sino potenciar ese peligro.⁹⁸ Por ello, se intentó llegar a un acuerdo con las compañías ferrocarrileras que llegaban a la frontera y con el gobierno mexicano para que aceptaran medidas filtro e imponer restricciones para viajar hacia la frontera a personas que pudieran representar algún riesgo de salud. El gobierno mexicano, pensando en los inmigrantes turcos y sirios que usaban al país como vía para entrar a los Estados Unidos, rechazó la propuesta por considerar que al aceptarla se podrían quedar estacionadas en ciudades como Juárez o Matamoros, personas infectadas o enfermas.⁹⁹

Estos argumentos esencialmente racistas, aunque amparados por la “voz médica”, son el antecedente inmediato de las políticas de inspección fronteriza basadas en el escrutinio de los cuerpos de los extranjeros que cruzan la línea divisoria que enunciamos atrás y en las que nos detendremos con detalle más adelante. De manera adicional son muy importantes porque lograron conceptualizar y hacer operar limitadamente una frontera interna que dividía al sur de Texas con el resto del país, utilizando argumentos sanitarios y étnico-raciales.¹⁰⁰ En los hechos, este proyecto de profilaxis regional solicitado por los grupos angloamericanos dominantes, operado por agencias del gobierno federal, y apoyado discursiva y profesionalmente por parte del *establishment*

⁹⁸ Ídem, p. 46.

⁹⁹ “Memorandum as to efforts made to perfect an agreement with the Railways of Mexico concerning inspection of aliens”s/1, junio de 1904, INS, RG 85. Casefile 51464/41.

¹⁰⁰ Ann Laura Stoler en su trabajo sobre las prácticas coloniales de Francia y Holanda en Vietnam y Camboya durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX, acuña el concepto de “interior frontiers” para explicar la políticas de exclusión y represión de los comportamientos raciales ambiguos de los europeos y los temores sobre el crecimiento de la población *métise* y su potencial subversivo. “Sexual Affronts and Racial Frontiers. European Identities and the Cultural Politics of Exclusion in Colonial Southeast Asia” en Frederick Cooper y Ann Laura Stoler, editors, *Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World*, Berkeley, University of California Press, 1997, pp.198-237.

científico hacía un reconocimiento tácito de la presencia mexicana como un elemento contrario al ideal “nacional” de desarrollo.¹⁰¹

Los cordones sanitarios eran una herramienta de la ingeniería del poder del Estado para combatir la epidemias, pero al ser éstas portadas y transportadas por cuerpos, tanto las epidemias como las medidas para combatirlas permitieron debatir, desde una plataforma arreglada con escenografía científica, la raza de las personas, el origen nacional de éstas, e incluso presentar con nuevo vestuario las conveniencias que tenía el sistema esclavista del sur, abolido en 1862.¹⁰² Se argumentó que la movilidad física de las clases bajas era un riesgo para la salud del *body politic* nacional pues, en el caso de la población negra liberada, su libertad de movimiento permitía la propagación de las epidemias. Los negros, señalaban, eran más propensos a ser víctimas de las enfermedades infecciosas y por ello su condición natural debía caracterizarse por una movilidad restringida: como consecuencia se les debería otorgar un estilo de vida patriarcal, protegido y con todo lo que pudieran desear. Puesto en corto, la libertad iba contra su naturaleza.¹⁰³

Tal como he intentado venir demostrando, la identificación del mexicano como un “otro” totalmente definido y diferente fue un proceso cultural relativamente lento, precisamente por la cercanía y cotidianidad con la que los mexicanos se hacían presentes en la vida diaria de al

¹⁰¹ Mas adelante nos adentraremos en detalles de cómo se establecieron límites raciales en El Paso con el fin de controlar los males que se adjudicaban a los habitantes no anglosajones de la ciudad: además de la enfermedad relacionada con la suciedad, la prostitución, el juego y la venta de alcoholes y drogas.

¹⁰² Legalmente la esclavitud terminó en 1862, pero la vieja cultura del sur se movió con rapidez hacia el- suroeste después de la Guerra Civil, una descripción excelente para la región central de Texas está en Neil Foley, *op.cit.* capítulo 1.

¹⁰³ McKiernan, *op.cit.* p. 50. Una descripción minuciosa de sistema de restricciones y dominio patriarcal en una sociedad esclavista como el Brasil es presentada en el clásico de Gilberto Freyre, *The Masters and The Slaves [Casa-Grande & Senzala]. A Study in the Development of Brazilian Civilization*, New York, Alfred A. Knopf, 1956, 2a edición en inglés.

menos el suroeste estadounidense. El bagaje teórico y cultural acumulado, al final del siglo XIX, por la Nación-imperio para las imágenes de sí misma y del resto del mundo, le sirvieron evidentemente en su proceso de consolidación de la frontera con México, más allá de los términos del Tratado de Guadalupe Hidalgo de corte estrictamente político-diplomático y de las líneas divisorias que trazaron las comisiones binacionales de límites.

El legado de lo que se llamo el “*southern problem*”, es decir la libertad de la población negra, había permitido la elaboración de los conceptos que ligaban la libertad de movimiento con enfermedades contagiosas –la fiebre amarilla en particular-, con el trabajo libre y con la raza. Ese amplio marco del debate imperial sobre las clases bajas, los orígenes raciales, la salud pública y la libertad de movimiento creó algo parecido a un sustento teórico para calificar a esos *aliens* del sur tan cercanos pero tan ajenos. Ayudó a identificar el riesgo nacional que significaba que la frontera entre los dos países se cruzara sin respeto y con tal facilidad.¹⁰⁴ A partir de una reflexión de tipo sanitaria, basada en la creciente autoridad médico-científica, fue creciendo en legitimidad y consenso el sentimiento excluyente que apuntaba que en las zonas adyacentes o cercanas a la frontera con México, la falta de una mayoría angloamericana hacía que trabajadores de origen mexicano representaran una competencia excesiva a la fuerza trabajadora blanca.

Brotos epidémicos de mayor o menor consideración se habían experimentado, como es natural suponer, antes de los 1880s, pero esa década se volvió particularmente fértil para el discurso nativista y

¹⁰⁴ McKiernan traza dos elementos que nutren ese “marco teórico”: Uno proveniente de la experiencia imperial de la Gran Bretaña denominado Death by Migration que en pocas palabras era un índice de la capacidad de resistencia a las condiciones de los trópicos de las tropas británicas y otro afincado en la cultura de exclusión, agricultura de plantación y economía esclavista de los estados del sur de los Estados Unidos. *Op.cit.* p.50

exclusionista por el hecho de que ahora se podía vincular de manera directa la aparición de enfermedades infecciosas, como la fiebre amarilla o la viruela, a la movilidad de poblaciones de origen no angloamericano que ahora contaban con el ferrocarril para desplazarse desde lugares más distantes. Por ello el debate entre trabajo, migración y la fiebre amarilla, no hizo sino crear un foro para construir una correlación, directamente aplicable a la frontera con México, entre una cultura distintiva (que incluía hábitos de higiene, condiciones de las viviendas, infraestructura urbana y actitud hacia las medidas de salud tales como la vacuna), y una movilidad constante, así como la relación de ambas con el sistema de salud pública estadounidense.¹⁰⁵

Ya desde un momento tan temprano como 1883, se afirma que entre los mexicanos las enfermedades y las infecciones eran mucho más frecuentes por su estilo y condiciones de vida. A ambos lados de la frontera

[...] los jacales mexicanos son posibles criaderos de infecciones [...] pues aunque no tenemos la información suficiente, [los jacales] están muy sucios y desagradables, y pueden, en el caso de una epidemia, convertirse en sitios de infecciones y muerte.¹⁰⁶

Muchos años antes de que se endurecieran las políticas fronterizas en contra de los mexicanos, un inspector del United States Marine Hospital Service reportaba desde El Paso un diagnóstico sintético de Ciudad Juárez:

¹⁰⁵ McKiernan, *op.cit.*, p. 55.

¹⁰⁶ *The Lone Star*, 21 de octubre de 1883, p. 2., también citado en García, *op.cit.* p. 143.

La ciudad no tiene sistema de drenaje, y probablemente por doscientos cincuenta años la gente ha arrojado sus suciedades a la calle, y siete octavos de la población defecan al aire libre, en lugares muy cercanos a sus casas.¹⁰⁷

Según otro testimonio sobre las relaciones El Paso-Juárez a principios del siglo XX, la viuda del doctor Huger White, señalaba que su esposo había trabajado mucho a favor de la salud pública de El Paso, al conocerse de la posibilidad de un brote de sarampión o viruela, el Dr. White pasaba recogiendo a los mexicanos en grandes vehículos y

[...] los bañaba y desinfectaba en el puente [...] Recogía a todos los mexicanos que podía a ambos lados de la frontera [pero] los mexicanos son la gente más amable del mundo. Mi esposo había vivido en Virginia donde están los negros. Si el hubiera tratado de hacer lo mismo con los negros, yo no estaría aquí ahora. Los mexicanos entendían el sentido de lo que se hacía e iban.¹⁰⁸

Los cordones sanitarios establecidos por las autoridades federales de los Estados Unidos causaron dos efectos que pudiésemos considerar paradójicos. El primero tiene que ver con la cultura política estadounidense que normalmente ha visto con recelo, o de plano rechazado la expansión del poder federal sobre los espacios locales, en este caso la experiencia fue una notable docilidad a esas medidas y que podemos entender debido a la creciente legitimidad que la voz médica ganaba y que le permitió moverse de los márgenes al centro mismo de la cultura americana. El tradicional ejercicio de la democracia desde las localidades, fue renunciado al irse entregando parte de las libertades ciudadanas (como las de tránsito o de comercio) a la autoridad de los profesionales de la medicina. El segundo efecto tiene que ver con el

¹⁰⁷ Citado en Alexandra Minna Stern, "Buildings, Boundaries..." p. 63.

¹⁰⁸ Tanto la familia de la entrevistada como la del esposo provenían del estado de Virginia donde habían sido propietarios de plantaciones y de esclavos, OHI-UTEP no. 48, entrevista a la Sra. De Hugo White, El Paso, 3 de junio de 1968 por Leon C. Metz y Robin Fuller.

hecho de que la instrumentación del concepto y práctica moderna de la frontera con México, hubiese sido delineada y administrada por funcionarios que, por regla general, desconocían por completo la región. Esa falta de familiaridad con la frontera, espacio de imbricaciones culturales tan profundas, también significó la posibilidad de una más rápida y radical construcción de la “mexicanidad”.¹⁰⁹

Finalmente, se puede afirmar que los cordones sanitarios y prácticas asociadas son responsables de la consolidación de la autoridad del Estado, ya que no sólo legitimó su preeminencia por encima de poderes, autoridades locales e intereses particulares, sino inclusive sobre los propios cuerpos y espacios de vida de los individuos. Se trataba de asentar los cimientos de la soberanía del Estado en una zona blanda y porosa, demasiado influida por la cultura de un país que se aseguraba era casi incompatible. Para hacerlo, trazó –como se dijo– una frontera interna que poco a poco fue haciendo retroceder hacia el sur, hasta hacerla coincidir con la línea que en términos políticos y territoriales dividía a ambos países. En ese sentido, las agencias de salud del Estado estadounidense conquistaron en definitiva para su nación la frontera con México.

¹⁰⁹ Las políticas de salud pública han formado parte importante en la definición de las fronteras de influencia imperial de los Estados Unidos en Latinoamérica desde fines del siglo XIX (Cuba y Puerto Rico), tales medidas ayudaron paradójicamente a la consolidación de procesos de construcción del nacionalismo y del Estado-nación, ver Steven Palmer, “Central American Encounters with Rockefeller Public Health, 1914-1921” en Gilbert M Joseph, Catherine C. Legrand, and Ricardo D. Salvatore, editors, *Close Encounters of Empire. Writting the Cultural History of U.S.-Latin America Relations*, Druham-London, Duke Univerity Press, 1998, pp.311-332. México no fue ajeno a esta misma influencia como lo muestra Armando Solórzano “The Rockefeller Foundation in Revolutionary Mexico: Yellow Fever in Yucatán and Veracruz”, en Marcos Cueto, editor, *Missionaries of Science: The Rockefeller Foundation in Latin America*, Bloomington, Indiana Unversity Press, 1994, pp. 52-71.

El Puente Santa Fe: Ellis Island del desierto.¹¹⁰

Al iniciar la década de 1880s, el Río Bravo dividía físicamente a dos poblaciones, Paso del Norte en Chihuahua y a Franklin en Texas. Las abismales diferencias que pronto separarían a las dos poblaciones apenas se dejaban ver. La zona completa debió parecer polvorienta, adormilada y quizá un poco sórdida. La llegada de los ferrocarriles pronto zarandeo a sus habitantes y una actividad económica febril empezó a notarse. Los cambios llegaron incluso a los nombres de las ciudades, Paso del Norte dejaría de hacer mención a su lugar geográfico para honrar al presidente benemérito; Franklin en cambio, decidió explotar precisamente su privilegiado lugar en la geografía estadounidense.¹¹¹ El viejo método de cruzar el río usando chalanas o a pie, en los meses de secas, fue sustituido en 1887 por un puente de madera que corría de la calle Santa Fe en El Paso a la calle Juárez del lado mexicano.¹¹²

Por muchos años, el puente Santa Fe significó, simplemente, una mejora para las condiciones de cruce del Río Bravo, una instalación hecha para la comodidad y facilitar la vida. Conforme fue creciendo la oleada conservadora que llamaba a la terminación de una frontera abierta y sin control, el Puente Santa Fe cambiaría la vida de muchos al convertirse en espacio de observación, escrutinio, clasificación y exclusión por parte de los agentes monitores del Estado encargados de fortalecer una frontera que se pretendía fuera la contenedora de la nación americana. Por ello, el puente dejó de ser una simple obra de

¹¹⁰ Alegoría que me vino a la mente al leer a Mario T. García quien ha dicho que El Paso simboliza para los mexicanos, lo que Nueva York para los inmigrantes.

¹¹¹ El nombre de Franklin lo tomaron los pobladores anglos de la rivera norte del Bravo de Franklin Coon, dueño de esas tierras.

¹¹² En 1925 se construyó un moderno puente alterno, de hormigón y acero, y en 1930 otro igual sustituyó al de madera. Raúl Flores Semental et. al., *Crónica en el Desierto. Ciudad Juárez de 1659 a 1970*, México, Ágora Comunicadores, 1994, p.27.

ingeniería civil para convertirse en escenario para el despliegue de la de ingeniería cultural que combatiría la realidad de una frontera permeable y de límites culturales imprecisos.

Si aceptamos, total o parcialmente, la propuesta del carácter instrumental del nacionalismo como herramienta clave en la ruta de consolidación de los estados nacionales, también podemos imaginar que éstos y sus grupos dominantes usaron un ancho abanico de opciones para ir construyendo las categorías de identidad, ciudadanía y nacionalidad. Ese despliegue y desdoblamiento del poder del Estado, utiliza o crea lugares que servirán como espacios escenográficos sobre los cuales hacer las puestas en escena que afirmen las definiciones de nación, espíritu nacional y de ciudadano. Al hacerlo, permitirá también definir los opuestos de ese *hinterland* cultural y a quienes deberán ser excluidos.¹¹³ El Puente Santa Fe es pues, un espacio escenográfico privilegiado en el que se desarrolla una narrativa espacial que entrelaza por una lado cuerpos en movimiento en su deseo o necesidad de cruzar un territorio, con instalaciones ingenieriles en las que se ha dispuesto a monitores que desplegarán sobre esos cuerpos sus técnicas de escrutinio, de revisión, de clasificación social y racial; técnicas que llevarán a formular una identidad o una no identidad u otredad. En el puente se escenifica un ritual donde se afirma la condición nacional e imperial de los Estados Unidos, en su encuentro con quienes se encuentran en sus márgenes; al hacerlo se convierte en una “zona de contacto” para el ejercicio de la hegemonía del “imperio americano.”¹¹⁴

¹¹³ Para este tema ha sido de gran inspiración la brillante investigación de Alexandra Minna Stern.

¹¹⁴ El término “contact zone of the American empire” fue desarrollado por Mary Louise Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, 1992, citado en Gilbert Joseph, “Close Encounters. Toward a New Cultural History of U.S.-Latinamerican Relations” en Joseph, Legrand, Salvatore, *op.cit.* pp. 3-46.

El Puente Internacional Santa Fe, y particularmente los edificios de revisión migratoria y sanitaria sirvieron no sólo para el paso físico de las personas que necesitaban moverse de un lado al otro, eran espacios para la exploración, lugares de contención, para la integración y procesamiento de estadísticas. Fueron, sin duda, exhibiciones del poder del Estado, pero también de la pobreza y sus necesidades, del trato diferenciado gracias al dinero y a la apariencia física. Ahí se realizaron las exhibiciones más dramáticas de la condición fronteriza: los rituales de desinfección. Esos rituales agudizaron la declaración implícita de un cruce de fronteras y de ésta en lo particular: la condición de *alien* es decir un no americano, un ser diferente, un riesgo potencial a la salud y seguridad del *body politic* americano, un mal necesario. El Puente Santa Fe como observatorio, permitió producir la evidencia médica y estadística que ayudaría a crear el contenedor conceptual sobre México y sus nacionales, elevando a categorías “legítimas” y “neutras” muchos de las actitudes prejuiciosas de nativistas y racistas que circulaban en medios tan diversos como la prensa, la academia, las elites políticas y económicas, las iglesias y el movimiento obrero.¹¹⁵

El estallido de la Revolución Mexicana resultó ser el momento preciso para encaminar con mayor rapidez la definición precisa de México y de los mexicanos y la redefinición del tipo de frontera que se debería levantar frente a ellos. Debemos recordar que el estado de Chihuahua y de manera importante Ciudad Juárez fue teatro de las acciones decisivas de la primera fase del movimiento revolucionario que lograría deponer al viejo presidente Díaz en mayo de 1911.¹¹⁶ Por el

¹¹⁵ No sobra decir que el puente también ha sido y sigue siendo un espacio para la protesta y la respuesta airada, incluso violenta, en contra el comportamiento racista de las autoridades de inmigración. Sin embargo la “normalización” o aceptación del monitoreo fronteriza estricto ha sido la regla.

¹¹⁶ El mejor recuento sobre los dramáticos y fascinantes días de el sitio, batalla y caída de Ciudad Juárez y la forma en que ambas ciudades vivieron esos días se encuentra en

resto de la década, e incluso durante los años veinte la ciudad no volvería a vivir una situación por completo estable y pacífica. La visión estadounidense de México y la de El Paso sobre su vecina del sur se consolidaron como las del lugar donde además de la enfermedad, la suciedad y la pobreza, se enseñoreaba la violencia y los enfrentamientos de las camarillas militares sin un gobierno nacional en verdad funcional.

Ese ambiente se agravó de manera exponencial cuando en marzo de 1916, un grupo de mexicanos (entre ellos varios señalados como villistas) que habían sido detenidos en el Puente Santa Fe fueron conducidos a la cárcel de El Paso y ahí, al estárseles sometiendo a un baño de desinfección contra el piojo portador del tifus con una mezcla de querosén y vinagre, se produce una gran explosión matando a 28 personas.¹¹⁷ El evento que se conoció como “el holocausto” suscitó una fuerte respuesta popular que requirió del ejército para ser controlada. Pocos días después otro acontecimiento, que no sufrió la suerte del olvido, caldeó aún más los ánimos anti-mexicanos: un grupo de villistas se adentraron en territorio de Nuevo México y atacaron la pequeña población de Columbus. El resultado militar fue desastroso para los mexicanos, pero el efecto anímico e incluso propagandístico de la primera invasión armada territorial a los Estados Unidos, fue enorme.¹¹⁸

En dos oficinas del gobierno federal, el Bureau of Immigration y el United States Public Health Service, vieron la coyuntura ideal que esperaban para ampliar la “profesionalización” de la vigilancia fronteriza y obtener del Congreso los recursos para modernizar y ampliar la antigua estación de desinfección. Sobre el mismo sitio, el nivel inferior del flanco derecho del Puente, se empezó a levantar un sólido edificio de

Pedro Siller, *1911 La Batalla de Ciudad Juárez. La Historia*. Ciudad Juárez, Cuadro por Cuadro editores, 2003.

¹¹⁷ Este suceso será descrito con amplitud más adelante.

¹¹⁸ Friedrich Katz, *Pancho Villa y el ataque a Columbus*, Chihuahua, SCHEH, 1979.

ladrillo equipado con modernas calderas, hornos, tuberías para la conducción del vapor, contenedores de sustancias químicas, regaderas y equipo para la desinfección. Finalmente, el 23 de enero de 1917 se inauguraron las instalaciones llegando “... el momento [para] una cuarentena blindada en contra de todos aquellos que entraran a los Estados Unidos desde México”. El encargado de ese proyecto fue el doctor Claude C. Pierce.”¹¹⁹

El doctor Pierce, formaba parte del equipo estrella de médicos del USPHS y, por orden de Washington, fue enviado a El Paso desde marzo de 1916, por lo que pudo sentir el enfrentamiento de sentimientos provocados por “el holocausto” y por el asalto a Columbus. Pierce era el primer inspector sanitario con auténtica experiencia en “zonas de contacto” ya que había servido en la guerra con España en Cuba, conocía Puerto Rico y había pasado una larga estancia (1904-1912) en Panamá como inspector de cuarentenas. Al llegar a El Paso, era un auténtico experto no sólo en lo que se denominaban enfermedades tropicales, sino en la efectividad de las medidas sanitarias apoyadas por fuerzas armadas para la protección de los intereses de los Estados Unidos.

Sin embargo hay en el doctor Pierce otra faceta que puede descuidarse, conocía el enorme poder que tenía una escenografía bien montada para generar sentimientos colectivos: seguridad, bienestar, imposición, subordinación. En efecto, esa parte importantísima de su formación la había obtenido al haber sido encargado de montar la exposición del USPHS para la Exposición Internacional Panamá-Pacífico

¹¹⁹ *El Paso Herald* en sus ediciones del 27 y 28 de enero de 1917 reseñó el hecho como un acontecimiento.

realizada en San Francisco en 1915.¹²⁰ Si en el Caribe y Panamá se había vuelto un experto en el montaje de enclaves sanitarios en defensa de las áreas de influencia de su país, en San Francisco afinó su puntería para lograr incrementar el dramatismo de una acción obteniendo la admiración y legitimidad de unos o el respeto temeroso y subordinado de otros. La estación sanitaria del Puente Santa Fe le otorgó la oportunidad de transformar sus conocimientos fuera del territorio estadounidense y su experiencia escenográfica en un montaje en vivo, en tiempo y situaciones reales justo en un punto tan controversial de la geografía de la Nación imperio.¹²¹

Los mártires del tifus.

La muerte en la frontera de tres personajes ligados a la lucha contra el tifus y la vigilancia fronteriza, dos médicos y un inspector, logró agregarle dramatismo y legitimidad a la puesta en marcha de la estación sanitaria de Pierce. Desde el año de 1915 diversos brotes de tifus mantenían en alerta al aparato de salud pública en el estado de Texas, la cantidad de infectados alcanzó tal proporción que incluso 1915 fue llamado por un periódico “el año del tifus”.¹²² Justo cuando la epidemia cedía en la región de El Paso,¹²³ el inspector Morris Buttner murió el 27 de febrero de 1916 por síntomas asociados al tifus; sólo unas semanas

¹²⁰ La carrera de Pierce continuó por la ruta de un líder del eugenismo: Durante la década de los veinte se dedicó al combate de las enfermedades venéreas y en los cuarentas fue el director médico de la Planned Parenthood Federation, ver Stern, “Buildings, Boundaries.....”, p. 42.

¹²¹ Sobre la capacidad generadora de identidades de las ferias y las exposiciones se pueden ver dos estupendos libros, Robert W. Rydell, *All the World's Fair, Visions of Empire At American International Expositions, 1876-1916*, Chicago, The University of Chicago Press, 1984, capítulo 8. Para el caso mexicano, Mauricio Tenorio Trilo, Op. cit.

¹²² *El Paso Herald*, 28 de abril de 1916, p. 13.

¹²³ “No New Cases of Typhus Here” en *El Paso Herald*, 18 de marzo de 1916, p. 25 y “No New Typhus Cases in El Paso, 30 de abril de 1916, p.7.

más tarde el conocido doctor Carlos Husk se contagió muriendo el 17 de marzo en Laredo.¹²⁴

El impacto asociado a estas dos muertes, más allá del duelo de sus amigos y familiares, permitió un despliegue propagandístico que en el caso de Buttner dejó claro el riesgo que enfrentaban los funcionarios públicos que tenían como parte de su deber, tratar a los inmigrantes mexicanos. *El Paso Times* y el USPHS iniciaron una campaña para recabar fondos y apoyar a los deudos del inspector a la que se sumaron varias iglesias, escuelas y los empleados de las oficinas públicas ya que “bajo las circunstancias de El Paso [Buttner] era un mártir.” Unos cuantos días después la campaña produjo un segundo resultado, el médico de la ciudad, Harry Klutzz, y el recién llegado doctor Pierce recibieron la autorización para implementar baños de querosén y vinagre en las instalaciones de la cárcel y del hospital del condado. Animados por sus experiencias previas en regiones “remotas”, Pierce con el apoyo de Klutzz, a quienes se sumó el doctor J.W. Tappan de la Sociedad Médica del Condado de El Paso, pensaron en revivir las acciones de combate no al tifus sino a la fiebre amarilla, llevadas a cabo años antes en Cuba y Panamá y que a su vez estaban inspiradas en la campaña contra el tifus de los alemanes que proponían como espacios privilegiados para estas acciones de desinfección las cárceles y los hospitales públicos. Sin embargo el entusiasmo se arruinó, el 6 de marzo se produce en la cárcel del condado una tremenda explosión que mata a 28 detenidos, todos mexicanos.¹²⁵

La muerte de Husk afectó de inmediato a la comunidad médica de la ciudad y a todo el espectro político de la sociedad angloamericana de El Paso, ya que el doctor Husk había sido un hombre de “grandes

¹²⁴ *El Paso Herald*, 20 de marzo de 1916.

¹²⁵ McKiernan, op.cit., pp. 191-192,

simpatías por México”. Trabajando como oficial médico en jefe de la gran compañía minera Guggenheim, había organizado expediciones sanitarias para el combate del tifus a lugares como la Huasteca potosina pues estaba convencido que México “debería ser salvado de las furias de las enfermedades infecciosas”. De igual manera, la muerte de Husk fue integrada a la retórica de la campaña mediática declarándolo “mártir de la humanidad”, e incluso el gobierno de Venustiano Carranza anunció que se honraría su memoria ¹²⁶ Durante el resto del año se elevó el nivel de las reacciones en contra de una frontera poco vigilada, el nivel de la retórica anti-mexicana queda bien expresada en las palabras Tom Lea, alcalde de El Paso de gran popularidad;

Las hordas de mexicanos pobres y cargados de enfermedades que están buscando entrar a El Paso desde México deben mantenerse fuera [...] a menos que se tomen los pasos conducentes para mantener a los indeseables fuera, declararé una cuarentena en contra de México.¹²⁷

Pero el clímax llegó con la muerte, por tifus también, del doctor W.C. Klutzz el 2 de enero de 1917, por haber sido el director de los servicios médicos de la ciudad y un ardiente defensor del proyecto de convertir a El Paso en un gran centro de salud para el suroeste del país. Klutzz fue convertido en mártir por la prensa y, de alguna manera, podía inferirse que tanto su muerte como el fracaso por convertir a El Paso en la Montaña Mágica¹²⁸ del desierto, tenían que ver con la desafortunada y perniciosa presencia de México.¹²⁹

¹²⁶ “Dr. Husk Dies of Typhus Fever; A Martyr to Cause of Humanity” en *El Paso Herald*, 20 de marzo de 1920, pp.3-4.

¹²⁷ *El Paso Herald*, 15 de junio de 1916, p.5.

¹²⁸ La novela de ese nombre de Tomas Mann se desarrolla precisamente en un sanatorio para tratar tuberculosos aunque no inspiró a estos *paseños* puesto que fue publicada hasta 1924.

¹²⁹ *El Paso Herald*, ediciones del 1 al 5 de enero de 1917.

El ritual de desinfección.

Al finalizar el mes de enero de 1917, los cruzantes del Puente Internacional experimentaron el surgimiento de un proceso de inspección fronteriza, cuya novedad era lo elaborado del ritual de reconocimiento y el impacto que causaban las instalaciones para realizarlo.¹³⁰ Para intentar comprender el impacto de este nuevo método de revisión las personas que cruzaban la frontera, deben considerarse las décadas de vigilancia tenue e ineficaz que caracterizaba a la frontera con México y que había descrito bien el inspector Seraphic al que se hace referencia al inicio páginas atrás, lo que significaba una considerable libertad de movimiento. Ese ritual de inspección, tuvo marcadas diferencias con los practicados en Ellis Island en Nueva York y en Angel Island en San Francisco: Pierce lo estableció contando ya con los espacios necesarios para ello, la esterilización de ropas y pertenencias, sala donde esperaban ser desempiojados, salas de regaderas separadas para cada sexo. Un ritual que no sólo practicaba escrutinio sino clasificaba, diferenciaba, para luego limpiar a esos cruces multitudinarios entre México y EUA. El ritual partía de una premisa: toda aquella persona que viene de México, es considerada como probablemente infestado de bichos y sabandijas.

Al terminar de cruzar el puente, el trabajo conjunto de los inspectores del Servicio de Inmigración y del Servicio de Salud Pública, decidía, a partir de una inspección ocular -la apariencia física, evidencias de marcas por erupciones, cicatrices de vacunas- si el extranjero que intentaba cruzar hacia los Estados Unidos seguiría su paso -ya que aún no se necesitaban pasaportes- o se le sometería a una inspección de mayor rigor. De ser así, los extranjeros bajo duda debían

¹³⁰ Adicionalmente el nuevo edificio evitaría tragedias tipo “el holocausto” del año anterior.

bajar unas escaleras que los llevarían al costado inferior derecho del puente, donde la planta de desinfección se encontraba. Al entrar al edificio, los individuos esperaban un tiempo a formar un grupo, luego eran separados por sexo y llevados a las “salas para desvestirse” en las que forzosamente debían despojarse de todas sus ropas y pertenencias formando con ellas pequeños montoncitos en el piso; éstos eran recogidos y amontonados en grandes canastas metálicas para llevar la ropa a una sección del edificio donde la ropa era restregada con sustancias químicas y vapor. Los cuerpos ya desnudos, pasaban a las “salas de desinfección” respectiva y ahí los empleados revisaban el cuero cabelludo de los cruzantes; de encontrárseles piojos, se les rapaba –en caso de los hombres- y el cabello se recogía en papel periódico para incinerarse. En caso de que la cabellera infestada estuviese en el cuerpo de una mujer, se les aplicaba una mezcla a partes iguales de querosén y vinagre que deberían mantener por media hora con una toalla atada a manera de turbante.

Ya desempleados, tenían que pasar a las “salas de regaderas” de cada sexo en donde los cuerpos desnudos eran rociados con una mezcla de jabón, querosén y agua. Aún esta parte del proceso, era vigilada y atestiguada por un empleado. Para algunos el ritual no había terminado, pues de haberse así considerado, todavía eran conducidos con sus cuerpos desnudos a ser vacunados contra la viruela. El ritual concluía en las “salas vestidores” en las que su ropa era entregada en bultos, y según los testimonios arrugada, húmeda, irritante y apestosa.¹³¹ Al salir de las cámaras, se les entregaba un certificado del USPHS, el Mexican Border Quarantine que señalaba que el portador había sido desempleoado, bañado y vacunado y todas sus ropas y pertenencias desinfectadas. Después de terminado el ritual, algunos cruzantes podían

¹³¹ OHI-UTEP, No. 143, entrevista a José Cruz Burciaga, El Paso 16 de febrero de 1974, por Óscar J. Martínez.

aún ser aislados por razones físicas o mentales lo cual daba derecho a un examen médico a profundidad que incluiría un perfil psicológico y un interrogatorio acerca de su persona y su ciudadanía.¹³²

A cuatro meses de su puesta en marcha, la estación sanitaria del Puente Santa Fe arrojaba unas estadísticas que permitían a Pierce reportar que no había nuevos casos de tifus en la frontera; sin embargo, anotaba, no se podía bajar la guardia, para él seguía latente el peligro pues una de las más prolíficas fuentes de epidemias seguía estando frente a ellos, en Ciudad Juárez. Las estadísticas de inspección de cruzantes entre el 13 de enero y el 9 de junio de 1917 que elaboró para el USPHS y que fueron consultadas por Alexandra Stern indicaban que en esos cuatro meses se habían presentado 31 casos de tifus en los Estados Unidos, resultando fatalidades en sólo tres de los infectados, pero ¡todos eran de El Paso! Con independencia de las dudas que podamos tener de los datos de Pierce, sus resultados contribuyeron a fortalecer aún más la retórica anti-inmigrante y anti-mexicana al dejar claro que El Paso era quizá el lugar más peligroso, desde el punto de vista de las enfermedades contagiosas, del país por la altísima presencia de nacionales mexicanos, tanto en Juárez como en El Paso mismo.

La verdad es que aún considerando como correcto el dato de esas tres muertes por tifus en El Paso, empequeñece al compararse con el número de cruces y cuerpos inspeccionados reportados por Pierce: 872, 000.¹³³ La misma información reunida por el Dr. Pierce indicaba que por la frontera que Texas tenía con México, se realizaban unos 40,000

¹³² La descripción completa proviene de Claude C. Pierce, "Combating Typhus on the Mexican Border", Public Health Records, 32, 23 de marzo de 1917, en Stern, "Buildings, Boundaries....." p. 46.

¹³³ No tengo forma de comprobarlo pero sospecho que esa cantidad corresponde al número total de cruces realizados en toda la frontera ya que en toda la frontera Texas-México la cantidad mensual rondaba los 164,000 cruces y en un periodo de cuatro meses el total sólo pudo haber alcanzado los 640,000.

cruces semanales, lo que equivaldría a unos 5,700 personas inspeccionados diariamente. Detengámonos brevemente en esta cifra que al compararla con la cantidad de inspecciones realizadas en Ellis Island dejan ver como a través de un ritual sanitario se construía la imagen de México. De esos 5,700 cruces, aproximadamente unos 3,000 se hacían por el Puente Santa Fe; sus instalaciones daban servicio de 7 de la mañana a 7 de la tarde, lo que significa que en promedio, cada hora unos 250 extranjeros eran sujetos de inspección. Ello también significa que si los tres médicos inspectores, Pierce, Tappan y Galloway, trabajaban sin parar las doce horas, y no cumplían con ninguna otra obligación, cada uno revisaba entre 80 y 85 personas cada hora. Es un ritmo que sorprende si se le compara con la actividad en Ellis Island. Ahí, durante todo el año de 1917, fueron inspeccionados 129,000 inmigrantes, de los cuales hay que restar a todos los que viajaban en las cabinas de clases superiores de los trasatlánticos que eran inspeccionados a bordo. Tomando en cuenta que el cuerpo médico allí estaba compuesto por 20 galenos, y que el promedio diario de desembarco era de 350 inmigrantes, podemos imaginar que cada médico examinaba entre 17 y 20 cuerpos por día.¹³⁴

De esa cantidad impresionante, 70,000 fueron sometidos al ritual de desinfección que acabamos de describir y 31,000 fueron vacunados contra la viruela. De nuevo, si nos atenemos a las cifras de Pierce, podemos concluir que durante esos cuatro meses del reporte, entre 550 y 600 personas diariamente habrían bajado las escaleras y descendido a las instalaciones sanitarias inauguradas a finales de enero de 1917.

Comparar las cifras del Puente Santa Fe y de Ellis Island, nos obliga a preguntarnos el por qué la cuarentena mexicana era practicada

¹³⁴ Reportes de Pierce que se encuentran en los Public Health Records utilizados por Stern, "Building, Boundaries...", pp. 47-49.

con tal celo y fervor, cuánto de verdadero control sanitario hubo y cuánto fue parte de un discurso y prácticas de control de otro tipo. Las prácticas y rituales sanitarios son sin duda formas privilegiadas de afirmación del control, del poder y la superioridad de una nación frente a otra, y por ende una forma de afirmar su frontera; la razón puede resultar relativamente sencilla de enunciar fueron mecanismo de gran efecto dramático y de enorme poder de convencimiento pues golpearon e invadieron los lugares más íntimos de las mentes y cuerpos de aquellos mexicanos cuya experiencia al cruzar el Río Bravo usando el Puente Santa Fe había cambiado tan radicalmente. No hay duda que la dureza y la fuerza de sometimiento del ritual sanitario creaban una pedagogía mucho más efectiva que la de los tratados internacionales y los mapas señalando gráficamente las fronteras, para interiorizar en cuerpo y mente la condición de *alien* que la frontera con los Estados Unidos debía imponer.

Resulta fácil imaginar que los inmigrantes que desembarcaban en Ellis Island, después de semanas de viaje, ofrecían una imagen más “criticable” o “sospechosa” ante los ojos de los inspectores, que la presentada por muchos de los mexicanos que cruzaban el puente para ir a trabajar, a comerciar o simplemente a socializar. Aún así, en Ellis Island sólo se desnudaba a la gente cuando había sospechas fundadas de enfermedad, la desinfección para eliminar a los piojos era una práctica aleatoria y que sólo aplicaba en el caso de que el inmigrante hubiese sido detenido para observaciones adicionales. Sin embargo, en el caso de la frontera con México, para los inmigrantes, cuya inmensa mayoría pasaba a pie,

“[...] la medicalización fue incorporada directamente al proceso de entrada. Más aún, en El Paso, y en general a lo largo de la frontera, el

desnudarse a fuerza y la desinfección total continuó hasta fines de los 1920s, mucho después de que el pánico al tifus había desaparecido.”¹³⁵

En la década siguiente, lo que tendió a incrementarse fue un trato más duro hacia los llamados “trabajadores locales”; en 1923, Irving Mcniel, uno de los médicos inspectores, informaba que “[...] basados en apariencia y a la clase social a que pertenecían, el 90% de los que cruzaban eran enviados a desinfección.”¹³⁶

¹³⁵ Stern, “Buildings, Boundaries,...”, p.49.

¹³⁶ *Idem*, p. 72.

V. El enemigo indispensable: mercados de trabajo y controles migratorios.

La legislación migratoria de los Estados Unidos fue pensada en los puertos marítimos y no en la frontera con México cuyos límites son fundamentalmente imaginarios.

F.W. Berkshire. Inspector de inmigración en El Paso.

Si bien es cierto que el suroeste de los Estados Unidos había quedado fuertemente impregnado de sabor mexicano y con una población de ese origen que pudo llegar a los 100,000 habitantes, bien sabemos, que la mayor contribución a la temprana diáspora mexicana en esa región del país, proviene de los centenares de miles de inmigrantes que cruzaron la frontera y se asentaron de manera estacional, temporal y en muchos casos permanentemente en Texas, Arizona y California. La migración de estos mexicanos es indispensable para entender el *boom* económico del suroeste americano entre 1880 y 1920.

La industrialización estadounidense está totalmente ligada a la inmigración y ello la hace una experiencia única en la historia económica mundial. El despegue manufacturero del este y el medioeste tuvo como condición la llegada de enormes oleadas de inmigrantes europeos que allí se convirtieron en una auténtica clase obrera industrial. El sur, agrícola y esclavista, el suroeste de reciente incorporación a la nación, fueron mucho menos activos en atraer a esos inmigrantes europeos o asiáticos, la distancia pero también los fuertes prejuicios raciales lo impidieron. Sin embargo la especialización de esta enorme región estadounidense en proveer productos agrícolas y mineros encontró que, sin tener que cruzar océanos, existía una gran reserva potencial de mano de obra poco costosa. Miraron al sur de su frontera e iniciaron una clara cruzada de atracción de trabajadores, sumando así a

los miles de mexicanos que ya vivían al norte de la frontera, a cerca de un millón de inmigrantes durante estos cuarenta años de bonanza.¹³⁷

La migración mexicana hacia los Estados Unidos esta bien enraizada en el siglo XIX y fue provocada, hay que reconocerlo, por las pésimas condiciones de vida para las clases populares en México –aún en los años del “milagro” económico porfirista. Pero si la pobreza fue la fuerza expulsora, no cabe duda que hubo una deliberada fuerza de atracción de ese potencial laboral. Los intereses económicos del suroeste estadounidense auspiciaron, claramente, la primera gran oleada migratoria de trabajadores mexicanos.

Esta corriente migratoria alcanzó, como se dijo arriba, de manera principal a los estados de Texas, Arizona y California y El Paso fue el principal puerto de entrada a la enorme maquinaria económica del suroeste, sedienta de mano de obra barata y poco calificada. Si -como dice Mario T. García- El Paso simboliza para los mexicanos lo que Nueva York para los inmigrantes europeos, podemos completar la alegoría diciendo que el Puente Santa Fe fue la Ellis Island del desierto.

No obstante las restricciones que en ocasiones se imponían a la llegada masiva de mexicanos al suroeste -debidas sobre todo a la lógica de los ciclos de una economía extractiva como la de la región y a escaladas de los sentimientos racistas-, prácticamente todos los giros: el transporte, la fundición de metales, la minería, el comercio, la

¹³⁷ Ha sido señalado que los registros de inmigración, referentes a mexicanos, realizados por las autoridades de los Estados Unidos son poco confiables para esos años. De hecho los registros migratorios mexicanos anotan hasta el doble de personas que abandonaban México. El Censo de 1930, el primero que incluyó la categoría “mexicano” estimó que la población de ese origen había pasado de 367 mil en 1910 a 700 mil en 1920, pero dejando fuera de esa cantidad a los que se encontraban en condición de ilegales o los censados bajo el rubro étnico de “blancos”. Ver Mario T. García, *Desert Immigrants. The Mexicans of El Paso, 1880-1920*, New Haven-London, Yale University Press, 1981, pp. 34-36.

construcción, los servicios, dependían del trabajo realizado por los braceros del sur de la frontera. Las mujeres, por su lado, estaban también presentes en el mundo del trabajo: el servicio doméstico, lavanderías, industria de la confección. En el sur de El Paso, en los llamados “barrios”, muchos mexicanos encontraron en el servicio a la comunidad de compatriotas, una forma de vida: abarrotes, fondas, sastrerías, peluquería e incluso periódicos.¹³⁸

El Paso pronto aventajó a su vecina, Ciudad Juárez, sobre la que caían casi todos los males del subdesarrollo y la pobreza, con el agravante de tener que atestiguar a diario y en vivo, los efectos de la disparidad con sólo ver hacia el otro lado del río. En 1880, El Paso, entonces llamada Franklin, no era más que un humilde caserío de menos de mil habitantes; por su ubicación geográfica en poco tiempo llegó a ser un punto de convergencia para el paso de importantes líneas ferrocarrileras transcontinentales, además de ser en la práctica uno de los extremos del Ferrocarril Central Mexicano; la avalancha de negocios que ello trajo fue en verdad impresionante: centro comercializador y refinador de minerales, centro importador y exportador de ganado, centro comercial y banquero para el oeste de Texas, el sur de Nuevo México y para el sureste de Arizona. La población creció de manera prodigiosa hasta alcanzar cerca de 78 mil habitantes en 1920, a los que habría que agregar unos 20 mil mexicanos más que no eran contados por su condición migratoria.

La ciudad de El Paso se convirtió en beneficiaria de dos niveles del subdesarrollo económico, por un lado fue mediadora en la relación centro-periferia que caracterizó el intercambio entre el noreste y el

¹³⁸ García, *op. cit.* p.4. *La Patria*, diario fundado en enero de 1919 por el veterano periodista Silvestre Terrazas fue quizá el más importante e influyente de los periódicos publicados en español en los Estados Unidos.

medioeste de los Estados Unidos, ricos en capitales, tecnología, trabajo especializado y manufacturas, y el suroeste que proveía de materia primas y productos agrícola-ganaderos; por el otro lado, su ubicación y relación con México, la ciudad texana fue el gozne para la integración de dos economías tan desiguales y llegó a convertirse en lo que quizá fue el mayor mercado de enganche y distribución de mano de obra barata mexicana del suroeste. Resulta difícil pensar que aún bajo esas condiciones, el bracero mexicano encontrara atractivo el cruzar la frontera e insertarse en un mundo laboral producto de una doble relación de sumisión, desigualdad y explotación.¹³⁹

El estallido de la Revolución Mexicana, que después de 1911 se convertiría en una auténtica guerra civil, sacudió al país y produjo una gran avalancha de refugiados hacia Texas, Arizona y California, varias voces de la “conciencia anglo” quisieron alertar al pueblo y gobierno estadounidenses, sobre los focos rojos prendidos por una migración descontrolada proveniente del sur. En fechas tan tempranas como el año de 1895, funcionarios de la aduana estadounidense se defendían de ciertas acusaciones de ineficacia en su trabajo al declarar que “encontraban casi imposible el prevenir que mexicanos depauperados cruzaran la frontera [ya que en caso de] ser atrapados simplemente declaran que habían estado de visita y venían de regreso a México.”¹⁴⁰ Esta facilidad de tránsito se debía a que los mexicanos no estuvieron sujetos –como ya vimos- a ninguna restricción migratoria hasta bien entrado el siglo XX. La Ley de Inmigración de 1917 por vez primera incluyó a los mexicanos como grupo migratorio al que se le exigirían requisitos adicionales, de manera señalada, el pasaporte. Antes de ese

¹³⁹ Una visión crítica completa del desarrollo económico de El Paso en aquellos años puede encontrarse en García, *op. cit*, capítulo 1. Para un análisis del estado de Texas ver, Emilio Zamora, *The world of the Mexican worker in Texas*, College Station, Texas A&M University Press, 1993.

¹⁴⁰ *El Paso Herald*, 28 de enero de 1895, p.4.

año, bastaba con no dar muestras evidentes de incapacidad física o mental, no ser pordiosero o mendigo, así como no ser catalogado bajo los siguientes excluyentes: ser criminal convicto, anarquista o ejercer la prostitución.¹⁴¹

Al iniciar el siglo XX la economía regional del suroeste y de El Paso en particular continuaba su explosivo crecimiento por lo que aquéllos que se oponían a la entrada de mexicanos, chocaban con la demanda de mano de obra inmigrante. En el verano de 1901 una serie de notas -con evidente inspiración conservadora- clamaban que la falta de trabajadores estaba causando que “hasta cien” inmigrantes de México de “la más pobre clasificación lleguen a la ciudad” y señalaban que éste, era un tipo de inmigrantes que no convenían al país. La inmensa mayoría de los mexicanos que llegan a El Paso, señalaban son “peones de clase baja totalmente indeseables como ciudadanos.”¹⁴²

En declaraciones a *El Paso Times*, el jefe de la Oficina de Inmigración en El Paso señalaba que “hordas de mexicanos de todas las edades estaban inundando la frontera, buscando los beneficios de la ciudadanía estadounidense”, aunque el mismo diario se encargó de confirmar la idea del apetito voraz que el mercado laboral regional tenía por la mano de obra mexicana al decir que “los enganchadores pastorean a los mexicanos y los transportan a los campos ferrocarrileros para ser usados como mano de obra barata.”¹⁴³ Entre las primeras y más importantes compañías de enganchadoras de braceros mexicanos

¹⁴¹ Carlos González Herrera, “Purificar la frontera: Eugenesia y política en la región El Paso-Juárez, 1900-1930”, en Hernán Salas Quintanal y Rafael Pérez-Taylor editores *Desierto y frontera. El Norte de México y otros contextos culturales*. México, UNAM, 2004. pp. 429-446.

¹⁴² *El Paso Herald*, 30 de julio, p.1; 1de agosto, p.4 y 15 de agosto de 1901, p.4.

¹⁴³ García, *op.cit.* p. 38. Las declaraciones de este funcionario, el General Malloy fueron recogidas por este periódico en su edición del 13 de febrero de 1902.

estuvieron la Zárate and Aviña Co., la Handlin Supply Co. Y la Holmes Supply Co., establecidas todas muy cerca del puente internacional.¹⁴⁴

Poco después, en 1903, El Paso Medical Association se quejaba de que la inmigración de peones mexicanos era un riesgo potencial de salud y llamaban a la vigilancia federal de la frontera. La voz de alerta que lanzaron los protectores de la salud de El Paso anglo, llamó a proteger la ciudad combatiendo la entrada ilegal de pobres y enfermos haciendo que todas las agencias y cuerpos de vigilancia de nivel local, estatal o federal, agentes de aduanas, médicos o simples policías de barrio, se convirtiesen en inspectores de migración con capacidad para detener a cualquier sospechoso de ser mexicano, pobre, enfermo o ilegal. La validación racial y visual para el movimiento a través de la frontera, empezó a ganar terreno gracias a las opiniones “autorizadas del gremio médico”. Ese año, los médicos *paseños* solicitaron un año completo de prohibición para la entrada de peones inmigrantes.¹⁴⁵

Sin embargo las medidas proteccionistas extremas, lanzadas tanto por higienistas, como por racistas y aislacionistas fueron opacadas por el ímpetu del crecimiento económico regional.¹⁴⁶ El mismo periódico daría cuenta de las estadísticas migratorias de la ciudad que indicaron que durante los años fiscales 1905 y 1906, 25 mil y 32 mil inmigrantes habían cruzado la frontera por El Paso. La demanda por la mano de obra mexicana inmigrante se había vuelto casi frenética, aún antes de que la Revolución Mexicana produjera tantos inmigrantes hacia los

¹⁴⁴ OHI-UTEP, entrevista No. 157, a Cleofas Calleros por Óscar J. Martínez, 14 de septiembre de 1972.

¹⁴⁵ García, *op. cit.* p.39.

¹⁴⁶ Estas últimas protestas de alguna manera influyeron en el gobierno federal que impuso una “cuarentena” migratoria a fines de 1903. Sin embargo unos cuantos meses después, se ordenó al Departamento de Inmigración no sólo levantar esa “cuarentena” sino “ayudar de cualquier forma a la entrada de trabajadores mexicanos”, ver *El Paso Herald*, 11 de mayo de 1904, p.1.

Estados Unidos, cientos de empresas de todos tamaños y giros habían empezado a depender -para mantener amplios márgenes de utilidad-, de los bajos salarios que pagaban a los trabajadores venidos del sur de la frontera. Al iniciar la Primera Guerra Mundial, la planta fundidora de metales de la ASARCO en El Paso tenía tres mil trabajadores; la gran mayoría venían de México. The Santa Fe Railroad Co. tenía 2,700 empleados, 2,600 de los cuales eran mexicanos. Para el ferrocarril Southern Pacific trabajaban cerca de 13 mil empleados, una cuarta parte ellos lo hacían en su División Suroeste, de los cuales 2,700 eran mexicanos.¹⁴⁷

Desde esta época, la política migratoria oficial de los Estados Unidos estuvo ligada de manera íntima a los ciclos económicos regionales o nacionales. Mientras los mercados laborales requerían a los trabajadores migratorios, los reclamos de un monitoreo estricto de la frontera eran escuchados y respondidos con medidas ciertamente laxas: solicitudes al gobierno mexicano para que vigilara más la frontera e impidiera que “personas indeseables cruzaran” el límite internacional, formación y distribución de listas de “inmigrantes indeseables” que debían ser rechazados, o incluso el decreto de nuevas leyes migratorias como la del 1 de julio de 1903 que imponía un impuesto que iba de 2 a 4 dólares por inmigrante.¹⁴⁸

No fue sino hasta que la economía estadounidense sufrió el primer revés provocado por una de sus crisis cíclicas, que las filas se cerraron

¹⁴⁷ Las compañías ferrocarrileras cuando se trataba de contratar a trabajadores de bajos salarios, empezaron a preferir a los mexicanos sobre los chinos y japoneses. No sólo se les pagaba 1 dólar diario, sino que además eran físicamente más fuertes, de trato fácil, de una obediencia pasiva, son fáciles de satisfacer y no hay riesgo de que realicen acciones concertadas. García, op. cit. p.40 citando U.S. Congress. Senate. Dillingham Commission. *Immigration in Industries*. 61st Congress, 1911, Doc. No. 633.)

¹⁴⁸ *El Paso Herald*, 4 de febrero de 1905, p.5; 20 de octubre de 1903, p.1 y 5 de enero de 1904, p.3.

en contra de los trabajadores inmigrantes de México de manera por demás rápida. Todavía en el verano de 1906, las compañías ferrocarrileras pedían mayores facilidades para contratar braceros al sur de la frontera, la demanda era tan grande que incluso los salarios tendían a aumentar;¹⁴⁹ súbitamente, el intenso tráfico de mexicanos hacia la frontera fue detenido antes de cruzar: cientos de ellos fueron rechazados diariamente por muchos meses por las autoridades estadounidenses; las grandes compañías mineras y ferroviarias que habían enganchado a estos braceros en varios puntos del norte del país, simplemente los dejaron abandonados del lado mexicano pues ya no tenían interés en llevarlos a trabajar a sus minas y campamentos. Durante 1907 miles de braceros rechazados se quedaron varados en Ciudad Juárez y algunos otros –los menos- en El Paso. En la primera no había trabajo para ellos, en la segunda, se quería impedir que se convirtieran en carga para el erario público.¹⁵⁰

El mal momento de la economía estadounidense fue relativamente breve, para mediados del año 1909, los negocios volvieron a recobrar su tono de vigor y como consecuencia, los mercados laborales se reanimaron vivamente. El suroeste del país vecino no fue la excepción y pronto los contratistas y enganchadores de trabajadores extranjeros estaban de nuevo en la frontera de El Paso con Ciudad Juárez peleando por obtener el mayor número de braceros para campos mineros y ferrocarrileros principalmente.¹⁵¹

¹⁴⁹ *El Paso Herald*, 7 de agosto de 1906, p.9.

¹⁵⁰ *El Paso Herald*, 4 de febrero, p.2; 9 de febrero, p.5; 23 de febrero, p.9; 15 de noviembre, p.3; 9 de diciembre, p.2; de 1907; 11 de enero, p.9; 15 de enero, p.4 y 27 de enero, p.5 de 1908.

¹⁵¹ Esta renovación del apetito por los braceros mexicanos es reportada ampliamente por *El Paso Herald* en sus ediciones del 12 de Julio, p.4; 9 de agosto, p.1; 31 de agosto, p.12; 5 de octubre, p.9 de 1909 y del 25 de marzo, p.12 y 8 de agosto, p.3 de 1910.

El enganche de trabajadores mexicanos fue uno de los negocios más lucrativos que el “milagro económico” del suroeste permitió. En El Paso, varias de las compañías para el enganche de peones tenían su sede y fueron uno de los grupos de interés que más fervientemente lucharon por que no se impusieran restricciones de movimiento a los mexicanos que cruzaban, desde Ciudad Juárez, a emplearse en trabajos indispensables para el crecimiento de la riqueza regional, pero que eran constantemente despreciados por los trabajadores de origen anglo. Pero además, los mexicanos eran presentados como la mano de obra extranjera más adaptada para contribuir al desarrollo de las empresas estadounidenses. La Holmes Supply Company, que tenía representaciones en Los Ángeles, El Paso y San Antonio, respondió a un cuestionario oficial en 1907 –año de una fuerte crisis económica en los Estados Unidos- señalando que “[...] ante la imposibilidad de encontrar trabajadores americanos, los mexicanos son la segunda opción.

Los japoneses –analizaba la compañía,

son de trato difícil [y] poco confiables para cumplir acuerdos o contratos; [además] organizan gangs que utilizan para negociar aumentos de salarios amenazando con dejar el trabajo [...] Los negros han sido un fracaso hasta ahora, primero porque no se les consigue en suficiencia, y no se adaptan a vivir en los carros de ferrocarril que las compañías proveen. [...] Los griegos y los italianos las pocas veces que los hemos contratado, nos hemos alegrado cuando se van; tienen mucha habilidad con las herramientas pero no se ganan el salario, se pelean y roban entre ellos mismos. [...] Los rusos siempre llegan en grupos muy pequeños y justo cuando deben estar por llegar, parecen encontrar otro trabajo y dejan plantado al empleador. Los mexicanos en cambio, “[...] son fáciles de manejar, hacen lo que se les pide, no se quejan ni protestan. Con un poquito de amabilidad y trato justo, se les puede retener por mucho tiempo.¹⁵²

¹⁵² Holmes Suplpy Co., Los Ángeles, California, 26 de septiembre de 1907. en INS, RG 85. Casefile 52546/31B.

La misma compañía Holmes, completaba la descripción del trabajador mexicano en un informe a la Comisión de Irrigación de Nueva York. Después de haber intentado por más de cinco años suplir trabajadores extranjeros no mexicanos a las compañías de ferrocarriles Atchinson Topeka y la Southern Pacific, nunca había logrado conseguirlos en número suficiente. El mexicano, además de ser un grupo numeroso es

“[...] pacífico e industrioso. No hay pleitos entre ellos pues no forman facciones rivales como los griegos e italianos. Trabaja constantemente todo el día y trabaja de noche si hay emergencias sin queja. No amenaza con huelgas o paros [...] Finalmente en un comparativo, el rendimiento promedio de un trabajador mexicano es mayor al de los otros y puede trabajar sin problemas en los desiertos de California y Arizona durante el verano.”¹⁵³

Sin embargo, por aquellos años el crecimiento de la economía estadounidense no era una fuerza suficiente como para establecer las corrientes de trabajadores de México que aseguraran el abasto de mano de obra poco calificada, barata y estacional. Estos movimientos fueron condicionados desde fines del siglo XIX desde los Estados Unidos, de manera que las oleadas migratorias hacia aquel país no es sólo resultado de la pobreza mexicana. Las compañías enganchadoras jugaron un papel muy importante en crear esa cultura migratoria; desde El Paso la J.B. Donahue & Co. O la Zarate & Aviña enviaban a sus enganchadores que viajaban al interior del país y luego los remitían a Ciudad Juárez donde esperaban que se juntara un “lote” suficiente como para satisfacer un contrato grande. Embarcados por ferrocarril, eran trasladados a puntos como Kansas donde el capataz de alguna de las empresas –usualmente ferrocarrileras o mineras- que los había

¹⁵³ Holmes Supply Co. A Comisión de Irrigación de Nueva York, Los Ángeles, California, 27 de septiembre de 1907, en *Ídem*.

encargado los recogía. Usualmente con el primer cheque de pago, el trabajador liquidaba su boleto.¹⁵⁴

Este método de enganche queda ratificado por el testimonio de J.M. White, subjefe de la oficina del Sheriff en El Paso. En el verano de 1909, regresaba a Ciudad Juárez en el Ferrocarril Central y antes de llegar a Torreón, un individuo mexicano –agente de la Donahue & Co.- había abordado uno de los carros de segunda clase, dirigiendo un mensaje a los viajeros en el que les invitaba a ir a trabajar a California, prometiendo transporte y buenos salarios. Después de salir de la ciudad de Chihuahua –sigue el recuento de White-, el enganchador con un compañero, había empezado a levantar una lista de todos los interesados. Poco antes de llegar a Juárez, Juan Ochoa, enganchador de la compañía Holmes, se dedicó a convencer a los pasajeros de segunda clase a que la mejor opción para ir a trabajar a los Estados Unidos era su compañía. Al día siguiente, desde El Paso ambas empresas de enganche hicieron “importantes cargamentos de trabajadores.”¹⁵⁵

La demanda por “peones” –como llamaban a los trabajadores mexicanos sin calificación- por parte de los grandes empleadores del suroeste y ya incluso partes del medio-oeste creció al grado que las compañías enganchadoras empezaron a utilizar la mismas prácticas que sus competidores ilegales los *rustlers* (cuatreros), ir a México, cada día más lejos y prometer condiciones de trabajo que quizá no estaban aseguradas. El inspector de inmigración en San Antonio, F. Berkshire, que después sería trasladado a El Paso, indicaba que las compañías

¹⁵⁴ Carl Van Riper, abogado de Kansas a J.H. Pager, Inspector de Inmigración en Kansas, Dodge City, 17 de junio de 1908, INS, RG 85. Casefile 52546/31

¹⁵⁵ J.M. White, Deputy Sheriff de El Paso a Comisionado General de Inmigración, El Paso, 13 de agosto de 1909. INS, RG 85. Casefile 52546/31

establecidas¹⁵⁶ se veían rebasadas incluso en la propia ciudad de El Paso por la enorme agresividad de los *rustlers*, que al ser de “raza mexicana” conseguían convencer más rápidamente a sus paisanos, “rompiendo el equilibrio entre las agencias. Así describe Berkshire el proceso de enganche a la salida del Puente Santa Fe:

Durante la primera parte de cada día, unos cincuenta de esos cuatrerros de trabajadores se congregan muy cerca de la estación migratoria, en el momento en que los peones son admitidos cada uno de los cuatrerros se empeña en crear la mayor impresión en esos mexicanos ignorantes, al tomar ventaja separan a los peones y los tratan de embarcar cuanto antes al empleador que estén representando [...] el ruido fuera de la estación cuando éstos empiezan a acosar a los peones puede ser mejor imaginado que descrito.¹⁵⁷

En su comunicado, Berkshire ofrece una de las primeras evaluaciones de la tensión permanente que significaría, por un lado el fenómeno de México como almacén de mano de obra barata, cercana y abundante, y por el otro, las presiones de muy distintos grupos de interés para que la frontera con México se cerrase o al menos el tránsito por ella quedase muy restringido. El Servicio de Inmigración, -decía a su jefe:

[...] deberá reconocer que El Paso es un mercado de trabajo y lo continuará siendo. [Debería] reconocerse que en verdad prácticamente ninguno de los inmigrantes mexicanos se convertirían en carga pública por ser tan solicitados por los empleadores. En caso de ser rechazados [por el endurecimiento de las disposiciones migratorias], todos los mexicanos entrarán por otras vías, pues es imposible vigilar las líneas de ferrocarril por muchas millas, de hecho, sólo

¹⁵⁶ La Holmes Supply Co. que proveía trabajadores para las líneas del poniente del ferrocarril Santa Fe; la L.H. Manning and Co. que lo hacía para el Southern Pacific; la J.E. Hutt Construction Co para el ferrocarril El Paso and Southwestern and Rock Island.

¹⁵⁷ F. Berkshire, Inspector a cargo en San Antonio a Comisionado General de Inmigración. San Antonio, 1 de noviembre de 1909, INS, RG 85. Casefile 52546/31.

podemos vigilar el puente y cualquiera puede cruzar por otro lado y ser recogido por los enganchadores.¹⁵⁸

Deja también ver el dilema en que el gobierno federal a través de su Servicio de Inmigración enfrentaba; ante la anarquía que producía el negocio de la importación de peones, Berkshire proponía la posibilidad de marginar a los *rustlers* y agencias enganchadoras independientes estableciendo un sistema que “administrara de manera ordenada y legal la entrada de trabajadores migratorios por El Paso” en conjunto con las compañías más grandes.

En la respuesta del Comisionado General a su propuesta, se establecieron dos objeciones; primero, si el gobierno se embarcaba en una empresa de esa clase, pudiera tomarse como precedente y el modelo podría intentar reproducirse en otros muchos sitios y no habría forma de imponer control alguno; en segundo lugar, preocupaba al funcionario que con el modelo de “*clearing house*” o venta de liquidación para ofertar trabajadores migratorios a los grandes empleadores se estuviese avalando un gran monopolio entre empresas y gobierno federal. ¿Por qué no pensar que la solución sería que ese modelo se pusiera en marcha pero directamente con las compañías ferrocarrileras? Es decir, un gran centro de contratación legal para los grandes empleadores,¹⁵⁹ pero esta idea ignoraba el hecho de que a las compañías ferroviarias no querían encargarse de la contratación directa sino de sólo solicitar trabajadores y recibirlos en las vías.¹⁶⁰

¹⁵⁸ *Ídem.*

¹⁵⁹ Daniel J. Keefe, Comisionado General de Inmigración a Inspector supervisor en El Paso, Washington, 19 de noviembre de 1909. INS, RG 85. Casefile 52546/31.

¹⁶⁰ Todo hace suponer que las contrataciones directas de trabajadores fueron muy raras. Hay una reportada realizada por el Southern Pacific que ante una renuncia inesperada después del días de pago, contrató directo en el puente Santa Fe. Subcomisionado General de Inmigración a Inspector supervisor en El Paso, Washington, 9 de marzo de 1910. INS, RG 85. Case file 52546/31

Bienvenido...¡lárgate!: La dualidad en la concepción sobre la presencia mexicana.

La presencia y movilidad de mexicanos en los Estados Unidos producía una gama de representaciones que podían ser radicalmente opuestas, algunas estaban basadas en un rechazo total y racista a una nacionalidad considerada como inferior y con potencial de convertirse en una distorsión de la unidad racial y un contaminante de la reserva genética de la nación americana; otras eran resultado del pragmatismo que crea el cinismo de los intereses materiales y entre ellas las posibilidades son muchas. Conforme fue avanzando el siglo XX, la conciencia nacional estadounidense acerca de la inmigración fue volviéndose más aguda y alerta y resulta particularmente cierta en el caso del movimiento obrero cuando la American Federation of Labor (AFL) desplegó, desde el año 1910, un fuerte movimiento propagandístico y de cabildeo anti-inmigrante que tuvo repercusiones directas en la frontera con México.

La Texas Federation of Labor, afiliada a la AFL, empezó a presionar a los dirigentes nacionales, Samuel Gompers y Frank Morrison, presidente y secretario respectivamente, para que gestionara ante las autoridades federales en Washington el levantamiento de barreras migratorias efectivas contra los trabajadores mexicanos, tanto los que ya estaban en el país como los que podrían seguir llegando del sur. En ciudades como El Paso, resultaba muy sencilla no sólo la contratación de peones para trabajos muy pesados pero de poca calificación, sino también el que dueños de negocios tales como fábricas, talleres, restaurantes y salones de baile, llevasen a trabajar a carpinteros, plomeros, pintores o músicos, quitando así el derecho que

los ciudadanos americanos tenían a los trabajos calificados.¹⁶¹ Como se podrá comprender, las compañías enganchadoras se convirtieron en adversarios del movimiento obrero organizado; la AFL las empezó a denunciar en 1910 por actividad ilegal al ir al interior de México a contratar a trabajadores mexicanos “de la clase más indeseable” que luego afectarían a la clase trabajadora americana. Los inspectores del Servicio de Inmigración –denunciaba la AFL– “... no ponían ningún interés en prevenir esa admisión al mayoreo [de trabajadores mexicanos].”¹⁶²

Estas denuncias de la AFL, nos dejan ver una nueva etapa en el proceso de construcción de México y sus ciudadanos como el “otro amenazante”; primero, John R. Spencer, secretario de la Texas State Federation of Labor establecía una conexión directa entre el trabajo calificado y bien remunerado con la nacionalidad angloamericana y por oposición el no calificado y de menor salario al nacional mexicano, después, se agrega la categoría de “indeseable” a ese trabajador mexicano que, en lo fundamental, no hacía sino responder a las fuerzas de atracción establecidas por los intereses de grandes compañías ferrocarrileras, mineras y agroganaderas. Además, y siguiendo la ruta trazada por los eugenistas y sanitaristas que manejaban el USPHS, organizaciones obreras como la AFL señalaban que el más grande obstáculo que enfrentaba una ciudad como El Paso para su definitivo despegue hacia el progreso, eran la nociva presencia de una gran población mexicana a ambos lados de la frontera. *The Labor Advocate*, periódico ligado a la oficina local de la AFL, señalaba que ciudades como San Antonio o Galveston estaban en pleno crecimiento económico debido a que se estaba dando preferencia a los ciudadanos

¹⁶¹ Samuel Gompers, Presidente de la AFL a Daniel J. Keffe, Comisionado General de Inmigración, Washington, 28 de abril de 1910. INS, RG 85. Casefile 52546/31A.

¹⁶² Frank Morrison, Secretario de la American Federation of Labor a Daniel J. Keffe, Comisionado General de Inmigración, Washington, 29 de abril de 1910, Ídem.

estadounidenses para ocupar las plazas de trabajo, logrando que éstos gastaran sus salarios en la misma ciudad; mientras tanto, El Paso contrataba a sus trabajadores fuera de la ciudad. Aquí una muestra del tono de la retórica obrerista hacia los trabajadores mexicanos:

Vayan cualquier mañana hasta el puente y podrán ver las hordas de peones miserables que en grupos de hasta seiscientos, cruzan diariamente hacia este lado para trabajar, tomando nuestros dólares americanos para luego regresar con ellos por la noche y gastarlos allá. Vienen y compiten injustamente quedándose con los trabajos de construcción de los grandes edificios, se apoderan de los parques públicos para tocar música.¹⁶³

Este grupo de trabajadores había sido bien estudiado en el “Reporte Stone” y nos permite observar algunas distorsiones que de la realidad hacían las reclamaciones de la AFL. Si bien es cierto que un número que pudo haber ido de las 500 a las 600 personas cruzaban diariamente el puente para trabajar en El Paso, resulta incorrecto afirmar que estuviesen ocupando puestos de trabajo especializados. Stone calculó que el 20% de estos trabajadores podrían ser empleados calificados, pero la abrumadora mayoría se desempeñaban como trabajadores sin calificación (45%), o las mujeres que eran empleadas en el servicio doméstico (30%).¹⁶⁴

El discurso de la organización obrera ensanchaba su definición sobre el significado de México, denunciando que la presencia de los

¹⁶³ The Labor Advocate, El Paso, 6 de mayo de 1910, en INS, RG 85. Casefile 52546/31B.

¹⁶⁴ El Reporte menciona el cruce de panaderos, cantineros, fabricantes de ladrillos, carniceros, carpinteros, empleados, cocineros, floristas, sombrereros, impresores, zapateros, relojeros, e incluso un doctor y un ingeniero. Debe tenerse en cuenta que esta es la contabilidad de aquellos que viviendo en Juárez, cruzaban diariamente a El Paso. Cuadro: “Mexican Aliens Residing in Juarez, Mexico, and Crossing over to the United States Daily, All of them Being Employed in El Paso, Texas” del Reporte del Inspector Frank R. Stone “Mexican Labor Conditions”. Mayo de 1910. INS, RG 85. Casefile 52546/31B

mexicanos no sólo robaba puestos de trabajo y dañaba a la ciudad de El Paso; los peones eran un auténtico riesgo para la integridad nacional pues:

... la llegada y admisión de las hordas de mexicanos pobres [a El Paso], permite que se embarquen a todo el suroeste gente sin valor y criminales vagabundeando [y] cuando finalmente se establecen en algún pueblo, se rehúsan a trabajar y se dedican a vivir del dinero que sus mujeres ganan ya que los hombres practican la poligamia, el adulterio y todos los crímenes morales posibles [...] Nuestras cárceles están llenándose de esta clase de personas y nos obligan así a gastar grandes cantidades de dinero [...] parece que México se está deshaciendo de todos sus ciudadanos sin valor y criminales mandándolos a cruzar por El Paso.¹⁶⁵

Llama poderosamente la atención la visión que sobre el problema mexicano tenía el Servicio de Inmigración, justamente cuando la AFL lanzaba su campaña contra los trabajadores migratorios mexicanos, realizó un amplio estudio denominado “Mexican Labor Conditions” que había sido encargado al inspector Frank R. Stone, quien produjo un reporte de 102 páginas presentado en mayo de 1910. El “Reporte Stone” tuvo como objeto trazar el fenómeno del movimiento mexicano a los Estados Unidos y parte de sus conclusiones son diametralmente opuestas a la retórica del AFL:

La inmigración de peones mexicanos es legítima y es un movimiento natural para satisfacer las demandas económicas del suroeste y gracias a este flujo la región puede competir. El movimiento mexicano ha tendido a salirse de control por el hecho de que los peones regresan a sus pueblos y su experiencia invita a muchos más a venir.¹⁶⁶

¹⁶⁵ Ídem, el periódico está citando a un sheriff del que no da el nombre ni la lugar.

¹⁶⁶ Presentación del Reporte “Mexican Labor Conditions” del Inspector Frank R. Stone. F. W. Berkshire, Inspector supervisor en El Paso a Comisionado General de Inmigración. El Paso, 30 de junio de 1910, en *Ídem*.

Es evidente que el Servicio de Inmigración es ese tiempo, estaba alineado con los intereses de algunos de los grandes empleadores del suroeste estadounidense y que se beneficiaban del flujo de peones mexicanos y que paradójicamente, el tono de su discurso parece reflejar una simpatía humanitaria y un aire de solidaridad hacia los inmigrantes mexicanos. El “Reporte Stone” traza una línea de continuidad con la valoración que habían realizado, años antes, las compañías enganchadoras:

El peón mexicano es una necesidad para el desarrollo de esta sección de los Estados Unidos y contra la idea de que son trabajadores de menor calidad, son mejor mano de obra que los extranjeros que vienen del este o del sur de Europa.¹⁶⁷

El trabajador mexicano inmigrante jugaba además el papel de elemento controlador de ciertas variables de la economía regional y nacional ya que el promedio de 30 a 50 mil trabajadores que llegan al año de México, permitía que los salarios no se dispararan, pero sin ser cierto que su presencia produjese el abatimiento de los sueldos.

El inspector Berkshire, representa muy bien a ese sector de opinión que se reflejaba en una corriente de manejo y administración de la migración que veía en el trabajador mexicano inmigrante, una especie de mal necesario que si bien no agradaba a las conciencias, sí suponía un puntal de la competitividad del suroeste en el marco de la economía nacional. Por ello sus sugerencias seguían moviéndose en un escenario de luces sin definición completa sobre la forma de definir a México y a sus peones inmigrantes, y que por lo tanto obligaba a una administración del movimiento fronterizo muy ambigua. Berkshire siguió pensando por un tiempo, que un acuerdo entre el Servicio de

¹⁶⁷ *Ídem.*

Inmigración, las compañías enganchadoras, los cuatros o enganchadores independientes y las empresas ferrocarrileras, ayudaría a establecer un *status quo* del movimiento inmigrante mexicano y las necesidades de mano de obra en los Estados Unidos.

Pero la base de ese acuerdo resultaba de gran complicación para la condiciones de capitalismo semi-salvaje que se desarrollaba sobre todo en el suroeste estadounidense, se requería que todos los involucrados se comprometieran a indicar en todo momento el lugar preciso en que se encontraba cada inmigrante y el tipo de trabajo que desarrollaba: ello significaba llevar controles oficiales de a) inmigrantes que habiendo sido admitidos en el puente Santa Fe, hubieran desechado la oferta del enganchador; b) inmigrantes que habiendo llegado al lugar de su contrato lo hubiesen desertado; c) inmigrantes que habiendo empezado a trabajar con la empresa ferrocarrilera hubiesen abandonado el empleo después del primer pago.¹⁶⁸

La respuesta de los enganchadores fue de rechazo pues para ellos suponía convertirse “en ojos del Servicio de Inmigración”, además de considerar que se trataba de un reglamento inconstitucional por considerar que violaba no sólo los privilegios y derechos de los extranjeros, sino de los ciudadanos y empresarios americanos. El alegato jurídico expuesto por las compañías enganchadoras es interesante pues para defender los intereses económicos que representaban, hacen una defensa de los derechos mexicanos por su cercanía y correspondencia con los intereses y leyes de los Estados Unidos:

¹⁶⁸ El documento en que se estipulaban estas condiciones era “Reglas de observancia para las agencia de empleo” contenido en F.W. Berkshire, Inspector supervisor en El Paso a Comisionado General de Inmigración. El Paso, 18 de marzo de 1911. INS, RG 85. Casefile 52546/31C.

A México lo separa sólo una línea imaginaria de los Estados Unidos, y los intereses de los dos pueblos están, en muchos aspectos, íntimamente relacionados [en nuestro país] hemos obtenido grandes beneficios por nuestra relación de negocios con esa República. Esto es especialmente cierto en El Paso [...] Cuando un inmigrante ha sido admitido ha mostrado que es digno de estar en los Estados Unidos, y en ese preciso momento, los derechos y privilegios que tenían antes de cruzar, cambian y se ensanchan, a menos provisionalmente, al nivel de un ciudadano americano.¹⁶⁹

En esta definición de la persona de nacionalidad mexicana, se hace caso omiso de su condición de pobreza, de sus hábitos de limpieza, de su pertenencia a una “familia racial” distinta, que habitualmente se escuchaban por entonces para llegar a igualarla “temporalmente” al nivel de la condiciones de un ciudadano estadounidense. Resulta importante señalarlo de nuevo, ese alegato de igualdad se basaba en la capacidad que tenía ese trabajador mexicano de beneficiar los intereses de los Estados Unidos.

Pero al igual que en el caso de la polarización de opiniones que el Servicio había mostrado con la AFL, el Servicio de Inmigración estaba contrapunteado con las casas de enganche, pues consideraba que desarrollaban una actividad perversa. Estos mercantilistas sin límites, “pervierten las leyes migratorias” creando dos efectos que graves: estimulando artificialmente la inmigración y estafando a los inmigrantes. En ambos casos –señalaba- el dinero estaba de por medio: la importación de peones mexicanos era un gran negocio. En esa época, aprovechando los primeros efectos disruptores de la Revolución Mexicana, una agencia de enganche en El Paso podía introducir, mensualmente, hasta 1,100 trabajadores inmigrantes por los que hacía un cargo de 6 dólares por persona, descontando 1 dólar por el costo de

¹⁶⁹ “Observaciones a las reglas par alas agencia de empleo”, en Abogado de Zarate & Aviña Co. y otros a Secretario de Comercio y Trabajo de los Estados Unidos. El Paso, 3 de agosto de 1911. *Ídem*.

mantenimiento y traslado a sus lugares de trabajo, la ganancia mensual andaba por los \$5,500 dólares y, por aquellos años, una empresa que reportaba utilidades por \$65,000 dólares al año era un negocio fabuloso.¹⁷⁰

Siendo tal el negocio, a las agencias de enganche les convenía estimular la inmigración, animando a más gente en México a buscar llegar a los Estados Unidos; para ello, contaban no sólo con el trabajo de los enganchadores y cuatrereros que se internaban al interior del país sino, sobre todo, con la propaganda que los propios inmigrantes hacían al regresar temporalmente a sus pueblos. Pero además, la propia economía de la región suroeste implicaba que nuevos empleadores aparecieran cerca de los campamentos de mantenimiento de las vías de ferrocarril, invitando a esos mexicanos para ir a ocupar otros empleos mejor pagados o menos extenuantes; ello generaba un círculo de utilización y reutilización de la mano de obra del peón inmigrante que inflaba permanentemente la demanda. Ese efecto de la economía regional, ajeno a la voluntad de los mexicanos, era aprovechado por los empleadores para mantener plantillas de trabajadores con pocos derechos y bajos salarios, y por supuesto por las compañías enganchadoras, efecto riesgoso que de acuerdo al Comisionado General de Inmigración, ya no se encontraba limitado a los estados del suroeste sino que se movía hacia otros lugares del país:

El peón es un trabajador de vía satisfactorio por las razones de su docilidad, su ignorancia, su servilismo, el poco afecto a organizarse y su voluntad de trabajar por un salario bajo. Antes, el peón fue usado en los climas calientes de los desiertos del suroeste; ahora se ha ido moviendo hacia el medio-oeste y hacia el norte hasta la frontera con Canadá. En el suroeste satisface una demanda

¹⁷⁰ Los seis dólares eran pagados por la compañía ferrocarrilera que hacía el encargo de peones pero luego eran recuperados del primer sueldo ganado por ellos. El "Reporte Stone" ofrece cifras más conservadoras.

económica, pero en los sitios a los que se ha desplazado recientemente, sin duda desplazará a trabajadores que pudiendo realizar labores, de manera igual o mejor, demandarán salarios más altos.¹⁷¹

Para cuando llegó 1912, la idea de la Revolución de 1910 como una revuelta corta que habría de concluir con la caída de Porfirio Díaz, se esfumaba en la percepción de las autoridades estadounidenses que no además de tener informes sobre la violencia creciente en México, empezaban a ver crecer las oleadas de inmigrantes, muchos de los cuales llegaban en calidad de refugiados.¹⁷² En ese marco de intranquilidad, las prácticas migratorias fueron sujetas a mayores críticas. El inspector en jefe de la estación de El Paso, Frank Berkshire, fue objeto del “fuego amigo” ya que el plan propuesto a principios de 1911 para trabajar con cierto nivel de acuerdo con las agencias para el enganche de trabajadores mexicanos, terminaba su periodo de prueba con malos resultados. El experimento de Berkshire, señalaba uno de sus críticos, es ideal para los intereses de esas compañías pues siguen teniendo acceso mano de obra baratísima y casi ilimitada con el apoyo del Servicio de Inmigración que había caído en el absurdo de basar una política de contención migratoria en acuerdos de contratación:

Parecería que la mera presencia en los puertos de cruce fronterizo de grandes agentes de contratación de trabajadores, que son necesariamente bien conocidos al otro lado de la frontera, constituye por

¹⁷¹ Comisionado General de Inmigración a Secretario de Comercio y Trabajo. Washington, 3 de julio de 1911. INS, RG 85. Casefile 52546/31C

¹⁷² Al gobierno estadounidense le preocupaba que además de ser numerosos, los nuevos inmigrantes siguieran apoyando a las facciones enfrentadas en México, violando así las leyes de neutralidad de los Estados Unidos. A fines de 1911, se decidió la realización de redadas con autoridades locales para reunir a los mexicanos y saber si se estaban involucrando en actividades políticas. Procurador General de los Estados Unidos McDaniel a Procurador General de Texas, Washington, 20 de noviembre de 1911. INS, RG 85. Casefile 53108/1C

sí misma una tremenda fuerza de inducción a la inmigración, con independencia de la labor de enganche que realizan en México.¹⁷³

El Servicio de Inmigración, continuaba la crítica, ha dejado de prevenir la entrada ilegal de trabajadores, pues parecía dedicado a facilitarlos, olvidando el carácter de esas agencias de empleo y que la ley de migración del país prohibía que los extranjeros dejaran los trabajos por los que habían sido admitidos y fuesen a buscar otros mejor pagados.

En la crítica realizada por Taylor a Berkshire, está implícita la influencia del nativismo y el discurso eugenista sobre los peligros de la inmigración no selectiva, pues la preocupación sobre la forma en que se estaba administrando el flujo de extranjeros por El Paso, se marcaba que se estaban admitiendo a personas indeseables:

[...] son los más pobres de México, sin posibilidad de aportar nada, absolutamente destituidos e incapaces de asegurarse una comida o una noche de hospedaje, [esos] son los que pasan ininterrumpidamente por El Paso directamente a las manos de los agentes que representan a las compañías ferrocarrileras, a cuyo nombre son embarcados como animales al interior del país donde, como se ha mostrado, un gran porcentaje abandona el trabajo y buscan empleos mejor pagados con la ventaja de que el costo de su pasaje ya fue cubierto.¹⁷⁴

Muy pronto esas críticas desbordarían al Servicio y se realizarían desde el Congreso de los Estados Unidos. La presión que las organizaciones laborales empezaron a ejercer sobre senadores y diputados lograron que se culpara al Servicio de Inmigración de las

¹⁷³ R.H. Taylor, Inspector en El Paso a Comisionado General de Inmigración, El Paso, 9 de julio de 1912. INS, RG 85. Casefile 52546/31E

¹⁷⁴ Ídem.

constantes violaciones a la Contract Labor Law, “por el trabajo ineficiente de sus agentes en la frontera con México”¹⁷⁵

La inmigración mexicana: Entre restricciones y excepciones.

Si bien estas visiones contradictorias parecen lo suficientemente graves, no estaba sino inaugurándose una situación de contradicción constante sobre el deseo de acabar con la presencia mexicana y los intereses económicos que la reclamaban y que se extendería por los siguientes 15 o 20 años. Un periódico de Kansas expuso de manera muy clara la relación entre la rentabilidad de las empresas ferrocarrileras y el trabajo inmigrante:

Los días del hombre blanco trabajando en la construcción de las vías férreas han terminado. Ningún trabajador blanco trabajará por \$1.70 al día. Desde el Río Mississippi hasta el Pacífico los ferrocarriles usan el trabajo mexicano. Esos hombres son asegurados en El Paso [...] En Illinois los ferrocarriles tienen a los italianos. En Missouri algunos italianos pero la mayoría son mexicanos. En Oklahoma y Texas se contratan negros. En el este, casi todos son italianos y polacos.¹⁷⁶

Aún en contra de esos grandes intereses económicos, el Congreso de los Estados Unidos se disponía a enmendar la Ley de Inmigración vigente añadiendo algunas mediadas para restringir la entrada de extranjeros al país. Los congresistas Dillingham y Burnett propusieron una iniciativa, que lleva su nombre, para incluir el uso de pruebas de alfabetismo en el proceso de admisión fronteriza. De inmediato las compañías ferrocarrileras expresaron su oposición, sólo en el otoño de

¹⁷⁵ Son quejas llegadas desde Arizona y Kansas. Comité de Inmigración y Naturalización de la Cámara de Representantes a Charles Ángel, Secretario de Comercio y Trabajo, Washington, 31 de diciembre de 1912. INS, RG 85. Casefile 52546/31G.

¹⁷⁶ “Dearth of Labor” en *The Topeka State Journal*, 27 de noviembre de 1912. INS, RG 85. Casefile 52546/31G

1911, la línea Santa Fe & Rock Island había tenido que mandar agentes a México a conseguir 1,500 trabajadores.¹⁷⁷ Al iniciar 1913, la línea Atchison, Topeka & Santa Fe, inició una campaña de activismo distribuyendo unos volantes para ser llenados y enviados al Congreso pidiéndoles evitar que dicha enmienda fuese aprobada pues:

[...] impediría la entrada del 99% de los peones mexicanos y todos los ferrocarriles de Kansas y el suroeste dependen de su trabajo, [...] sin ellos sería imposible mantener las vías en buen estado y las compañías quedarían paralizadas. [Además] Los mexicanos, en sólo unos años se adaptan a los estilos de vida de los Estados Unidos y generalmente mandan a sus hijos a la escuela.¹⁷⁸

Pero los reclamos de la American Federation of Labor arreciaban y encontraron eco en el propio Congreso. Samuel Gompers, su presidente, fue escuchado cuidadosamente por el senador Henry Cabot Lodge, a quien nos referimos en el capítulo 2, y que era impulsor de una nueva ley inmigratoria basada en la teoría de las familias raciales superiores e inferiores. Entre ambos crearon una mancuerna poderosa que ejerció presión sobre el gobierno del presidente Taft, en la persona de Charles Nagel, secretario de Comercio y Trabajo, a quien se acusaba de una política extremadamente liberal e irresponsable en la vigilancia de la frontera con México. Pero Nagel se defendía diciendo que las violaciones masivas a la Contract Labor Law denunciadas por Gompers eran inexistentes y que la mayoría de los grandes empleadores usaban métodos legales para hacerse de trabajadores mexicanos. La mentira era evidente, los peones mexicanos sí eran invitados y enganchados desde el lado mexicano y sí cambiaban frecuentemente de empleo estando en los Estados Unidos:

¹⁷⁷ *Ídem.*

¹⁷⁸ The Atchison, Topeka & Santa Fe Railway Co. a los miembros del Congreso de los Estados Unidos. Topeka, Kansas, 3 de enero de 1913. INS, RG 85. Casefile 52546/31F

[...] llegan voluntariamente a El Paso y ahí son peleados por las agencias de empleo, pero bajo la vigilancia del Servicio de Inmigración. [Y] sólo cuando los de esta clase no alcanzan, se les inducía para traerlos desde México violando así la Contract Labor Law [pero] aún reconociéndolo, el personal del Servicio de Inmigración es insuficiente para vigilar el proceso.¹⁷⁹

Contra viento y marea, el presidente William H. Taft vetó la iniciativa Dillingham-Burnett, como uno de los últimos actos de su presidencia, alertando a todo el disperso universo del pensamiento nativista a enfilar sus esfuerzos hacia la obtención de una ley de inmigración que contuviese los más importantes postulados de su pensamiento: la prohibición para inmigrar a pobres y convictos y pruebas de alfabetismo y admisión selectiva de extranjeros basada en origen nacional y racial. Las actitudes anti-mexicanas fueron ganando terreno en ese movimiento que antes se había concentrado en los inmigrantes asiáticos y de la Europa central. Representativa de éstas, es la del A.A. Graham, abogado republicano conservador de la ciudad de Topeka; aprovechando el arribo de Woodrow Wilson a la presidencia, lanzó furiosos ataques a la política migratoria dirigida a los mexicanos seguida por el anterior gobierno, señalando de paso, que si el presidente Taft había alcanzado a vetar la iniciativa para la prueba de alfabetismo, lo había hecho por la nefasta influencia de Charles Nagel quien habría actuado como un aliado de las agencias de enganche y en abierto beneficio a las compañías ferrocarrileras del oeste y medio-oeste.¹⁸⁰ Le advierte amenazante:

La inmigración es el problema más grande que enfrenta su administración, y demanda la exclusión de europeos de clase baja de la costa Atlántica y de los

¹⁷⁹ Charles Nagel, secretario de Comercio y Trabajo a senador H.C. Lodge. Washington, 4 de enero de 1913. *Ídem*.

¹⁸⁰ A.A. Graham a Woodrow Wilson. Topeka, 1 de marzo de 1913. INS, RG 85. Casefile 52546/31G

mexicanos que ahora inundan el oeste y el medio-oeste [...] si a la inmigración no se le da inmediata atención, muy pronto no habrá americanos [...] Me siento impelido a advertirle lo que yo atestigüé en mi pueblo natal en el condado de Westmoreland, Pensilvania que ha sido entregado por completo a los extranjeros [...] ¹⁸¹

La voz de alarma de Graham, ayuda a entender el marco que servía para definir a los mexicanos y su presencia en los Estados Unidos, su retórica es representativa de la reingeniería cultural a la que se estaba sometiendo a la frontera con México:

Si no impedimos que los mexicanos sigan entrando, se apoderarán del oeste y del medio-oeste [...] La población propiamente americana esta desapareciendo con rapidez, y muy pronto la daremos por muerta, a menos que restrinjamos la inmigración de europeos de clase baja y de mexicanos. ¹⁸²

Le pide al presidente Wilson, que vea por el interés del pueblo americano y que rompa con la tradición de proteger los intereses corporativos y monopolísticos de sus antecesores, particularmente Nagel quien era “[...] alma y cuerpo de los intereses de las grandes corporaciones que sólo deseaban trabajo barato sin importar ningún sacrificio o calamidad.” ¹⁸³

Graham logra agregar un nivel adicional al discurso de esa reingeniería cultural que intentaba modelar una nueva realidad fronteriza y que he venido tratando de describir. De nuevo como se puede observar, las ecuaciones resultan la vía más radical de obtener

¹⁸¹ *Ídem.*

¹⁸² *Ídem.*

¹⁸³ El tinte populista forma parte del discurso nativista, por ello encontró tanto eco en sectores populares y depauperados o dentro del movimiento obrero organizado. Por otro lado, las acusaciones a la administración Taft parecen un tanto injustas pues, aunque su secretario de Comercio y Trabajo Nagel efectivamente provenía de la Standar Oil, durante su periodo decretó un gran número de medidas antimonopolio, ver Foner y Garraty, *op.cit.* pp. 1056-1057.

discursos de impacto, los mexicanos son igual a clases indeseables, los mexicanos son igual a trabajo físico extremo y mal pagado, la presencia mexicana es anti-americana. Detengámonos de nuevo en la forma en que Graham propone entender a los mexicanos en una comunicación dirigida al nuevo secretario de Comercio y Trabajo. La presencia mexicana como riesgo a la sociedad americana:

[...]Si bien es cierto que no podemos conectar directamente a los ferrocarriles [con la importación ilegal de peones], seguimos teniendo el hecho de que nativos de México, que han trabajado un tiempo suficiente en los Estados Unidos para convertirse en trabajadores ferrocarrileros más o menos calificados, regresan a sus hogares y muy pronto reaparecen en el Río Grande con un pequeño ejército que reclutaron a nombre de los ferrocarriles.

Estos mexicanos nos burlan, entrando ellos mismos al negocio de la inmigración, mandan a sus paisanos a la frontera y ahí empleados de los ferrocarriles los recogen [...]

El deseo que me anima en este particular no es otro, sino el de salvar un poquito de América para los americanos.

Hace unos años, visité mi pueblo natal en el condado de Westmoreland, Pennsylvania, donde, hace 30 años, no había un solo inmigrante, mientras que ahora está llena de extranjeros europeos del tipo más indeseable.

Cuando dejé mi pueblo hace 30 años, se habían sufrido dos homicidios en doscientos años; en los últimos 30 se han cometido entre 200 y 250.

Los mexicanos ya han monopolizado algunas líneas de trabajo en el oeste y están expandiéndose con rapidez por todo el país.

¿Salvaremos a América o dejaremos que razas las razas de mortales más bajas de los dos hemisferios nos destruyan?

Esta es una pregunta que requiere respuesta inmediata.¹⁸⁴

Los mexicanos como sumario de la pobreza material y espiritual:

Si los americanos hubieran consentido, como algo natural, a vivir en minúsculas casas, a comer pan duro, a vivir sin ningún mobiliario, sin un

¹⁸⁴ A.A. Graham a Joseph E. Evans, secretario de Comercio y Trabajo. Topeka, 8 de febrero de 1913. INS, RG 85. Casefile 52546/31G

cambio de ropa, sin combustible para calentarse en el invierno o sin protección contra el calor del verano, en pocas palabras, si los americanos hubieran consentido a vivir como si fuesen mexicanos, entonces no habrían sido arrojados de sus trabajos.¹⁸⁵

La necesidad de una política anti-mexicana como una jornada nacionalista y patriótica

[Por ello] aunque en el presente estado de nuestras leyes, si fueran vigiladas, podríamos reducir mucho la entrada de mexicanos; lo que necesitamos es excluirlos por completo pues muy pronto se apoderaran del occidente del país para luego extenderse hacia el este [...] si alguna parte de América puede aún salvarse para los americanos, debemos empezar a salvarla ahora mismo.¹⁸⁶

Un año después, en 1914, Graham volverá a dirigirse a la administración del presidente Wilson, a través de su secretario del Trabajo, reclamándole que un año después de haber accedido al poder, su administración había hecho poco por atacar la inmigración mexicana. Le exhibe como prueba dura de la “invasión mexicana” y de la clara política de los consorcios ferrocarrileros del suroeste de no contratar americanos, un vocabulario de términos ferrocarrileros llamado “Mexican Translation” (sic) del inglés al español con su pronunciación. Independientemente de la valoración que se pueda hacer de una prueba de esta naturaleza, el impacto que su publicación en varios periódicos del suroeste tuvo, sobre todo, en los sectores anglos más conservadores debió haber sido grande: ¡un capataz o gerente teniendo que aprender a pronunciar un vocabulario básico para ser entendido por sus peones mexicanos!¹⁸⁷

¹⁸⁵ A.A. Graham a Woodrow Wilson. Topeka, 14 de agosto de 1913. INS, RG 85. Casefile 52546/31H

¹⁸⁶ *Ídem.*

¹⁸⁷ A.A. Graham a William P. Wilson, secretario del Trabajo. Topeka, 17 de abril de 1914. INS, RG 85. Casefile 52546/31H

No obstante el panorama anterior, sabemos que el nivel de desacuerdo sobre la valoración de la presencia mexicana, en la vida diaria, cultural y laboral en amplias regiones de los Estados Unidos, era muy grande y se hace evidente al leer, por ejemplo, la evaluación que hacía un personaje como el jefe del servicio migratorio quien informaba a su superior el secretario de Comercio y Trabajo que las pruebas en contra del Servicio sobre la situación mexicana, estaban basadas en evidencias de segunda mano y que la realidad oficial era que en los Estados Unidos eran necesarios los peones mexicanos; que su entrada era vigilada con los recursos con los que se contaban: 183 inspectores para una frontera de 2,900 kilómetros; que ocupaban puestos de trabajo en los ferrocarriles, la minería y la agricultura que eran rechazados por los trabajadores angloamericanos; finalmente que, y resulta sorprendente , había que desestimar la voz de alarma de una inmigración masiva:

De acuerdo al censo de 1910, el número de mexicanos que han penetrado más allá de nuestra frontera no es tan grande [pues] el crecimiento de esa población entre 1900 y 1910 ha pasado de 100,384 a 214,390.¹⁸⁸

El análisis oficial que se hacía por entonces de la ley de inmigración vigente y de la Contract Labor Law a la luz de la “situación mexicana”, deja ver que se estaba preparando una gran reforma para el monitoreo de la frontera con México y de la administración de su flujo migratorio que iniciaría con la nueva acta migratoria de 1917. La reforma debería tener como premisa que las mencionadas disposiciones eran irreales e inoperantes,¹⁸⁹ ya que eran incapaces de diferenciar la doble naturaleza del movimiento mexicano. Por un lado –señala un

¹⁸⁸ Daniel Keffe, Comisionado General de Inmigración a Secretario de Comercio y Trabajo. Washington, 12 de marzo de 1913. INS, RG 85. Casefile 52546/31G

¹⁸⁹ Una excelente valoración de la situación mexicana y de la “Contract Labor Law” fue realizada a mediados de 1913 y se presenta como anexo.

informe de enero de 1914- es fácil entender que los mexicanos que regresan a sus pueblos en México, de manera natural incentivan la inmigración al contar sus experiencias, "... ellos son las fuentes de diseminación más grande de las condiciones de trabajo en los Estados Unidos, que tomando en cuenta la pobreza y las dificultades derivadas de tres años de revolución, son aún más atractivas. Pero por el otro, debía reconocerse las prácticas, casi imposibles de evitar, de los agentes enganchadores que viajaban libremente a México a convencer a más mexicanos a que viajaran a los Estados Unidos, ofreciéndoles todas las facilidades, repartiendo en sus recorridos folletos y publicidad así como pidiendo a los inmigrantes mexicanos que incluyesen en su correspondencia a México, cartas de presentación de sus agencias.¹⁹⁰

Pero el informe hace además un reconocimiento que es central en mi opinión: acepta que en efecto el Servicio de Inmigración había descuidado a los mexicanos, no les había dado la suficiente importancia, "por no conocer la manera adecuada de hacer cumplir la ley en referencia a los mexicanos"; ésto es, la comprensión del mexicano como un "otro" totalmente diferenciado había requerido de un largo periodo de maduración y que aún después de seis décadas de la aparición de la frontera como resultado de un acuerdo político-diplomático entre las dos naciones, en la práctica tenía todavía grandes dificultades para implementarse.

El Acta Migratoria de 1917.

Conforme la Revolución Mexicana crecía en violencia y producía mayores disturbios a la población general, la frontera era sometida a

¹⁹⁰ Joseph Meyers, Inspector a Comisionado General. El Paso, 9 de enero de 1914. INS, RG 85. Casefile 52546/31H

mayores presiones por el crecimiento de las oleadas migratorias; en adición a las razones estrictamente económicas para emigrar que también aumentaron, muchos miles de mexicanos marcharon a los Estados Unidos en calidad de exiliados o refugiados. Primero la revolución maderista y hasta el levantamiento reyista que produjo entre 2,000 y 5,000 exiliados y refugiados en los Estados Unidos según los imprecisos cálculos del Servicio de Inmigración.¹⁹¹ A ello habría que agregar que una buena parte de las colonias chinas y japonesas del norte del país fueron acosadas y buscaron refugio en ciudades como El Paso.¹⁹² El triunfo villista sobre Chihuahua, en diciembre de 1913, trajo como consecuencia uno de los movimientos de refugiados hacia los Estados Unidos más importantes de la década, en sólo unas semanas entre 5,000 y 7,000 personas –entre soldados y civiles- entraron a Texas procedentes de Chihuahua a través de los puertos fronterizos de El Paso y Presidio y que tuvieron que ser concentrados en varios fuertes militares,¹⁹³ en donde permanecieron hasta fines del verano de 1914.¹⁹⁴

Pero sin duda, fue el ataque de fuerzas villistas sobre la población de Columbus, Nuevo México en marzo de 1916, lo que convertiría la presencia mexicana refugiada en el suroeste en una situación explosiva para los ánimos de los grupos con poca simpatía hacia México. Las decenas de miles de mexicanos que en cuestión de meses se habían hecho notorios en ciudades como El Paso, Tucson, San Antonio, Laredo

¹⁹¹ F. Berkshire, Inspector Supervisor en El Paso a Comisionado General de Inmigración. El Paso, 29 de noviembre de 1911. INS, RG 85. Casefile 53108/71C

¹⁹² F. Berkshire, Inspector Supervisor en El Paso a Comisionado General de Inmigración. El Paso, 10 de febrero de 1912, en Ídem. F. Berkshire a Comisionado General, El Paso 20 de agosto de 1913. INS, RG 85 Casefile 53108/71G.

¹⁹³ F. Berkshire, Inspector supervisor El Paso a Comisionado General de Inmigración. El Paso, 26 de febrero de 1914. INS, RG 85. Casefile 53108/71J.

¹⁹⁴ La gran mayoría de los que fueron regresados a México eran miembros del ejército federal que defendía al régimen huertista; entre los repatriados había centenares de mujeres y niños familiares de los soldados. F. Berkshire, Inspector Supervisor El Paso a Comisionado General. El Paso, 17 de octubre de 1914. INS, RG 85. Casefile 53108/71M

o Denver calentaron todavía más el medio nativista anti-mexicano. Un prominente vecino anglo de la ciudad de Tucson expresaba – a sólo unos días del ataque- que el gobierno de su país, ponía poca o nula atención a la situación del suroeste porque “...electoralmente los votos vienen del este”, pero advirtiendo que el reto mexicano, ponía en riesgo a todo el país ya que los mexicanos esos, la clase más baja de la sociedad, estaban olvidando su lugar:

Lo más molesto es ver a los mexicanos en Tucson reunidos hablando mal de los Estados Unidos. Poco a poco los mexicanos nos van perdiendo el miedo y el respeto. Aunque por el momento no anticipo problemas serios, es un hecho que en todos los barrios mexicanos usted puede escuchar a cualquier hora “a nuestros queridos primos del sur”, lanzando amenazas de venganza contra los gringos, a sabiendas que en esta tierra de libertad de expresión pueden decir y hacer lo que les venga en gana.¹⁹⁵

Una nueva Ley de Inmigración fue finalmente aprobada por el Congreso el 5 de febrero de 1917. Las reformas a la política migratoria de los Estados Unidos se debió entre otros al congresista John L. Burnett y al senador Dillingham, representantes ambos de las corrientes que abogaban por una inmigración acotada por fuertes medidas de selectividad. Por vez primera, los mexicanos pasaban a formar parte del grupo de nacionalidades que se verían sujetas a una inmigración selectiva a través de filtros como la Contract Labor Law, pruebas de alfabetismo, inspección sanitarias que incluirían la vacunación forzosa y entrevistas a fondo para determinar si el pretense inmigrante no era políticamente peligroso, pues a los anarquistas y socialistas, se sumaba ahora el fantasma bolchevique. Por vez primera, el Servicio de Inmigración contaba con la herramienta legal suficiente para clasificar a los mexicanos como un extranjero “completo” al que se le podían aplicar

¹⁹⁵ Alan C. Bernard a Senador. A. Smith. Tucson, 20 de marzo de 1916. INS, RG 85. Casefile 54152/79.

numerosos obstáculos para cruzar libremente la frontera como el Puente Santa Fe. Sin embargo, como ahora se demostrará, la vulneración de esa nueva disposición legal fue implementada en los Estados Unidos y desde las más altas esferas del poder político y económico, no bien se había puesto en efecto.

Poco después, el congresista Burnett logró que se aprobara una iniciativa que llevaba su nombre; a partir del 5 de mayo, se imponía un impuesto de 8 dólares por cada extranjero que pretendiera ingresar a los Estados Unidos, además de reiterar la aplicación de las pruebas de alfabetismo. La intención de las nuevas restricciones, según se señaló, seguía teniendo como principal objetivo a los inmigrantes europeos; no obstante, al no haber quedado expresamente excluidos los mexicanos, su libertad para cruzar sufrió la primera gran sacudida desde que la frontera había quedado fijada por los Tratados de Guadalupe Hidalgo, casi setenta años atrás. A esta situación se sumaron, los temores que muchos mexicanos tuvieron de ser reclutados por el ejército estadounidense por la entrada del país al conflicto bélico europeo.¹⁹⁶

La respuesta de los grandes empleadores de peones mexicanos fue inmediata. Los intereses ferrocarrileros empezaron a ejercer presión sobre legisladores con quienes mantenían vínculos políticos y económicos, para que se buscara la forma, no de derogar la nueva Ley de Inmigración, sino mecanismos de excepción para asegurarse el abasto de mano de obra mexicana. En mayo de 1917, el senador Morris Sheppard recibió la siguiente carta:

Mi querido amigo:

¹⁹⁶ García, *op.cit.* p. 46.

El Acta Burnett de Inmigración, [...] que impone un impuesto de \$8.00 a cada inmigrante y las pruebas de alfabetismo, así como la propia nueva Ley, están afectando de manera desastrosa a los ferrocarriles en Texas.

Entiendo que el Secretario del Trabajo Wilson ha anulado el acta en lo referente a la posibilidad de importar trabajo mexicano para fines agrícolas en el estado de Texas, pero que aquellos que van a trabajar a los ferrocarriles, son arrestados e inmediatamente deportados. Los trabajadores mexicanos, hoy como siempre ha sido, vienen a este país al iniciar la primavera y trabajan en el ferrocarril hasta el tiempo en que inicia la época de cosecha y los agricultores logran llevárselos a sus granjas, ofreciéndoles un salario un poco mejor, pero terminada la cosecha, siempre regresan a los campamentos ferrocarrileros. Es absolutamente necesario, y especialmente en estos tiempos, que los ferrocarriles, especialmente el mantenimiento de las vías, funciones con el mayor de los estándares de manera que se pueda responder al Gobierno para el movimiento de tropas y su abasto. La rapidez y la seguridad de esta tarea está en juego.

Ahora bien, lo que yo quiero que Usted haga, y lo que los ferrocarriles desean que se haga, es que Usted lleve esta preocupación al Secretario Wilson y ver que éste vea la forma de suspender temporalmente el Acta en todos sus aspectos. Usted entiende que la razón es que debemos seguir contando con un flujo continuo de mano de obra mexicana. [...] ¹⁹⁷

La puerta para vulnerar la nueva Acta de Inmigración fue abierta por el propio secretario del Trabajo, William Wilson, al girar una instrucción al Servicio de Inmigración para que se suspendiera la aplicación de dos de los más importantes filtros migratorios: la prueba de alfabetismo y el que no llegaron los inmigrantes bajo un contrato de trabajo en violación de la Contract Labor Law. La medida, según explicaba el departamento del Trabajo: “[...] se toma para proporcionar la mano de obra que los agricultores del suroeste necesitaban. [Y que] los mexicanos serán admitidos para trabajo agrícola exclusivamente y en caso de tomar trabajo en cualquier otra industria, serán deportados.

¹⁹⁷ Murrell L. Buckner, Superintendente de The Union Terminal Co., a Senador Morris Sheppard. Dallas, Texas, 30 de mayo de 1917. INS, RG 85. Casefile 54261/202.

Como parte de las instrucciones a los inspectores de inmigración, se ordenaba exceptuar el pago de los 8 dólares por trabajador. La acción de Wilson fue duramente criticada por el congresista Burnett quien lo acusó de violar flagrantemente la ley.¹⁹⁸

El Servicio de Inmigración intentó crear ciertos mecanismos de contrapeso a las medidas de excepción recibidas. Los peones que entraran bajo la nueva circunstancia deberían ser anotados uno por uno y pedir al empleador que ejerciera cierta vigilancia sobre ellos para “... mantener contacto con los extranjeros admitidos temporalmente. De igual manera se pedía que los empleadores fueran corporaciones y sociedades responsables. Incluso se solicitó que fueran los “consejos locales de guerra”, en las poblaciones donde existieran, los que ejercieran esa vigilancia. Sin embargo, teniendo en cuenta que la solicitud de no abusar de las condiciones de excepción se basaba en la buena fe, era de esperarse que resultara poco menos que imposible que los grandes empleadores no utilizaran al libre arbitrio de sus intereses las posibilidades de seguir importando mano de obra mexicana en condiciones más que beneficiosas.¹⁹⁹ La compañía E. L. Manning, una de las grandes enganchadoras del suroeste, inició una fuerte campaña de reclutamiento de trabajadores en el lado mexicano de la frontera envinándolos, en grupos de 100, a trabajos disfrazados de labores agrícolas, pero en directo beneficio del ferrocarril Eastern Arizona: nivelando terrenos, manejando maquinaria, etcétera.

Otras grandes compañías vieron la posibilidad de explotar de manera legal el trabajo de inmigrantes mexicanos, haciendo uso de la

¹⁹⁸ John L Burnett, presidente del Comité de Inmigración y Naturalización de la Cámara de Representantes a William B. Wilson, secretario del Trabajo. Washington, 27 de mayo de 1917. INS, RG 85. Casefile 54261/202

¹⁹⁹ George J. Harris, Inspector temporal a cargo en El Paso. El Paso, 15 de junio de 1917. *Ídem*.

“cláusula agrícola” de las medidas de excepción para fines industriales; la Goodrich Tire Co. preparó casi 4,000 hectáreas del desierto de Arizona, para abrirlas al cultivo de algodón egipcio que sería utilizado en la fabricación de neumáticos. El peón mexicano era importado, en realidad contrabandeado, como parte de una gran estrategia económica y manejado como una mercadería que permitía ganancias muy atractivas y que a diferencia de otro tipo de contrabando, digamos licor o drogas, no implicaba riesgo alguno. La expedición de un certificado de entrada, que las agencias enganchadoras conseguían para cada inmigrante llevaría a que teóricamente el Servicio de Inmigración tuviese control y seguimiento de cada uno de ellos mientras estuviesen en los Estados Unidos, sin embargo resultó simplemente inútil. En palabras de un inspector de inmigración:

[...] supongamos que admitimos cinco, diez o cualquier número de extranjeros cuyo destino es Phoenix o su región, lo hacemos basados en la mera promesa de que el empleador cumplirá con nuestras instrucciones. Supongamos que en efecto el extranjero vaya a Phoenix, trabajan tres o cuatro días como peones agrícolas, luego renuncian a su trabajo para marcharse a las minas. Lo único que tienen que hacer es destruir el certificado, que no tiene ningún valor para ellos e incluso puede serles perjudicial si se les encuentra trabajando como mineros. [...] Al Servicio de Inmigración, le es imposible asegurar que pasa con centenares de inmigrantes mexicanos: en qué trabajan o si regresan a México.²⁰⁰

Atrapado sin salida. El inmigrante mexicano entre la Guerra Mundial, los intereses económicos y el movimiento obrero organizado.

Las circunstancias especiales creadas por el involucramiento, en 1917, de los Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial impactaron la

²⁰⁰ A.J. Milliken, Inspector en Nogales a Inspector Supervisor en El Paso. Nogales, 20 de junio de 1917. *Ídem*.

relación que diferentes sectores habían ido construyendo alrededor de México y sus nacionales. Podemos decir que culturalmente los procesos de integración del expediente sobre “lo mexicano” y el del significado de la frontera con México y sus métodos de manejo y vigilancia estaban prácticamente terminados. Sin embargo de nueva cuenta los grandes intereses materiales introdujeron el elemento “pragmático” en esa relación. A las medidas flexibilizadoras de mayo de 1917, se sumó una enmienda del Departamento del Trabajo del 12 de abril de 1924 en la que, en lo esencial, ratifica las excepciones. La aplicación de las medidas de vigilancia sobre esos peones era igualmente difícil de creer; simplemente que en 1918 las urgencias de la guerra introducían entre líneas una cláusula patriótica haciendo de la importación temporal de mano de obra mexicana, una práctica “políticamente correcta”. La única novedad era una disposición para retener 25 centavos diarios del salario del inmigrante hasta reunirse 50 dólares que el empleador depositaría en el Banco del Servicio Postal de los Estados Unidos para que el trabajador los pudiese retirar cuando regresara a México, seis meses después o incluso un años después, dependiendo si su permiso de trabajo se ampliaba por otros seis meses.²⁰¹

La voracidad de las compañías enganchadoras se potenció al ritmo que el apetito por el trabajo, abundante y barato, de los miles de mexicanos que encontraban las condiciones de abuso y discriminación en los Estados Unidos, preferibles a la pobreza e inestabilidad que se vivía en México. Aceptar escenarios tan precarios no era una decisión basada en la docilidad, la pasividad o algún otro atavismo cultural de inferioridad tal como lo hacían suponer los empleadores que hemos citado con anterioridad. Debe pensarse que el inmigrante mexicano

²⁰¹ A. Caminetti, Comisionado General de Inmigración a todos los comisionados e inspectores del Servicio. Washington, 10 de mayo de 1918. INS, RG 85. Casefile 54261/202B

generalmente tenía el sueño y esperanza, que pudieran no cumplirse, de ahorrar dinero para regresar a su pueblo a tener una vida de mejor nivel. A diferencia de inmigrantes de Asia o Europa, el mexicano en Estados Unidos tenía la posibilidad muy real de regresar a su país, cultural, anímica, espiritual y físicamente México estaba al alcance. También a la luz de esa situación, debe entenderse la histórica falta de interés por obtener residencia legal o estatus de ciudadanía estadounidense y por consecuencia, una muy baja participación en la vida política, desde las elecciones hasta la pertenencia al movimiento obrero.

Los problemas que las agencias enganchadoras empezaron a tener por aquellos días no estaban ni en la vigilancia de sus fronteras ni en las leyes migratorias de su país, sino en México, donde se empezó a observar con inquietud la emigración de tanto hombre joven que despoblaba más todavía al país. De hecho, el gobierno federal mexicano inició una campaña junto con los gobernadores de los estados de Jalisco, Coahuila, Tamaulipas, Nuevo León, Chihuahua, San Luis Potosí, Aguascalientes, Guanajuato y Michoacán, para prevenir los engaños de esas empresas.²⁰² Además, el Comisionado General de Inmigración fue informado de las pésimas condiciones en las que se encontraban las instalaciones de vivienda y sanitarias en los campamentos de peones mexicanos en estados como Arizona, Nuevo México y Texas y como ello podría obstaculizar la importación de más trabajadores:

La deserción, el descontento y las enfermedades de los mexicanos que cruzaron gracias a las dispensas de la ley de inmigración son causados por las pobres

²⁰² *Diario Oficial de la Federación*, 23 de febrero de 1918: "Circular No. 9 del Servicio General de Migración a los CC. Gobernadores de los Estados". *Ídem*.

condiciones de vida en los campamentos, [y] causan pérdidas de 25% en el rendimiento diario [...]

Y sumadas a las repercusiones económicas, deberían considerarse los efectos sobre la industria de guerra, por ello “el gobierno federal debe intervenir, [pues] en el caso de las plantaciones de algodón egipcio de Arizona, éste es necesario para la fabricación de aviones.”²⁰³

No bien las excepciones a la Ley de Inmigración empezaron a beneficiar a empresas de los estados fronterizos, otros grandes empleadores empezaron a ejercer presión sobre el departamento del Trabajo y el Servicio de Inmigración. Dueños de grandes plantaciones de betabel de Colorado y Utah, de caña de azúcar y arroz de Luisiana felicitaban el patriotismo y la inteligencia de las medidas de excepción y de inmediato solicitaban un poquito más de flexibilidad. Ya no sólo querían mano de obra en general, estaban solicitando se les autorizase a formar cuadrillas de trabajadores mexicanos *ad hoc* a sus necesidades. Los cañeros y arroceros de Luisiana apuntaban que sus cosechas dependían enteramente del trabajo importado y que “... no había mejores trabajadores que los mexicanos [...] requiriendo en esta ocasión que provengan de zonas tropicales”, pero que requerían de la aprobación del gobierno en Washington para que el gobierno mexicano autorizara el “embarque” de los trabajadores.²⁰⁴

De la agricultura de plantación lejos de la frontera, tocó luego el turno a consorcios mineros el solicitar ser beneficiados también por las bondades de las medidas de excepción por guerra:

²⁰³ Paul Scharrenburg, Inspector de Conciliación a A. Caminetti, Comisionado General de Inmigración. San Francisco, Cal., 30 de marzo de 1918. INS, RG 85. Casefile. 54261/202A.

²⁰⁴ T.B. Searus a W. Wilson. Utah, junio de 1917. ING, RG 85. Casefile 54261/202 y J. de la Torre, comisionista a A. Caminetti, Comisionado General. Nueva Orleans, 24 de junio de 1918. INS, RG 85. Casefile 54261/202B.

Sabemos, que el gobierno de los Estados Unidos ha ampliado las excepciones a la Ley de Inmigración para la introducción de trabajadores para la agricultura, los ferrocarriles y la extracción de carbón [...] ¿será posible que el Departamento extienda ese permiso para cubrir las necesidades de la minería de piritas?

Inmediatamente después de la solicitud venía el señalamiento de cómo la excepción repercutiría en el desempeño estadounidense en el escenario bélico:

Acabamos de construir una línea secundaria de ferrocarril de 16 kilómetros, una planta hidroeléctrica, así como una planta beneficiadora para 90,000 toneladas de piritas. PERO si se quiere que cumpla con su tarea de producción [...] tan intensamente deseada por la Junta de Industrias de Guerra, [...] quiero decir que no veo posibilidad alguna de operar las minas y la planta beneficiadora a menos que estemos en posición de asegurarnos de suficiente trabajo mexicano. [Por ello] solicitamos se hagan los arreglos para que se nos permita ir a México y obtener todos los trabajadores que necesitemos.²⁰⁵

En 1918, la atracción de peones mexicanos se convirtió, merced a las tensiones reales o pretendidas de la guerra, en asunto de seguridad nacional y defensa de la patria. Sectores del gobierno federal estadounidense alineados a los intereses de los sectores económicos que se beneficiaban de la importación de trabajo mexicano, aseguraban que la liberación completa de la frontera en esta materia sería en beneficio del país y una forma de compensar las simpatías pro-germanas del gobierno mexicano. Aquí un ejemplo de lo que podría ser el colmo del cabildeo realizado ante el senador por Texas Chas. Culbertson, ¡por un inspector de inmigración!:

²⁰⁵ A.P. Pratt, Presidente de Chestatee Pyrites and Chemichal Corporation a secretario del Trabajo. Atlanta, Georgia, 25 de junio de 1918. Ídem. La última parte de la solicitud era una descarada violación a la Contract Labor Law.

La situación del trabajo es aguda. Me parece que estamos obligados a realizar algunos cambios al burocratismo necesario para que un trabajador mexicano ingrese a los Estados Unidos. México es una abundante fuente de oferta de trabajo que estaría disponible para nuestro uso si las leyes de inmigración fueran menos estrictas. Las restricciones para restringir la entrada a los propagandistas alemanes no están en riesgo con las medidas solicitadas [...]

Las siembras son espléndidas en toda la nación y por seguro necesitaremos de los mexicanos para su cosecha.

Los ferrocarriles están sufriendo una seria escasez de trabajadores que nunca hemos sido capaces de satisfacer.

Creo que la eliminación del impuesto de \$8.00 sería la mejor vía para asegurar tanta mano de obra como la que se necesita.

Respetuosamente le pido hacer su mejor esfuerzo para que al Servicio de Empleo de los Estados Unidos le sea posible proveer de mano de obra a los molinos, fábricas, y cualquier otra industria necesaria para nuestra victoria en la Guerra, y para ello, la mano de obra debe venir de México.²⁰⁶

A punto de finalizar la segunda década del siglo XX, la construcción del concepto de México y los mexicanos ha realizado tal camino en la reingeniería socio-cultural realizada en los Estados Unidos teniendo como laboratorio de prácticas la frontera que incluso era posible llegar a extremos tales como la mezcla de actitudes racistas, de exclusión cultural pero de utilización en su mirada hacia el país del sur. Howard C. Hopkins, quien era el jefe de la división de trabajadores mexicanos del Servicio de Empleo -muy poderoso en esos años de guerra- dirige a su jefe inmediato un documento que es una auténtica perla del cinismo, oportunismo y de la visión del mundo de las autoridades de la Nación-imperio:

Las previsiones que se han tomado desde ahora para la importación de trabajadores mexicanos han requerido de un considerable aumento de trabajo

²⁰⁶ J.P. Bishop, Examinador a Cargo al senador Charles Culberson. Brownsville, Texas, 27 de junio de 1918. *Ídem*.

por parte de los empleados de Inmigración en los puertos de entrada, ocasionando la interrupción de las rutinas establecidas; esto, naturalmente, no ha sido bienvenido por el Servicio de Inmigración, y se ha generado cierta oposición de su parte lo que ha reducido considerablemente la admisión de peones.

La reglamentación actual para la admisión de trabajadores mexicanos ha incrementado mucho el trabajo hecho por el Servicio, y naturalmente ellos generarán oposición. En el pasado, el Servicio de Inmigración en la frontera ha seguido la política de sólo admitir unos cuantos trabajadores por día, sin importar que un gran número siga esperando cruzar y a pesar de que las agencias de empleo ya realizaron todos los esfuerzos por traerlos a la frontera y estar listos para embarcarlos a distintos puntos. Pero estos retrasos son también producidos por parte de los funcionarios mexicanos que hacen lo posible por entorpecer el cruce.

Al Servicio de Inmigración se le deberá instruir para que facilite el rápido cruce de trabajadores que el Servicio de Empleo necesite.

Como resultado de la influencia alemana, la antipatía de los funcionarios mexicanos hacia los Estados Unidos y la actitud de llevar la contraria natural de los mexicanos, se están poniendo muchos obstáculos en México para que sus trabajadores vengan a los Estados Unidos, llegando incluso a negárseles el cruce. Como consecuencia, muchos de ellos están optando por vadear o nadar el río con la esperanza de evitar tanto a los inspectores mexicanos como a los americanos. Éstos han tenido por costumbre detener a los trabajadores, llevarlos al puerto de entrada y desde ahí deportarlos a México, arrojándolos en manos de los inspectores mexicanos que intentarán impedirles cruzar.

Al Servicio de Inmigración se le deberá ordenar para que no solamente permitan a los trabajadores cruzar, cuando sea y como sea, sino incluso deberán animarlos a hacerlo.²⁰⁷

Un día después de enviar el memorando anterior, Hopkins completó su propuesta ofreciendo la solución a los obstáculos para la libre y masiva importación de mano de obra mexicana. De nuevo, su retórica oficial es presentada con un lenguaje quirúrgico, frío,

²⁰⁷ Howard C. Hopkins, jefe de la División de trabajadores mexicanos al Director General del Servicio de Empleo de los Estados Unidos. Washington, 2 de julio de 1918. INS, RG 85. Casefile 54261/202A.

totalmente cínico y con un gran sentido de superioridad racial. Al evaluar la situación de las relaciones con México, remarcaba la dificultad que surgía con el gobierno de Carranza por su actitud progermana y anti-estadounidense.²⁰⁸ Sin embargo proponía solucionar los problemas empleando las debilidades de los mexicanos y de sus autoridades, sus funcionarios, decía, “... nos odian por envidia y por miedo y seguirán siendo anti-americanos hasta que se les fuerce a otra cosa”. Los dos grandes obstáculos para facilitar el paso de trabajadores mexicanos a los Estados Unidos, la propaganda alemana y la corrupción mexicana, podían ser manejados con facilidad por el gobierno estadounidense. La más poderosa herramienta para contrarrestar la pretendida influencia alemana será:

[...] el montón de trabajadores mexicanos, contentos y bien comidos, que escriben a sus amigos y familiares en México, contándoles lo bien que se encuentran acá; sin duda ello invitará a muchos otros a venir y así incrementar el número de peones que llegan hasta la frontera; a todos aquellos en México, se les puede hacer creer cualquier cosa ya que generalmente tienen poca información de los que ya se encuentran aquí [...] el hecho de que la mayoría de los mexicanos no saben escribir lo podemos solucionar proveyéndoles de alguien que les ayude a escribir, no sobrarán los mexicanos que quieran ayudar para ese propósito. Un gran esfuerzo se deberá realizar para lograr que cada peón escriba a México cada semana.²⁰⁹

El otro obstáculo, el anti-americanismo y corrupción en la frontera, tendría una solución basada en el manejo de la “naturaleza de los mexicanos”. Los funcionarios de México, decía Hopkins, son

²⁰⁸ Las excepciones en el horizonte político mexicano eran, de acuerdo a Hopkins, Pablo González –quien había comandado el ejército constitucionalista del noreste– señalado como el único verdadero amigo de los Estados Unidos pero sin poder alguno; Álvaro Obregón que había girado su posición y ahora mostraba sus simpatías hacia el vecino del norte pero que se encontraba retirado, en ese momento, a la vida privada. Howard C. Hopkins al Director General del Servicio de Empleo de los Estados Unidos. Washington, 3 de julio de 1918. *Ídem*.

²⁰⁹ *Ídem*.

“profundamente corruptos, como siempre lo han sido” por lo que se podría decidir pagarles el equivalente al impuesto por inmigrante (head-tax) a manera oficial o como soborno. “Esto lo hemos hecho antes, se está haciendo ahora, y se seguirá haciendo en el futuro”. Continúa así el análisis de la naturaleza mexicana y sus autoridades:

Hay un estilo mexicano para negociar: si ellos notan que los americanos necesitamos algo, nos lo negarán o tratarán de sacar el máximo provecho en el menor tiempo. Por ello nuestro trabajo para atraer peones, debe ser discreto, cuidadoso e inteligente. Debemos trabajar sin demasiados escrúpulos, ya que los obstáculos de los funcionarios mexicanos, pueden ser minimizados si dejamos a los peones escabullirse cruzando el río y la frontera fuera de la vista de las autoridades mexicanas que nunca vigilan efectivamente la frontera. [...] Es muy importante que todas las agencias de vigilancia de la frontera coincidan en que el cruce clandestino de mexicanos, no debe ser combatido ni detenido.²¹⁰

Asustado por el nivel de descaró que un altísimo funcionario federal podía expresar acerca del manejo de la política de inmigración, y la administración de la frontera con México, el comisionado general de inmigración, A. Caminetti, dirigió un memorando al secretario del Trabajo muy molesto, pues de dársele luz verde a las propuestas del Servicio de Empleo, el Servicio de Inmigración quedaría sometido al anterior y su poder se vería muy mermado. Las propuestas de Hopkins, protestaba Caminetti, son ridículas y peligrosas y ni el estado de guerra las justifica. Apuntaba que además ese curso de acción era un atentado contra las relaciones con México, “...cualquier cosa que se haga para asegurar la mano de obra mexicana debe hacerse, al menos, con maquillaje de legalidad y respeto a aquel país. Después Caminetti hacía una afirmación muy reveladora, cuando decía que todas las provisiones legales por el estado de guerra (La Ley de Espionaje, la Ley de Comercio

²¹⁰ *Ídem.*

con el Enemigo, la Ley de Sabotaje y la Ley de Pasaportes) entraban en conflicto con la reglamentación migratoria y del trabajo y que en medio habían quedado los mexicanos sin definición.²¹¹

El Comisionado de Inmigración decidió consultar con F. Berkshire, quizá el inspector con mayor experiencia en la frontera mexicana y éste le pidió informar al secretario del Trabajo la barbaridad del propósito del Servicio de Empleo. Su evaluación fue muy inteligente pero también muy indicadora de que había un claro proyecto de ingeniería cultural muy avanzado en la construcción del sentido de la frontera y de la nación vecina. Decía Berkshire que visto el problema de manera simplista, es decir traer peones, la propuesta de Hopkins tenía cierto sentido,

...pero visto con la amplitud nacional, es ridícula pues al dejar libre la frontera no sólo llegarían trabajadores, sino espías, saboteadores y enfermos mentales y el esfuerzo por contener y manejar a la población mexicana se vería invalidado.

Completan su evaluación otras dos ideas de gran importancia. La primera apuntaba la idea de que la importación masiva y sin restricciones de mano de obra, regresaría a los Estados Unidos a los años en que la frontera no era respetada. La importación de mano de obra, debería evitar conflictos internacionales y el procedimiento debería ser, tal como ya se avanzaba con Carranza,

un acuerdo binacional para emigración oficial de peones que acabe con el desorden del contrabando, que cumpla con derechos de los trabajadores y les respete el derecho a regresar a México cumplidos sus contratos.

²¹¹ A. Caminetti, Comisionado General de Inmigración a Secretario del Trabajo. Washington, 9 de junio de 1918. *Ídem*.

La segunda desestimaba la realidad de una frontera cuya contraparte mexicana estaba sumida en la corrupción y en una actitud antiyanqui que impidiese el cruce de los peones a los Estados Unidos.²¹²

Resulta fascinante como el propio gobierno federal estadounidense de aquellos años, provee de retóricas con acentos tan disímiles y que, al menos en apariencia provienen de intereses políticos y culturales de fuentes separadas. La verdad es que en varios sentidos, las diferencias tienen que ver con la transparencia con que los sectores del Estado de la Nación-imperio dejaban ver los grandes intereses económicos (consorcios ferrocarrileros, mineros, agroindustriales) o grandes proyectos ideológico-culturales (nativistas, racistas, eugenistas). De la fuerza con la que pudieran proyectar sus intereses, debió haber dependido en mucho la actitud y respuestas del Congreso, el Servicio de Empleo, el Servicio de Inmigración, el Servicio de Salud Pública, los gobiernos estatales y locales, etcétera. En la propuesta de Hopkins, hay un fuerte tufillo a capitalismo salvaje mientras que en Berkshire, además de denotar una mirada cercana a una visión de Estado, que no descuida los reclamos por beneficios de la economía; hay también una propuesta mucho más cercana a la Eugenesia y que lucha por concluir la definición de los límites de la exclusión que se deberán aplicar a ese “otro” recién construido, en el sentido cultural, diferente a los indeseables asiáticos y europeos, pero también diferente a la estirpe de la gran familia racial angloamericana que proclamaba el senador Lodge.

Pero mientras disputas como la anterior sucedían, las presiones por flexibilizar los trámites de inmigración que permitieran la pronta llegada de la mano de obra mexicana siguieron siendo marca común de los últimos meses de 1918, cuando la Primera Guerra Mundial estaba

²¹² *Ídem.*

por terminar. La avalancha de solicitudes de empleadores para la importación de peones mexicanos, haría suponer que el conflicto europeo duraría muchos años más. Me parece que resulta importante reseñar algunas de las más notables, de manera que pueda quedar claro como el aumento de las corrientes inmigrantes fueron resultado en muy buena medida del apetito enorme de la economía estadounidense de mano de obra barata, sin calificación y abundante. Personas como el congresista por Oklahoma, James V. McClintic, solicitaba al Servicio de Inmigración que no obstante la prohibición para que los trabajadores mexicanos fueran importados para trabajos distintos a la minería de carbón, el mantenimiento de las vías férreas y la agricultura, pedía se dejara llegar mano de obra mexicana para que varios contratistas realizasen trabajos ¡de pavimentación! de calles en ciudades del estado de Oklahoma, al cual por cierto estaba prohibido llevar mano de obra mexicana.²¹³

Una compañía texana de carbón bituminoso nos obsequia con una muestra de cómo la importación de peones era una tarea patriótica:

La siguiente súplica de ayuda está escrita con un patriotismo que supera nuestros intereses personales, solicita de Usted su graciosa asistencia para remover cualquier obstáculo que pueda interrumpir la satisfacción de la más grande necesidad que nuestra Patria tiene hoy.

Nuestra capacidad para la producción de carbón está atada de pies y manos por la falta de trabajadores. La ley de inmigración que incluye la prueba de alfabetismo, etcétera, es lo único que nos impide asegurar la mano de obra adicional que requerimos. Sabemos que hay una enmienda que permite salvar esos trámites a trabajadores para tareas agrícolas, para trabajo en ferrocarriles e incluso en cierta minería de lignita.

²¹³ Congresista James V. McClintic, Comité de Tierras Públicas de la Cámara de Representantes a A. Caminetti. Washington, 9 de julio de 1918. INS, RG 85. Casefile 54261/202C

Nosotros sabemos que nuestro combustible es superior a la lignita, y por ellos sería un mejor combustible para nuestro gobierno, por ello sentimos que la enmienda anterior debería incluir nuestro campo.

A todos los productores de carbón se nos ha pedido a que con patriotismo incrementemos nuestra producción para satisfacer el incremento en la demanda y, nuestra mina está en perfectas condiciones para surtir al gobierno, a los astilleros y a todas las industrias que directa e indirectamente abastecen al Gobierno.

Nuestra capacidad de producción puede ampliarse si las condiciones de trabajo lo permiten y [...] nuestro inspector de inmigración es instruido de admitir a iletrados para trabajar en nuestros campos.

Esta solicitud la hacemos en nombre del deber patriótico, por lo que urgentemente pido se le de patriótica consideración [...] ²¹⁴

Las compañías ferrocarrileras, que contaban con permiso para importar mano de obra mexicana, solicitaban ya no flexibilidad sino rapidez en los trámites de internamiento. Pedían que el papeleo se redujese y en cuanto sus agentes de enganche llegasen con los grupos de peones a la frontera, se les dejase cruzar sin dilación. Solamente entre los días 16 y 17 de julio, se habían situado órdenes por 1,500 trabajadores que se internarían por El Paso. ²¹⁵

La documentación del Servicio de Inmigración son muestra clara de que vueltas bruscas de timón, las dudas escondidas y la incapacidad de armar una política migratoria única y firme en la frontera sur; reflejan sin duda las contradicciones y enfrentamientos dentro de la sociedad estadounidense sobre el papel que los mexicanos –en uno y otro lado de la frontera- deberían jugar en el estadio tan definitivo que su nación atravesaba en su camino a la consolidación imperial de su poder. En ese proceso de construcción, era más que urgente la

²¹⁴ L.B. Leighton, International Coal Mines Co. a Secretario de Trabajo. Eagle Pass, 10 de julio de 1918. *Ídem*.

²¹⁵ Barkman, Railroad District 10 a Servicio de Empleo de los Estados Unidos, Kansas City, Misuri, 12 de julio de 1918. INS, RG 85. Casefile 54261/202B

cimentación de una nueva política de protección de sus áreas de influencia geopolíticas y, de manera central, de sus fronteras físicas. De cómo se definiese a México y a los mexicanos dependería el tipo de cimentación de esa frontera que a setenta años de fundada no acababa de ser definida de manera final.

La segunda mitad de 1918 hizo del Servicio de Inmigración, un escenario para la expresión de esas contradicciones. Mientras que en la Casa Blanca el presidente Wilson recibía innumerables peticiones de empleadores que le anunciaban la inminente paralización de actividades agrícolas, ferroviarias y mineras en estados como Texas, Colorado, Nuevo México y Oklahoma, “decenas de quejas y críticas inundan todos los días al Departamento del Trabajo por permitir la entrada de trabajadores mexicanos”. En ese escenario, se pudo observar como los grandes intereses económicos utilizaron el estado de excepción por la guerra para intentar introducir en grandes sectores de la economía estadounidense una política de bajos salarios permanentes con la utilización de mano de obra mexicana que al rotar constantemente requería una que fluyese de manera constante y por ello demandaba una política fronteriza tan flexible. Muestra de lo anterior, fueron los estudios que encargó el propio secretario de Trabajo para ofrecer una alternativa a la situación. El jefe del Servicio de Inmigración llegó a la siguiente conclusión: si lo que necesitamos es mano de obra barata y poco calificada, y lo que no queremos es evitar las críticas por aumentar la presencia mexicana en los Estados Unidos en clara violación “oficial” de las leyes, entonces

[...] se podría hacer uso de los cientos de miles de pobres que viven en las posesiones ultramarinas de los Estados Unidos: Puerto Rico, las Islas Vírgenes y las Filipinas [...] En Puerto Rico, se calcula pueden haber entre 100,000 y

200,000 trabajadores sin calificación [y] en Filipinas puedo asegurar que sobrepasa la oferta de Puerto Rico y las Vírgenes sumadas.²¹⁶

La ventaja que el comisionado Caminetti encontraba en su propuesta era que cumpliendo con las “características” de los peones mexicanos: aguantar las más duras condiciones del trabajo agrícola, estos trabajadores:

[...] son ciudadanos de los Estados Unidos y ciertamente debería dárseles la primera oportunidad [pero] precisamente por ello deberá señalárseles a esos gobiernos y a los trabajadores que sólo irían durante el periodo de guerra y que luego tendrían que regresar, aunque por su puesto algunos de ellos podrían elegir quedarse aquí permanentemente y nosotros no podríamos hacer nada para evitarlo.²¹⁷

No tengo noticia de que el plan anterior fuese puesto en práctica, pero lo cierto es que impresiona la variedad de medios que los empleadores utilizaron para exprimir al máximo la situación. Por esos mismos días, otra agencia del gobierno federal, que nos recuerda el plan Hopkins del Servicio de Empleo, la Administración Federal de Alimento de los Estados Unidos, a través de la Junta de Guerra para Políticas Laborales, desarrolló trabajo de cabildeo a favor de los grandes plantadores de algodón de Texas que habían amenazado con reducir la siembra para la siguiente temporada a menos que el Servicio de Inmigración facilitase la importación de 40,000 peones mexicanos.²¹⁸ Los algodoneros también habían ejercido su capacidad de persuasión en algunos congresistas que a su vez habían influenciado la decisión del departamento del Trabajo para autorizar esa importación masiva de trabajadores; para fines de agosto de ese año el Servicio de Inmigración

²¹⁶ A. Caminetti, Comisionado General de Inmigración a Secretario del Trabajo. Washington, 22 de julio de 1918. INS, RG 85. Casefile 54261/202D.

²¹⁷ *Ídem.*

²¹⁸ M.B. Hammond, War Labor Policies Board-U.S. Food Administration a Comisionado General de Inmigración. Washington, 10 de agosto de 1918. *Ídem.*

ya había recibido las órdenes de ayudar a los poderosos agroindustriales del centro de Texas.²¹⁹

La administración de tal cantidad de peticiones particulares y especiales llevó al Servicio de Inmigración a de plano decidir modificar las instrucciones anteriores y liberalizar los rubros que serían cubiertos por las condiciones de guerra: Además del trabajo agrícola, el mantenimiento de vías férreas y la minería de carbón, los mexicanos podrían ser importados "... para trabajo en cualquier tipo de minería, para ser empleados en todo tipo de trabajo de construcción comisionado por el Gobierno en los estados de Texas, Nuevo México, Arizona y California".²²⁰ En todo ese marasmo de intereses desmedidos y políticas irresponsables, el tremendamente conservador gobierno de Texas expresó quizá uno de los pocos puntos de vista relativamente honestos. Señalaron que aunque siempre habían estado a favor de una inmigración controlada y de hecho deseaban una ley migratoria aún más estricta,

[...] estaban a favor (sic) de la importación temporal del suficiente número de trabajadores mexicanos para satisfacer cualquier demanda que pudiera existir ahora o en adelante por parte de cualquier industria o línea de empleo esencial [...] con la salvaguarda de que al regresar los ciudadanos americanos de la guerra, los mexicanos deberán ser obligados a regresar a México [...].²²¹

Los millares de mexicanos que viajaron durante aquellos meses a incorporarse a los mercados laborales del suroeste, del medio-oeste y

²¹⁹ Secretario del Trabajo a Congresista Tom Connally, Cámara de Representantes. Washington, 30 de julio de 1918. INS, RG 85. Casefile. 54262/202C.

²²⁰ William B. Wilson, Secretario del Trabajo. Orden Departamental del 10 de julio de 1918. INS, RG 85. Casefile 54261/202.

²²¹ T.C. Jennings, Comisionado del Departamento del Trabajo del Estado de Texas a Dr. H.C. Hall, examinador en Laredo. Austin, 7 de agosto de 1918. INS, RG 85. Casefile 54549/381.

aun del este²²² de los Estados Unidos, fueron prácticamente aspirados por los agentes enganchadores y, como hemos visto, por el mismísimo gobierno federal a través del Servicio de Empleo. Naturalmente, la difícil situación que vivía México hacía más exitosa esa labor. Sin embargo, a fines de 1918 el ambiente de nuevo se vuelve adverso para los mexicanos y para la administración y vigilancia de la frontera. A partir del 18 de diciembre se suspendió la expedición de los permisos temporales de trabajo; la prensa mexicana (*El Pueblo* y *El Demócrata*) empezó a anunciar con alarma la inminente puesta en marcha de una deportación masiva necesaria para crearle empleos a la masa de combatientes angloamericanos que regresaban de Europa.²²³

A la amenaza de deportaciones, los trabajadores inmigrantes debieron resistir los embates anti-mexicanos del nativismo conservador y del precedente del movimiento obrero. Una de las más grandes organizaciones gremiales de mecánicos, afiliados a la American Federation of Labor en su congreso nacional tomó el acuerdo de exigir al gobierno estadounidense el estricto cumplimiento de la ley de inmigración acusando de actitud anti-americana su violación ya que el peón mexicano estaba robando el trabajo de los ciudadanos.²²⁴ Desde el punto de vista de las organizaciones obreras, los mexicanos además de ser “trabajadores inferiores” estaban convertidos en los rompe-huelgas de los empleadores. Los cónsules mexicanos de los Estados Unidos

²²² Desde lugares tan lejanos como Nueva Jersey, donde la ASARCO operaba una planta refinadora y fundidora de cobre y plomo, reclamaba la inmediata importación de al menos 500 empleados mexicanos; para traerlos pedían “... se haga una excepción ya que está parada la refinación de metales por falta de trabajadores y los productos son necesarios para la guerra, [además] el peón mexicano es muy bueno en el trabajo de fundición”. W.M. Loeb, Director Gerente de ASARCO a Secretario del Trabajo. Nueva York, 29 de julio de 1918. INS, RG 85.

²²³ A. Caminetti a los comisionados e inspectores de inmigración a cargo. Washington, 21 de diciembre de 1918. INS, RG 85. Casefile 54261/202G. y B. Long, División de Asuntos Mexicanos del Departamento de Estado a Caminetti. Washington, 23 de diciembre de 1918. Casefile 54261/202E.

²²⁴ The Junior Order of United American Mechanics of the U.S.A. al Senado y Casa de Representantes. Filadelfia, 20 de Julio de 1917. INS, RG 85. Casefile 54261/201A.

informaban a la Secretaría de Relaciones Exteriores que una de las razones para evitar que los compatriotas fueran engañados por los enganchadores, era

[...] el que estaban siendo utilizados como rompe-huelgas, o como elemento para evitar que estallen [...], lo cual les trae, con razón o sin ella, dificultades con los trabajadores norteamericanos, sus competidores, quienes cuentan al efecto con la protección y ayuda de sus sindicatos.

Además, los diplomáticos mexicanos advertían de dos riesgos adicionales:

[...] los peones son llevados para trabajar con sueldos inferiores al promedio [y] los trabajadores son enrolados en el Ejército de dicho país, dejando en el más completo abandono a sus mujeres e hijos, sin que esté al alcance de nuestro Gobierno poder evitarles o remediar [...] la miseria en que éstos se ven envueltos.²²⁵

No cuento con suficiente información para verificar la noticia de que incluso, algunas agrupaciones obreras de radicales como la I.W.W. en algunas ocasiones llegaron a prácticamente asaltar a los trabajadores mexicanos a la hora en que éstos cobraban sus cheques, bajo la amenaza de represalias si no cooperaban con 2 dólares. La denuncia proviene de un actor parcial por ser representante de los algodoneiros de Arizona y enemigo natural de cualquier tipo de politización que “los pacíficos trabajadores mexicanos” pudieran experimentar a manos de los agitadores sociales.²²⁶

Empleados ferrocarrileros angloamericanos incluso llegaron a utilizar los servicios particulares de abogados que realizaran labores de

²²⁵ Periódico Oficial del Gobierno de Tamaulipas. Ciudad Victoria, 20 de marzo de 1918. INS, RG 85. Casefile 54261/202B.

²²⁶ Discurso de Edward F. Parker, Vicepresidente de la Southwest Cotton Co. Tucson, 20 de marzo de 1917. INS, RG 85. Casefile. 54231/181.

cabildeo y denuncia ante diferentes niveles del gobierno. Hugh R. Osburn, abogado californiano, señaló al secretario del Trabajo que empleados que eran ciudadanos americanos estaban siendo desplazados de sus trabajos, en el ferrocarril del Southern Pacific, por mexicanos “en complicidad con agentes dedicados a la contratación de peones”. Escuchemos el tono racista y patriótico para describir la situación:

Me parece que la importación de los *greasers* deberá ser detenido de inmediato, particularmente cuando se nos está solicitando hacer todo lo posible por darles empleo a los soldados en su regreso [...]

Estos hombres que están siendo desplazados, trabajaron lealmente durante el tiempo de guerra por salarios que apenas les daban para vivir y si ellos estuvieron listos para servir a su país en su pequeñez, también deberían ser dignos de recibir su protección [del gobierno] para tener una forma de ganarse la vida ahora, y es totalmente injusto estar importando a estos aliados de los hunos y que vengan a desplazar a la gente decente de este país. [Y] si el gobierno de los Estados Unidos va a tratar a sus ciudadanos de esta manera, no siento que nuestro trabajo haya logrado mucho en liberar al mundo de la servidumbre.

Acciones como las anteriores convierten a socialistas en bolcheviques o en anarquistas de la I.W.W. y es como entregarles a esas gentes compañías del ferrocarril, [pues] esto está pasando en todo el sistema del Southern Pacific y los *japs* y los *greasers* son los únicos empleados [...]

Respetuosamente someto ante Usted la propuesta para que los *greasers* sean expulsados por arrebatar el dinero que en derecho pertenece a nuestra gente; los peones deberían ser regresados a México a que apuñalen “the mananya men” allá en lugar de estar apuñalando a ciudadanos americanos. [...] Cuando ayudamos a los *greasers*, ayudamos a los hunos y desacreditamos el control gubernamental de los ferrocarriles además de estar aprobando los actos de *greasers* que asesinan a nuestra gente y confiscan nuestras propiedades en México.

Nuestra población [King City] ha sido maldecida con esta gente [que] además de robar los trabajos en los ferrocarriles y en los campos de betabel [...] están costando miles de dólares por los juicios que se les siguen por sus robos y asesinatos. El trabajo de un americano vale por el de cuatro peones mexicanos

ya que sólo trabaja tres días de la semana y se necesitarán cuatro de ellos para hacer el trabajo del americano, además que se requerirá de “un buen hombre blanco” para vigilarlos y hacerlos trabajar[...]²²⁷

“The Ugly Mexican”.

Con el fin de la Primera Guerra Mundial la relación de los Estados Unidos con ese amplio fenómeno llamado México se alteró definitivamente. Las ambigüedades sobre cómo entender al mexicano fueron eliminándose; las reglas del juego e identidad de la Nación imperial habían logrado finalmente interiorizarse en la identidad de los mexicanos de ambos lados de la frontera gracias a las consecutivas capas de clasificación, definición, selección y exclusión que fueron decantando el concepto de frontera. El inicio en la utilización del término *greasers* que acabamos de atestiguar, marca la culminación de un proceso de construcción del concepto de “mexicano” iniciado quizá desde la Guerra del 1846-1848, y de manera más orgánica desde las medidas sanitarias de la década de los 1880s a las que me referí en el capítulo 4. Ante la falta de evidencia lógica para definir de inmediato una inferioridad natural de la “raza mexicana”, fue necesario construir un entramado ideológico complejo y de marcha tortuosa, para a través de un discurso amparado en la ciencia y en la medicina, se ocultase lo que el racismo vil y ramplón ya sentía por el mexicano. *Greaser* es el mexicano feo, desprovisto de cualquier virtud o elemento positivo, incluso de su carácter de mercancía que se utiliza oportunistamente para la obtención de las mayores y más veloces ganancias; es la declaración extra-lógica de la superioridad de una nación en relación a

²²⁷ Hugh R. Osburn, a secretario del Trabajo. King City, California, 21 de marzo de 1919. INS, RG 85. Casefile 54261/202F.

la inferioridad de otras sobre las que se construiría un nuevo vínculo metrópoli-colonia en el mundo poscolonial.

Pero la pesadilla de la presencia mexicana en los Estados Unidos, el monstruo de una inmigración de una proporción no deseada había sido contraída en el seno mismo de esa nación y alimentada, de una manera tan clara y transparente como las evidencias que se han venido presentando, por sus intereses materiales de la naturaleza más elemental. En el propio Servicio de Inmigración se entendía la dimensión del problema:

Aunque no hay duda en la mente del que esto escribe que el principio fundamental sobre el cual debe actuar el Departamento es el que los extranjeros deben ser regresados a México, [PERO] ¿qué haremos si se extiende la idea de que los requisitos que cumplieron los braceros que entraron a los Estados Unidos bajo las excepciones hechas por la Guerra, se convierten en antecedentes para permanecer y pretender legalizar su residencia, como la lógica lo aconsejaría?²²⁸

Leído en términos más directos y con todas sus implicaciones, lo que el inspector Harris señalaba era un hecho contundente, se habían, prácticamente, aspirado a miles de mexicanos pobres para trabajar como peones en las más duras faenas del espectro del mercado laboral estadounidense; se les había desarraigado y ubicado en condiciones de subordinación y discriminación en diferentes puntos del país y de buenas a primeras se quería el cumplimiento de la obligación a regresar a México al terminar su contrato de trabajo, cuando ese retorno era en la práctica, imposible para la mayoría. Al terminar la guerra, los mercados laborales se deprimieron para muchos miles de mexicanos

²²⁸ Harris, Inspector supervisor en funciones a Comisionado General de Inmigración. El Paso, 13 de abril de 1919. INS, RG 85. Casefile 54261/202H.

que empezaron a concentrarse en ciudades del suroeste, pobres, sin empleo y con la frustración de ilusiones traicionadas.

En Texas, Oklahoma y Kansas, esos grupos de desempleados formaron pequeños ejércitos de reserva para algunos ramos industriales que utilizaron su presencia para presionar salarios o favorecer la contratación de personal no sindicalizado. Los empleados de las grandes compañías empacadoras y los carniceros de esos estados, protestaban por la presencia de esos mexicanos que representaban competencia y que habían llegado a sus ciudades a finales del año 1920 traídos por las agencias enganchadoras por encargo de grandes empleadores, es decir ya cuando no eran necesarios y cuando las excepciones migratoria de guerra estaban abolidas.²²⁹ De manera muy rápida muchos desempleados y desplazados que no podían o no tenían a qué regresar a México, empezaron a constituir agrupamientos humanos lumpenizados en grandes ciudades como Fort Worth, Denver, San Antonio, El Paso o Houston donde se calculaba que sólo ahí se encontraban en situación desesperada unos 10,000 mexicanos.²³⁰

En el estado de Colorado, durante toda la década anterior y particularmente durante el periodo de guerra, se habían hecho súplicas y reclamos para que se facilitara la importación masiva de trabajadores mexicanos que fuesen a trabajar en la industria azucarera de la región levantando las cosechas de betabel. Sólo unos meses después se habla de los peones desempleados deambulando por las calles de Denver, como si se acabase de descubrir que estaban ahí ilegalmente y que ponían en riesgo a la sociedad angloamericana de la ciudad. El periódico

²²⁹ Amalgamated Meat Cuters and Butcher Workmen of North America (AFL) a H.W. Husband, Comisionado General de Inmigración. Chicago, 14 de abril de 1921. INS, RG 85. Casefile 55091/6

²³⁰ R. Bennett, Inspector a Inspector a Cargo. Galveston, Texas, 20 de abril de 1921. *Ídem.*

The Denver Post, hacía advertencias apocalípticas tales como “La seguridad de Denver amenazada por 3,500 mexicanos hambrientos” que reforzaban las condiciones anímicas anti-mexicanas ya existentes y, por consecuencia, legitimaban la rudeza y la discriminación que se pudiera usar para tratarlos. El jefe de la policía de Denver en comunicación con el cónsul mexicano en esa ciudad, Vicente Rendón Quijano, le señalaba en tono recriminatorio que unos 3,500 mexicanos, mil de los cuales estaban desempleados por la industria del betabel, vagaban por las calles, cantinas y salas de billar. Cometían, continuaba el reclamo,

[...] al menos dos delitos al día, principalmente robos a tiendas y automóviles y las quejas de los ciudadanos de Denver son tan numerosas que la policía se ve obligada a tomar métodos astringentes para la protección no sólo de los ciudadanos, sino de los mexicanos mismos [...] evitar que maten o lastimen a otro y así evitar que la gente blanca se tome la ley en sus manos.[...] En Denver con una población de 260,000, los mexicanos cometen más crímenes que todas las nacionalidades combinadas [...] Ya podrá usted observar cuan indeseables son esos mexicanos.²³¹

Como observamos, sin aparecer la palabra *greaser*, al concepto-contenedor del mexicano, se le añaden varias características adicionales: no es un ciudadano, no es blanco y es un peligro.

El resentimiento de amplios sectores de la población angloamericana era el resultado de una mirada absolutamente parcial del fenómeno mexicano, que de peón pasó a *greaser*, detrás de la declaratoria de patriotismo y legalidad se encontraba bien enraizado, y dándole sentido una visión interiorizada de superioridad y de derecho sobre los recursos de la patria. Apelar al origen hispano del territorio suroeste de los Estados Unidos, o a la forma en que la inmigración

²³¹ Jefe de Policía de Denver a Vicente Rendón Quijano, Cónsul de México en Denver. Denver, 13 de enero de 1922. INS, RG 85. Casefile 55091/6

había sido prácticamente inventada por sus intereses, era poco menos que inútil. En 1923, testimonios como el siguiente, formaban parte indiscutible de la cultura popular dominante de la nación. Es la voz de George R. Elder, veterano de guerra:

[...] mis compatriotas (los trabajadores americanos) tanto como yo mismo, nos gustar ver solamente a extranjeros blancos trabajando y prosperando; en lugar de trabajadores sin valor que se quedan con nuestros puestos con salarios de hambre, como sucede en todos los estados fronterizos y más lejos aún de acuerdo a los periódicos.

Si no se detiene la importación y contrabando de este tipo de trabajadores a nuestro “Glorioso País”, como sucede de acuerdo a las pruebas (según dicen los periódicos), qué será de los americanos. Bien sabemos que no sólo peones llegan, sino de ambos sexos que vienen a tomar los lugares que por derecho les pertenecen a los americanos nacidos en este país.

Es descorazonante y llena de coraje ir a molinos, fábricas, talleres e incluso tiendas y oficinas de todos los estados fronterizos, y ver que están llenos de estos trabajadores extranjeros sin valor, fundamentalmente mexicanos. Salga a las calles y observe como mucha gente blanca camina en busca de un trabajo para ganarse honestamente la vida, como yo mismo hago. Si por casualidad hay una posición de trabajo y se le ofrece a un blanco, pretenden darnos salarios para mexicanos [...]

Muchos peones han sido traídos por la ambición del capital y de las industrias, pero muchos otros se han introducido ilegalmente y yo pregunto, ¿no es la obligación de los departamentos de Inmigración y del Trabajo detenerlos y deportarlos?²³²

Pero no obstante lo generalizado de estos sentimientos exclusionistas, los intereses económicos siguieron sentando sus reales en las decisiones para administrar la frontera, produciendo un constante estira y afloja de las disposiciones migratorias. En teoría, la internación masiva de trabajadores temporales por las excepciones de

²³² George R. Elder a Comisionado General de Inmigración. El Paso, 24 de marzo de 1923. *Ídem*.

guerra habían terminado en diciembre de 1918 (el armisticio fue en noviembre de ese año). Por las múltiples presiones que recibe el gobierno federal en la persona del secretario del Trabajo, se extienden las facilidades hasta el 30 de junio de 1919 y todavía al irse a vencer este plazo, seis senadores y cuatro congresistas apoyaron a los dueños de plantaciones de betabel y de algodón para obtener una nueva extensión hasta enero de 1920.²³³

El contrapunto entre nativismo y cinismo continuó durante el resto de la década hasta que las condiciones de la crisis de 1929 impusieron una dura política de restricción migratoria. Mientras tanto la prensa, sectores populistas conservadores, el movimiento obrero y el propio fortalecimiento y profesionalización de los aparatos de monitoreo fronterizo fueron haciendo cada vez más “políticamente incorrecto” la importación abierta de mexicanos. Durante toda la década, centenares de artículos debieron haber aparecido en la prensa de todos los estados fronterizos denunciando el peligro mexicano. En California por ejemplo, los lectores de *The Guadalupe Gazzette* se familiarizaban con retóricas como ésta:

[...] en unos cuantos años la población del gran estado de California se verá engrosada con los más indeseables ciudadanos imaginables [...] No pasa un día sin que no vea en las calles caras nuevas entre la creciente horda de esos criminales en potencia. Son ellos de sangres india y mestiza. Para ganarse la vida, trabajan en los campos agrícolas, pero durante sus horas de ocio se la pasan cerca de cantinuchas, y centros de juego y vicio. Muchas de sus mujeres jóvenes son prostitutas y, como es costumbre en su cultura, mantienen a dos o tres padrotes. Los hombres, en cuanto “agarran la onda”, como ellos dicen, se

²³³ William B. Wilson, Secretario del Trabajo. Circular para atención inmediata. Washington, 3 de enero de 1919. INS, RG 85. Casefile 54261/202. Sólo los aldoneros de Arizona solicitaron en el verano de 1919 permiso para la importación de al menos 10,000 peones a los que se les levantarían todas las restricciones. Arizona Cotton Growers Association a Comisionado General de Inmigración. Tempe, 19 de agosto de 1919. INS, RG 85. Casefile 54261/202H

convierten en traficantes ilegales de licores y drogas, siendo ellos mismos unos viciosos.

Siempre he sido un fuerte promotor de leyes que impidan la entrada de cierto tipo de extranjeros. [Y] aunque a los mexicanos la gente les tiene el mismo recelo que a los japoneses, el código moral de los mestizos es mucho más bajo, a pesar de que impresiones superficiales pudieran indicar otra cosa. [...] El beneficio temporal que esa gente pudo hacer a nuestra agricultura, será borrada por los daños permanentes que nos traerá su presencia.²³⁴

Tal como se mencionó anteriormente, los nativistas y exclusionistas del suroeste recriminaban el hecho de que el este del país, por entonces el corazón político, económico y demográfico de la nación, hubieran sido tan insensibles hacia el riesgo mexicano durante décadas. Sin embargo, para cuando los años 1920s terminaban, se señalaba que el este y el medio-oeste “empezaban a despertar a la expansión mexicana en sus mercados laborales”. Y es que en consecuencia de las deliberadas acciones que empresas ferrocarrileras, empacadoras de carne o compañías metalúrgicas como la ASARCO tomaron para atraer a muchos de los trabajadores mexicanos que antes sólo llegaban hasta los estados fronterizos, se inauguraron nuevas rutas de inmigración para regiones completas de México. La presencia mexicana en Chicago, Detroit e incluso Nueva York empezaba a ser evidente y la prensa la resaltó como un “despertar a la amenaza” de efectos negativos en la escala de salarios. Pero además el peón mexicano, de acuerdo a este punto de vista nativista y racista, debía ser

[...] interpretado como inmigración de la más baja calidad [lo que] trae problemas por su estilo de vida [...] presentándose una larga cadena de crímenes en los cuales los mexicanos están implicados [...] como el asalto a un carro blindado en Chicago por tres mexicanos o un bombazo en Nueva York realizado por comunistas mexicanos [todo ello] está agitando al este y

²³⁴ Orla M. Cannon, Editor de The Guadalupe Gazette a Congressista Free. Guadalupe, California, 18 de enero de 1926. INS, RG 85. Casefile 55224/358C.

forzándolo a darse cuenta que la inmigración mexicana es, en pocas palabras, indeseable.

El despertar del este, nos hace creer que muy pronto habrá un remedio legislativo durante la siguiente sesión del Congreso.²³⁵

La desgracia de estos miles de mexicanos que fueron víctimas directas de un país pobre y convulso como aún era el México de los 1920s y de una nación cuya economía se expandía de manera prodigiosa y que sin escrúpulos o interés por el futuro los atrajo por todos los medios posibles. En los Estados Unidos muchos sabían lo sucedido, lo explicaban en público sin embargo quienes estaban destinados a pagar eran los arrimados, los advenedizos, los inferiores. Los propagandistas de la inmigración irrestricta fueron llamados “los destructores” pues mentían respecto a las cantidades de trabajadores que se necesitaban para las labores agrícolas. Así eran denunciados:

Las agencias de empleo son las mayores propagandistas de la libre inmigración [...] sus argumentos son desafortunadamente repetidos por algunos periódicos diciendo que los mexicanos son trabajadores estacionales que en su inmensa mayoría regresaban a México. Pero esas agencias así como los intereses agrícolas y mineros mienten, pues bien saben que ellos pronto se convertirán en una carga para la caridad pública. Se les importa para llevarlos a trabajos de recolección de algodón, melón y lechugas pero luego buscan mejores salarios y se van a la minería y a la construcción. Los propagandistas dicen que la gran ventaja de los mexicanos es que permiten a la economía tener trabajadores cuando se les necesita, como en Kansas donde se necesitan 100,000 para la cosecha del trigo; 400,000 en Texas para la pizca del algodón; California que necesita 100,000 para cosechar la fruta y los vegetales y cerca de 30,000 en Colorado para el betabel. Pero la necesidad también existe en Oregon, Idaho, Montana y las Dakotas. [...] Pero ellos no buscan más trabajadores. Hay más que suficiente a la mano, ellos buscan TRABAJO BARATO DE EXTRANJEROS para desplazar a los trabajadores blancos y ciudadanos [...] son intereses

²³⁵ “Awaking to the Menace”, Arizona Silver Belt, 21 de septiembre de 19127. INS, RG 85. Casefile 55598/549B

egoístas los que traen a una raza que crea problemas políticos y étnicos [esos] son los riesgos creados por el flujo de decenas de miles de analfabetos, pobres e inasimilables mexicanos.²³⁶

El punto de vista del movimiento obrero organizado no es menos duro al tratar al peón llegado de México. Si bien reconoce que son los intereses de los empresarios los que mantienen la política migratoria sin restricciones y así presionar a la baja a los salarios e inhibir las huelgas. El periódico de la AFL de Colorado se preguntaba:

¿Quiénes son esos mexicanos? Rompehuelgas, ladrones de puestos de trabajo, [...] son los más ignorantes, miserables y la más antisocial de las clases de México. [Los peones] rara vez se inconforman con las condiciones de trabajo o los salarios. Es fácil de explotar y por ello para las compañías son los empleados ideales. Está dispuesto a trabajar por prácticamente nada y la pobreza le es tan natural que no entiende nada de los niveles de vida americanos.²³⁷

La retórica obrerista tomaba trayectorias de un conservadurismo racista y nativista casi puro, al elaborar ecuaciones entre ciudadanía, raza, nacionalidad y el lugar que se podía tener en la estructura social. Sin datos fehacientes centrales obreras del tamaño y recursos de la AFL, eran capaces de condenar la presencia mexicana, no sólo en términos de competencia de puestos de trabajo, de los cuales hay evidencia que en efecto el trabajador anglosajón había dejado de aceptar, sino en términos de inferioridad racial y cultural. Otro periódico afiliado a la AFL, protestaba por lo pequeña que era la fuerza armada para vigilar la frontera y la urgencia de fortalecerla y darle más atribuciones; esa era la única forma de parar a los inmigrantes del sur:

²³⁶ "The Destroyers", The Daily Silver Belt, Miami, Arizona, 4 de enero de 1928. INS, RG 85. Casefile 55598/459B.

²³⁷ "Mexican Immigration", The Colorado Labor Advocate. Denver, 5 de enero de 1928. *Ídem.*

Hay más mexicanos en los Estados Unidos que los que pueden ser apropiadamente asimilados en una generación completa. Los peones indigentes, infestados de enfermedades e iletrados que cruzan la frontera son una amenaza y una carga para el ciudadano blanco, propietario de su casa y contribuyente fiscal de los estados fronterizos. Los peones son una amenaza a nuestra salud y a nuestra sociedad. La enorme cantidad de mexicanos que están en nuestras prisiones, cárceles, manicomios, hospitales de caridad, es la evidencia de que el inmigrante mexicano se ha convertido en una carga insoportable.²³⁸

Prácticamente sin importar el sector social o cultural angloamericano de donde venga la evaluación del mexicano, la dureza de juicio es brutal y, desde mi perspectiva, sólo puede entenderse el gran acuerdo nacional al respecto si se considera que las viejas propuestas nativistas, eugenistas y de vil racismo son ya parte no sólo del discurso social dominante sino forman parte de los sentimientos y la cosmovisión de la sociedad de la nación imperial. En otras palabras, el mexicano era culpable por ser quien era, un ser inferior en todas las posibles dimensiones a considerar. Durante la lectura de los centenares de testimonios y reportes que guarda la colección del Servicio de Inmigración respecto a México, resulta desalentador pero también muy revelador que prácticamente no se encuentre ninguna expresión positiva, salvo la estrictamente económica, sobre la presencia mexicana. De hecho, muchos pensaban que la colisión de culturas era inevitable. Al hacer la crónica de una batalla campal entre dos pandillas de jóvenes en la ciudad de Glendale, Arizona, un editorial decía que el presagio era que se volverían cotidianas debido al

[...] flujo ilimitado de mexicanos en los pasados años [...] Su presencia en Arizona ha demostrado que nuestras dos razas no fraternizan y nunca lo

²³⁸ "The Rising Tide of Mexican Immigration", Arizona Labor Journal, Phoenix, 18 de febrero de 1928. INS, RG 85. Casefile 55598/459C.

harán. [Y] conforme las dos razas se aproximen numéricamente, la mínima tolerancia se perderá y los enfrentamientos se producirán. [...] Salvo casos excepcionales, los mexicanos no se convierten en parte del *body politic* de nuestro estado. Ellos no se asimilan o amalgaman con nuestra ciudadanía y no tienen el deseo de hacerlo.²³⁹

Este discurso de exclusión buscaba que todas las prácticas sociales cotidianas de las comunidades y de los agentes del Estado encargados del bienestar del *body politic* nacional, se alienara a las sencillas ideas que proponían que la vecindad con México, el trato a sus nacionales y por tanto el monitoreo y administración de la frontera deberían basarse en la idea de que esa zona de contacto era una zona de riesgo; por ello el poder del Estado, se entendía, debería actuar para erradicar primero la inmigración y luego la presencia de mexicanos dentro de los Estados Unidos hasta reducirlos a un número aceptable.²⁴⁰ Un nativista de El Paso, expone de manera reposada su postura:

La presencia mexicana debe ser detenida por dos motivos: El primero es local y es la prosperidad de El Paso; el segundo más amplio es la salud, el bienestar y la felicidad de los Estados Unidos de América [...] El Paso no se ha desarrollado de acuerdo a su potencial pues ha sido ahogada por una raza de gente que ya constituyen la mitad de la población, y que carecen del espíritu que anima a los anglosajones y a otras ramas de nuestra raza blanca, como lo son los irlandeses, los escoceses y otros europeos a los que sí se impone una cuota. Los mexicanos a los que no se les impone restricción, son ajenos en todo el sentido de la palabra, y su inyección en nuestro *body politic* nos traerá el mismo tipo de problema creado por la presencia de los negros.²⁴¹

²³⁹ "Race Conflicts in Arizona", The Daily Arizona Silver Belt, Glendale, 14 de enero de 1928. INS, RG 85. Casefile 55598/459B.

²⁴⁰ Recordar las ideas del senador Lodge analizadas en el capítulo 2.

²⁴¹ "In Behalf of the Box Bill" por Edwin Gordon Lawrence. Cartas al Times, El Paso Times, 12 de febrero de 1928. INS, RG 85. Casefile 55598/459C.

Hay una voz que conviene rescatar antes de finalizar este capítulo. Se trata, quizá, de una de las pocas voces consecuentes de la época. H.R. Mansfield, era un inspector del Servicio de Inmigración y realizó un análisis muy frío, que hecho público habría sido apabullante y rechazado por políticamente incorrecto:

Es muy cierto que en regiones como Colorado, Nebraska, Wyoming, Utah y Idaho, una tercera parte de los mexicanos son sujetos a deportación. La opción de que el Servicio los ubique, los persiga, los detenga y luego los deporta sería muy costosa, tardada, complicada y finalmente inútil. Estos mexicanos, están acostumbrados a ir a pasar unos días a sus lugares de origen y pronto vuelven a los Estados Unidos. Cuando los deportamos, en realidad les estamos pagando el boleto hasta la frontera. Por ello, se ha seguido la política de ignorar el caso de muchos mexicanos.²⁴²

Sin embargo, decía el inspector, “esas son mis ideas” y no pretendía entrar en contradicción con las instrucciones del Servicio, si éste ordena iniciar redadas para la deportación masiva de mexicanos, se procedería a cumplir las instrucciones, pero advertía de nuevo: “Se ha dado el caso de algunos que hemos deportado desde el puerto de San Francisco hasta Mazatlán y aun así han vuelto a los Estados Unidos. Pareciera que entre líneas, Mansfield advirtiera que una vez creado el problema, habría que aprender a vivir con él.

²⁴² H.R. Mansfield, Inspector a cargo a Comisionado General. Denver, 8 de agosto de 1924. INS, RG 85. Casefile 55091/6

VI. Vacunas, pasaportes, Patrulla Fronteriza y cuotas: Se completa el aparato de vigilancia de la frontera con México.

Resulta impactante que, ya bien entrada la tercera década del siglo XX, el sistema de vigilancia de la frontera con México no encontrara aún una cuadratura satisfactoria. Los agentes del Servicio de Inmigración comisionados en los puertos de entrada fronterizos insistían en que la Ley de Inmigración, habiendo sido pensada para los puertos marítimos, no era funcional para monitorear adecuadamente la vecindad con México. El inspector G.C. Wilmoth insistía, como lo había hecho ya su antecesor el inspector Berkshire, en que un lugar como El Paso-Juárez destacaba por su carácter único y de características tan especiales. Estas ciudades, reportaba a su jefe, no pueden vivir separadas y por ello las medidas para guardar la línea divisoria deben cuidarse para “que no causen congestión que impidan o retracen el tráfico entre ellas”. Hacia 1923, ese asentamiento binacional se calculaba en unos 105 mil habitantes, 90 mil en El Paso y el resto en Ciudad Juárez; esa población generaba, de acuerdo a Wilmoth, unos 10 mil cruces diarios, correspondiendo a los mexicanos el 85% de ellos. La estación migratoria estaba preparada para una inspección real de unos cuantos cientos de personas al día pero con 10 mil cruces diarios, el proceso no podía ser satisfactorio contando con un inspector, dos oficiales y un guardia por turno.²⁴³

No obstante, el problema de la vigilancia fronteriza no residía solamente en un asunto meramente numérico que pudiera encontrar solución aumentando la cantidad de inspectores de inmigración. El *quid*

²⁴³ G.C. Wilmoth, Inspector a cargo en El Paso a Comisionado General de Inmigración. El Paso, 31 de marzo de 1923. INS, RG 85. Casefile 55301/217.

seguía encontrándose en el carácter de la frontera: por la lentitud con la que la autoridad vigilante, represora y excluyente del Estado se hacía presente en la zona, y por los complicados mecanismos de interiorización de esa autoridad en la mente y cuerpo de los seres que cruzaban los puentes sin una conciencia total de su carácter de “otros”, de extranjeros. En la estación de inspección migratoria de Ellis Island, a la que ya se hizo referencia, articulaba con claridad el ritual de descenso de un barco con la calidad de extraño-extranjero que buscaba residir en los Estados Unidos; además, el hecho de que el suceso aconteciese en un territorio de soberanía no disputada ni política, ni étnica, ni culturalmente, permitía un transcurrir terso de la autoridad y legitimidad del Estado. En la frontera entre El Paso y Ciudad Juárez, los inspectores de inmigración experimentaban un ejercicio mucho menos reconocido y legitimizado de la autoridad del Estado de la cual ellos eran brazo ejecutor. Mientras en Ellis Island el ritual de desembarco era una experiencia única en la vida del extraño-extranjero, en el puente Santa Fe el ritual de cruzar se trivializaba y perdía capacidad de impresionar e imponer autoridad por ser un hecho cotidiano.

Los obstáculos para que el poder vigilante del Estado se instalara de manera completa y legítima y para que se naturalizara en los habitantes mexicanos de la frontera residían, precisamente, en el carácter artificial de la frontera en un territorio que impedía aplicar la ecuación de raza=nacionalidad. Los inspectores en El Paso, de acuerdo a Wilmoth, administraban la movilidad en la frontera descansando de manera notable en su capacidad de discriminación visual y en su memoria para almacenar caras, ya que basar la inspección exclusivamente en la apariencia, era

[...] muy riesgoso, pues un inspector podría no reconocer a un Cónsul, a un funcionario o algún ciudadano prominente de México los cuales se ofenden

rápidamente al inspeccionárseles y son propensos a de inmediato presentar quejas oficiales o a realizar denuncias amañadas a los periódicos.

Pero además, tiene que considerarse que había un buen número de ciudadanos americanos cuyo origen no permitía una identificación de nacionalidad basada en rasgos o apariencia:

Un ciudadano americano de apariencia o extracción extranjera [...] resiente de manera aguda el que se le pregunte si es un ciudadano americano o de qué país es usted ciudadano. Generalmente ese resentimiento se expresa en el uso de un lenguaje abusivo y en voz alta que recae en el desafortunado inspector. Esto sucede con tanta frecuencia que incluso los extranjeros han empezado a hacer uso de ese método de queja por lo que el oficial en el puente se encuentra continuamente entre dos fuegos y el proceso de inspección es desacreditado.²⁴⁴

Y es que en sentido estricto vigilar una frontera de tal movilidad, complejidad y extensión rebasaba las capacidades físicas y conceptuales de los vigilantes fronterizos. En 1923, el distrito del Servicio de Inmigración a cargo de toda la frontera con México tenía 300 empleados distribuidos en cruces desde Tijuana en California hasta Brownsville en Texas.²⁴⁵ Pero además, la década de los 1920s será también el crisol en que se mezclarán los aspectos más negativos de la condición fronteriza para afianzar la idea de la frontera como un sitio de peligro, corrupción y vicio. Serán años en los que los intereses estrictamente particulares irán perdiendo una expresión nítida y automática en las políticas oficiales y en la actuación de las autoridades. Pero también será un periodo en que esas connotaciones negativas serán racializadas y se les asignará la nacionalidad mexicana dentro del discurso purificador angloamericano.

²⁴⁴ *Ídem.*

²⁴⁵ "Schedule showing the minimum number of officers and employees required in the Mexican Border District. Fiscal Year 1923". Inspector Supervisor en El Paso. INS, RG 85. Casefile 54750/36E.

El gobierno federal estadounidense empezó a diseñar una política de vigilancia, monitoreo y administración de la frontera que cerraba un periplo de ingeniería cultural en la que se había embarcado el Estado para la protección de la integridad de los intereses de la Nación, y que había empezado con las medidas sanitarias de los 1880s. Cuarenta años después, la retórica nativista era una de las fibras primordiales de la política fronteriza con México y también, aunque en principio pueda parecer paradójico, del comportamiento neo-colonial de la Nación-imperio. James J. Davis, Secretario del Trabajo en el gabinete del presidente Calvin Coolidge, filtraba ese ánimo hacia México cuando le recordaba a un Senador que la vecindad con un país era una carga y una fábrica de problemas y que los ciudadanos americanos asentados en la región fronteriza deberían sumar fuerzas con el gobierno y dejar de pedir tratamiento especial a la frontera: “No podemos seguir complaciendo sus intereses [...] debemos pensar como Nación”. A nombre de la “realidad fronteriza” las leyes migratorias fueron laxas y las estaciones migratorias inútiles alentando un comportamiento por parte de los mexicanos y de los ciudadanos americanos de origen mexicano de poco respeto a la ley.

[...] nunca traen sus papeles, cruzan constantemente a México y cuando se les pide prueba de su ciudadanía se indignan y enojan y desgraciadamente tienen el apoyo acrítico de las cámaras de comercio y de los periódicos que gustan de explotar estos casos.²⁴⁶

En las palabras de Davis se anunciaba una nueva visión hacia la frontera que salvara las dificultades de una vecindad con un país como México; una de las principales, la dificultad para empatar fisonomía con

²⁴⁶ James J. Davies, Secretario del Trabajo a Senador Ralph H. Cameron. Washington, 16 de julio de 1925. INS, RG 85. Casefile 55301/217.

ciudadanía provocada por la existencia de miles de extranjeros que habían logrado convertirse en ciudadanos americanos pero que requerían de una prueba de su estatus ya que “ellos saben que son ciudadanos americanos, pero los inspectores no pueden saberlo al observarlos.” La vieja política de fronteras semi-abiertas debía terminar de inmediato y para ello, se debería emprender una jornada de reeducación de los habitantes de la región:

La gente de la frontera, especialmente aquellos con intereses comerciales, parecen no entender que ya no puede haber la misma libertad de movimiento y relaciones que prevaleció en los días anteriores al impuesto por inmigrante [*head tax*], la prueba de alfabetismo, las visas, las cuotas por nacionalidad y el pasaporte. Parecen no entender que la reglamentación de inmigración es de carácter nacional en visión y efecto.²⁴⁷

El llamado de Davis a una “reconsideración” de los intereses locales a favor de los nacionales se basaba en que muchos de los grandes empleadores de los estados del suroeste seguían con la idea de que reglas migratorias más estrictas eran convenientes, “siempre y cuando” existiera la flexibilidad para que sus intereses particulares no fuesen afectados. Cámaras de comercio de Arizona y Texas hicieron escuchar sus voces ante el Comisionado General de Inmigración señalándole que esperaban que se reconociese la condición especial de la frontera:

Creemos que si cualquier consideración es dada a las condiciones a lo largo de las fronteras de este país donde la gente a ambos lados es interdependiente [...] será entonces impensable que el Congreso intente que restricciones como la cláusula de alfabetismo se quiera aplicar a extranjeros que lo único que quieren es entrar temporalmente a comerciar con nosotros.

²⁴⁷ *Ídem.*

Además, en el colmo del cinismo los comerciantes organizados decían que sus comercios eran para los mexicanos:

[...] del norte de ese país, un centro de distribución de mercancías que no se podían vender en los Estados Unidos a causa de su calidad o haber pasado de moda. Toda esta mercancía encuentra una vía de salida a lo largo de la frontera entre las clases pobres de México que la encuentra atractiva. [...] La venta de mercancías descontinuada o invendible por varios motivos en los Estados Unidos, tiene un volumen de 10 millones de dólares.²⁴⁸

La Cámara de Comercio de Del Rio, Texas sumada a la de El Paso y otras ciudades remataba su alegato sobre su concepto de México y los mexicanos:

[...] en México la mayoría es analfabeta [...] nunca hemos necesitado que los mexicanos sepan leer y escribir [...] si se los exigimos es tanto como condenar desde Washington a toda la frontera.²⁴⁹

Muchos sectores de la sociedad estadounidense, particularmente el Servicio de Inmigración hubieran esperado que con el Ley de Inmigración de 1917 y las medidas complementarias tomadas con motivo de la entrada de los Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial, la vigilancia de la frontera con México cambiaría para siempre y desterraría las ambigüedades y se volvería una auténtica línea de contención. Se extrañaba el uso de restricciones, particularmente la exigencia del pasaporte que funcionó desde 1918, que sin embargo había nacido como una medida débil pues en el entendido de la comunidad fronteriza de ambos países, sería temporal y sólo justificada por las condiciones de guerra. Ya a principios de 1919 las cámaras de

²⁴⁸ El Paso Chamber of Commerce a W.W. Husband, Comisionado General de Inmigración. El Paso, 10 de marzo de 1923. *Ídem*.

²⁴⁹ *Ídem*.

comercio de Ciudad Juárez y El Paso iniciaron campañas de presión y cabildeo para

[...] que se modifique el reglamento de pasaportes a fin de que tanto los vecinos de Juárez como los de El Paso, transiten libremente entre ambas poblaciones, y puedan acudir a hacer sus compras a cualquiera de ellas, lo que será muy benéfico para el comercio y en mucho contribuirá al progreso de las dos ciudades y a fomentar relaciones mercantiles o simplemente amistosas entre sus vecinos [...] Las medidas que restringieron el tráfico se tomaron con motivo de la guerra, y para evitar el espionaje, pero de hecho, habiendo terminado la contienda [y] a más tardar cuando se firmen los tratados de paz se declararán nulos [sic] y el tráfico libre entre El Paso y Juárez será un hecho.²⁵⁰

Pero para el gobierno estadounidense, durante aquellos años no sólo había aparecido el conflicto bélico sino había entrado a escena la “amenaza real del comunismo” personificada en la revolución bolchevique y sus agentes internacionales por lo que se consideraba que un regreso irrestricto a la situación anterior a la guerra era casi imposible. La frontera mexicana, al igual que en épocas anteriores, se volvía un talón de Aquiles para la seguridad de la nación-imperio. El departamento de Estado y el Servicio de Inmigración “[...] nunca habían tenido la intención de abrir el puerto sin ninguna clase de restricciones [...]” sino acaso hacerlas menos evidentes y estrictas. De manera evidente y de nueva cuenta, el “asunto mexicano” se mezclaba con problemas globales que impedían su identificación exacta. La idea que empezó a explorarse desde entonces fue la de una tarjeta migratoria que si bien no tenía la misma fuerza de un pasaporte visado, “[...] ayudaría al gobierno a impedir que entraran al país individuos no deseables de ideas anarquistas o bolshevikis”.²⁵¹

²⁵⁰ “Los pasaportes serán anulados quizá en breve” en *La Patria*, 1 de enero de 1919, p.3.

²⁵¹ “Los pasaportes en la frontera serán abolidos” en *La Patria*, 12 de mayo de 1919, p.1.

La Primera Guerra Mundial creó uno de los horizontes de acuerdo en los Estados Unidos sobre el nivel de vigilancia de la frontera. Podemos decir que se alinearon las visiones sobre los riesgos de la vecindad con un país como México: pobre, convulsionado por las guerras civiles desde 1910 y con peligrosas tendencias a simpatizar con potencias rivales tales como Alemania y Japón y con ideologías subversivas cercanas al socialismo bolchevique. Las autoridades federales, particularmente los servicios de Inmigración y Salud Pública se esforzaron por mantener alineadas todas las fuentes de riesgo que implicaba la frontera: no permitir que se separasen los peligros políticos -que implicaba el movimiento comunista internacional-, de los peligros raciales, culturales y de salud -cuyos agentes patógenos eran los mexicanos. El doctor Tappan, jefe de la oficina de la USPHS en El Paso apuntaba que aunque desapareciesen los pasaportes, el cruce de la frontera debería de ser replanteado, habría que impedir que mexicanos indeseables vinieran a El Paso, pero también “salvar” a muchos americanos de ir a Juárez:

[...] se negará el permiso para cruzar a México a todos aquellos aficionados a las drogas -morfina, cocaína, opio, heroína, etc.- pues [estoy] dispuesto a no fomentar el vicio que tan extendido se encuentra en ese lado de la frontera, e [impediré] que los “amateurs” a esos hábitos vayan a Juárez a proveerse de las drogas para después venir a esta ciudad a cometer sus excesos o sus crímenes. Igualmente, todos aquellos amantes de empinar el codo que únicamente pasan la línea para embriagarse habitualmente en la vecina ciudad y regresar a este lado “llenos”.²⁵²

El tiempo de espera para tomar la decisión sobre los pasaportes provocó que durante esos años la exigencia de pasaportes, tarjetas y

²⁵² “Los pasaportes sustituidos ya por la tarjeta” en *La Patria*, 20 de mayo de 1919, p. 1.

visas se convirtiera en un juego de “toma y daca” con tintes nacionalistas y desquite. Si los Estados Unidos exigían pasaporte, México lo exigiría también; si además se pedía visa, visados tendrían que estar los pasaportes de estadounidenses que cruzaran a México. El cobro por pasaportes y visas también sería respondido con una medida compensatoria equivalente. Aquí un breve ejemplo de esta “guerra de los pasaportes”: A fines de 1919, J. M. Tristán, secretario general del Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros de México, viajó a Washington en representación de Luis N. Morones al congreso de la Pan-American Federation of Labor que presidía Samuel Gompers. Al intentar cruzar a los Estados Unidos por el puente de Laredo, Texas, se le negó el paso a pesar de contar con un pasaporte mexicano con visa estadounidense.²⁵³ Un año después, la Secretaría de Relaciones Exteriores de México tuvo que negar una instrucción dada por Roberto Pesqueria, agente del gobierno mexicano en los Estados Unidos, para que ningún agente consular otorgara visa al Senador por Nuevo México, Albert B. Fall que pretendía viajar a México para la toma de posesión de Álvaro Obregón.²⁵⁴ En el primer caso el pretexto fue que los líderes sindicales mexicanos estaban catalogados por la Embajada estadounidense en México como “agitadores radicales”, en el segundo caso, la excusa fue que el senador Fall siempre había sido considerado “como un intervencionista”. En las dos situaciones los permisos fueron finalmente otorgados.

La flexibilización volvió a tomar curso en julio de 1921 cuando el presidente Harding autorizó el reestablecimiento de una franja de 40 millas para la libre internación de ciudadanos mexicanos. La medida obligaba a México a corresponder aboliendo los requisitos migratorios

²⁵³ Pan-American Federation of Labor a Departamento del Trabajo. Washington, 10 de diciembre de 1919. INS, RG 85. Casefile 54549/516.

²⁵⁴ “No fue autorizado R. Pesqueira para negar pasaportes” en *La Patria*, 23 de noviembre de 1920, p.1.

para una franja equivalente, aunque ello significaba dejar de recibir ingresos considerables por la expedición de documentos.²⁵⁵ En efecto, unas semanas más tarde, el gobierno mexicano declaró nulas las restricciones que había venido imponiendo para el cruce de ciudadanos estadounidenses a México y que no fueran a internarse más de 40 millas.²⁵⁶ Pero tal como se señaló, la renuencia a eliminar esta medida de monitoreo fronterizo por parte de los Estados Unidos y de respuesta compensatoria y nacionalista por la de México, siguió presente después de las instrucciones de ambos gobiernos federales. Por parte de los Estados Unidos, si bien se dejó de exigir perentoriamente el pasaporte, el cobro del impuesto por inmigrante (*Head Tax*) siguió operando, al igual que la obligatoriedad de la vacuna y el baño de desinfección.²⁵⁷ De nueva cuenta, México actuó de manera reactiva y la Secretaría de Relaciones Exteriores

“[...] dio instrucciones a los consulados de la frontera para que se exija a los turistas americanos que desean entrar a México, los pasaportes debidamente expedidos por el Departamento de Estado, tal como el gobierno de este país exige a nuestros connacionales que van a los Estados Unidos”²⁵⁸

Este duelo de pasaportes enojó mucho a las cámaras de comercio de ciudades vecinas como El Paso y Juárez dirigiendo comunicaciones de protesta al secretario de Estado Charles Evans Hughes y a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México.

²⁵⁵ “Los pasaportes abolidos solo en las 40 millas” en *La Patria*, 15 de julio de 1921, p.1. Un año antes, la autoridad consular mexicana en El Paso calculaba ingresos por 100 mil dólares gracias al cobro de 10 dólares por cada permiso y pasaporte expedido, ver *La Patria*, 5 de mayo de 1920, p.1.

²⁵⁶ “La cuestión de los pasaportes esta siendo hoy discutida para suprimirlos en breve”, en *La Patria*, 4 de agosto de 1921, p.1.

²⁵⁷ “Se agrava más el asunto de los pasaportes y ahora es más difícil identificarse”, en *La Patria*, 12 de agosto de 1921, p.1.

²⁵⁸ “Los pasaportes han sido la rémora del tráfico comercial” en *La Patria*, 11 de noviembre de 1921, p.6, y “La derogación del molesto pasaporte es precisa a México”, en *La Patria*, 12 de noviembre de 1921, p.1.

El primero de febrero de 1922 una orden presidencial abolió el requisito del pasaporte²⁵⁹ pero de inmediato se hizo saber que las autoridades de inmigración y las del Servicio de Salud Pública intensificarían el escrutinio de aquellos que pretendieran ingresar a los Estados Unidos. G. J. Harris, inspector del Servicio de Inmigración en El Paso hizo unas declaraciones que resultan interesantes por volver a poner en relieve la centralidad de la inspección ocular sobre los cuerpos mexicanos:

Los ciudadanos mexicanos y de otras nacionalidades que intenten entrar a El Paso por el puerto de Juárez, deben cumplir con las disposiciones de migración, tal como se ha hecho en años anteriores.

Los inspectores tendrán que interrogar a los inmigrantes para que se identifiquen. Los interesados pueden evitarse ser sometidos a cuestionarios proveyéndose de tarjetas de identificación. Por ejemplo: suponiendo que se presenta una persona que hace frecuentes viajes al través de la frontera; los inspectores habrán de preguntarle si es o no ciudadano americano, esto se repetirá con mucha frecuencia hasta que el viajero para evitarlo tendrá que pensar en algún medio para no ser preguntado cada vez que tenga que venir a El Paso, y en este caso se le aconsejaría que con un retrato se presentará a la oficina de migración para que se le extendiera una tarjeta de identificación.

No obstante que bajo la ley no es necesaria la tarjeta en cuestión, ni tampoco está obligado el viajero a presentarla, si no le importa el examen a que pueda ser sometido [...] ²⁶⁰

El tono de advertencia e intimidación del inspector Harris no podía ser más claro, la no obligatoriedad del pasaporte no implicaba que

²⁵⁹ La cláusula tercera del decreto del presidente Warren G. Harding señalaba: “Los ciudadanos mexicanos no serán requeridos para que presenten pasaportes, tarjetas de indentificación, permisos o documentos similares para entrar a los Estados Unidos, directamente de México o de alguno de los demás países arriba especificados [Canadá, Terranova, Bermuda, Bahamas y súbditos ingleses], *La Patria*, 27 de enero de 1922, p.1.

²⁶⁰ “Como (sic) debe observarse la ley de inmigración con respecto a la abolición de pasaportes”, en *Ídem*.

los mexicanos pudieran moverse con naturalidad por la frontera como podría haber sucedido 25 años atrás. Los cuerpos mexicanos formaban parte ya de los patrones de riesgo incluidos en el sistema de vigilancia y monitoreo fronterizo:

Las personas perfectamente conocidas a los inspectores de inmigración, no son molestadas, [...] pero aquellas que por su aspecto o desconocimiento presentan algunas sospechas [...] están siendo detenidas, o bajadas de tranvías y automóviles y enviadas a la oficina de inmigración [...]²⁶¹

En 1923 se empezó a discutir la conveniencia de una identificación para cruce fronterizo y por más que nos parezca una solución simple y de fácil aplicación, los inspectores en El Paso consideraban que aunque sería muy deseable, habría que estar preparados frente al raudal de respuestas negativas que la medida provocaría a ambos lados de la frontera: medidas compensatorias por parte del gobierno mexicano, protestas diarias de ciudadanos y funcionarios americanos y mexicanos, de los intereses comerciales a las que harían eco congresistas, senadores y periódicos. La identificación para cruces fronterizos permitiría salvar el problema provocado por la presencia mexicana: “no poder identificar la ciudadanía de una persona a simple vista.”²⁶² Durante toda la segunda mitad de 1921 los intereses comerciales de ambas ciudades, aliados a propagandistas influyentes como el periódico *La Patria*, montaron una campaña en la que prácticamente todos los días se hacían críticas y señalamientos públicos sobre el daño que las medidas migratorias hacían a la frontera y de cómo los gobiernos federales respectivos eran incapaces de entender el carácter “especial” de la zona, discurso que ha probado ser en verdad

²⁶¹ “No hay más pasaportes desde ayer pero se han puesto en vigor las leyes de migración”, en *La Patria*, 2 de febrero de 1922, p.1.

²⁶² Ver nota 211.

longevo pues sigue en boga en pleno inicio de siglo XXI.(Ver Anexo 1 “La Abolición de los pasaportes”)

A las medidas migratorias aplicadas por el Servicio de Inmigración en El Paso, el gobierno mexicano respondió exigiendo, a partir de marzo de ese 1923 el que cualquier turista que quisiese ingresar a Ciudad Juárez debería contar con una identificación de ciudadanía; el jefe de inspección migratoria en Juárez, señaló en un claro mensaje de inspiración nacionalista rechazando la visión que desde El Paso se había creado de la ciudad mexicana:

Los preceptos de la ley de inmigración [mexicana] expresan la resolución del gobierno a no permitir la entrada de los extranjeros no deseables, de purgar a C. Juárez de los malos elementos que vienen desde el lado americano, morfinómanos, traficantes de drogas, contrabandistas, rateros y demás agentes de la prostitución y de los vicios que imperan en C. Juárez. Estas órdenes no sólo rezan para los extranjeros varones, sino también para las mujeres extranjeras que [vienen] a comerciar con su cuerpo amentando el gran número de meretrices que ya agobian a la sociedad mexicana.²⁶³

El nacimiento de la Patrulla Fronteriza.

La influencia del movimiento nativista en la conformación de la política de Estado hacia la inmigración tuvo un momento de gloria en 1924 cuando finalmente las restricciones migratorias fueron atadas a una reflexión sobre la preservación del stock racial y genético de los Estados Unidos. Un periplo iniciado con el Ley de Exclusión China del 6 de mayo de 1882, que había pasado por el Acta de Inmigración del 5 de febrero de 1917 (exclusión de analfabetas, rechazo de entrada a enfermos y débiles mentales, ampliación de la exclusión china a toda la

²⁶³ "Se pone en práctica en el lado mexicano una medida legal para los visitantes" en *La Patria*, 5 de marzo de 1923, p.1 y "Desde hoy comenzarán a ser exigidas las tarjetas para la identificación en México" en *La Patria*, 2 de julio de 1923, p.1

región Asia-Pacífico), luego por una poco efectiva Ley de Cuotas de 19 de mayo de 1921, culminaba su travesía en la nueva Acta de Inmigración de 26 de mayo de 1924.

Al finalizar la Primera Guerra Mundial y con el pretexto de que los extranjeros “robaban” los trabajos de los ciudadanos americanos, es decir blancos anglosajones, diversos sectores sociales y culturales iniciaron una cruzada anti-inmigrante que para el caso de los mexicanos hemos descrito, pero que incluyó vociferantes, y en numerosas ocasiones, violentas jornadas, por ejemplo contra japoneses en California o contra los italianos en Illinois. La iniciativa Johnson-Reid recogía esa agenda nativista, nacionalista y racista que se convirtió, después de su discusión y aprobación en el Congreso, en la Ley de Inmigración de 1924, también conocida como el Acta de Origen Nacional (National Origins Act). La nueva ley seguía muy influenciada por la experiencia histórica migratoria de los Estados Unidos, se mantenía la idea dominante de que los puertos de entrada eran marítimos y por ende continuaba mostrándose poco efectiva para la realidad fronteriza. No obstante, sí fueron distinguibles algunos efectos sobre los inmigrantes mexicanos y los habitantes de las zonas fronterizas. De manera inmediata, la ley de 1924 elevaba a 10 dólares el impuesto por inmigrante o *head tax* que había sido fijado en 8 dólares por la ley de inmigración de 1917 y que fue fácilmente exentado o evadido por las condiciones de guerra. Desde 1924 ese impuesto logró desalentar notablemente a muchos mexicanos a entrar a los Estados Unidos de manera legal; de 90,000 que lo hicieron ese año, bajó a una tercera parte en el siguiente. La mayoría encontró que ese impuesto era

impagable y los primeros incentivos para la inmigración ilegal empezaron a institucionalizarse.²⁶⁴

Pero hay otros elementos que distinguen la política migratoria estadounidense a partir de ese año. En primer lugar, la ley introdujo el concepto de cuotas migratorias por nacionalidad; en segundo lugar hizo de la frontera un área sensible para el Estado ya que a partir de entonces la inmigración quedaría bajo la supervisión conjunta del Servicio de Inmigración, que dependía del Departamento del Trabajo, y del Departamento de Estado a través de sus consulados en México. Finalmente, paralela a la nueva ley de inmigración, el gobierno federal y el Congreso decidieron la creación del primer cuerpo especializado en la vigilancia armada de las fronteras con Canadá y México: la Patrulla Fronteriza.

Desde la década de los 1960s y hasta nuestros días, la *Border Patrol* o Patrulla Fronteriza ha impuesto temor para el creciente número de inmigrantes ilegales e incluso legales. Sin embargo al ser fundada en 1924 pareció más un acto declarativo que una realidad contundente en materia de vigilancia fronteriza. El *establishment* político en Washington continuaba concibiendo la inmigración como un fenómeno que tenía como escenario puertos marítimos como San Francisco y Nueva York pero también, es importante reconocerlo, con todo y su impresionante crecimiento económico experimentado por tres décadas consecutivas, el suroeste se mantenía como región marginal y periférica al centro político y cultural nacional. La Patrulla Fronteriza nació como un cuerpo armado totalmente inadecuado para la vigilancia de las fronteras terrestres, de manera particular la compartida con México por la

²⁶⁴ George J Sánchez, *Becoming Mexican American. Ethnicity, Culture and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*, New York, Oxford, Oxford University Press, 1993, p.57. Los datos que aparecen en la nota 233 son diferentes pero mantienen la veracidad de la tendencia.

intensidad de sus raíces históricas, demográficas y la desigualdad en desarrollo material de ambos países. Las líneas fronterizas con Canadá y México tenían una extensión de más de 8,000 kilómetros, por lo que un cuerpo de 450 agentes no podía sino enviar un mensaje débil sobre el compromiso del Estado para la vigilancia de sus límites terrestres. Es cierto que cuatro años después la Patrulla Fronteriza ya contaba con 800 hombres que además estaban un poco mejor entrenados, pero ello sólo fue suficiente para realizar una vigilancia efectiva en puntos y momentos específicos;²⁶⁵ seguramente los puertos de entrada como el Puente Santa Fe, entre El Paso y Ciudad Juárez, fueron mejor monitoreados; pero como ya habían señalado antes los inspectores del Servicio de Inmigración, esos lugares sólo eran un pequeño lunar en la inmensidad de la frontera y a las restricciones, los inmigrantes responderían entrando ilegalmente por áreas no vigiladas.

El área de El Paso que por experiencia había sido probada como la zona de mayor tráfico de inmigrantes -legales o ilegales, mexicanos o de otras nacionalidades- contaba con sólo 40 agentes de la Patrulla Fronteriza para vigilar un territorio que incluía zona ribereña, de desierto y de montaña.²⁶⁶ Pero el problema no era exclusivamente numérico, los primeros agentes de la corporación eran notoriamente incompetentes para las funciones asignadas, desconocían las leyes y carecían del más mínimo manejo del español. Wesley G. Stiles fue uno de los primeros agentes contratados para formar la Patrulla Fronteriza y su testimonio es un fiel retrato de la calidad de ese nuevo cuerpo vigilante del Estado americano. Recuerda que el primer jefe inspector de la frontera con México fue el señor Corbin y que no obstante ser “[...] un buen hombre, [...] no tenía la menor idea de qué era lo que tenía que

²⁶⁵ Limerick, *op. cit.* p. 249.

²⁶⁶ Perkins, Clifford A., *Border Patrol: With the U.S. Immigration Service on the Mexican Boundary, 1910-1954*. El Paso, Texas Western Press, 1918, pp. 93-94.

hacer y menos cómo realizarlo”. Stiles se había unido a la Patrulla junto con cinco jóvenes veinteañeros en búsqueda de aventuras pero sin que nadie les hubiera indicado cuál era su misión, cómo debería ser ejecuta y cuándo hacerlo. Los primeros agentes de la Patrulla Fronteriza no contaban con transportación por lo que sus recorridos se hacían a pie. Su única instrucción era

[...] Atrapar a extranjeros y parar la oleada de europeos que venían huyendo de la depresión y que usarían a México para ingresar a los Estados Unidos [...]²⁶⁷

A la pregunta de cómo hacían para atrapar a esos extranjeros, Stiles respondió con gran candor, que lo que hacían era usar una tarjeta que estaba escrita en español y se pedía a quien quería cruzar el puente que la leyera, ¡así reconocerían a los judíos y a los chinos!

A su incompetencia se sumaba el desprecio y desagrado que los agentes de la Patrulla Fronteriza sentían por los mexicanos; al no saber prácticamente ni una palabra de español se suscitaban episodios de discriminación como el siguiente que recordaba un texano que trabajó para la Patrulla Fronteriza como traductor entre 1924 y 1930:

[...] recuerdo que un oficial de la Patrulla que creía hablar español muy bien llamó a un mexicano que cruzaba el puente y le preguntó:

-¿Cómo se llama yo?

-Pues quién sabe señor (respondió el mexicano)

Entonces el oficial me volteó a ver buscando mi complicidad:

-How stupid can these people be, they don't even know their own names (Pero que estúpida puede ser esta gente, ni siquiera saben su propio nombre)²⁶⁸

²⁶⁷ OHI-UTEP, No. 756, entrevista a Wesley G. Stiles, El Paso enero de 1986, por Wesley C. Shaw.

²⁶⁸ OHI-UTEP, no. 152, entrevista a J.C.Machuca, El Paso 9 de mayo de 1975, por Óscar J. Martínez. Citada en Sánchez, *op. cit.* p.55.

Pero no obstante el desagrado que ese cuerpo, totalmente integrado por anglos en su comienzo, sentían por los mexicanos, todavía entonces se seguía imponiendo el oportunismo económico: eran mano de obra barata que aún se necesitaba. Sin embargo, no se debe dejar pasar el hecho de que la Patrulla Fronteriza sí jugó un papel fundamental en terminar el armado del aparato cultural, político y legal para la definición de México y el mexicano como un ser diferente, como un “otro” perfectamente identificable.

En la primera generación de agentes de la Patrulla Fronteriza no fue extraño encontrar simpatizantes y aún militantes del Ku Klux Klan por lo que aunque la política migratoria marco se mantenía lejos de consideraciones especialmente duras hacia los mexicanos, el acto de cruzar el puente se volvió desde la instalación de la estación sanitaria en 1917 un espacio para cada vez mayores actos denigrantes de discriminación. Además de los baños desinfectantes, cuyo ritual resultaba tan infamante, muchos **cruzantes**, mujeres particularmente, fueron objeto de interrogatorios vejatorios de fuerte contenido sexual; el inspector Nick D. Collaer fue acusado de este tipo de comportamiento durante su desempeño en varios cruces fronterizo hasta que en el de Naco, Arizona, fue claramente señalado por haber acosado con su interrogatorio a una mujer mexicana, en el que le hizo preguntas de esta clase:

¿Es usted casada?

¿Cuántas veces por noche su esposo tiene relaciones sexuales con usted?²⁶⁹

²⁶⁹ “Affidávit de la acusación de Charles Geck contra Nick D. Collaer”, Naco, Arizona, 17 de julio de 1925. INS, RG 85. Casefile 55301/217A. La acusación en contra de Collaer no tuvo efecto alguno, poco después fue nombrado jefe de la Border Patrol en El Paso, ver *El Paso Herald*, 5 de enero de 1928.

Ir de Ciudad Juárez a El Paso había sido defendido como un hecho cotidiano y natural por la población fronteriza mexicana, sin embargo la ingeniería cultural que hemos descrito llegó a hacer de ese evento, un momento en que, como señala George J. Sánchez

[...] cruzar el puente se convirtió en un evento doloroso y abrupto perneado por una atmósfera de racismo y control, un evento que claramente demarcaba a una sociedad de la otra.²⁷⁰

Es importante insistir en el papel cultural jugado por la Patrulla Fronteriza en la redefinición de la frontera mexicana como un contexto en el que estaba en riesgo la dirección del proyecto nacional estadounidense. Ante la declarada ineficiencia de las anteriores medidas dictadas para resguardar del “peligro mexicano”, buena parte de los voceros del pensamiento conservador nativista anti-inmigrante volcaron sus esperanzas en el fortalecimiento de la Patrulla Fronteriza, exigiendo al gobierno federal que la dotara de muchos mayores elementos humanos y materiales. A tres años de su creación, se pugnaba por reformarla y volverla más poderosa mediante la integración en un sólo cuerpo de los agentes de la propia Patrulla, de los agentes del Servicio de Aduanas, y de los pertenecientes a las patrullas de narcóticos y alcohol.²⁷¹ La prensa anglo de El Paso se volcaba en elogios a la Patrulla Fronteriza y llamaba a mostrarles el interés de la sociedad en su trabajo patriótico. “Ellos necesitan un amigo” señalaba una editorial,

Deben tener tacto, ser corteses, inteligentes, llenos de recursos, en buena condición física, aptos para pelear, deben ser fisonomistas y políglotas [y] todo por un sueldo de 155 a 188 dólares al mes [del] que tienen que pagar su

²⁷⁰ *Op. cit.*, p. 59.

²⁷¹ *El Paso Times*, 17 de enero de 1927. INS, RG 85. Casefile 55598/459

uniforme, sus armas, su seguro de vida. ¡Pero eso sí! El gobierno provee a los inspectores con sus placas GRATIS.²⁷²

La idealización de los elementos de la Patrulla Fronteriza (Ver Anexos 2 “The Border Patrol” y 3 “The Guardians of the Rio Grande”) como prototipos de la masculinidad angloamericana presente en lo que se consideraba una nueva conquista del viejo oeste es evidente en la literatura periodística de la época:

Aun no descubiertos por los poetas, novelistas o los directores de películas, la patrulla fronteriza del servicio de inmigración de los Estados Unidos cumple la más pesada de las encomiendas. La notoria policía montada del Canadá ha ganado fama y glamour gracias a canciones e historia. No así nuestra Patrulla Fronteriza.²⁷³

El sistema de cuotas por origen nacional.

Después de al menos un cuarto de siglo de estimular la demanda de trabajadores mexicanos, incluso por medios artificiales para mantener salarios bajos, la frontera se había tornado cada vez más inmanejable. Los flujos migratorios formaban ya parte de las estrategias económicas e incluso culturales de enormes sectores de la población mexicana de muy distintos lugares de la geografía nacional y tal como lo habían estado reconociendo varios miembros del Servicio de Inmigración, ese “pragmatismo económico” de poderosos intereses de los Estados Unidos era el responsable del carácter otorgado a la frontera con un vecino como México. Entre 1900 y 1920 se había cuadruplicado la entrada de mexicanos y entre el 50 y el 60% terminaba por quedarse permanentemente en los Estados Unidos. Hacia fines de la década 1920s la cifra oficial aproximada de mexicanos en el país era de un

²⁷² “They Need a Friend” en *El Paso Post*, 5 de febrero de 1927. *Ídem*.

²⁷³ “Says Border Patrol finest Police Organization in US”, *El Paso Times*, 16 de febrero de 1927. *Ídem*.

millón a los cuales habría que añadir a todos aquellos que habían entrado subrepticamente, que contra lo que pudiera pensarse eran minoría por aquellos años en que por los medios legales de inmigración era relativamente fácil ingresar a los Estados Unidos.

Resulta por demás interesante advertir que una vez terminada la Guerra Mundial y concluidos los periodos de excepción migratoria de 1919 y 1920, a los que ya me referí, la llegada de mexicanos continua elevándose durante los veintes, década durante la cual se reforzó la vigilancia fronteriza y se dictaron leyes para limitar la inmigración mexicana.²⁷⁴ Década también en la cual está totalmente decantado el discurso nativista-exclusionista -basado en la eugenesia y en la medicina- que había clasificado como patógeno al mexicano destacándolo como un vector de enfermedades y foco de infección socio-cultural. Sin embargo todo el espectro anti-mexicano cedía ante las cínicas danzas de los intereses económicos. Ante el fracaso de la Ley de Inmigración de 1924 para volver menos permeable la frontera, el amplio movimiento contra la inmigración de razas indeseables en el que se expresaban tanto eugenistas, nativistas por la defensa de la familia racial anglosajona, como líderes del movimiento obrero, el Congreso empezó a discutir, en 1927, el sistema de cuotas aplicado a la inmigración. La propuesta del Congresista Box llamada la Iniciativa de Ley Hill o *Box Bill*, invitaba a que la inmigración se permitiera tomando en cuenta la composición racial de la Nación, y teniendo como base el censo de 1920 que había contabilizado a 106 millones de habitantes y la posibilidad de admitir hasta 150,000 inmigrantes por año. Esos lugares se distribuirían a cada país considerando la contribución que esa

²⁷⁴ En 1920 habían, oficialmente, 486 mil mexicanos a los que se sumaron 34,025 en ese mismo año; 38, 892 en 1921; 22,795 en 1922; 72,087 en 1923; 102,215 en 1924; 45,018 en 1925; 54,448 en 1926 y 69,685 en 1927. "Number of Mexican Immigrants in Nation Increasing. Commisioner of Labor States" en *The United States Daily*, Washington, 24 de septiembre de 1927. INS, RG 85. Casefile 55598/549B.

nacionalidad hubiese hecho “por nacimiento o ascendencia” al total de la población en 1920. Entonces, si la contribución “racial” de una nación era de un vigésimo del total, le correspondería la vigésima parte de la cuota de 150,000. Aplicado a México, si se tomara como cifra base los 486,418 habitantes de ese origen en 1920, calificaría con menos de la mitad de un punto porcentual por lo que tendría derecho a ¡750 inmigrantes al año!²⁷⁵

En febrero de 1928, el Comité de Inmigración de la Cámara de Representantes realizó las audiencias sobre la Iniciativa Bill y me resulta de enorme interés la fuerza con que se planteaba la necesidad de fronteras semi-libres por parte de los grandes intereses económicos abiertamente enfrentados con la postura de los sindicatos y las posiciones nativistas. Pidieron ser escuchados al menos tres legisladores: dos congresistas Hudspeth, demócrata por El Paso y Dichinson, republicano por Iowa y, un senador, Waterman republicano de Colorado. Los últimos dos señalaron que el sistema de cuotas sería un golpe mortal a la industria del betabel de sus estados; Hudspeth leyó frente al Comité las cartas de alarmados *paseños* que se oponían a las cuotas que acabarían con El Paso como el gran centro para enganche y distribución. Participaron también en las audiencias presidentes de consorcios azucareros, algodoneros de Colorado, Arizona y Ohio quienes señalaban que habían hecho esfuerzos por obtener trabajadores blancos en las zonas mineras de Virginia, Pennsylvania y Ohio sin ningún resultado. Los ganaderos y agricultores de Texas clamaban que una medida como esa acabaría con la economía de distritos completos. Ninguna de las personas que ofrecieron su testimonio hizo siquiera la más mínima mención a la actitud que se debería tener hacia México y la forma de contribuir al bienestar del vecino pobre del sur. Solamente

²⁷⁵ “Upsetting the Melting Pot” en *Montana Labor News*, Butte, Montana, 20 de diciembre de 1927. *Ídem*.

Hubert L. Shattuck, inmigrante centroeuropeo y ciudadano americano hizo una declaración con un timbre diferente al de una caja registradora:

Como ciudadano americano tengo el más grande orgullo en el hecho de que gente de los Estados Unidos, México y Canadá puedan ir y venir cruzando las fronteras sin restricciones, cosa que quien no ha vivido en Europa no puede apreciar.²⁷⁶

El sistema de inmigración basado en cuotas, aunque basado en una reflexión eugenista y por ello insalvablemente racista, pretendía crear un marco general para la administración de la política de inmigración en general, y para la vigilancia y prácticas de admisión de mexicanos en lo particular. Proponiendo una fórmula aritmética pareciera que se pudiera enfriar el asunto para volverlo un problema neutro de necesidades de importación de una mercancía específica. El sistema de cuotas migratorias permitía ceder ante las presiones de los nativistas que pugnaban por permitir una inmigración altamente selectiva y los grandes intereses económicos a quienes entre líneas se les daba a entender que una nueva ley de inmigración basada en cuotas por origen nacional sería un tope cuando conviniera, pero podría también convertirse en piso o punto mínimo de negociación, además de reconocerse que siempre estaría el recurso de la inmigración ilegal o indocumentada. El Sistema de cuotas además dejaba planteado un recurso para la apelación nacionalista y nativista: el corazón y el alma de los Estados Unidos estaba compuesto por la gran familia racial anglo-sajona y la contribución mexicana a la formación del espíritu nacional era tan marginal que no podía reclamar derecho alguno.

²⁷⁶ "Proposal to Restrict Crossing of Borders by People of American Countries Opposed" en *U.S. Daily*, Washington, 2 de marzo de 1928. INS, RG 85. Casefile 55598/459C.

Pero no obstante lo atractivo que en teoría pudiese parecer, el sistema de cuotas no se convirtió en ley y su debate siguió dividiendo al país y aunque éste se proponía como un marco global para reformular la política inmigratoria de los Estados Unidos, seguía siendo el “asunto mexicano” el que detenía su aprobación o rechazo. La relativa facilidad con que la ingeniería cultural del nativismo y el eugenismo estadounidense había logrado producir leyes específicas para prohibir la inmigración de asiáticos o limitar sensiblemente la de personas del medio oriente, los Balcanes y algunos otros nacionales centro-europeos y mediterráneos, seguía enfrentando muchas dificultades para impugnar con el mismo éxito a los mexicanos. En 1928 Robert Norris McLean publicó su libro *That Mexican* que lo convirtió en una autoridad sobre el tema mexicano y le permitió realizar giras por el país impartiendo conferencias sobre el incómodo tema. Pero ni su libro ni sus conferencias daban una solución definitiva al cómo manejar la inmigración mexicana. Tenemos que admitir –decía– que se les necesita para la agricultura, así como en la industria ferroviaria en donde había al menos un cuarto de millón de hombres, niños y mujeres.²⁷⁷

Al dictar una conferencia en la iglesia presbiteriana de Tucson, Arizona, McLean admitió que encontraba muy difícil que la inmigración mexicana pudiera ser detenida, en primer lugar porque la Ley Migratoria seguía reconociendo como legal la importación de mano de obra sin calificación y barata y un sistema de cuotas –advertía– lo que hará es agravar la entrada ilegal de mexicanos y aumentará los peligros que se viven en la frontera. McLean parece sumarse a la opinión de algunas de las voces que desde el Servicio de Inmigración señalaban que el “problema mexicano” había llegado para quedarse. Es evidente que sentía un profundo sentido de superioridad frente a los mexicanos en

²⁷⁷ *That Mexican! As he really is, north and south of the Rio Grande*, Fleming H. Revell Co., New York and London, 1928.

general y particularmente hacia los que vivía en su país. Así sentenciaba frente a una audiencia a la que seguramente llegó a asustar:

Los mexicanos no van a regresar, están para quedarse. Todo el gasto de caridad y asistencia que se hace con los mexicanos hace que a la larga su trabajo no sea tan barato. Los riesgos morales causados por sus pobres condiciones de vida son enormes, son un riesgo de salud por el tipo de trabajo que desempeñan, y por su costumbre de vivir hacinados y la pobre vigilancia médica. Los mexicanos son inmigrantes por lo que nunca desarrollan la vida hogareña estable que los Estados Unidos necesita. El peón mexicano no tiene las características para convertirse en ciudadano. Los peones no son asimilables, no se integran ni muestran interés por naturalizarse. La mayoría de los mexicanos son hombres solos que están esperando traer a sus familias por lo que su número crecerá.²⁷⁸

Quizá a diferencia de los señalamientos de los líderes sindicales de aquellos años, McLean trató de explicar el origen del fenómeno migratorio mexicano. México –decía– es un país en condiciones permanentes de violencia y pobreza donde un trabajador gana menos de un dólar diario, contra los tres dólares que se obtienen en los empleos peor pagados en los Estados Unidos. Pero también señalaba el papel que había jugado la economía estadounidense: la notable expansión industrial, los grandes proyectos de irrigación, la imposibilidad de obtener mano de obra poco calificada de otras nacionalidades y la liberalidad con que se había administrado la frontera con México.

En este tablero de intereses e ideologías, que se ha tratado de describir, resulta de enorme complicación decidir en términos de quiénes son los “buenos o malos” de la película. Las posiciones pro-mexicanas resultan ser los grandes beneficiarios del flujo constante de mano de obra barata sin calificación; los anti-mexicanos que presentan

²⁷⁸ “Mexican Quota Problem topic” en *Arizona Daily Star*, Tucson, 7 de enero de 1929. INS, RG 85. Casefile 55598/459C.

la cara desagradable del racismo acusan a los opositores de la Iniciativa Bill de querer perpetuar una ventaja competitiva injusta y que sumía al suroeste en el atraso. Hay que admitir que no les faltaba razón, cuando los defensores de una frontera semi-abierta con México lanzaban los argumentos, que ya presenté, de que la presencia mexicana era indispensable para la economía del suroeste, estaban reviviendo en el ánimo colectivo el recuerdo de los orígenes de la Guerra Civil cuando los estados sureños sintieron que la emancipación de los esclavos destruiría la base de la economía de plantación. Los defensores de la Iniciativa señalaban, y me parece que el tiempo ha terminado por darles la razón, que la apuesta por la mano de obra barata terminaba saliendo cara; “*cheap labor is expensive labor*” –decían- porque la utilización intensiva y permanente de esa mano de obra para producir, por ejemplo, algodón, causaba que se produjesen productos por debajo de su costo real. Detener la entrada de mexicanos no arruinaría ni a la agricultura ni a las industrias del suroeste y además, se haría una contribución nacionalista:

Esas actividades pueden ser cambiadas, se les forzará a adoptar o inventar maquinaria que elimine puestos de trabajo, se les forzará a adoptar el estándar americano, el trabajo americano y los precios americanos [...]

La retórica de este discurso restriccionista es un decantado ejemplo del pensamiento eugenésico pues proponía el cierre de la frontera con México con una acción profiláctica, casi regenerativa de la nación americana:

Terminar con la inmigración, nos forzará a usar esa inteligencia, creatividad y energía característica de nuestra raza [...] Pero hay que actuar ahora, en unos pocos años podrá ser demasiado tarde. El tiempo llegará en que la infiltración de peones pueda reducir esa inteligencia, creatividad y energía de la gente del

suroeste. Es la preservación de la raza la que está en juego, no la preservación de una industria.²⁷⁹

El tácito reconocimiento de que en efecto los mexicanos que regresaban a su país eran minoría por parte de las más altas autoridades²⁸⁰ permitió que, aunque el sistema de cuotas no funcionara, la cantidad de requisitos para el cruce de la frontera aumentarían significativamente. Desde noviembre de 1928 se empezó a exigir presentar acta de nacimiento, certificado de matrimonio, carta de antecedentes no penales y certificado de salud mental; sumándolos a los requisitos de vacunación y baños de desinfección, la expedición de visas en Ciudad Juárez para cruzar a El Paso se había reducido 95%.²⁸¹

Ahora bien, el *impasse* en el que se encontraba la Iniciativa Bill no impidió que no avanzaran otras medidas. De hecho durante los últimos años de los años 1920s era evidente como el discurso eugenésico se había vuelto herramienta de Estado para el análisis de la política migratoria de los Estados Unidos. Un comité especializado en inmigración selectiva del Congreso señalaba a fines de 1928 que la operación de la inmigración en el país había mejorado y que sólo faltaba que se rigiera por completo por “los principios inspirados por la investigación en inmigración selectiva”. En lo que constituía su cuarto reporte de trabajo, se hacían las siguientes recomendaciones:

1. La futura legislación debe pensar en que los inmigrantes serán los padres de los futuros americanos. Por ello se debía pensar en qué cualidades hereditarias se querían ver transmitidas de una generación a

²⁷⁹ “Pass the Box Bill” en *The Arizona Daily Star*, Tucson, 13 de febrero de 1930. INS, RG 85. Casefile 55598/459E.

²⁸⁰ El secretario del Trabajo Davis había reconocido frente al Senado que los mexicanos se quedaban en los Estados Unidos y que su tasa de naturalización alcanzaba apenas el 5% del total de residentes. INS, RG 85. Casefile 55598/459C.

²⁸¹ *Ídem*.

otra: cualidades de cuerpo, mente, espíritu. Se deberá preferir que éstas sean superiores a las de los actuales habitantes.

2. En el futuro sólo deberán admitirse inmigrantes blancos cuyos ancestros sean caucásicos.
3. Que el estándar de inteligencia natural sea igual o superior al nivel C de la escala de inteligencia que aplica el ejército.
4. Que todos los parientes cercanos del futuro inmigrante sean de la constitución física, mental y moral de manera que el stock familiar le permita al inmigrante convertirse en un bien para la ciudadanía americana.
5. Se intentará que la evaluación de los valores sociales y biológicos se realice en sus países de origen.
6. Que todos los países pasen a la categoría de “sujetos a cuota”, con la excepción de aquellos que a su vez sólo acepten personas blancas.²⁸²

El notable antropólogo mexicano Manuel Gamio, que se encontraba por entonces realizando su investigación sobre el inmigrante mexicano, gracias a una subvención del National Research Council, llegaba a conclusiones de una impactante similitud a las de los eugenistas estadounidenses. En una entrevista con la Associated Press, Gamio declaró que por el bien de los dos países, la inmigración mexicana debía ser urgentemente restringida ya que estaba comprobado que el mexicano no podía asimilarse a la cultura y sociedad estadounidenses porque no eran bienvenidos socialmente, porque no había matrimonios entre los nacionales de ambos países, porque al ser objeto de prejuicios raciales, el mexicano tendía a vivir apartado y si bien lograba adoptar algunas costumbres de consumo y aumentaba su higiene, estaba atado por la ética y la religión nacional. Ese *ethos* nacionalista lo obligaba a seguir celebrando sus fiestas, a seguir creyendo en supersticiones y a continuar pensando que “México es la tierra de su corazón”. Para Gamio, la inmigración mexicana debería ser

²⁸² Declaraciones del Dr. W.A. Evans en “Noted Medic Gives Advice Upon Health”, *Los Angeles Examiner*, 2 de noviembre de 1928. *Ídem*.

sujeta a un acuerdo binacional que permitiera el trabajo estacional, regulado y seguro, de unos pocos cientos de miles de trabajadores; sin embargo ese flujo migratorio debería ser paulatinamente disminuido gracias a la industrialización de México, que requeriría toda la mano de obra nacional. Ello compensaría de acuerdo a Gamio, los 5 millones de dólares que los mexicanos envían a sus casas cada año.²⁸³

La frontera: zona de peligro.

Hacia fines de los años veintes los esfuerzos por ir desproveyendo de elementos positivos a los mexicanos, especialmente a los inmigrantes, y por consiguiente a la frontera con México, habían hecho avances importantísimos. Primero la idea de un país pobre, después de iniciada la Revolución de 1910 la de una nación sumida en la violencia y el caos social, para luego sumarle también la idea de que México era tierra de peligrosos radicalismos políticos donde las ideas anarquistas y bolcheviques encontraban favorable caldo de cultivo. Esos nuevos retos para la protección de la nación-imperio llevaron a acciones conjuntas de vigilancia y espionaje entre el Servicio de Inmigración que pertenecía al departamento del Trabajo y la red consular dependiente del departamento de Estado. Por estos años a la revisión migratoria regular a la que hemos pasado revista, se añadió el filtro de potencial riesgo político.

El trabajo combinado de estas agencia federales logró ir tendiendo una red de espionaje en territorio mexicano. El tipo de rastreo realizado por el inspector Seraphic para analizar el funcionamiento de la mafia para el contrabando de nacionales sirios y turcos, se perfeccionó y

²⁸³ Estas declaraciones fueron reproducidas por muchos periódicos de los Estados Unidos. INS, RG 85. Casefile 55598/459E.

empezó a utilizar la estructura consular estadounidense en México para conocer por anticipado el posible arribo a la frontera de potenciales agitadores que, se sospechaba, podían llegar formando parte de grupos grandes de inmigrantes europeos que desembarcaban en puertos mexicanos. Esa red de inteligencia también integró listas de líderes obreros mexicanos que eran clasificados como “agitadores” cuya entrada a los Estados Unidos debería ser vigilada e impedida. En 1919, a todos los consulados estadounidenses en México así como a los inspectores de inmigración en la frontera, les fue proporcionada una lista de agitadores mexicanos que en algún momento podrían querer internarse a los Estados Unidos, cosa que había que impedir.²⁸⁴

Otra forma de actuación fue la de enviar inspectores de inmigración ¡a lugares tan lejanos como Veracruz!, para que desde ahí se intentara detener la llegada de europeos que se sospechara intentarían entrar ilegalmente a los Estados Unidos por la frontera. Por increíble que parezca las autoridades mexicanas autorizaban, o al menos se hacían de la vista gorda, para que este tipo de inspectores subieran a bordo de los barcos junto con las autoridades migratorias mexicanas y detectaran a los viajeros que señalaran como su último destino los Estados Unidos; todos esos nombres eran enviados a El Paso desde donde se prevenía a todos los cruces fronterizos.²⁸⁵ Para las autoridades estadounidenses este tipo de vigilancia era necesaria ya que en México, los europeos no eran excluidos por ningún motivo físico, mental o político. Al desembarcar en México, las rutas hacia el norte estaban ya muy bien establecidas por las mafias de contrabandistas de inmigrantes ilegales; sin embargo a esa flexibilidad de la ley migratoria

²⁸⁴ “Servicio Consular Americano a todos los funcionarios consulares en México. Correo confidencial. Circular no. 136”, Ciudad de México, diciembre de 1919. INS, RG 85. Casefile 54549/516.

²⁸⁵ Paul H. Foster, Cónsul en Veracruz al Secretario de Estado. Veracruz, 31 d febrero de 1921. INS, RG 85. Casefile 55079/290.

mexicana se añadía el hecho, responsabilidad del Servicio de Inmigración de los Estados Unidos, de que el cruce hacía ciudades texanas, fundamentalmente, fuese tan sencillo y que en caso de ser aprendidos “[...] muchos eran liberados con fianzas, particularmente aquellos de raza hebrea y se les permite quedarse indefinida [...]. Así pues, la mitad de la responsabilidad se encontraba en México, pero la otra tenía su explicación en la ineficiencia o en la corrupción del otro lado de la frontera.²⁸⁶

A partir de octubre de 1922 el gobierno mexicano hizo modificaciones a sus requisitos migratorios exigiendo que cualquier persona que llegara al país debería traer consigo 50 pesos o 25 dólares con excepción de “chinos y negros que deberán contar con 500 pesos o 250 dólares.²⁸⁷ Pero desde el punto de vista de las autoridades estadounidenses esos cambios en poco o nada contribuían a detener la inmigración ilegal de europeos desde México, “[...] muchos de los cuales son indeseables y algunos deben ser criminales y anarquistas que habiendo sido deportados [desde Estados Unidos] hacia Europa, usan a México para conseguir papeles falsos y entrar de nuevo. Resulta obvio que las autoridades estadounidenses lo único que esperaban de México era la cooperación en la protección de los intereses de los Estados Unidos ya que no se expresaba ninguna esperanza realista en que México montara en el futuro próximo una vigilancia migratoria eficiente. De ahí la importancia de mantener al personal encubierto tanto en los cruces fronterizos como en el interior de México.²⁸⁸ Los inspectores a

²⁸⁶ Esta comunicación señala que sólo en abril de ese año 531 inmigrantes de Europa central habían llegado a Veracruz la mayoría con la intención de luego ir a los Estados Unidos. Departamento del Trabajo a Servicio de Inmigración. El Paso, 5 de mayo de 1921. *Ídem*.

²⁸⁷ John Word, Cónsul a cargo a Secretario de Estado. Veracruz, 11 de febrero de 1922. INS, RG 85. Casefile 55609/551.

²⁸⁸ Harrison, Inspector a cargo a Comisionado General. San Antonio, Texas, 28 de junio de 1923. INS, RG 85. Casefile 55224/358A.

cargo en ciudades como El Paso, Brownsville, Laredo o Eagle Pass, negociaban acuerdos amistosos semi-oficiales con los jefes de inmigración mexicana para “[...] lograr la expulsión inmediata de europeos lejos de la frontera y hacia el interior de México”. Naturalmente el efecto perverso de esos acuerdos torcidos era que los expulsados cayeran en manos de los traficantes de indocumentados.²⁸⁹ Una red específica para el contrabando de europeos funcionaba desde la ciudad de Chihuahua hasta Miami en la Florida que sin embargo ya había sido infiltrada por el Servicio de Inmigración usando los odios raciales y nacionalistas entre los propios inmigrantes.²⁹⁰

²⁸⁹ En el caso específico del jefe de inmigración en Nuevo Laredo, Pedro Núñez, se informaba que la cooperación que prestaba eran aprobada por la Secretaría de Gobernación de la Ciudad de México. Inspector a cargo a Comisionado General, Laredo, Texas, 31 de enero de 1924. INS, RG 85. Casfile 55224/358.

²⁹⁰ Viejas querellas nacionales como las de montenegrinos con serbios o de bohemios con austriacos eran usadas para vigilar las redes de contrabando. A.A. Spurgeon, Inspector a cargo a Comisionado General. Tucson, 21 de septiembre de 1925. *Ídem*.

VII. La construcción de una sociedad anglo en la frontera. Los orígenes de la discriminación.

La convivencia obligada: Anglos y mexicanos en la región de El Paso.

Antes de la anexión territorial producto de la Guerra anglo-mexicana de 1846-48, e incluso con anterioridad a la independencia de Texas, la población local de origen anglo había mostrado una gran capacidad de adaptación a las condiciones especiales de la región de El Paso. La mayoría de los primeros colonos que se asentaron en la región desde principios del siglo XIX y sobre todo durante la tercera década, eran comerciantes, ligados a la ruta Santa Fe-Chihuahua, que buscaron de inmediato conectarse con la elite mexicana de la zona, los matrimonios con hijas de prominentes familias locales fue una de las vías favoritas para su integración. En lo que pudiéramos llamar una hispanización de la población anglo, estos personajes adoptaron costumbres hispano-mexicanas: aprendieron español, cambiaban sus nombres de James a Santiago o de Hugh a Hugo a los que les antepusieron el jerárquico “don”.²⁹¹

Pero aún después de la guerra, la sociedad anglo de El Paso continuaba aislada de otros centros de población afines, la mayoría eran hombres y se encontraban rodeados de una mayoría mexicana; así pues, todavía durante los 1850s, el matrimonio o el amancebamiento con mujeres mexicanas eran más que normales. Pero además debe

²⁹¹ Algunos de los pioneros anglos de la región fueron Hugh Stephenson, James Wiley Magoffin, Simeon Hart y Benjamín S. Dowell que se relacionaron por matrimonio con las familias Azcarate, Valdés, Sequeiros y Márquez respectivamente. Detalles de estas uniones se encuentran en C.L. Sonnichsen, *Pass of the North*, El Paso, Texas Western Press, 1968, volumen I, capítulo X y en W. H. Timmons, *Four Centuries at the Pass. A new history of El Paso on its 400th Birthday*, El Paso, The City of El Paso Arts Resources Department, 1981, pp. 51-52.

considerarse que cualquier oportunidad de éxito en los negocios estaba supeditada a establecer fuertes lazos financieros y comerciales con los mexicanos. Era mayor la dependencia que los anglos tenían de éstos pues eran quienes producían la mayoría de los bienes agrícolas, además de productos artesanales tales como las sillas de montar, cigarros y vino.

Lo que podemos considerar como un nivel alto no sólo de tolerancia sino de armonía racial en la región de El Paso hacia mediados del siglo XIX, se puede explicar por tres factores: la interdependencia económica, el tener que enfrentar como región los peligros de los grupos indios beligerantes que se negaban a ser despojados de esos territorios, así como el real y profundo aislamiento en que ambos sectores de la población vivían en relación a otros centros poblacionales a ambos lados de la frontera.²⁹² Las tensiones raciales eran muy pocas y los hechos de intolerancia fueron raros, la región de El Paso no fue escenario de los niveles de discriminación, y violencia racial que se vivieron en el centro y este de Texas, donde los mexicanos fueron prácticamente expulsados de condados completos dominados por estadounidenses de línea dura en materia de favorecer la expansión de la economía esclavista.²⁹³

El establecimiento de la nueva frontera coincidió con cambios dramáticos de los flujos comerciales en el suroeste. La ruta comercial de Santa Fe en Nuevo México, que tan importante fue durante el siglo XVIII y las primeras décadas del XIX, perdió vitalidad y dejó de ser el principal motor de la economía regional. La fiebre del oro en California hizo que se distrajese la atención de las caravanas, los comerciantes y de quienes

²⁹² Lay Shawn, *War, Revolution, and the Ku Klux Klan. A Study of Intolerance in a Border City*, El Paso, Texas Western Press, 1985, p.4.

²⁹³ Un muy buen recuento de las actitudes anglos hacia los mexicanos en las diferentes regiones de Texas después de su independencia está en Arnoldo De León, *The Tejano Community, 1836-1900*, Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1982. Sobre este asunto ver capítulo 1.

pensaron en establecerse en el suroeste: los movimientos de mercancías y de personas se empezaron a mover hacia el oeste en lugar de hacia el sur. Durante los años en que Texas existió como república independiente, muchos comerciantes evitaban cruzarla y con ello el tránsito por la región de El Paso, hacia Santa Fe, se siguió privilegiando. Al pasar Texas a formar parte de los Estados Unidos se inauguraron nuevas rutas, como la que venía a San Antonio y se internaba a México cruzando las aduanas de Tamaulipas golpeando seriamente la prosperidad de la región binacional de El Paso, aunque la población de Franklin tuvo el beneficio de quedar como escala de la ruta entre San Antonio y Los Ángeles en 1851, que si bien no tenía demasiada relevancia económica, si al menos la ponía en el mapa del movimiento hacia la costa del Pacífico.²⁹⁴

Paradójicamente al convertirse en frontera, la zona vivió muchas restricciones derivadas de su aislamiento y de las condiciones políticas heredadas de la guerra México-americana. El gobierno de México, por ejemplo, estableció elevados impuestos a la importación de mercancías, provocando un incremento en el contrabando, una corrupción aduanera rampante y finalmente un achicamiento del comercio.²⁹⁵ Los ánimos estadounidenses hacia México, si bien no se expresaron en actitudes de abierta hostilidad en la zona, tal como acabamos de señalar, sí dejó un estigma de desconfianza y necesidad de vigilancia materializado en la

²⁹⁴ Martín González de la Vara, *Breve historia de Ciudad Juárez y su región*, México, New Mexico State University, El Colegio de la Frontera, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2002, pp. 90-94.

²⁹⁵ El viajero alemán Julius Froebel llegó a El Paso en noviembre de 1852 y así describe su experiencia en la aduana mexicana: “Los asuntos de El Paso nos ocuparon del 3 al 9 de noviembre. Las negociaciones con las autoridades aduaneras nos llevaron la mayor parte del tiempo [...] Así fue como me di cuenta de las triquiñuelas a que comerciantes y autoridades aduaneras recurren cuando hay de por medio una buena cantidad de mercaderías. Los aduaneros echan mano de todo truco para calcular, en provecho propio, el monto del impuesto, mientras que por su parte el comerciante saca ventaja del incentivo del soborno [...]. Ver “Viaje por Chihuahua en 1852. Julios Froebel”, en *Textos de la Nueva Vizcaya*, Año 1, No. 0, Jesús Vargas director, Chihuahua s/d, p. 9.

fundación del Fuerte Bliss. Adicionalmente, los conflictos internos y la inestabilidad política experimentados en ambos países dificultaron enormemente la comunicación entre Paso del Norte y Franklin con sus respectivos centros político-económicos. La zona, que por muchísimos años fue cruce importante de caminos, quedó en franco aislamiento y parecía más un rincón binacional que una frontera internacional.

Pero ese retraimiento parcial produjo un fenómeno de gran repercusión para explicar la armonía racial mencionada. El intercambio comercial entre ambos lados del Río Bravo experimentó un crecimiento notorio. Las tropas estacionadas en el Fuerte Bliss, siendo símbolo de la desconfianza hacia México, se convirtieron en un fuerte acicate para los productores agrícolas mexicanos que los surtían de granos y hortalizas. Los recursos naturales con que se contaba y la vida que desató el establecimiento de la frontera permitió a la región vivir en un relativo aislamiento, la vida cotidiana en general no se vio afectada, los riesgos de pasar hambres aún en condiciones de guerra eran remotos. Los sobresaltos políticos y sociales que vivían ambos países se hicieron sentir con poca fuerza en la zona, lo que sumado a la generosidad de la naturaleza permitió que se retomara el crecimiento de la población.²⁹⁶

En efecto, para 1860 la población alcanzaba los 14 mil habitantes y de ellos sólo unos 3 mil vivían en el margen estadounidense del Río y acaso unos 300 eran anglos; uno de los ciudadanos pioneros de la sociedad anglo de El Paso, Anson Mills, señalaba que el lado mexicano estaba más poblado y desarrollado con "... pueblos ricos, con buena sociedad y gobiernos bien ordenados...", de lo cual se carecía en el lado estadounidense. Esta situación obligaba, aún más, a que los habitantes anglosajones recién llegado se tuviesen que adaptar a las costumbres

²⁹⁶ *Ídem*, p. 92.

mexicanas, aprender español, usar el peso y la onza mexicanos; a relacionarse, en fin, con una sociedad que les era extraña en muchas maneras. No obstante, las buenas relaciones se establecieron sobre bases firmes:

Fuera de las aduanas, que se podían burlar con gran facilidad, no había más obstáculo a las relaciones entre ambas riberas del Bravo que el propio río, pues no se necesitaba ningún papel para cruzar la frontera en cualquier sentido. Las relaciones familiares y de comercio entre los *paseños* de los dos países se consolidó y la región pudo seguir exportando su producción a otras zonas cercanas.²⁹⁷

Los conflictos internos que vivieron los dos países durante los años 1860s tuvieron repercusiones de muy distinta intensidad y trascendencia para la región. Mientras que la vieja pugna entre los grupos liberal y conservador no afectó de manera notable el futuro de la población mexicana, en el país vecino el enfrentamiento entre los estados del sur, que defendían el derecho a someter a esclavitud a la población negra, con los del norte que la combatían, trajo consecuencias de largo plazo a el lado americano de El Paso.²⁹⁸

Una parte importante de los anglos asentados en la zona eran abiertamente simpatizantes del movimiento sureño. Al finalizar el año 1860, los estados de esa porción del país declararon su independencia de los Estados Unidos y formaron el gobierno de los Estados Confederados del Sur. Al iniciar el año siguiente, el estado de Texas y el

²⁹⁷ *Ídem*, p. 93.

²⁹⁸ La controversia sobre la legitimidad de la esclavitud se reavivó durante la guerra con México ya que, como se preveía, su resultado le significaría importantes ganancias territoriales a los Estados Unidos. El *quid* de la cuestión era saber si los nuevos territorios permitirían o no la esclavitud pues con ello se perdería el equilibrio de poder en el Senado. La falta de un acuerdo estable al respecto, terminó siendo una de las causas de la guerra civil estadounidense entre 1861 y 1865. Para una visión sintética ver Ángela Moyano, Jesús Velasco y Ana Rosa Suárez, *EUA. Síntesis de su historia I*, México, Instituto Mora-Alianza Editorial Mexicana, pp. 467-492.

condado de El Paso se aliaron a la Confederación lo cual los involucró en la guerra civil. La minoría anglo que apoyaba al gobierno de Washington fue reprimida al grado que muchos de ellos tuvieron que exiliarse en México; por su parte, la población de origen mexicano fue objeto de constante hostilidad por parte de los soldados sureños debido en mucho a la tradicional oposición a la esclavitud de los mexicanos. El coronel confederado John R. Baylor, reportaba que los *paseños* mexicanos eran "... decididamente norteros en sentimiento y utilizarán la primera oportunidad para robarnos o unirse al enemigo."²⁹⁹ Es interesante anotar que a pesar de los malos tratos, los mexicanos que vivían en el lado americano no apoyaron o se unieron al ejército nortero de la Unión, algunos de ellos optaron por pedir el apoyo de las autoridades locales y federales de México para cambiar su residencia al lado mexicano del Río. Les fueron concedidas esas facilidades y se les otorgaron tierras en las poblaciones de Senecú, Guadalupe y Zaragoza.³⁰⁰

El predominio confederado fue efímero, antes que terminara el año 1862, el ejército de la Unión derrotó al sureño haciéndolo huir hacia el este e incluso hacia México. En El Paso, dejaron un recuerdo amargo pues las tropas confederadas en muchos sentidos se comportaron como un ejército de ocupación con poca disciplina: saquearon a comerciantes, granjeros, decomisaron alimentos y caballos. Este antecedente negativo sumado a la contundente derrota militar, marcó la suerte de muchos prominentes *paseños* anglos que perdieron su posición social y económica al serles confiscadas sus propiedades. Este hecho marcó un giro en la composición social de la sociedad angloamericana de la zona pues con mucha rapidez ambiciosos comerciantes y buscadores de oportunidades provenientes del triunfante norte, y del medio-oeste en

²⁹⁹ Lay, *op. cit.*, p. 5.

³⁰⁰ González de la Vara, *op. cit.*, p. 97.

auge, ocuparon sus lugares formando una nueva elite política y comercial, al lado de algunos de los escasos simpatizantes –previa la guerra- de la Unión como los hermanos William y Anson Mills u ex-oficiales del ejército del norte como Albert French, James A. Zabriskie o Albert J. Fountain.³⁰¹

Al término de la guerra civil El Paso de nuevo se comportó de una manera atípica: En la mayor parte del territorio texano –sobre todo en las zonas donde la esclavitud se había practicado en gran escala-, los mexicanos fueron tratados con mucho rencor y desprecio tanto por su oposición cultural a la esclavitud, como por su actitud ambivalente frente al Norte y el Sur; fueron también objeto de mucha desconfianza pues en la conciencia de la población blanca, que era la mayoría en casi todo el estado, existía el temor de un comportamiento rebelde y de revancha de los mexicanos por los tratos recibidos. Pero en El Paso, donde la esclavitud existió sólo nominalmente, hubo pocas razones para sentimientos y aprehensiones tan negativos.³⁰²

Los siguientes quince años -1865 a 1880- si bien mantuvieron algunos de los elementos previos a la guerra tales como la ausencia de conflictos raciales y el aislamiento en que vivían mexicanos y americanos de la región de El Paso, también presenciaron un paulatino pero constante proceso de progreso material que empezó a diferenciar a Franklin en relación a Paso del Norte. La vitalidad del proceso de reconstrucción *post-bellum* que revolucionó prácticamente a todo el sur

³⁰¹Lay, *op. cit.*, p. 6. El proceso de confiscación y remate de esas propiedades estuvo lleno de irregularidades y, sobre todo, abusos. En diciembre de 1865 se llevó acabo una subasta pública en El Paso, entonces Franklin, ordenada por el poder judicial federal y muchas casas y parcelas fueron rematadas a precios ridículos; la subasta se realizó de tal manera que los hermanos Mills y su círculo lograron cimentar sus fortunas futuras en este acto de “pillaje legal”, ver Sonnichsen, *op. cit.*, vol. II, pp. 170-171.

³⁰²Arnoldo De León, *They Called Them Greasers. Anglo Attitudes toward Mexicans in Texas, 1821-1900*, Austin, University of Texas Press, 1983. Ver capítulo 8.

estadounidense, alcanzó a tocar a la región en beneficio de los nuevos empresarios angloamericanos. Aunque no tomaron ninguna iniciativa anti-mexicana, si buscaron que Franklin tomara distancia del resto de las poblaciones del Valle -Isleta, San Elizario- que eran predominantemente mexicanas y eran el asiento de las autoridades locales. En 1871, este grupo logró que su población fuese reconocida como una población separada y en 1873 obtuvo de la legislatura de Texas su erección a la categoría de ciudad, aunque era más que evidente que no tenía ninguna de las características para serlo.³⁰³

La llegada de los ferrocarriles entre 1880 y 1884 abrió el espacio de oportunidad que el grupo angloamericano de El Paso buscaba para empezar a fincar una estructura de poder basada en principios de nacionalidad y raza. En sólo cuatro años aquel lugar aislado de los logros de la economía estadounidense *post-bellum*, fue catapultado a un nuevo horizonte de desarrollo y acumulación de riquezas al convertirse en importante escala y destino de la circulación de mercancías y personas de los ferrocarriles Southern Pacific, Texas & Pacific, Atchinson-Topeka-Santa Fe, Galveston-Harrisburg-San Antonio y en los hechos el Ferrocarril Central Mexicano. La antigua Franklin cambió de nombre a El Paso a partir de 1888 y de los poco más de 3 mil habitantes de 1880, pasó a tener 8 mil en 1890.³⁰⁴ Así, al inicio del siglo XX, la población de origen anglo en El Paso dejó de ser un enclave blanco en la zona para convertirse en mayoría, no sólo demográficamente sino como dueños casi absolutos de los medios para obtener la riqueza material. Su número y poder no les obligaba ahora a renunciar a todos los contenidos culturales de su sociedad: lo habían decidido, querían una ciudad anglo, con cultura, valores e instituciones *ad hoc*, y en el empeño

³⁰³ Timmons, *op. cit.* p. 54.

³⁰⁴ El crecimiento siguió siendo meteórico pues su población se duplicada cada diez años: 16 mil habitantes en 1900, 39 mil en 1910, 77 mil en 1920 y 120 mil en 1930, Timmons, *op. cit.*, p.72.

por instalarlas mostraron una perseverancia notable que ya he descrito parcialmente en la primera parte de esta tesis pero que intentaré redondear con una caracterización general de lo que significó la instalación de la cultura anglo en una zona de vieja cultura hispano-mexicana.

El crecimiento de la población anglo ya no hizo necesarios los matrimonios con mujeres mexicanas. Tampoco fue necesario seguir compartiendo los mismos espacios de socialización como las escuelas o las iglesias; en 1883 fue fundada la primera escuela pública de la ciudad, la Central School, dedicada principalmente para los niños de las familias angloamericanas; ese mismo año, Andrew Morelock estableció la Douglas School para niños negros. La Aoy School atendió a infantes mexicanos que vivían en Franklin; ambas escuelas fueron establecidas como esfuerzos particulares y tuvieron que transcurrir para que ingresaran al sistema de educación pública de El Paso. Del mismo modo, nuevos espacios religiosos surgieron para atender a este sector creciente de la población: en 1881 John A. Merrill llegó a atender la Iglesia Episcopal de San Clemente convirtiéndose en el primer ministro protestante en llegar a la ciudad. Poco tiempo después arribó el reverendo Jay, también episcopal y los reverendos Carter y Halsh de la Iglesia Bautista del Sur.³⁰⁵ Las iglesias Metodista, Presbiteriana y Episcopal atendieron en principio a la población blanca, mientras que para la población negra se instalaron las iglesias Metodista Cristiana y la Segunda Bautista. Por esos mismos años la iglesia católica se instaló en esa ciudad, pues hasta entonces había dado servicio desde Paso del Norte, en el lado mexicano.³⁰⁶

³⁰⁵ A esos primeros cuatro ministros se les conoció como “The Old Guard”, la vieja guardia. Colección de Microfilmes-UTEP, MF 503: “Pioneer Association Biographical Sketchbook”

³⁰⁶ Timmons, *op. cit.*, pp. 60-61.

Pronto las escuelas, las iglesias protestantes y otras instituciones permitieron ir creando a la población anglo un sentido de comunidad y desarrollar variados rituales de socialización sin la necesidad de mezclarse con la población mexicana, de hecho alejándose de ella. El interés y la motivación para aprender el español, entender la cultura mexicana e incluso establecer relaciones más o menos superficiales con los vecinos mexicanos de ambos lados de la frontera fueron debilitándose. La paulatina construcción de un abismo cultural estaba en marcha, sin que eso haya significado la explosión de violencia o animadversión racial; los sentimientos de superioridad racial germinaron sin que se hicieran evidentes prácticas de intolerancia importantes. De nuevo, hay que entender que aún con la llegada de los ferrocarriles El Paso seguía siendo una comunidad relativamente aislada y separada por varios cientos de kilómetros de poblaciones mayores en el suroeste americano.

La relación entre la población anglo con la mexicana empezó como una de carácter imperioso, de estricta sobrevivencia; pasada la guerra entre ambos países, establecida la nueva frontera internacional y convertido El Paso en un centro ferrocarrilero situado en un lugar de privilegio, la necesidad de la relación con los mexicanos se volvió simbiótica para lograr explotar con éxito el nicho económico que el desarrollo del suroeste ofrecía a la ciudad, tal como se explicó en el capítulo 5. Esa relación simbiótica tuvo efectos de muy largo plazo para la región (muchos aún visibles): el lado mexicano quiso basar su prosperidad en circunstancias temporales y coyunturales, tales como la existencia de la zona libre, que volvían a Juárez un paraíso para el consumo de bienes importados pero que destruyó otro tipo de vía para el desarrollo; el lado americano decidió apostar su futuro a la utilización de abundante mano de obra barata sin calificación y a convertirse en un centro de distribución de ésta para el resto de los Estados Unidos. Esa

situación impidió que a pesar de la instalación de algunas industrias y la presencia de los ferrocarriles, no se desarrollase un proletariado anglo, como tampoco inmigrante, en la ciudad. Las minas, las plantaciones de algodón y betabel, la construcción y mantenimiento de las vías férreas, dependían sin excepción de la mano de obra mexicana. En ciudades como El Paso, los obreros de la construcción, los empleados municipales de pavimentación, mantenimientos de redes de drenaje y agua, las lavanderías y la servidumbre eran, también, abrumadoramente nutridas por el trabajo mexicano.

Esa relación simbiótica fue el resultado de la toma de decisiones concientes de las elites a ambos lados de la frontera y con ello, encarrilaron a la región en una ruta de atraso económico de largo plazo; hay que admitir también, que esa forma de arquitectura social alentó el desarrollo de un ambiente consensuado de tolerancia racial: uno de carácter contrario, habría dañado a El Paso como un importante puerto terrestre para el comercio internacional entre los Estados Unidos y México. La paz racial era pues, una condición para que negocios e industrias, grandes o pequeñas, garantizaran su futuro. Existía un entendimiento pleno de la dependencia que la región tenía de la mano de obra mexicana y por ello, los intereses comerciales, industriales y financieros impulsaron un estilo local de hacer política que los siguiera consolidando en la toma de decisiones sin poner en peligro la estabilidad de las relaciones con la población mexicana y la México-americana que ya para fines del siglo XIX existían con personalidad propia.

Un modelo corporativo para control de los mexicanos.

Este modelo local de política que podríamos llamar de “convivencia” daba amparo al deseo, producto de la necesidad, de

mantener la tolerancia racial, pero –debe aclararse- no perpetuaba la idea de contemporizar con todos los usos y costumbres de la población de origen mexicano, acostumbrada a niveles altos de protagonismo. El primer paso que tomó la elite anglo fue despojar de la cabecera del condado al pueblo de Isleta –de población mexicana- y trasladarlo a El Paso en 1883, gracias a una elección notablemente fraudulenta en la que se trajeron incluso votantes de Ciudad Juárez. Para conmemorar este triunfo político, fue construido un impresionante edificio inspirado en la arquitectura del este de los Estados Unidos y que renunciaba a las modestas construcciones de adobe de la tradición regional. El punto central para el traslado fue la acusación de que los funcionarios mexicano-americanos en Isleta, eran notablemente incompetentes y corruptos, incapaces incluso de leer y escribir en inglés.³⁰⁷

Resulta muy interesante que conforme la población angloamericana avanzaba en el proceso de su separación física y cultural de la mexicana, se construyó al mismo tiempo una estructura política de tipo corporativa para no alienarse el apoyo de los mexicanos, indispensable para el control de la política local. Siendo aún El Paso una economía tan poco desarrollada, de acuerdo a los estándares de las últimas dos décadas del siglo XIX para el resto de los Estados Unidos, las posiciones políticas que ofrecían los diferentes niveles de gobierno en la zona, eran muy apreciados para construir bases firmes que facilitarían el rumbo de los negocios personales. Un breve ejemplo puede ayudar a entender esta alianza anglo-mexicana: Los hermanos Mills, como se dijo, habían sido de los pocos simpatizantes y apoyos reales que el gobierno de la Unión en Washington había tenido en El Paso; antes de finalizar la guerra al ser las fuerzas confederadas expulsadas de la zona, el

³⁰⁷ En efecto, los funcionarios civiles y judiciales de pueblos cercanos como Isleta o Socorro, seguían llevando los asuntos oficiales y el registro escrito de ellos en español, ver Lay, *op. cit.* p. 11.

presidente Abraham Lincoln recompensó a uno de ellos, William, nombrándolo administrador de la aduana local en 1863. Casi de inmediato fue evidenciado de hacer uso abusivo de su poder y empezó a sacar grandes privilegios, tal como acabamos de señalar. Fue acusado de un manejo corrupto de esa posición pues conocía a la perfección la manera en que “negocios” como los de él mismo se conducían en Juárez, entonces Paso del Norte.

La “mafia de la aduna” (*the customhouse ring*) funcionó, según testimonios, porque Mills hablaba español, todos los mexicanos con poder a ambos lados del Río eran sus amigos, se presentaba como un anglo con alma mexicana. Desde entonces, todos los anglos ambiciosos que desearan destacar en la arena de la política local requerirían de buscar el apoyo de la población mexicana, a través de sus patrones políticos. Para los años 1880s, un bien conformado grupo de anglos que representaban intereses comerciales, bancarios, abogados y aquellos de los dueños de salones de juego, cantinas y prostíbulos, habían formado una estructura corporativa, al amparo del partido Demócrata, para controlar el poder y posiciones de poder locales. El *Ring* o círculo, como se le conocía, se mantuvo por muchos años en el poder gracias a la compra de las simpatías de la población mexicana o de ese origen; establecieron una efectiva tradición de votaciones fraudulentas que cruza al menos las últimas dos décadas del siglo XIX y llega a los años 1920s. Los lazos de solidaridades de que se beneficiaba, le permitía al “circulo” la libre “importación” de votantes del lado mexicano a quienes se invitaba a grandes francachelas en las que no faltaba el licor y las mujeres.³⁰⁸

³⁰⁸ García, *op.cit.*, pp. 158-165, y Lay, *op.cit.*, p. 12.

Pero la funcionalidad de esa relación simbiótica que operaba para asegurarse el control del voto mexicano y la creciente subordinación de la población de ese origen, requirió de intermediarios que generalmente fueron mexicano-americanos que se encargaban de organizar “la voluntad” popular de sus paisanos y hacerla efectiva en los periodos electorales. A estos jefes políticos generalmente se les recompensaba con empleos en la municipalidad tales como el departamento de construcción o el de sanidad en los que trabajaban muchos mexicanos y algunos otros puestos de tipo administrativo, desde los cuales fuera posible ejercer sus labores de patronazgos e intermediación. Sin embargo es importante señalar que después de 1885, fue en verdad raro que alguno de estos personajes ocupara un puesto de relevancia. Se había puesto en marcha un patrón de relaciones que fue minando cada vez más la presencia mexicana en el sistema político. Por paradójico que parezca, cuando al iniciar el siglo XX comenzaron las grandes oleadas de inmigrantes mexicanos, estos jefes políticos perdieron aún más influencia pues esa nueva población mexicana estaba profundamente desinteresada en la política de los Estados Unidos, patrón que se ha mantuvo durante buena parte del siglo XX.

De la misma manera que los mexicanos fueron oportunistamente aprovechados por los grandes empleadores de suroeste estadounidense, el círculo de intereses políticos y económicos representados por el *Ring*, supieron apreciar los beneficios de una alianza subordinada con la población mexicana y México-americana. Este habilidoso grupo de políticos angloamericanos integrados al partido Demócrata se aseguraron del voto y el dominio político:

A través del uso de políticos americanos de origen mexicano, del patronazgo y literalmente de la compra del voto mexicano [...] el *Ring* monopolizó al electorado mexicano para permanecer en el poder. Por ejemplo, el Segundo

Barrio, que incluye la mayor parte de Chihuahuita, no sólo contenía al mayor número de votantes totales sino que además se convertía en la reserva electoral para las maniobras de los candidatos del *Ring* en contra de sus oponentes. [Pero esos] políticos americanos de origen mexicano no eran meros lacayos de la maquinaria política. De hecho, gracias a su habilidad para organizar el voto mexicano pudieron organizar un grupo de presión dentro del *ring* que les ayudó a obtener trabajos y protección étnica.³⁰⁹

Precisamente por el hecho de que estos intermediarios, aliados a los jefes políticos anglos, estuvieran en condiciones de lograr tantos privilegios personales y para sus bases de apoyo, es que destaca la poca importancia que se le puso a las mejoras sustanciales en las condiciones de vida de los miles de mexicanos que vivían en los barrios del sur de la ciudad, donde estaba esa “reserva electoral”. Mientras que los barrios del norte de la ciudad, donde habitaba la mayoría de la población angloamericana, mejoras sanitarias urbanas tales como el agua potable, el drenaje, el gas entubado o la luz eléctrica existieron desde fines de los años 1880s, el sur de la ciudad hubo de esperar casi treinta años para verlos aparecer en sus barrios. En 1915 *El Paso Herald*, periódico opositor al *Ring*, criticaba al jefe de ese grupo, el alcalde demócrata de El Paso C.E. Kelly, por no haberse empeñado a fondo en la mejora de Chihuahuita y el Segundo Barrio donde los riesgos de padecer la viruela, la escarlatina o la difteria eran grandes por no contarse con un sistema de drenaje.³¹⁰ En Kelly esta falta debió haber parecido aún más imperdonable ya que siendo un farmacéutico presumía de ser un hombre “preocupado por la salud pública.”³¹¹

³⁰⁹ García, *op.cit.*, p. 7.

³¹⁰ *El Paso Herald*, 9 de febrero de 1917.

³¹¹ Esto es confirmado por sus hijas en 1973: OHI-UTEP, No. 87A, entrevista a Anne y Elizabeth Kelly, , por David Salazar y Mildred Torok. El Paso, 26 de marzo de 1973, y No.68, entrevista a Howard y Mary Kelly Quin, por David Salazas y Mildred Torok, El Paso, 6 de marzo de 1973.

Si como hemos dicho en esa relación simbiótica los angloamericanos eran los jefes y los mexicano-americanos los intermediarios subordinados, el grueso de la población mexicana que vivía en El Paso no fue considerado más allá de su posibilidad de proporcionar mano de obra barata y presencia dócil el día de las elecciones. Pudiera considerarse que el funcionamiento de la maquinaria política que se generó en ciudades como El Paso fue facilitado, en buena medida, por la tradición de patrones políticos y caciques que dominaban la vida cotidiana de muchas de las comunidades de las cuales eran originarios los inmigrantes que ahora vivían en ciudades de Texas, Nuevo México o Arizona; la aparición de estos neo-caciques significó una suerte de continuidad de la cultura política de subordinación a la que muchos de los inmigrantes estaban acostumbrados. Chester Chope, quien fue reportero y editor de los principales periódicos de El Paso entre 1917 y 1962, señalaba que la política local funcionaba como una maquinaria de control tipo mafia y que la compra de votos era generalizada: los jefes políticos conseguían a través de intermediarios un número indicado de votantes mexicanos, a nombre de ellos se hacía el pago del impuesto electoral o *poll tax* y el comprobante de éste servía como credencial electoral; de manera adicional, a cada uno de los votantes se les entregaba entre uno y tres dólares que, considerando los sueldos bajos, eran un incentivo bastante atractivo. El resultado de la votaciones pues se aseguraba al contar con un fuerte contingente de votantes registrados para votar gracias al *poll tax*, con su boleta electoral previa y convenientemente marcada y lista para sólo ser depositada, con unos dólares extras en la bolsa y, con la promesa de una buena fiesta al terminar la votación.³¹²

³¹² OHI-UTEP, no.27, entrevista a Chester Hope, editor de *El Paso Times* de 1917 a 1925, por Wilma Cleveland, 27 de julio de 1968.

Naturalmente no hay que quedarse con la idea de que esta maquinaria política funcionaba sólo gracias al condicionamiento cultural de los inmigrantes mexicanos, o a una natural predisposición a la corrupción de los intermediarios mexicano-americanos. Si el control corporativo de votantes, la compra abierta de votos e incluso la importación descarada de votantes desde Juárez funcionaban, era porque el sistema político electoral de los Estados Unidos, y en particular de zonas como Texas o Arizona, permitía que ello sucediera. Incluso *El Paso Times* tuvo que hacer eco de las corrientes reformistas tanto republicanas como demócratas, y pedir que los ciudadanos responsables de la ciudad pusieran un alto a los vicios electorales locales.³¹³ De hecho la derrota del *Ring* no se haría efectiva sino hasta que las medidas de purificación de El Paso se volvieron incontenibles.

Las fuerzas reformistas encabezadas por miembros del partido Republicano, pero entre las cuales no faltaban un buen número de demócratas contrarios a Kelly y su *Ring*, eran mayoritariamente angloamericanas pero siempre habían reconocido la importancia de atraer el apoyo subordinado de mediadores de origen mexicano. No fue sino hasta 1912 en que el *Ring* perdió a uno de los jefes mexicano-americanos más emblemáticos: Ike Alderete. Ese año se celebrarían elecciones en el condado de El Paso, Alderete fue acusado de traición al alcalde Kelly y expulsado de su círculo de poder después de haber permanecido fiel al grupo por cerca de 20 años. Toda la fuerza electoral que representaba Alderete y su grupo fue puesta a las órdenes de los reformadores y en contra de sus antiguos aliados; se reportó que Ike y su hermano Frank estaban repartiendo dinero a manos llenas en los populosos distritos electorales del valle bajo donde sus prácticas de

³¹³ *El Paso Times*, 4 de mayo y 11 de septiembre de 1902. Sobre el tema es espléndido el capítulo 8 de Gracia, *op.cit.*

clientelismo político estaban más que ensayadas. A pesar de esta ruptura, el *Ring* se alzó de nuevo con la victoria en las elecciones.³¹⁴

Las verdaderas consecuencias de las escisiones en el *Ring* se evidenciaron en las siguientes elecciones de 1915. El alcalde Kelly pretendía una nueva reelección y los republicanos y la coalición reformista pidieron a Tom Lea que encabezara su fórmula. Sin apoyo formal por parte de la comunidad mexicana-americana, Lea recibió estratégicos apoyos por parte de Alderete quien le ayudó a afinar la puntería para los golpes de campaña. El discurso electoral de Lea se basó, fundamentalmente, en dos hechos: Primero, los reportes que un gran jurado había producido sobre los escandalosos casos de corrupción en la compra de los votos mexicanos: se documentó como el *Ring* y sus intermediarios habían pagado el impuesto electoral de cientos de mexicanos (incluso aquellos que vivían en Juárez) y cómo los habían formado en las casillas para depositar boletas electorales pre-marcadas. Segundo, una fuerte denuncia de cómo el *Ring* sólo beneficiaba a unos cuantos intermediarios a los que se les daban trabajos en el ayuntamiento mientras que, por el contrario, los barrios mexicanos como Chihuahuita se encontraban abandonados a su suerte, con una urbanización de pésima calidad. Por qué, preguntaba Tom Lea en los mítines, el *Ring* no ha hecho nada por abatir la insalubridad de los barrios y por combatir con seriedad las enfermedades infecciosas:

¿Por qué es que el *Ring* se esfuerza tanto en hacer campaña electoral al sur de las vías del ferrocarril? Ellos no han hecho nunca nada por esa gente, y aún así ahora les están pidiendo su apoyo incondicional. ¿Por qué es que siempre les prometen tanto antes de las elecciones y les dan tan poco después de ellas?³¹⁵

³¹⁴ García, *op.cit.* pp. 166-167.

³¹⁵ *El Paso Times*, 29 de enero de 1915, p. 12. García *op.cit.*, p. 168.

El Ring fue vencido en esas elecciones y nunca volvió a recuperarse. Mario T. García hace el siguiente balance con el que coincido:

Un periodo de transición política comenzó con la caída del *Ring*. Una valoración, en retrospectiva, de esos políticos mexicano-americanos es difícil. A diferencia del resto de los inmigrantes mexicanos, ellos experimentaron una americanización profunda y desarrollaron el suficiente interés en la sociedad americana como para ver en la política un medio de movilidad social y económica. De hecho, a diferencia de otros grupos étnicos en los Estados Unidos, no fueron los inmigrantes sino los mexicano-americanos los que experimentaron una integración a la cultura americana más allá de los espacios del *Ring*. De éste recibieron trabajos e influencia política a cambio de la entrega de los votos mexicanos. El *Ring* y los opositores a éste, fueron beneficiarios del flujo constante de la mano de obra barata de México. Por consecuencia, el apoyo que esos mexicano-americanos dieron a la estructura política, reforzó la subordinación de los mexicanos. La compra por unos cuantos pesos de los votos mexicanos no hacían sino mantener una estructura económica basada en la mano de obra barata. Por otro lado, las organizaciones méxico-americanas sirvieron como grupos de presión para lograr alguna representación política, patronazgo, protección étnica, especialmente durante los años de la Revolución Mexicana. Sin embargo esas concesiones beneficiaron sólo a una minoría de mexicanos-americanos. La constante entrada de inmigrantes mexicanos después de 1920 no sólo expandió el papel de los mexicano-americanos como mediadores entre los recién llegados y el gobierno local, sino que también fue recordatorio a los políticos americanos de la importancia política de la población mexicana de El Paso. No obstante, un patrón de manipulación política, de subordinación y subrepresentación, que aún continúa, fue establecido en esta ciudad fronteriza y a través de buena parte del suroeste.³¹⁶

La elite angloamericana de El Paso.

³¹⁶ *Op.cit.*, p. 171.

Durante muchos años, siglos en realidad, hemos acostumbrado afirmar que en los asentamientos gemelos ubicados en ambos márgenes del Río Bravo ha vivido, de manera casi absoluta, población mexicana, o si se quiere de origen hispánico. Si hoy se recorren ambas ciudades resulta un tanto difícil hacer una clara distinción étnica entre ellas. Pero la situación no siempre ha sido la misma.

Si bien es cierto que desde fines del siglo XVIII la población hispánica, (comprendiendo aquí a mestizos, criollos y españoles) fue predominante en esta región que pertenecía al gobierno colonial del Nuevo México, varios acontecimientos imprimieron cambios dramáticos en la composición demográfica de la región. A vuelo de pájaro, pensemos en la política de colonización del territorio de Texas promovido por el gobierno central de la joven República mexicana; luego el movimiento independentista de los colonos anglos que llevaron a la formación de la República de Texas y su posterior incorporación como estado de la Unión Americana que, finalmente, desataría la guerra con los Estados Unidos que traería como trágico resultado la pérdida de todo el antiguo norte mexicano, según quedó asentado en el Tratado de Guadalupe-Hidalgo.

Toda esta serie de eventos, ocurridos en apenas unos veinticinco años, fueron fortaleciendo la presencia anglo en todo el sur de Texas, incluida la zona en la que se encuentra la ciudad de El Paso.³¹⁷ Atrás señalamos la forma en que en muy poco tiempo esa población no sólo se multiplicó, sino como afectó el conflicto secesionista que provocó la Guerra Civil estadounidense de 1861 a 1865 en la integración de una elite anglo renovada por los efectos del ajuste de cuentas que el fin de la

³¹⁷ Para un estupendo seguimiento de la interacción entre anglos y mexicanos en Texas se puede ver David Montejano, *Anglos and Mexicans in the Making of Texas, 1836-1936*, Austin, University of Texas Press, 1988.

guerra trajo. Muchos autores de la historiografía regional aceptan que para antes de que finalizara el conflicto la mayoría de los hombres poderosos de El Paso anglo habían salido de la zona en busca de refugio, también la manera en que muchos de sus intereses comerciales y propiedades les fueron decomisados y como ambos hechos dieron paso, con asombrosa rapidez, a la formación de una nueva elite política-económica con inmigrantes del este y medio-oeste de los Estados Unidos y con ex-integrantes del ejército de la Unión que aprovecharon su temprana victoria sobre los intereses sureños de El Paso.³¹⁸

Pero un asunto poco explorado lo constituye el hecho de que diez o quince años después de terminada la guerra, cuando la contraposición política entre ambos bandos se había debilitado, muchas familias sureñas llegaron a El Paso encabezadas por ex-oficiales confederados, profesionistas o incluso por antiguos propietarios de plantaciones que habían utilizado el trabajo esclavo. En efecto, desde los años setenta del siglo XIX, El Paso empezó a recibir a estas viejas familias sureñas provenientes de diferentes condados de los estados de Virginia, Misisipi, Tennessee. Al paso de las siguientes dos décadas, muchos de esos grupos familiares pasaron a formar parte central de la elite *paseña*. Junto a ellos, El Paso también se volvió lugar de residencia para un buen número de empresarios judío-alemanes que desde Chicago y Nueva York vieron gran potencial en la frontera con México; a ellos se debió la instalación de algunos de los negocios de mayor pujanza en la ciudad.³¹⁹

³¹⁸ Autores citados como Sonnichsen, Timmons, De León y Lay.

³¹⁹ Al iniciar el siglo XX, de la población de El Paso el 60% eran anglos y el 40% restante, mexicanos, negros, asiáticos. Cálculos de Chris P. Fox, sheriff del condado de El Paso entre 1932 y 1942. Véase OHI-UTEP, no. 214 entrevista a Chris P. Fox por Óscar J. Martínez, 22 de enero de 1976.

Estas familias de origen sureño eran portadores de una cultura basada en la segregación racial y en un pensamiento extremadamente conservador que preconizaba la inferioridad natural de grupos raciales distintos al stock de la gran familia anglosajona. Su presencia en El Paso fue numerosa pero, sobre todo de gran influencia en el modelaje de la vida socio-cultural de El Paso, su ciudad adoptiva. El propio alcalde Charles Edgar Kelly, a quien nos acabamos de referir, había nacido en una plantación de su familia en el condado Jefferson del estado de Misisipi en 1863, en medio de la Guerra Civil. Según recuerdan sus hijas, Kelly aseguraba que cuando había llegado a El Paso en 1883, era un lugar de frontera, refiriéndose con ello a que estaba al margen de la civilización; calificaba a la ciudad como un *wide open town*, es decir un lugar sin límites y referentes sociales y culturales bien establecidos, incluidos los linderos raciales. Sólo San Francisco y Nuevo Orleans podían ser catalogados en este mismo estadio de anarquía social: ciudades donde el juego, la prostitución y los vicios producían espacios sin límites sociales necesarios para establecer la civilización americana.³²⁰

Existen testimonios que ayudan a entender el papel que una ciudad como El Paso jugó en la vida de muchas familias sureñas que después de la Guerra Civil habían caído en desgracia. “Davis, Beal and Kemp” fue una de las firmas de abogados más prominentes en El Paso hacia fines del siglo XIX. Dos de ellos, Davis y Beal, habían participado en la guerra como oficiales del ejército confederado y al término de ésta, los estados del sur se convirtieron en lugares sin futuro para ellos:

³²⁰ Para la referencia a los testimonio de las hijas de Charles E. Kelly ver nota 280 en este capítulo.

Vinieron a ganarse la vida. No había dinero en el Sur después de la Guerra Civil. El Paso era un pueblo nuevo y atractivo gracias al ferrocarril. Venir a El Paso probó ser un gran acierto para ellos.³²¹

Junto a estos abogados, llegó también el médico H. White. Al igual que ellos, habían perdido sus plantaciones y a sus esclavos en el condado de Gloucester, estado de Virginia. White, prácticamente llegó huyendo de las “terribles condiciones que se vivían allá después de la Guerra”.³²² El testimonio de su viuda no deja lugar a dudas de que la actuación del Dr. White, estaba influida por su experiencia en una sociedad segregada racialmente. En su lucha por combatir las enfermedades infecciosas, sabía que “racializar” el combate era la mejor medida; así pues, la forma en que White atacó a la viruela, fue enfocando sus baterías hacia los barrios mexicanos del sur de la ciudad, donde –decía la señora White “vivía la gente mala de El Paso”. Y continuaba su recuerdo

Mi esposo fue un gran médico. El limpió de viruela la ciudad y mantuvo el sanitario para aislamiento de los pacientes. Lo que mi esposo hizo fue juntas a todos los mexicanos, cargar enormes vehículos con ellos y llevarlos a bañar y a desinfectar al Puente. Ninguno podía regresar a su casa si no era bañado y desinfectado. El pescó a todos los mexicanos que pudo y que vivían en El Paso. El decía: “tu sabes, los mexicanos deben ser obligados, pero son las personas más gentiles del mundo”. Y él sabía lo que decía, había vivido en Virginia, allá donde están los negros. Si el hubiera tratado de hacer lo mismo con los negros, yo no estaría aquí ahora. Creo que los mexicanos entendieron que era por su bien y por ellos accedieron.³²³

También del estado de Virginia, del condado de Amherst, provenía Zacarías T. White nacido en el seno de una familia de ricos dueños de

³²¹ OHI-UTEP, No. 48, entrevista a Mrs. Hugh White, por Leon C. Metz y Robin Fuller, El Paso, 3 de junio de 1968.

³²² Su hija califica a sus padres como refugiados de la Guerra Civil, OHI-UTEP, No. 81, entrevista a Leigh White Osborn, or Jo Ann Hovious, El Paso, 2 y 10 de abril de 1973.

³²³ *Ídem.*

plantaciones y comerciantes de algodón. La influencia de White, llegado a El Paso en 1881, fue enorme pues en pocos años se convirtió en uno de los más acaudalados *paseños*: fue el principal terrateniente de las tierras agrícolas del Valle, fundador de El Paso Gas Co., dueño de molinos para harinas y de la fábrica de ladrillos. Fue una de las figuras más importantes del *boom* urbanístico de la ciudad entre 1890 y 1910.³²⁴

Otros prominentes *paseños* cuyo origen fue el sur esclavista fueron las familias Shelton, Burges, Perrenot y Yandell. Provenientes de los estados de Misisipi, Tennessee y Virginia, llegaron a El Paso entre 1885 y 1893 en busca de oportunidades y con la esperanza de rehacer sus vidas:

Ellos eran gente de plantaciones [...] acostumbrados a ese estilo de vida y a tener esclavos y [terminada la Guerra] ellos se encontraron muy incómodos de ver que ahora sus esclavos estaban descuidados, hambrientos y pobres.³²⁵

Tanto el Dr. Yandell como W.H. Burges habían visto en El Paso una ventaja adicional: su clima podía ayudarles a recuperarse del asma que sufrían. Sin embargo, como a casi todos los de su grupo, la situación de la ciudad les preocupaba, la frontera con México estaba muy descuidada, el movimiento a través de ella era demasiado libre y en buena medida ello provocaba que el sur de El Paso estuviera inundado de vicio:

Cuando iba al centro [...], nunca caminábamos por el sur de la ciudad. [...] Por aquellos días al norte de las vías o al sur de las vías era un término muy descriptivo. La ciudad estaba en los hechos partida en dos por las vías.³²⁶

³²⁴ Colecciones de Microfilmes-UTEP, MF 503: "Pioneer Association Biographical Sketchbook."

³²⁵ OHI-UTEP, No. 58, entrevista a Jane Burges Perrenot, por Jo Ann Hovious, El Paso, febrero y marzo de 1973.

En el recuerdo de esta entrevistada queda muy clara la imagen de una ciudad con los roles sociales y distribuciones de espacios basados en principios raciales. Al preguntársele sobre los habitantes de El Paso, su memoria revive por nombre a sus iguales: los Shelton, los Perrenot, los Burges, los Yandell, los Stewarts, los Miles, los Kemps, los Rollins, los Magoffins, los Barrions o los Goggins. El resto de los *paseños* eran los mexicanos, los chinos y los negros, gracias a los cuales:

[...] siempre había servidumbre, aún en los días más duros. Yo nunca conocí a nadie sin servidumbre. Normalmente la servidumbre era mexicana, mientras los cocineros eran negros o chinos.³²⁷

Los mexicanos siempre han sido mayoría, señala la entrevistada, quizá por ello su imagen de El Paso es la de una ciudad con mucha pobreza. Al hablar del norte de la población, se refiere a los distritos residenciales como Magoffin, Sunset Hights, Manhattan Hights, Kern Place o Austin Terrace. El sur es simplemente descrito como el lugar donde viven los mexicanos y donde están los bares y burdeles.

No existe hasta ahora un estudio sobre el desenvolvimiento de los grupos sureños que, terminada la Guerra Civil, cambiaron su residencia al suroeste pero algo que resulta evidente a la luz de los materiales revisados es que el ostracismo al que fueron condenados duró sólo unos años y ya para mediados de los años 1870s su posicionamiento en regiones como El Paso, era notable. Además de su paso exitoso por el mundo de los negocios, muchos de ellos hicieron carreras políticas desde las que seguramente pudieron influir en la “renovación” del *wild open town*. William N. Bridges, cuyos padres eran originarios de

³²⁶ Se refiere a las vías del ferrocarril. *Ídem*.

³²⁷ *Ídem*. Sus recuerdos reviven imágenes de El Paso entre 1900 y 1920.

Tennessee y Carolina del Sur habían simpatizado con la causa confederada, fue entre otros muchos puestos públicos fiscal de distrito y juez. H.J. Stacey nacido en Arkansas fue oficial confederado y después tuvo una larga carrera como funcionario municipal en El Paso. Robert Fulton Campbell de Tennessee, también hizo carrera en el ayuntamiento. John M. Dean, provenía de connotadas familias confederadas del condado Forsyth en Georgia y logró hacer una carrera exitosa como abogado y después como juez. El Capitán James H. White, se unió al ejército confederado en su condado natal Portsmouth, Virginia y en El Paso fue electo jefe de la oficina del Sheriff y después jefe de la oficina de impuestos. Dos casos más nos redondean la idea de la centralidad de este segmento de la elite *paseña*: William Jonson Fewel, de Greensboro, Carolina del Norte fue criado en la plantación familiar y se unió al ejército del Sur en contra de la liberación de esclavos; al llegar a El Paso además de correr con suerte en el negocio de las bienes raíces, ocupó varios puestos públicos. Finalmente, Charles R. Morehead y su esposa, de Richmond, Virginia, cuyas familias no sólo simpatizaron con el Sur sino que financiaron la causa confederada. En El Paso, fundó el State National Bank y fue un de los más prominentes miembros del rito escocés de la masonería local.³²⁸

Los sureños no fueron el único segmento de la elite angloamericana de El Paso pues como se ha señalado, durante el último tercio del siglo XIX también llegaron nuevos residentes de origen geográfico y antecedentes culturales distintos. Pero la impronta socio-cultural que produjeron fue profunda. También es cierto, que a pesar de ello, El Paso logró mantener un notable ambiente de tolerancia racial, que impidió los excesos discriminatorios y violentos de otras zonas del sur estadounidense, resulta muy interesante percatarse que los cánones

³²⁸ Colección de Microfilmes-UTEP, MF 503: "Pioneer Association Biographical Sketchbook.

de una cultura segregacionista -que pensamos como una influencia conservadora de los estados esclavistas del sur-, parecen haberse impuesto con mucha facilidad sobre el resto del grupo dominante que provenía de zonas política y culturalmente liberales.

Esta mezcla de corrientes, sumada a la relación simbiótica que se describió atrás, ciertamente impidió la llegada temprana, en el siglo XIX, o el fortalecimiento político-electoral del Ku Klux Klan en los 1920s, o las expresiones de violencia e intolerancia vividas en el mismo estado de Texas.³²⁹ Pero no impidieron que la discriminación aflorara y tomara formas ofensivas de discriminación y exclusión en ciertos espacios que empezaron a ser considerados como de acceso exclusivo a la población blanca de la ciudad. “*No dogs or mexicans allowed*”, advertía un cartel colocado en la puerta principal del café del Cine Plaza.³³⁰ Para la población negra esas prácticas estaban generalizadas, no podían asistir libremente a espectáculos o restaurantes y, para su educación, debían acudir exclusivamente a la escuela Douglas, que había sido construida ex profeso para ellos.³³¹

México revolucionario: Un vecino peligroso.

Los efectos de la Revolución Mexicana en la frontera fueron múltiples pero podemos al menos distinguir tres de ellos que, para efectos de esta tesis, resultan de gran significación. El movimiento armado mexicano produjo una enorme oleada migratoria hacia el suroeste de los Estados Unidos fortaleciendo la tradicional presencia hispano-mexicana de esa

³²⁹ Foley, *op.cit.* y De León, *op.cit.*

³³⁰ No se permite la entrada a perros y a mexicanos. OHI-UTEP, No. 148, entrevista a Guillermo Balderas, por Óscar J. Martínez, El Paso, 18 de abril de 1974.

³³¹ OHI-UTEP, No. 194, entrevista a Drusilla Nixon, por Sarah E. John y Óscar J. Martínez, El Paso, 11 de diciembre de 1975. La entrevistada recuerda que la actitud de los mexicanos hacia los negros dependía de su posición social: “Los ricos, tenían la misma actitud hacia nosotros los negros que hacia los pobres”.

gran región; en total relación con el efecto anterior, ciudades como El Paso atestiguaron un despertar político y cultural de la comunidad mexicana que en muchos casos se encontraba en calidad de exiliada. Ambos temas serán abordados en el capítulo siguiente. El tercer efecto que interesa tratar de inmediato es el del fortalecimiento del sentimiento de intolerancia que amplios sectores de la población anglo de la ciudad mostraban desde tiempo atrás, de manera quizá discreta, hacia la población mexicana y mexicana-americana.

Ya habíamos señalado que la sensación de desconfianza por parte de la sociedad anglo y del propio gobierno estadounidense había quedado bien asentada desde la guerra entre los dos países entre 1846 y 1848. El recuerdo amargo y quizá rencoroso que los mexicanos podían tener hacia los Estados Unidos, y que se expresaba sobre todo en términos culturales y populares, era correspondido con un proyecto mucho más sólido por parte del gobierno del país vecino: desde entonces se inauguró una política, quizá con altibajos, de Estado para mantener permanentemente vigilada la frontera con México. Esta zona de la frontera ha tenido presencia militar federal y local creciente desde hace casi 160 años; el paso del tiempo ha presenciado el fortalecimiento y la sofisticación de esa fuerza que recuerda que México es un potencial enemigo. Para nuestro país, para el Estado mexicano, la vigilancia de la frontera con los Estados Unidos nunca ha sido prioridad y ha delegado su monitoreo a la autoridad estadounidense. El inicio de la Revolución en 1910, inauguró una década de tensiones fronterizas como no se había experimentado desde la guerra.

El estallido de la Revolución coincidió con un fenómeno que ya se mencionó: durante los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX El Paso había experimentado un notable crecimiento de su población angloamericana que, aunque había notado el clima de notable tolerancia

racial existente asegurada por acuerdos político-económicos, vio con desconfianza esa mezcla étnico cultural que campeaba en la ciudad. La violencia revolucionaria que desde noviembre de 1910 se empezó a vivir al sur de la frontera, permitió que esos sentimientos no sólo se fortalecieran sino que perdieran timidez para expresarse abiertamente. Esa nueva avenida para la vida social de El Paso fue evidentemente facilitada por la seguridad que le proporcionaba a los sectores anglos y conservadores la presencia masiva de miles de tropas del ejército federal estadounidense que, habiendo abandonado su acuartelamiento en el Fuerte Bliss, patrullaban activamente las calles y los alrededores de la ciudad.

Conviene aquí reconocer que la ciudad de El Paso, como muchas otras a lo largo de la frontera con México o cercanas a ésta, manifestaron una actitud entusiasta hacia la Revolución en sus inicios; mientras fue identificada con el reformista Francisco I. Madero. Antes de noviembre de 1910, El Paso había dado cobijo y refugio a disidentes y complotadores en contra del régimen de Díaz; luego, cuando Madero lanzó el Plan de San Luis Potosí se formó en la ciudad una junta para apoyarlo. Por supuesto desde El Paso se lograron embarcar importantes cargamentos de armas y municiones en apoyo a la causa maderista, sin mencionar que también ahí se imprimió con gran libertad propaganda a favor de su causa.³³² En la mente de varios hombres de negocios de El Paso, el estallido de la Revolución y la esperada batalla que haría caer Ciudad Juárez, después de un combate de tres días entre el 8 y el 10 de mayo de 1911, significaba la posibilidad de un *boom* económico para la ciudad texana. Banqueros y comerciantes se frotaron las manos ante la

³³² Richard M. Estrada, "Border Revolution: The Mexican Revolution in the Ciudad Juarez-El Paso Area, 1906-1915", M.A. Thesis, University of Texas at El Paso, 1975; Carlos González H. *Miguel Ahumada. El gobernador porfirista*, Ciudad Juárez, meridiano 107 editores/UACJ/Gobierno del Estado de Chihuahua, 1992, Pedro Siller, *Op. cit.*

perspectiva de que centenares de mexicanos adinerados huyeran de su país y se establecieran en El Paso trayendo con ellos sus fortunas para ser depositadas en sus bancos o gastadas en sus casas comerciales.

Incluso la batalla y toma de Ciudad Juárez significó un enorme atractivo turístico que los empresarios *paseños* aprovecharon: centenares de visitantes llegaron a la ciudad, incluidos muchos periodistas que no querían perder detalle de la batalla. Las azoteas de los edificios más altos fueron acondicionadas para ofrecer cómodos palcos desde los cuales se podría observar, con la pequeña dosis de riesgo de una bala perdida, a los revolucionarios intentando derrotar a las fuerzas federales porfiristas: una revolución desde la azotea del hotel pudo haber sido una diversión perversa pero irresistible. La atracción fue tal que se afirmó que cuando Pascual Orozco acampó sus fuerzas a las afueras de Juárez, llegó a ser visitado por hasta 15,000 “adictos a la Kodak” en un sólo día que “[...] se habían cruzado el río para fotografiar a los insurrectos de aspecto tan fiero”. Después de los primeros enfrentamientos, muchos de ellos cruzaron de regreso a El Paso con recuerdos de su osadía: sillas de montar, bridas o pertenencias de los primeros muertos en batalla.³³³

Muy pronto el entusiasmo decaería y profundos temores sobre el futuro y estabilidad de México se apoderaron de una buena parte de la población y opinión pública estadounidenses. La falta de cumplimiento de Madero, como presidente de la República, de las expectativas de la población produjo miedos fundados de que las clases bajas y pobres del país pudieran provocar disturbios masivos en los que se expresara el sentimiento anti-estadounidense reprimido por muchos años. De hecho, aún antes de este momento, incluso con anterioridad a la propia caída

³³³ Lay, *op. cit.* p. 19, *El Paso Times*, y Turner, *Bullets, Bottles and Gardenias*, pp.49-66.

de Ciudad Juárez, se habían desarrollado manifestaciones en contra de los Estados Unidos con las consabidas consignas de “abajo los gringos”.

Resulta interesante percatarse de que, conforme creció el descrédito y la oposición al gobierno de Madero, el resentimiento antiestadounidense arreció en diversos puntos de México y se expresó abiertamente, situación que fue bien entendida por las autoridades de los Estados Unidos:

Hay indicaciones de acciones en común en los estados fronterizos, con la excepción de Tamaulipas. Casas Grandes [estado de Chihuahua] se ha rebelado en contra de la autoridad; el gobierno anticipa el empeoramiento de la situación en Ciudad Juárez; 1,500 insurrectos amenazan Santa Rosalía [Camargo, Chih.]; las empresas de los Madero en Parras se encuentran en huelga; hay reportes no confirmados de inestabilidad en Matamoros; la autoridad federal es inexistente en Chihuahua. En el sur del país la misma situación prevalece: estallidos en el estado de Veracruz; Michoacán prácticamente en anarquía; disturbio en Hidalgo. En la Ciudad de México es universal la falta de confianza en el gobierno; la inconformidad y la aprensión son profundas; la prensa muestra una actitud violenta e incendiaria hacia el gobierno; parte de las manifestaciones son anti-americanas.³³⁴

Las expresiones de animadversión hacia los Estados Unidos y sus ciudadanos se expresaron con fuerza en ciudades como Monterrey y Torreón y, debido a la gran comunicación que entre éstas y El Paso había, los hechos y los rumores que los agrandaban aumentaron la sensación de estar en vecindad con un país a punto de un estallido social incontrolado y peligroso para la nación del norte.³³⁵ Es muy probable que esas manifestaciones hubiesen sido sobredimensionadas por la opinión pública de los Estados Unidos en parte debido a que el estado de confusión que reinaba en México, particularmente durante

³³⁴ INS, 2 de febrero de 1912, Wilson a

³³⁵ Lay, *op.cit.*, p. 20.

1912, hiciera aún más incomprensible el escenario mexicano. Sin ir más lejos, cuando cayeron las autoridades maderistas de Ciudad Juárez, los gobernantes que se sucedieron se reclamaban seguidores de Emiliano Zapata, de Emilio Vázquez Gómez o del muy popular Pascual Orozco; al no comprender ni siquiera la situación que vivía la ciudad vecina, la opinión anglo de El Paso pensaba que la Revolución pintaba un panorama gris, “No hay entusiasmo y todo el mudo está harto de la guerra que han sufrido hasta los huesos los vecinos de la población fronteriza”.³³⁶

Para los *paseños* en general y de manera particular para los anglos, El Paso dejó de ser el privilegiado puesto de observación para experimentar de cerca de la pintoresca revolución de los mexicanos y la idea de que no sólo Juárez era un lugar peligroso sino que incluso El Paso estaba en riesgo, se dispersó con rapidez. Reportes oficiales del Departamento de Estado señalaban la existencia de fuerzas armadas mexicanas de quienes se conocían intenciones de atacar y capturar poblaciones fronterizas de Nuevo México y Texas. Para los juarenses la presencia masiva de tropas en la ciudad vecina y en el Puente Internacional llevaron a la realización de manifestaciones frente al consulado estadounidense. Los miedos de los sectores más conservadores fueron hábilmente manejados por el alcalde de El Paso Charles Kelly quien para fines de febrero de 1912 ya había logrado una fuerza de 500 hombres para la oficina del Sheriff y así estar preparados para actuar ante “cualquier eventualidad”. Animado por la fiebre anti-mexicana de la que era fiel promotor, Kelly pidió al secretario de Guerra el envío de tropas federales a Juárez con el fin de detener los robos y asaltos nocturnos de los cuales los estadounidenses eran las víctimas

³³⁶ El *Paso Herald*, 26 de febrero de 1912. Ver también Mardee De Wetter, “Revolutionary El Paso, 1910-1919” (Tesis de maestría, Universidad de Texas en El Paso, 1946, pp. 53-70). Quizá el mejor recuento de la Revolución en la zona es la tesis de Richard M. Estrada ya citada.

favoritas.³³⁷ Me resulta evidente que el alcalde buscaba una consolidación de su poder y un efecto de tipo anímico más que una respuesta positiva del ejército.

No hay duda que el remolino de acontecimientos mexicanos era confuso pero, en la actitud de los sectores conservadores de la sociedad estadounidense, incluida la población anglo de El Paso, lo que imperaba no era una actitud de comprensión de la situación, sino de su aprovechamiento para consolidar la visión de un país caótico al sur de la frontera. Los problemas que vivía México, totalmente naturales después de un cambio político tan importante, eran la ocasión ideal para aquellos estadounidenses interesados en perpetuar la idea de un país habitado por un pueblo indisciplinado, propenso al caos y con inherente naturaleza violenta y sangrienta.³³⁸ La llegada de Francisco Villa al poder en Chihuahua restauró el orden y la tranquilidad en todo su territorio, incluyendo Ciudad Juárez. Igual que con Madero, en los Estados Unidos se olfateó una actitud pro-estadounidense que aseguraría sus intereses establecidos y hacía adivinar muchos otros negocios en los territorios villistas. De nuevo, gracias al oportunismo de esa visión, al menos esa parte del territorio nacional fue vista con agrado al menos hasta fines de 1915 en que Villa fue derrotado y perdió el control de su zona de influencia en el norte de México.

La situación general de las relaciones entre ambos países, sin embargo, no gozó de ese periodo de simpatías. Al iniciar 1914 tropas de los Estados Unidos bombardearon y ocuparon el puerto de Veracruz. Las credenciales antidemocráticas del golpista Victoriano Huerta

³³⁷ Lay, *op. cit.*, p. 20. El departamento de Guerra evidentemente hizo caso omiso de la histórica solicitud de Kelly.

³³⁸ Ya cité en este mismo capítulo el excelente trabajo de Arnoldo de León en el que hace una escrupulosa reconstrucción del sentimiento anti-mexicano por el estado de Texas anglo de la entonces mexicana Texas.

molestaron, sobremanera, al presidente Wilson. Mostrando que las, en apariencia nobles, exigencias para la restauración democrática de otros países, también pueden usarse para la afirmación de los Estados Unidos como la nación-imperio, el gobierno estadounidense usó el pretexto de la injustificada aprehensión de unos marineros, de esa nacionalidad, en el puerto de Tampico, para hacer demandas que llevaban a la renuncia del presidente Huerta. Un fuerte rechazo de corte nacionalista y popular fue la principal respuesta al abuso de fuerza que una nación poderosa ejercía sobre otra débil, violando flagrantemente su soberanía y causando numerosas muertes y destrucción material.

En la región de Juárez-EL Paso si bien no se reportaron motines nacionalistas anti-estadounidenses de consideración, así como tampoco una respuesta violenta por parte del gobierno villista del estado de Chihuahua,³³⁹ una nueva oleada de temores hacia los mexicanos y su inveterada cultura de violencia se expandió en el lado estadounidense de la frontera. Debemos recordar que como consecuencia de la captura de las ciudades de Chihuahua y Ojinaga por el ejército de Villa, millares de refugiados habían pasado a territorio de los Estados Unidos, incluidos soldados huertistas y sus familias. Las calles de El Paso empezaron a ser patrulladas por miembros del ejército y un sistema de vigilancia basada en filiación étnica se puso en marcha: todo aquel que fuera o pareciese mexicano era sospecho. Fue tal la presión ejercida por las autoridades, así como por la prensa y los sectores anglos de El Paso que, en un intento por disfrazar su condición, cientos de mexicano-americanos juraron públicamente su lealtad a los Estados Unidos y ofrecieron luchar junto a las tropas angloamericanas en defensa de su país.

³³⁹ De hecho la prensa nacional acusó a Villa de aliado de los Estados Unidos por no haberse pronunciado en contra de la invasión de Veracruz.

En México, los desacuerdos y desconfianzas mutuas entre Villa y Carranza fracturaron el constitucionalismo y con ello, inevitablemente, enviaron el mensaje de que la fase armada de la Revolución estaba lejos de terminar; de hecho las más sangrientas batallas con su secuela de muerte, destrucción, pobreza y hambre vendrían a partir de 1914. En la ciudad de El Paso, la combinación de una numerosa población mexicana, el gran número de refugiados por la guerra y el temor a que la Revolución deviniera en una guerra civil incontrolable, resultó explosiva. Los *paseños* anglos se convencieron de que el peligro mexicano era real e inminente, armonizando con esta evaluación del riesgo que presentaba la frontera mexicana, el gobierno federal aumentó el número de tropas destacadas en Fuerte Bliss y para el otoño de 1915 se había convertido “[...] quizá en la concentración militar más grande de la nación”.³⁴⁰ Los barrios mexicanos del sur de la ciudad, vecinos a la línea fronteriza, resultaron las áreas más vigiladas. Sin importar que los núcleos de conspiradores mexicanos estuvieran bien localizados y que éstos sólo pretendían la organización de expediciones para regresar a México, la idea de que los mexicanos pudieran participar en auténticas carnicerías raciales en suelo estadounidense no cesaban.³⁴¹

Resulta interesante detenerse sólo unas líneas en la muerte de Pascual Orozco, pues da muestra del ambiente al que nos referimos. Dependiendo de la fuente, las condiciones de su muerte van desde el enfrentamiento con unos rancheros que los perseguían por haber robado ganado y sillas de montar de una propiedad cercana, hasta una celada que le fue tendida por las fuerzas de los *Texas Rangers* cuando

³⁴⁰ Garna Loy Christian, “Sword and Plowshare: The Symbiotic Development of Fort Bliss and El Paso, Texas, 1849-1918” (Tesis de doctorado, Texas Tech University, 1977), p. 357, citada por Lay, op. cit., p. 23.

³⁴¹ *El Paso Times*, 26 y 30 de agosto de 1915.

intentaba cruzar el Río Bravo, de regreso a México.³⁴² La enorme popularidad de que había gozado Orozco durante los primeros años de la Revolución se hicieron patentes en una gran tristeza e indignación en la población mexicana de ambos lados de la frontera; a este sentimiento natural la asociación de rancheros del condado de El Paso respondió con llamado a armarse para su defensa. La policía local organizó un operativo antimotines el día en que el cuerpo de Orozco sería llevado a El Paso, no se quería permitir que ninguna multitud de mexicanos se juntara para presentar señales de duelo ante el ataúd del revolucionario; el operativo incluyó desembarcar los cuerpos de Orozco y cuatro de sus compañeros en la estación de carga y no en la de pasajeros, en el centro de la ciudad.³⁴³

La Revolución en Chihuahua estaba aún por producir hechos cruciales que tensarían las relaciones raciales en El Paso. En enero de 1916, fuerzas villistas detuvieron el ferrocarril en Santa Isabel, en el piemonte occidental chihuahuense, del que hicieron descender a los viajeros para poco después ejecutar a 18 de ellos. Se trataba de un grupo de ingenieros y empleados administrativos de compañía mineras estadounidenses que viajaban con rumbo a la Sierra Madre Occidental; la mitad de ellos fueron reconocidos como *paseños* y la ciudad estaba aterrada y furiosa por el crimen cometido por los revolucionarios mexicanos. Además de tratarse de asesinatos a sangre fría, se reportaba que los infelices habían sufrido abusos físicos y mentales tales como la

³⁴² Rafael Sánchez Escobar, *El ocaso de los dioses. Cómo murieron algunos connotados revolucionarios*. México, Talleres Tipográficos de la Casa de Orientación para Varones, 1934, pp. 116-123. Esta narración señala que habiendo estado alardeando Orozco de su intención de internarse a México con una fuerte cantidad de dinero, a los Rangers “les fue muy fácil ponerse al acecho y cuando los cinco hombres atravesaban el río limítrofe, los cazaron como patos y tranquilamente extrajeron del agua los cuerpos ya muertos de ellos, sirviéndoles como pretexto los caballos que ensillados se encontraban esperándolos del lado mexicano y cuyo robo les atribuían”. P. 125. Agradezco a Pedro Siller haber llamado mi atención sobre este texto.

³⁴³ *El Paso Times*, 31 de agosto, 1 y 2 de septiembre de 1915 y *El Paso Morning Times*, edición en español, 4 de septiembre de 1915.

muerte a balazos de sus mascotas. La forma en que los periódicos locales narraron el evento, sumado al arribo de los cuerpos a El Paso, hicieron hervir la sangre de muchos *paseños* angloamericanos y un ambiente de furia anti-mexicana se extendió por toda la ciudad.

La ejecución múltiple, episodio sin duda lamentable, tuvo un efecto positivo para el fortalecimiento del punto de vista más conservador y racista respecto a México, por más que se tratara de ocultar; en su editorial, *El Paso Times* señaló que la muerte de los compatriotas inocentes, mostraba con claridad que las quejas y las voces de alarma que la población anglo de la ciudad había estado lanzando, no estaban basadas en mero prejuicio racial hacia los mexicanos y recriminaba la actitud tibia del presidente Wilson hacia el revoltoso país del sur y en un arranque de patriotismo señalaba que en relación con México, los estadounidenses no querían sólo conservar la cabeza sino mantener el honor y el coraje.³⁴⁴ Durante la tarde del día 13 de enero de 1916 grupos de anglos se hicieron de las calles y expresaron su disgusto por lo acontecido pero también su desprecio por los mexicanos:

La violencia comenzó con esporádicos enfrentamientos a golpes entre soldados americanos y mexicanos en cantinas. Para las nueve de la noche, más de mil ciudadanos anglos se habían unido a la refriega y enfilaron hacia el sur de la ciudad, al distrito mexicano, y en su camino golpearon y asaltaron a cualquiera que pareciera mexicano. Para cuando la policía llegó, el rastro dejado por la multitud estaba marcado por hispanos golpeados y sangrando, incluso algunos de ellos habían sido apuñalados.³⁴⁵

El avance de los anglos enfurecidos hacia los barrios mexicanos, ubicados en el sur de la ciudad, apuntaba hacia una verdadera

³⁴⁴ *El Paso Times*, 14 de enero de 1916. pp. 1 y 2.

³⁴⁵ Lay, *op.cit.*, p. 17.

catástrofe que habría alterado por completo las relaciones de poder y la maquinaria política de control corporativo sobre la población mexicana por parte del *Ring* al que ya nos referimos. Muchos vecinos del *Second Ward* o Segundo Barrio, como se conocía al distrito mexicano, se habían armado de palos y piedras y formaron una barrera en la calle San Antonio, dispuestos a detener a los anglos; las noticias de que afuera de los teatros Alcázar y *Grecian* habían sido brutalmente golpeados viejos, niños y mujeres los enfureció y se aprestaban a cobrar la injusticia. Las autoridades de El Paso decidieron que el costo de un enfrentamiento abierto habría sido demasiado alto y decidieron acordonar la entrada al barrio Chihuahuita con toda la fuerza policiaca y con elementos del ejército; sin embargo, según testimonios, fue la actitud mostrada por los vecinos de los barrios mexicanos lo que hizo desistir a la multitud anglo.³⁴⁶

Mantener la calma fue pronto vista como una prioridad para la autoridades y si bien es cierto que, en lo fundamental, representaban y defendían los intereses de la población angloamericana de El Paso, también lo es que la prosperidad de la ciudad se había cimentado en la presencia masiva de población mexicana o de origen mexicano y en el mantenimiento de un *statu quo* de tolerancia racial. Tolerancia que aseguraba la superioridad étnico-nacional de la población anglosajona; el ambiente de calma para los negocios basados en la captación, distribución y utilización intensiva de mano de obra mexicana, barata y sin calificación y el rol de El Paso como la puerta privilegiada hacia México. Los grandes intereses en El Paso pronto vieron la necesidad de que la masacre de Santa Isabel fuera manejada como un asunto diplomático y así impedir que la ciudad se convirtiera en teatro de violentos enfrentamientos raciales.

³⁴⁶ OHI-UTEP, no. 235, entrevista a Hortensia Villegas por Óscar J. Martínez, El Paso, Tx, 17 de febrero de 1916.

Tom Lea, alcalde *paseño* con pocas simpatías por los mexicanos, al mismo tiempo que alababa la paciencia y sabiduría de los habitantes de la ciudad, aunque sin decirlo se refería a la población angloamericana, advertía que la cadena de eventos a los que la situación mexicana sometía a El Paso, podían provocar que la gente perdiera la cabeza. Los periódicos hicieron también su parte y señalaron que si bien el sentimiento de rechazo a la matanza de americanos en México era justificado, convertido en motín había producido actos desafortunados, cobardes y despreciables.³⁴⁷ El 14 de enero, sólo un día después del motín contra los barrios mexicanos, el *New York Times* en noticia de primera página anunciaba que en El Paso, estadounidenses se enfrentaban en batallas campales con los mexicanos; el empresariado local agrupado en la Cámara de Comercio urgió a los medios a que no se sobredimensionara la situación y a que “noticias exageradas no debieran salir de El Paso” pues la reputación de la ciudad podría arruinarse de conocerse que se estaba convirtiendo en escenario de enfrentamientos raciales.³⁴⁸

El Paso: sueños de metrópoli y racialización de la ciudad.

Franklin y desde 1888 El Paso, presentaba atractivos a inmigrantes de origen variopinto, para muchos de aquellos sureños y judío-alemanes del este y del medio oeste, la ciudad representaba una gran oportunidad de negocios ya que se perfilaba como un nodo ferrocarrilero de importancia entre los grandes recorridos hacia la costa del Pacífico. Además, era la puerta de entrada para el comercio, legal e ilegal, con México. Pero al pasar los años y haberse asentado este grupo

³⁴⁷ *El Paso Herald*, 14 de enero de 1916.

³⁴⁸ Lay, *op.cit.*, p.25 y *El Paso Times*, 15 de enero de 1916

tan particular de inmigrantes, la región empezó a verse también a través de los ojos de la enfermedad, o mejor dicho de la posibilidad de recobrar la salud. Así, desde la década de 1880s, muchos miembros de la elite *paseña* pensaron en convertir a su ciudad en un gran centro sanativo natural. Varios de estos nuevos *paseños* formaron un grupo de estudio que estudió las características climáticas de la región, concluyendo que era muy difícil encontrar otro lugar que pudiera sobrepasar las bondades de El Paso en materia de temperatura, humedad, altitud, y pureza del aire y ello, por supuesto, fue visto también como una oportunidad única para hacer negocios.³⁴⁹ De hecho, varios de los miembros de este grupo así como muchos de los inmigrantes anglos y judío alemanes habían llegado a El Paso buscando recuperarse de la tuberculosis o el asma que los aquejaba. Tal fue el caso del doctor R.B. Homan y el cirujano dentista John C. Crimman.³⁵⁰ Otros dos destacados profesionistas sureños, el doctor W.M. Yandell y el abogado W.H. Burges llegaron a El Paso por la misma razón.³⁵¹ Muchos de los ejecutivos que vinieron a trabajar para tiendas departamentales, como La Casa Blanca, propiedad de judío-alemanes, vinieron incentivados por la posibilidad de vivir en un clima benigno para sus afecciones respiratorias o las de sus familias.

Pero la obsesión de la elite anglo por convertir a El Paso en una “montaña mágica”³⁵² o mejor dicho en “el desierto mágico”, encontraba dos grandes obstáculos: ningún empresario decidió hacer las inversiones que se requerían para recibir en condiciones aceptables a

³⁴⁹ Este reporte fue dado a conocer por la prensa local y presentado como uno de los grandes atractivos de la ciudad en Gould. C.A. & Co, 1886, *General Directory of the City of El Paso for 1886-87*, Steam Printers, Dallas.

³⁵⁰ OHI-UTEP, no. 825 entrevista a Robert Homan Jr, MD por H.D. Garret, 16 de septiembre de 1999.

³⁵¹ OHI-UTEP, no. 58 entrevista a Jane Burges Perrenot por Jo. Ann Hovius, febrero y marzo de 1973.

³⁵² La novela de ese nombre escrita muchos años después por Tomás Mann, se desarrolla precisamente en un sanatorio para tratar tuberculosis.

tuberculosos adinerados dispuestos a realizar viajes largos; en poco tiempo, instalaciones de este tipo fueron construidas en Arizona y la carrera se perdió. Pero, hubo otro gran pero que impedía presentar esa versión idílica de pureza y tranquilidad. El Paso tenía una población mexicana muy numerosa y generalmente pobre sobre la que había muchas dudas “sanitarias” y “morales”; adicionalmente, la frontera con Juárez era porosa, flexible en exceso, de vigilancia casi nula. Estas dos situaciones llevaron a considerar a El Paso como un *wide open town* sobre el que urgía practicar una cirugía reconstructiva total.

Una vez consolidada en el poder, esta elite anglo-protestante (episcopales y bautistas) con marcadas influencias del conservadurismo racista sureño empezó a ejercer presión para que se tomaran medidas que “limpiaran” la ciudad y para que los límites políticos, culturales y raciales se marcaran con fuerza para poder exigir que fueran respetados. Pero el problema a enfrentar era complejo ya que las actividades “reprobables” que caracterizaban a El Paso incluían a la propia población anglo de la ciudad que soportaba buena parte de su economía en numerosas cantinas y salones de juego, así como en la prostitución que se ejercía de manera abierta y era muy próspera. Para fines del siglo XIX las autoridades de la ciudad decidieron que los días salvajes del viejo oeste debían llegar a su fin y se empezaron a tomar medidas para barrer el vicio de una población que ahora quería ser una ciudad de orientación familiar.³⁵³

Dos medidas fueron tomadas por las autoridades de la ciudad de El Paso para lograr la “purificación” de la ciudad. La primera, en la que no me detendré en este texto, fue mover la zona roja (*red light zone*) o

³⁵³ OHI-UTEP, no. 49 entrevista al reverendo B.M.G. Williams por Wilma Cleveland, 30 de agosto de 1968. El reverendo Williams fue nombrado rector de la Iglesia Episcopal de San Clemente en 1894.

también conocida con el pícaro y sugestivo nombre de *tenderloin*. En efecto, la promesa de limpieza “moral” de una enorme zona de la ciudad consistió en empujar las actividades de juego, licor y prostitución hacia el río, hacia el sur, hacia los barrios mexicanos pegados a la frontera. De esa manera el centro de la ciudad quedó libre para las inversiones, para las iglesias y para la gente decente y, por cierto, blanca.

Las vías de las diversas líneas de ferrocarril que llegaban a El Paso y lo atravesaban de oriente a poniente y viceversa, se convirtieron en una frontera interna que dividió, de norte a sur, con toda claridad a la ciudad. El sector norte iniciaba con el centro citadino ganado para la elite anglo y los barrios residenciales que se extendieron colina arriba hacia una mesa desde la que se obtiene una vista privilegiada del valle y del río; los mejores servicios públicos y educativos apuntalaron al norte rico y anglo. Hacia el sur quedó un sector identificado: **étnicamente** como mexicano (y muy minoritariamente como negro y asiático); **socialmente** como el lugar de las clases pobres y asiento de las actividades relacionadas con el vicio; **urbanísticamente** como lugar de hacinamiento, vivienda de baja calidad, pobres servicios públicos y de baja higiene. *South EL Paso*, desde el punto de vista de la salud pública y de la mirada eugenista, fue el espacio donde tomaba cuerpo la idea de la decadencia de las mezclas raciales. En el sur de El Paso se patologizó, a un grupo étnico y a una nacionalidad; en muchos sentidos fue el laboratorio para integrar la patología del mexicano.

A partir de esa división, poca diferencia se estableció entre el sur de El Paso y Ciudad Juárez. La mirada despectiva e insultante que se había expresado públicamente desde los años 1880s,³⁵⁴ cobraba ahora

³⁵⁴ He aquí una nota del periódico *The Lone Star* del año 1883: “la prostitución en El Paso, es practicada por mujeres mexicanas” y “...los mexicanos viven en jacales insalubres que son nidos de enfermedades”. Ese mismo año, un inspector del United

la forma de unas políticas de higiene social y de salud pública, contenidas y respaldadas por un discurso científico que permitió poner en marcha acciones contundentes para fortalecer la frontera con México, reinventarla podríamos incluso decir, a través de la medicalización de la región. Ello implicaba de manera evidente, que el viejo “*wide open town*” desapareciera y que la frontera perdiera porosidad y ganara en vigilancia constante.

La eugenesia, proveyó de un discurso de lenguaje científico que lograba paliar la verborrea racista de algunos políticos locales, que una vez estallada la Revolución mexicana se pronunciaban de manera terriblemente despectiva; Tom Lea, uno de los alcaldes más recordados, famosos y queridos de la ciudad de El Paso hizo las siguientes declaraciones en junio de 1916, cuando además ya se había producido el ataque villista a Columbus, Nuevo México:

Las hordas de mexicanos pobres y cargados de enfermedades que están buscando su entrada a El Paso, deben mantenerse lejos [...] a menos que se tomen la medidas necesarias para mantener alejados a los indeseables, declararé una cuarentena para impedir que se esparza el tifus [...].³⁵⁵

Precisamente en ese año, el USPHS decidió la instalación de un puesto sanitario permanente en el puente internacional.

La racialización de la ciudad.

Volvamos un momento al papel crucial de la salud pública por aquellos años. La construcción de una ciudad angloamericana sobre los

States Marine Hospital, que es el antecedente del US Public Health Service se refería así a Paso del Norte (Ciudad Juárez desde 1888) “...la ciudad no tiene sistemas de drenaje y alcantarillado, y durante doscientos cincuenta años han estado defecando al aire libre en las calles y 80% de la población arroja su excremento al lado de sus viviendas” Citado por Stern, Alexandra, 1999, “Buildings, Boundaries...” p. 63.

³⁵⁵ *El Paso Herald*. 16 de junio de 1916.

cimientos de lo que había sido una población marcada cultural y demográficamente por los mexicanos corrió en paralelo al proceso de materialización y fortalecimiento de una frontera que establecida por la guerra y la política entre 1836 y 1854,³⁵⁶ requirió de una auténtica invención cultural y de complejos procesos de interiorización en los habitantes de la región. Esta obra de reingeniería cultural fue ejecutada por el concurso voluntario de diversos sectores de la sociedad angloamericana,³⁵⁷ la ciencia médica y los aparatos del Estado. Me parece que no hay concreción más acabada de esa confluencia de voluntades que las estaciones de desinfección que el USPHS estableció en enero de 1917 en Brownsville, Laredo, Eagle Pass y por supuesto en El Paso.

Los edificios que albergaron esas estaciones, fueron una impactante escenografía para evidenciar, a través de rituales de desinfección, el poder del Estado estadounidense pero, con igual importancia, también fueron la expresión material e institucional de un lento pero exitoso esfuerzo por asociar a un grupo étnico-nacional, los mexicanos, con eventos riesgosos como la pobreza, la suciedad, las enfermedades contagiosas y la inestabilidad política. El año 1916 fue el momento perfecto para consolidar esa ecuación: la situación política en México era poco menos que clara, Villa había violado la soberanía territorial de los Estados Unidos, varios funcionarios y médicos estadounidenses habían muerto de tifus por su contacto con México o con los mexicanos y muchos sectores poderosos en el país ya estaban convencidos de que los mexicanos en los Estados Unidos y la frontera con México constituían un peligro real.

³⁵⁶ Entre la separación de Texas de la República Mexicana y la compra de La Mesilla.

³⁵⁷ Y también la angloamericanizada pues grupos de origen mexicano fueron entusiastas de muchas medidas racistas y excluyentes. De hecho lo siguen siendo.

Ante el reestablecimiento oficial de los baños de querosén el doctor Pierce se expresaba así justificándolos:

[...] el tifus está presente en todo México [...] Sus disturbios políticos y las pésimas condiciones económicas están provocando una inusual inmigración de sus nacionales que llegan en extrema pobreza y careciendo de comida, vestido, lugar para vivir y oportunidades para su limpieza personal.³⁵⁸

El 65% de los mexicanos, de acuerdo a Pierce, se encontraban infestados de piojos y muchos de ellos sólo pensaban en dejar México e ingresar a los Estados Unidos. Las estaciones de desinfección diseñadas por Pierce y su equipo, eran la protección contra esa realidad a la que la geografía había sometido a su país. Podríamos decir que eran el vigilante de la frontera entre el miedo y las condiciones de enfermedad y desorden de México. Como ya hemos dicho antes, esa parafernalia institucional, apoyada con el poder de impactar y atemorizar de las estadísticas y el eco enorme de la prensa logró consolidar el estereotipo de lo mexicano. Si una imagen dice más que mil palabras, veamos la caricatura realizada por Hill Blassingame en la que resume y difunde la idea sobre el México de 1916. La caricatura intitulada “La mortal enfermedad de México”, representa a México en la figura de un pordiosero que contorsionándose viene corriendo del sur hacia la línea fronteriza, punto desde el cual un Tío Sam, entre escandalizado, asustado y molesto le grita que se largue.³⁵⁹

Las condiciones de inestabilidad política en el México revolucionario y los riesgos a la salud pública que se vivían en la frontera fueron el marco adecuado para completar la racialización de la

³⁵⁸ Estas afirmaciones forman parte de su artículo “Typhus Fever, Prevention and Control”, en *Texas State Medical Journal*, No. 12 de 1916, citado por McKiernan, op. cit. pp. 203-204.

³⁵⁹ *EL Paso Times*, 15 de febrero de 1917, edición en español.

ciudad. En el sur de El Paso estaba la línea fronteriza, también ahí se encontraba la gran masa de mexicanos inmigrados o exiliados que podían utilizar el territorio estadounidense para prolongar los conflictos político-militares que se vivían entre las facciones revolucionarias en México. En el sur estaba también concentrado el grueso de la pobreza, de las condiciones de ignorancia e insalubridad agravadas por la tradicionalmente flaca inversión que la ciudad hacía en servicios públicos de urbanización, salud y educación. Esa situación permitió que ya desde 1915 barrios mexicanos como Chihuahuita se encontraran bajo control militar y se realizaran redadas en contra de sospechosos de suciedad o enfermedad. El estado de excepción que vivió el sector mexicano de la ciudad de El Paso permitió que los doctores Pierce y Tappan del USPHS pudieran recorrer las calles de Chihuahuita y el Segundo Barrio sin demasiados problemas y “capturar” a vecinos sospechosos de tener tifus o con apariencia de tener piojos, subirlos a transportes militares y llevarlos al Hospital del Condado o a los baños desinfectantes que había en la cárcel o, desde enero de 1917, en el Puente Santa Fe. Pierce confiaba en el carácter pedagógico que sus razias tendrían frente a la ignorante población mexicana:

Es claro que no pretendíamos limpiar por completo aquella parte de la ciudad de la gente con piojos, pero nuestras acciones, hicieron que otros se bañaran y desinfectaran por su propia voluntad, ello hizo que ese sector de la parte baja de la ciudad tuviera un cambio notable.³⁶⁰

Otros miembros de la comunidad médica también colaboraron en la lucha contra los hábitos de los habitantes de los barrios mexicanos. El doctor Hugh White utilizó la experiencia de su natal estado de Virginia donde también se había tenido que luchar contra las “costumbres” de la población negra. White sabía como tratar a ese “otro

³⁶⁰ Citado por McKiernan, *op. cit.*, p. 208.

étnico” y se aplicó por solucionar el riesgo de salud que significaba la población mexicana sin control.³⁶¹

La contribución de las autoridades sanitarias federales a la sectorización racial de El Paso, utilizó la experiencia acumulada durante muchos años en que había logrado establecer en varias regiones del suroeste una relación entre los piojos, la suciedad y el trabajo migratorio mexicano.³⁶² La guerra contra el tifus se centraba desde hacía algunos años en el combate al piojo, su vector de transmisión.³⁶³ La gente sucia era considerada entonces como un nido ambulante del piojo por lo que se debía evitar el contacto con gente de esta condición. Los cines, las cantinas, los salones de baile o de juego y, por supuesto, los prostíbulos que se encontraran al sur de las vías del ferrocarril, en el mundo de El Paso mexicanizado, serían considerados como zonas de alto riesgo para la ciudad y sus habitantes.

Solo dos semanas después de la muerte de casi 30 prisioneros por calcinación y quemaduras en la cárcel de El Paso al ejecutar las maniobras de desinfección, el doctor Pierce, en un artículo periodístico, pedía a la población, evidentemente a la población anglo, que en lugar de asistir a lugares de vicio, dedicara su tiempo a “desarrollar actividades decentes, libres de piojos propias de la clase media”. El fino hilvanado realizado por Pierce transmitía la idea de que la salud pública,

³⁶¹ OHI-UTEP, No. 48, entrevista a la viuda del Dr. Hugh por Leon C. Metz y Robin Fuller, El Paso, 3 de junio de 1968.

³⁶² Ver aquí mismo el apartado “Cordones sanitarios, frontera y nacionalidad” del capítulo IV.

³⁶³ A principios del siglo XX Walter Reed desarrolló el modelo de vectores que fue aprovechado poco después por dos investigadores que trabajaban en manera independiente; Charles Nicolle del Instituto Pasteur que trabajaba en Argelia y por Howard Ricketts que lo hacía en la Ciudad de México. Ambos fueron capaces de aislar al piojo como el vector transmisor del tifus utilizando chimpancés. Resulta sorprendente como para 1915, menos de cinco años después de los descubrimientos, la evidencia de laboratorio se había vuelto consenso en la comunidad médica que proclamaba que el tifus provenía de condiciones de suciedad y desnutrición. McKiernan, *op. cit.* pp. 188-189.

el combate a las enfermedades infecciosas y particularmente la erradicación del piojo significaba necesariamente ciertos niveles de rechazo de Ciudad Juárez y de las formas de vida de los mexicanos que vivían en el sur de El Paso.³⁶⁴

A diferencia de lo que puede verse en la ciudad de El Paso de nuestros días, hace 100 años la población se distribuía siguiendo patrones raciales de asentamientos bastante claros. Esos patrones no respondían a ordenamientos legales sino al seguimiento de costumbres y comportamientos derivados de eso que hemos llamado la ingeniería cultural para la vida y las relaciones sociales de una ciudad como El Paso que había sido una población de origen hispano-mexicano.

Las prácticas cotidianas de exclusión hacia los mexicanos³⁶⁵, formaban parte de unas relaciones de trabajo precarias, discriminatorias y sujetas al oportunismo económico, así como de una definición condenatoria de raza y nacionalidad, que las identificaba con ignorancia, pobreza, suciedad y enfermedad. La exclusión y discriminación laboral, por raza y nacionalidad, sumada a las de tipo cultural, religioso, educativo, tuvieron un necesario correlato urbano-espacial que marcó la forma en que vivía la inmensa mayoría de los mexicanos del lado estadounidense de la frontera.

La idea de que a los mexicanos les gustaba vivir rodeados de ellos mismos, no era sino una forma de encubrir la discriminación que obligaba a los mexicanos a asentarse sólo en determinadas sectores de la ciudad. Dice Mario T. García:

³⁶⁴ “USPHS Explains How to Get Rid of Typhus”, *El Paso Morning Times*, 26 de marzo de 1916.

³⁶⁵ A esas prácticas de exclusión nos referiremos en el siguiente capítulo.

Los mexicanos vivían en casas sobrepobladas con pocas o nulas instalaciones sanitarias, con altos índices de mortalidad infantil, múltiples casos de tuberculosis y otras enfermedades, y el índice de criminalidad más alto de la ciudad. Esas condiciones provocaban muchos problemas, pero los mexicanos supieron ajustarse porque se sabían pobres y tenían esperanzas de que residirían sólo temporalmente en El Paso. Desafortunadamente esa capacidad de ajuste aumentó el grado de su vulnerabilidad y fueron abusados no sólo en términos de sus condiciones de vivienda sino en otras actividades.³⁶⁶

La concentración de la población mexicana de escasos recursos en el sur de la ciudad facilitó las cosas para los grandes empleadores, tales como compañías ferrocarrileras y de construcción; los dueños de lavanderías o para quienes buscaban empleadas domésticas, tuvieran un lugar dónde ir en busca de mano de obra abundante y barata.

Al iniciar el siglo XX dos tercios de la población mexicana de El Paso vivían al sur de la Calle Overland que junto con las calles San Antonio y la Segunda además de las vías del ferrocarril formaban lo que podríamos llamar la frontera interna de la ciudad que la dividía del sector anglo-americano. Durante los años que cubren esta investigación, la población mexicana creció de manera vertiginosa, pero la rigidez de los límites raciales de la ciudad no cedió demasiado. La creciente población se asentó en lugares cada vez más cercanos al Río Bravo hacia el este, lo cual la hizo más propensa a sufrir con las crecidas del Río y de condiciones de salud poco menos que desastrosas.

Además de Chihuahuita dos asentamientos de mexicanos se hicieron notar en el mapa racial de El Paso. En las colinas al norte de la ciudad, en una pequeña meseta que tenía condiciones de salud excelentes por su lejanía del Río y la limpieza del aire, se fundó una colonia de mexicanos pobres que habían huido de Chihuahuita después

³⁶⁶ García, *op. cit.*, p. 127.

de una gran inundación en 1897. Cerca de un centenar de familias llegaron al acuerdo de pagar una renta a D. Storm por la facilidad de vivir ahí, fue por él que se conoció como *Stormville*. El otro asentamiento mexicano se desarrolló en el elegante y tradicional vecindario de *Sunset Heights*; hasta 1911 los únicos mexicanos que podían transitar por ese sector eran los que prestaban servicios domésticos en las casas de familias anglo y judío-americanas. La llegada de mexicanos, exiliados de la Revolución, fue una auténtica novedad pues hasta entonces:

Los barrios eran mundos aparte, el *second ward* era de puros mexicanos, y las escuelas de esos barrios eran para ellos [...] Los refugiados que llegaron entre 1911 y 1915 contribuyeron a cambiar algo las cosas [...] porque entonces hubo muchos mexicanos de dinero.³⁶⁷

Aún teniendo en consideración de que se trataba de mexicanos de “clase superior” como ellos mismos se consideraban, pasó muy poco tiempo para que la tolerancia inicial que los propietarios anglo y judío-americanos de *Sunset Heights* empezaran a mostrar su incomodidad. Como no había ningún tipo de medida que emprender en contra de la presencia de esta reducida comunidad de mexicanos acomodados, los antiguos vecinos empezaron a vender sus casas y a mudarse a mejores sectores.³⁶⁸

A las condiciones “culturales” o veladas para que funcionase la exclusión urbano-espacial sobre la población mexicana, se sumaban dos hechos directos y claros: la imposibilidad de pagar las rentas o los precios por casas en los barrios anglos, donde la renta podía significar todo el ingreso mensual de un trabajador o los precios por arriba de los

³⁶⁷ OHI-UTEP, No. 130, entrevista a Enrique Acevedo por Robert H. Novack, El Paso, 17 de mayo de 1974.

³⁶⁸ El abandono masivo de *Sunset Heights* se dio a partir de 1920 conforme la población mexicana empezó a crecer, García, *op. cit.*, p. 135, OHI-UTEP, No. 195, entrevista a Gaspar Cordero por Richard Estrada, El Paso, 3 de julio de 1975.

seis mil dólares por casa que estaban fuera del alcance del mexicano promedio;³⁶⁹ pero también se presentaba la sencilla negativa de los casatenientes anglos a rentar o vender bienes raíces a clientes mexicanos.

A pesar del ambiente de tolerancia racial de la que gustaba presumir El Paso, no era difícil encontrar anuncios en los que se publicitaban “modernos departamentos de tres recámaras. Sólo Americanos”, negativa que persistiría hasta poco antes de la Segunda Guerra Mundial. Guillermo Balderas llegado a El Paso antes de la Revolución Mexicana, recuerda que cerca de 1940 a él se le había negado la posibilidad de rentar una habitación en la calle Cotton, sector predominantemente anglo-americano. “No rentamos a mexicanos” fue la respuesta que recibió del dueño del edificio.³⁷⁰

A pesar del crecimiento de la población mexicana, todavía en los años veinte su movilidad geográfica resultaba del crecimiento o el sobrepoblamiento de los barrios tradicionales. Incluso Chihuahuita, siendo un barrio viejo, continuó siendo el lugar que captó a al mayoría de los recién inmigrados durante la década revolucionaria. Los barrios mexicanos crecían no sólo por la inmigración resultado de la guerra en México, sino tal como indicamos en el capítulo dedicado a los mercados de trabajo, por la conveniencia de grandes empleadores tales como las compañías ferrocarrileras y la planta fundidora de la ASARCO. La combinación de una fuerte inmigración mexicana con las condiciones de subdesarrollo impuesto por el modelo económico del suroeste estadounidense, produjeron una efectiva segregación de la población

³⁶⁹ OHI-UTEP, No. 27, entrevista a Chester Hope por Wilma Cleveland, El Paso, 27 de julio de 1968.

³⁷⁰ Anuncio publicado en *El Paso Herald*, 20 de enero de 1916 y citado por García, op. cit., p. 263. El testimonio de Balderas viene de OHI-UTEP, No. 148, entrevista a Guillermo Balderas por Óscar J. Martínez, El Paso, 18 de abril de 1974.

mexicana y trajo como consecuencia la creación de uno de los asentamientos humanos con condiciones de vivienda, salud y criminalidad más dramáticos de la historia de El Paso y quizá de la región.

El proceso de creación de los barrios, puede verse como una simple cuestión de “comodidad” cultural que llevaba a los mexicanos a vivir “entre ellos mismos” y como una circunstancia estrictamente económica, pero se estaría nublando el proceso de sectorización urbana basada en antecedentes raciales y nacionales. En ciudades como El Paso, el barrio es un concepto que implica orígenes étnicos y nacionales y no hay en esas construcciones socio-urbanas casualidad alguna. Tomemos el papel que la educación pública y la iglesia católica jugaron en la modelación de las divisiones urbanas de esta ciudad fronteriza.

La lógica con la que fueron construidas las escuelas públicas de la ciudad, son muestra de esa intencionalidad de hacer crecer, de manera segregada, la población mexicana hacia el este de la ciudad y siguiendo la margen del Río Bravo. El caso emblemático es la Escuela Primaria Aoy que empezó a funcionar en 1899 en la esquina de las calles Séptima y Kansas, en el corazón del barrio Chihuahuita. En 1906, el abogado Adolph Huffman realizó un censo escolar para El Paso y reportó que:

[...] el sur de El Paso estaba poblada casi por completo por mexicanos y que no más de 20 familias americanas vivían aún al sur de la calle Tercera. En consecuencia, la escuela Álamo, en las calles Hill y Cuarta, el extremo oriental de Chihuahuita, se había convertido en una escuela mexicana [...] El superintendente escolar notó que de 1908 en adelante la población en este sector se estaba expandiendo con rapidez. La población escolar de la escuela Aoy había pasado de 837 a 1364 estudiantes y todos eran mexicanos. La escuela Franklin tenía un estudiantado de 163 y 100 eran mexicanos. La escuela Álamo tenía 500 estudiantes mexicanos de un total de 517 [...] La

escuela Beall en el este de El Paso tenía una población escolar de 324 y 300 eran mexicanos.³⁷¹

Las autoridades de educación de la ciudad recibieron quejas por parte de las familias americanas del sur y del este de El Paso. Protestaban por lo que consideraban un crecimiento desmedido de la población mexicana en sus escuelas. Las autoridades no hicieron mayor caso a esas protestas. Conforme la ciudad desarrolló los servicios urbanos del norte y el noreste de El Paso, las familias anglo-americanas se mudaron y utilizaron las escuelas que se habían construido para ellos dejando a escuelas como Alamo, Franklin y Aoy para el uso de los mexicanos. Si bien es cierto que no había segregación racial en el sistema escolar aprobado legalmente, sí la hubo en la práctica derivada de la cultura local y de lo que llamamos la racialización de la ciudad.

Pero el sistema escolar no sólo contribuyó a esa nueva urbanización de El Paso, en los hechos fortalecía la idea de que los mexicanos, ya que no se les había podido mantener fuera del país, deberían recibir una educación *ad hoc* al nicho económico que se les había asignado por la particular dinámica económica del suroeste. Sin ir más lejos, en los terrenos de la gran planta fundidora de la ASARCO, se instaló una escuela pública para atender a los hijos de los obreros, en su mayoría mexicanos. De esa manera, se fortalecía el patrón de asentamiento planeado para esa zona de la ciudad y se evitaba que los trabajadores se desgastaran o llegaran tarde a sus turnos.

En ese mismo tenor, la búsqueda por la calidad en la educación era sometida a los mismos filtros culturales de exclusión. El sistema escolar de El Paso al iniciar los años veinte, estaba compuesto por 16 planteles, en sólo cinco de ellos se aglomeraba la mitad de la población

³⁷¹ García, *op. cit.* p. 124.

escolar y, como puede resultar lógico, eran las escuelas donde asistían los niños mexicanos o mexicano-americanos.³⁷² Pero además de las condiciones de sobrepoblación, las escuelas para mexicanos normalmente sólo ofrecían los primeros seis años de educación, y no los ocho que se ofrecían en la mayoría de los otros planteles a que asistía la niñez anglo. La lógica de esa realidad era sencilla: no se esperaba, ni se necesitaba que aquellos niños recibieran una educación sofisticada puesto que su futuro no estaba en los empleos bien remunerados, sino en aquellos que demandaban el esfuerzo y desgaste físicos.³⁷³ Como indican algunos testimonios, el estímulo para estudiar más allá de la educación primaria eran muy pocos y los obstáculos eran formidables:

A lo que se podía aspirar era a ser dependientes de tiendas de ropa o abarrotes, choferes, elevadoristas, o encargados de mantenimiento y algunos puestos menores en oficinas [...] Si venciendo la adversidad llegaba uno a la Universidad, como yo que estude en el College of Mines, la discriminación por parte de los otros alumnos era grande.³⁷⁴

En el caso de las escuelas operadas por la Iglesia Católica de El Paso hay que decir que aunque no cerraban sus puertas a la población más pobre de El Paso sí fueron preferidas por familias mexicanas con una posición económica un poco mejor. De hecho, la mayoría del estudiantado de escuelas como El Sagrado Corazón o San Ignacio fueron las preferidas por los refugiados políticos durante la década revolucionaria. De nueva cuenta, la Iglesia Católica pareció dividir sus actividades educativas entre aquellas dedicadas a los mexicanos y a los americanos. Se sabe que a la escuela de Saint Mary, en el centro de la

³⁷² *Ídem.*

³⁷³ Entre 1898 y 1920, sólo 22 mexicanos se graduaron de El Paso High, la escuela preparatoria más grande de la ciudad. En ese mismo periodo, lo hicieron 812 estudiantes angloamericanos, García, op.cit. p. 125 y OHI-UTEP, No. 157, entrevista a Cleofás Calleros por Óscar J. Martínez, El Paso, 14 de septiembre de 1972.

³⁷⁴ OHI-UTEP, No. 153B, entrevista a Mario Acevedo, por Óscar J. Martínez, El Paso, 1 de mayo de 1975.

ciudad, iban predominantemente alumnos anglos. Aunque ambas escuelas llegaban a octavo grado, el ambiente de preparación limitada para el trabajo y actividades poco remuneradas era más o menos claro. La comunidad mexicana –dice García- no tiene un historial de rechazo a la educación o de una atención poco esmerada, sino un historial de una oferta limitada que era apoyada por los grandes empleadores del suroeste de los Estados Unidos.³⁷⁵

Para la comunidad mexicana de El Paso, la labor educativa de la diócesis católica reforzó la cultura de exclusión y discriminación encubierta pues su funcionamiento ahondó la identificación del sector sur de la ciudad con la presencia socio-económica, demográfica y cultural de los mexicanos pobres. Tal es el caso de la escuela adyacente a la Iglesia del Sagrado Corazón, en el centro mismo del barrio Chihuahuita. Conforme fue necesario que parte de la población de estos barrios viejos se moviera hacia el este de la ciudad, la diócesis fundó la Iglesia de San Ignacio en 1904 y luego la del Ángel Guardián en 1908. En los límites de esas tres parroquias, vivía la gran mayoría de la población mexicana de El Paso, contribuyendo con ello al patrón racializado de urbanización que impuso la elite anglo desde finales del siglo XIX.³⁷⁶

Como un elemento muy importante para arraigar a una abundante población mexicana alrededor de la planta de fundición de la ASARCO, en los suburbios del sureste de la ciudad, se estableció la iglesia de Santa Rosalía (*St. Rosalie*) que después fue renombrada como San José del Río. La existencia de la iglesia permitió, entre otras circunstancias, que la población de ese suburbio creciese de unos

³⁷⁵ García, *op .cit.* p.126.

³⁷⁶ Los datos de la fundación de parroquias proviene de Cleofás Calleros, *El Paso. Then and Now*, Vol. VIII, El Paso, American Printing Co., 1954, pp. 131-132.

cuantos cientos de personas a principios de los 1890 a 2 mil para fines de siglo y a 5 mil para 1923. Aunque la ciudad extendió el sistema de tranvía hasta la fundidora, para la empresa fue muy importante que la inmensa mayoría de los mexicanos decidieran quedarse viviendo a su alrededor pues ello le permitía tener acceso a ellos a cualquier hora. El tranvía fue utilizado sobre todo por el personal administrativo y algunos obreros de mayor categoría que en su totalidad eran anglo-americanos.³⁷⁷

Resulta por demás interesante que el asentamiento mexicano en Stormville o Kern Place, que después sería una zona residencial muy codiciada, nunca tuvo una iglesia o parroquia construida por la diócesis. Fueron los propios vecinos del lugar, los que construyeron una pequeña iglesia que llamaron Nuestra Señora de la Luz.

Hay un elemento que no se debe dejar escapar en el análisis de lo que hemos llamado la racialización de El Paso. Al mismo tiempo que se construía un discurso efectivo para una identidad patológica entre México y las enfermedades transmisibles, los barrios mexicanos de la ciudad texana pasaron parte de ese mismo discurso. De esa manera se fortalecía la idea que el problema no era sólo con los ciudadanos mexicanos que vivían en México, sino aún con aquellos que ya estaban en Estados Unidos. Los mexicanos con ello se convertían en un riesgo para la salud de la comunidad angloamericana no sólo por vivir en México sino porque el peligro se establecía entre la enfermedad y la raza con independencia de dónde se viviera. Los mexicanos, aún después de muchos años de asentados en los Estados Unidos, mostraban un muy imperfecto proceso de asimilación de las virtudes ciudadanas de ese

³⁷⁷OHI-UTEP, No. 157, entrevista a Cleofas Calleros por Óscar J. Martínez, El Paso, 14 de septiembre de 1972 y No. 143, entrevista a José Cruz Burciaga por Óscar J. Martínez, El Paso, 16 de febrero de 1974.

país, de acuerdo al discurso exclusionista que se propalaba desde diversas arenas sociales y políticas.³⁷⁸

Las prácticas sanitarias e higiénicas de la población mexicana de Chihuahuita y los otros barrios mexicanos al sur de las vías del ferrocarril, eran consideradas como extensiones de la cultura y condiciones de su vida anterior en México. Sin embargo, en esta materia también los mecanismos de exclusión, segregación o simple racismo, además de los intereses económicos (mano de obra barata, abundante y concentrada) y políticas urbanas dirigidas a esos sectores de la ciudad, modelaron la imagen del hacinamiento, de la suciedad y de la enfermedad como “rasgos” de las comunidades mexicanas.

Al haberse limitado la expansión de los asentamientos mexicanos al sur de las vías del ferrocarril, los barrios estaban prácticamente pegados al cause del Río Bravo. Ante la falta de servicios públicos e instalaciones sanitarias, tales como agua potable, drenaje y alcantarillado, el Río se convirtió en su fuente de abasto de agua para todos los usos. Sin embargo, las buenas conciencias angloamericanas que desde fines del siglo XIX venían exigiendo la “purificación” de la ciudad, mediante la expulsión de las actividades inmorales del centro de la ciudad, muy pronto demandaron también que los indignos espectáculos que proporcionaban los mexicanos al bañarse en el río, fueran prohibidos. Sin embargo fue una imposición que caminó con mucha lentitud: Las primeras noticias de arresto datan de 1892, cuando unos niños fueron detenidos por “exposición indecente”; una década más tarde, *El Paso Times* reportaba que

³⁷⁸ Recordemos el discurso del movimiento obrero, el de las autoridades policíacas o el de destacados intelectuales que estudiaron el problema de la emigración hacia los Estados Unidos en los años veinte y que, en términos generales, aceptaban la teoría de la inadaptabilidad del mexicano a nueva cultura, para revisar ideas de Manuel Gamio, Manuel Fabila o Enrique Santibáñez ver Jorge Durand (Compilador), *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*, México, CONACULTA, 1991.

...los mexicanos no han entendido la prohibición [de bañarse en el río] pues aún se les encuentra en gran número usando el río. Un oficial de policía fue mandado al sector sur de la ciudad con órdenes de arrestar a cualquier bañista. Cuando el oficial llegó al río, encontró a una multitud de hombres, mujeres y niños divirtiéndose en el agua, desde mujeres en camiones, hombres en calzones, hasta la total desnudez. Tres mujeres y tres pequeños niños fueron arrestados y llevados a la cárcel.³⁷⁹

Entre 1895 y 1910 hubo un muy lento proceso de mejora urbana en Chihuahuita que se explica por dos motivos: por un lado el Ayuntamiento no estaba dispuesto a correr con los gastos de instalación de las líneas de agua potable, drenaje y pavimentación de las calles.³⁸⁰ Por otro lado, no debemos olvidar que las relaciones de la elite *paseña* con la comunidad mexicana estaban totalmente cimentadas tanto sobre la base de un acuerdo corporativista al que nos hemos referido como el *Ring* –al cual un arreglo rápido de las condiciones de vida en Chihuahuita le habría restado poder de negociación durante los procesos electorales- como de la conveniencia de mantener salarios notoriamente bajos que permitieran asegurar la competitividad de la estructura económica de la región. A ambos temas se dedicó espacio en los capítulos 7 y 5 de esta tesis.³⁸¹

³⁷⁹ Edición del 29 de julio de 1905, citado por García, *op. cit.* p. 136.

³⁸⁰ Por un tiempo se discutió quiénes deberían pagar por esas obras: los dueños de los terrenos y de algunas de las casas de alquiler que en su inmensa mayoría eran hombre de negocios angloamericanos, o los vecinos mexicanos de los barrios. Los dueños alegaban que sus inquilinos pagaban rentas tan reducidas que no les sería costeable la inversión; los mexicanos en su mayoría eran tan pobres que resultaba una ilusión pensar que tendrían fondos para pagar por ese tipo de mejoras. La decisión final fue que tanto dueños, vecinos como la propia ciudad colaborarían. *Ibidem*, p. 136.

³⁸¹ Me parece que además de estas consideraciones hay otro elemento que puede ayudar a entender la falta de acuerdo para la introducción de los servicios urbanos de calidad a los barrios mexicanos, particularmente el agua potable. La negativa a excavar pozos en el sur de la ciudad, puede estar relacionado con un turbio negocio entre la Compañía Watts que proveía de agua a la ciudad con pozos que sacaban agua del lecho del Río Bravo y las autoridades de El Paso. En 1903 la familia Watts había adquirido los derechos para extraer el agua y surtirla a la ciudad, el servicio al parecer fue notoriamente deficiente y en 1909 se declaró en crisis financiera, pidiendo que la

Generalmente las demandas por mejorar las condiciones de vida de Chihuahuita y el resto de los barrios mexicanos, chocaban con el modelo de desarrollo que la ciudad de El Paso y de hecho todo el suroeste del país, habían tomado, décadas atrás, para lograr competir con las economías del este y medio-oeste del país. Naturalmente esta situación nunca fue admitida como tal, normalmente el grueso de la responsabilidad se dirigía hacia sus costumbres: excitar

[...] el alcalde de El Paso declaró que la ciudad poseía el mejor Departamento de Salud de Texas, y junto con otros miembros del Ayuntamiento insinuaron que los hábitos de vida de los mexicanos creaban todos los riesgos de salud.³⁸²

Con la oleada de inmigrantes y refugiados que produjo la Revolución, las modestas mejoras en las condiciones de vida logradas en los barrios mexicanos, fueron ensombrecidas por la sobrepoblación. Sin embargo para entonces, las autoridades de la ciudad, capitaneadas por los alcaldes Kelley y Lea, habían adoptado una actitud más agresiva para lograr la conversión de los mexicanos a los estándares de vida propios de la ciudadanía estadounidense. Desde 1910 y durante la década revolucionaria, la mayoría de las casas y chozas de adobe, construidas por los mexicanos en los terrenos que rentaban, fueron sistemáticamente derrumbadas. Conforme las actividades del USPHS y del Departamento de Salud de El Paso se volvieron más intensas en los barrios mexicanos, se fue descubriendo que la pobreza y lo inadecuado de las pequeñas casas y chozas, había sido provocada por los propios dueños angloamericanos de aquellos terrenos a los que nunca les

ciudad comprara la *International Water* por cerca de un millón de dólares. El precio fue denunciado como un atraco por Juan Harte, editor y primer dueño de *El Paso Times*, ante ellos Harwood J. Simmons y otros cinco prominentes *paseños* compraron el periódico por 150 mil dólares y lo silenciaron. Poco después la ciudad compró la compañía por casi un millón de dólares. Timmons, *op. cit.* p. 69.

³⁸² García, *op. cit.*, p. 138.

interesó o convino la urbanización adecuada y permanente de los predios pues, siempre estuvieron a la espera de alcanzar un mayor beneficio. El derribo de las casas de adobe, por motivos de salud pública, marcó el momento, pues esos mismos terratenientes urbanos se volvieron los casatenientes de los grandes complejos de edificios de departamentos en renta que desde entonces se empezaron a construir, algunos de los cuales aún están de pie.

VIII. La Revolución Mexicana y la construcción de un nacionalismo en el exilio.

Aún antes de que estallara el movimiento revolucionario mexicano, que produciría una gran avalancha de refugiados hacia Texas, Arizona y California, varias voces de la “conciencia anglo” quisieron hacer ver al pueblo y gobierno estadounidenses, los focos rojos prendidos por una pretendida inmigración descontrolada proveniente del sur. En fechas tan tempranas como el año de 1895, funcionarios de la aduana estadounidense se defendían de ciertas acusaciones de ineficacia en su trabajo al declarar que

[...] encontraban casi imposible el prevenir que mexicanos depauperados cruzaran la frontera [ya que en caso de] ser atrapados simplemente declaran que habían estado de visita y venían de regreso a México.³⁸³

Esta facilidad de tránsito se debía a que los mexicanos no estuvieron sujetos, como ya he documentado, a ninguna restricción migratoria hasta bien entrado el siglo XX. La Ley de Inmigración de 1917 por vez primera incluyó a los mexicanos como grupo migratorio al que se le exigirían requisitos adicionales; de manera señalada, el pasaporte. Antes de ese año, bastaba con no dar muestras evidentes de incapacidad física o mental, no ser pordiosero o mendigo, así como no ser catalogado bajo los siguientes excluyentes: ser criminal convicto, anarquista o ejercer la prostitución.³⁸⁴

Al iniciar el siglo XX la economía regional del suroeste y de El Paso en particular continuaba su explosivo crecimiento por lo que aquéllos que se oponían a la entrada de mexicanos, chocaban con la

³⁸³ *El Paso Herald*, 28 de enero de 1895, p.4.

³⁸⁴ Carlos González Herrera, *op. cit.* pp. 429-446.

demanda de mano de obra inmigrante. En el verano de 1901 una serie de notas -con evidente inspiración conservadora- clamaban que la falta de trabajadores estaba causando que “hasta cien” inmigrantes de México

[...] de la más pobre clasificación lleguen a la ciudad” y señalaban que éste, era un tipo de inmigrantes que no convenían al país. La inmensa mayoría de los mexicanos que llegan a El Paso, señalaban son “peones de clase baja totalmente indeseables como ciudadanos.”³⁸⁵

En declaraciones a *El Paso Times*, el jefe de la Oficina de Inmigración en El Paso señalaba que “[...] hordas de mexicanos de todas las edades estaban inundando la frontera, buscando los beneficios de la ciudadanía estadounidense”, aunque el mismo diario se encargó de confirmar la idea del apetito voraz que el mercado laboral regional tenía por la mano de obra mexicana al decir que “[...] los enganchadores pastorean a los mexicanos y los transportan a los campos ferrocarrileros para ser usados como mano de obra barata.”³⁸⁶

Poco después, en 1903, El Paso Medical Association se quejaba de que la inmigración de peones mexicanos era un riesgo potencial de salud y llamaban a la vigilancia federal de la frontera. La voz de alerta que lanzaron los protectores de la salud de El Paso anglo, llamó a proteger la ciudad combatiendo la entrada ilegal de pobres y enfermos haciendo que todos las agencias y cuerpos de vigilancia de nivel local, estatal o federal, agentes de aduanas, médicos o simples policías de barrio, se convirtieran en inspectores de migración con capacidad para detener a cualquier sospechoso de ser mexicano, pobre, enfermo o ilegal.

³⁸⁵ *El Paso Herald*, 30 de julio, p.1; 1 de agosto, p.4 y 15 de agosto de 1901, p.4.

³⁸⁶ García, *op.cit.* p. 38. Las declaraciones de este funcionario, el General Malloy fueron recogidas por este periódico en su edición del 13 de febrero de 1902. OHI-UTEP, entrevista No. 157, a Cleofas Calleros por Óscar J. Martínez, 14 de septiembre de 1972.

La validación racial y visual para el movimiento a través de la frontera, empezó a ganar terreno gracias a las opiniones “autorizadas del gremio médico”. Ese año, los médicos *paseños* solicitaron un año completo de prohibición para la entrada de peones inmigrantes.³⁸⁷

Sin embargo las medidas proteccionistas extremas, lanzadas tanto por higienistas, como por racistas y aislacionistas fueron opacadas por el ímpetu del crecimiento económico regional.³⁸⁸ El mismo periódico daría cuenta de las estadísticas migratorias de la ciudad que indicaron que durante los años fiscales 1905 y 1906, 25 mil y 32 mil inmigrantes habían cruzado la frontera por El Paso. La demanda por la mano de obra mexicana inmigrante se había vuelto casi frenética, aún antes de que la Revolución Mexicana produjera tantos inmigrantes hacia los Estados Unidos, cientos de empresas de todos tamaños y giros habían empezado a depender -para mantener amplios márgenes de utilidad-, de los bajos salarios que pagaban a los trabajadores venidos del sur de la frontera. Al iniciar la Primera Guerra Mundial, la planta de fundición propiedad de la ASARCO en El Paso tenía tres mil trabajadores, en su mayoría provenientes de México. The Santa Fe Railroad Co. tenía 2,700 empleados, 2,600 de los cuales eran mexicanos. Para el ferrocarril Southern Pacific trabajaban cerca de 13 mil empleados, una cuarta parte ellos lo hacían en su División Suroeste, de los cuales 2,700 eran mexicanos.³⁸⁹

³⁸⁷ García, *op. cit.* p.39.

³⁸⁸ Estas últimas protestas de alguna manera influyeron en el gobierno federal que impuso una “cuarentena” migratoria a fines de 1903. Sin embargo unos cuantos meses después, se ordenó al Departamento de Inmigración no sólo levantar esa “cuarentena” sino “ayudar de cualquier forma a la entrada de trabajadores mexicanos”, ver *El Paso Herald*, 11 de mayo de 1904, p.1.

³⁸⁹ Las compañías ferrocarrileras cuando se trataba de contratar a trabajadores de bajos salarios, empezaron a preferir a los mexicanos sobre los chinos y japoneses. No sólo se les pagaba 1 dólar diarios, sino que además eran físicamente más fuertes, de trato fácil, de una obediencia pasiva, son fáciles de satisfacer y no hay riesgo de que realicen acciones concertadas. García, *op. cit.* p.40 citando U.S. Congress. Senate. Dillingham Commission. *Immigration in Industries*. 61st Congress, 1911, Doc. No. 633.)

Desde esta época, la política migratoria oficial de los Estados Unidos estuvo ligada de manera íntima a los ciclos económicos regionales o nacionales. Mientras los mercados laborales requerían a los trabajadores migratorios, los reclamos de un monitoreo estricto de la frontera eran escuchados y respondidos con medidas ciertamente laxas: solicitudes al gobierno mexicano para que vigilara más la frontera e impidiera que “personas indeseables cruzaran” el límite internacional, formación y distribución de listas de “inmigrantes indeseables” que debían ser rechazados, o incluso el decreto de nuevas leyes migratorias como la del 1 de julio de 1903 que imponía un impuesto que iba de 2 a 4 dólares por inmigrante.³⁹⁰

No fue sino hasta que la economía estadounidense sufrió el primer revés provocado por una de sus crisis cíclicas, que las filas se cerraron en contra de los trabajadores inmigrantes de México de manera por demás rápida. Todavía en el verano de 1906, las compañías ferrocarrileras pedían mayores facilidades para contratar braceros al sur de la frontera, la demanda era tan grande que incluso los salarios tendían a aumentar;³⁹¹ súbitamente, el intenso tráfico de mexicanos hacia la frontera fue detenido antes de cruzar: cientos de ellos fueron rechazados diariamente por muchos meses por las autoridades estadounidenses; las grandes compañías mineras y ferroviarias que habían enganchado a estos braceros en varios puntos del norte del país, simplemente los dejaron abandonados del lado mexicano pues ya no tenían interés en llevarlos a trabajar a sus minas y campamentos. Durante 1907 miles de braceros rechazados se quedaron varados en Ciudad Juárez y algunos otros –los menos– en El Paso. En la primera no

³⁹⁰ *El Paso Herald*, 4 de febrero de 1905, p.5; 20 de octubre de 1903, p.1 y 5 de enero de 1904, p.3.

³⁹¹ *El Paso Herald*, 7 de agosto de 1906, p.9.

había trabajo para ellos, en la segunda, se quería impedir que se convirtieran en carga para el erario público.³⁹²

El mal momento de la economía estadounidense fue relativamente breve, para mediados del año 1909, los negocios volvieron a recobrar su tono de vigor y como consecuencia, los mercados laborales se reanimaron vivamente. El suroeste del país vecino no fue la excepción y pronto los contratistas y enganchadores de trabajadores migratorios estaban de nuevo en la frontera de El Paso con Ciudad Juárez peleando por obtener el mayor número de braceros para campos mineros y ferrocarrileros principalmente.³⁹³

Mientras esto sucedía en la frontera, en muchas partes de México la agitación política se avivaba por la campaña electoral maderista, que con habilidad estaba atrayendo y aglutinando a buena parte de la oposición anti-porfirista. El estallido de la Revolución no es un evento ajeno a la frontera, en su primera etapa -concluida con la firma de los Tratados de Ciudad Juárez en mayo de 1911-, es quizá un hecho fronterizo, que no se explica sin las posibilidades que abría este espacio de características únicas. Diversos autores se han referido al aspecto político-militar jugado por la región durante toda la década revolucionaria;³⁹⁴ aquí, como se ha dicho, nuestro interés se centra más en el papel de ese gran movimiento armado en la forja de mecanismos de identidad y sentimientos nacionalistas entre la comunidad mexicana asentada en el lado estadounidense de la frontera.

³⁹² *El Paso Herald*, 4 de febrero, p.2; 9 de febrero, p.5; 23 de febrero, p.9; 15 de noviembre, p.3; 9 de diciembre, p.2; de 1907; 11 de enero, p.9; 15 de enero, p.4 y 27 de enero, p.5 de 1908.

³⁹³ Esta renovación del apetito por los braceros mexicanos es reportada ampliamente por *El Paso Herald* en sus ediciones del 12 de Julio, p.4; 9 de agosto, p.1; 31 de agosto, p.12; 5 de octubre, p.9 de 1909 y del 25 de marzo, p.12 y 8 de agosto, p.3 de 1910.

³⁹⁴ Katz, Knight, Estrada.

El despliegue nacionalista hecho por los inmigrados mexicanos en lugares como El Paso, debe entenderse como resultado de varios fenómenos. A diferencia de otras comunidades de inmigrantes a los Estados Unidos: judíos de la Europa central y oriental, irlandeses, alemanes, rusos, italianos, así como chinos, japoneses y coreanos, los mexicanos, aún estando fuera de su patria, se encontraban muy cercanos a ella. El suroeste estadounidense, región que acogió a la gran mayoría de los inmigrantes, era un espacio que aunque se intentara negar, conservaba evidentes elementos del pasado hispano y mexicano, nombres de pueblos, ciudades, ríos, montañas y cordilleras. Además, miles de familias que habían decidido quedarse en aquellos territorios después del Tratado de Guadalupe Hidalgo, recordaban con sus apellidos, sus formas de socialización, su religión, comida e idioma, que “lo mexicano” no era culturalmente ajeno a esa área.

Mecanismos cotidianos de exclusión y segregación.

La cultura política de los mexicanos de esas regiones, de fuerte pasado y acento hispano, estaba profundamente condicionada a su cercanía física y espiritual con un México real o quizá imaginario. Además, como ya señalé, a pesar de su presencia numéricamente tan importante, la comunidad inmigrante mexicana fue objeto de varios mecanismos de segregación, particularmente su condición de braceros con muy bajos niveles de calificación laboral, pero no menos importante, la cultura racista del suroeste y la violencia racial de grupos como los Texas Rangers. Aún los espacios que pudieran haber operado como niveladores o minimizadores de las diferencias sociales: escuelas, iglesias y sindicatos, fortalecieron con sus prácticas discriminatorias la segregación cotidiana experimentada por los mexicanos de clases medias y populares.

El sistema educativo desde un principio creó escuelas especiales para los mexicanos y con la excusa del pobre dominio que tenían del inglés, creó establecimientos en los que sólo se ofrecían los primeros grados de educación elemental que era completada con el desarrollo de habilidades prácticas “apropiadas” tales como carpintería, plomería, o lavandería y costura para las niñas. A mediados de la década revolucionaria se fundó en el sur de El Paso la Escuela Aoy como el prototipo de la escuela pública dirigida a mexicanos,³⁹⁵ en ella se creó un modelo de americanización que consistía en inculcar principios de patriotismo, ética, limpieza y la enseñanza del inglés. Aoy School –dice Mario T. García- representó el modelo de escuela para mexicanos: grande, congestionada y promotora de los valores que servían a los intereses de la industria y las empresas locales.³⁹⁶ Incluso aquéllos que lograban escapar al modelo gueto del sistema educativo, encontraban enormes obstáculos. Guillermo Balderas, quien logró hablar el inglés sin acento, tuvo que aceptar el consejo que su maestra de sexto grado dirigía a sus alumnos mexicanos:

Pienso que no deberías estar planeando asistir a El Paso High School; porque, como deberías saber, como regla tu gente está aquí [en los Estados Unidos] para cavar zanjas, para hacer el trabajo de pico y pala.³⁹⁷

Por su parte, las diferentes iglesias participaban también de la cultura de la segregación. La importante comunidad mormona de El Paso –de acuerdo a un testimonio- marcaba perfectamente la línea racial al tener establecido su culto para sus practicantes anglos en una buena edificación, y el ofrecido a los mormones mexicanos en un humilde

³⁹⁵ OHI-UTEP, entrevista No. 153B, a Mario Acevedo por Óscar J. Martínez, 1 de mayo de 1975.

³⁹⁶ *Op.cit.*, p.6.

³⁹⁷ OHI-UTEP, entrevista No. 148, a Guillermo Balderas por Óscar J. Martínez, 18 de abril de 1974.

“saloncito en el Eastside”. “Éramos mormones de segunda clase. Los americanos lo alentaban y nosotros lo permitíamos”.³⁹⁸

La Iglesia Católica no se comportaba de manera diferente, no obstante que su feligresía era mexicana por evidente mayoría, la Catedral de San Patricio era el templo para los americanos mientras que el Sagrado Corazón lo era para los mexicanos.³⁹⁹ De hecho, esta distinción ocasionó un escándalo en 1916 pues involucró al general Luis Terrazas, quizá el exiliado chihuahuense más famoso en El Paso, quien fue testigo y de alguna manera víctima del racismo que consentía la diócesis de la ciudad. Durante una misa de domingo, el sacerdote que oficiaba, incluyó como parte de los anuncios a los fieles la solicitud de que los mexicanos deberían cumplir preferentemente con la obligación de la misa en otra de parroquia de la ciudad, como el Sagrado Corazón, debido a que la catedral de San Patricio estaba destinada a servir a los católicos anglos.

Don Luis y su familia, que vivían a unas cuadras de la catedral, probaron el sabor de la discriminación cuando el sacerdote mencionado hizo la anterior petición a los feligreses. Un hombre poderoso como él no podía quedarse callado y en compañía de su yerno, Federico Sisniega y su nieto, Juan Creel, visitó al obispo Shuller. La siguiente es una reconstrucción de aquella entrevista según Lulú Creel de Müller:

Estamos, señor Obispo, verdaderamente desconcertados por un suceso inaudito que se sucedió hoy en la Catedral de San Patricio. Desde que arribamos a esta Ciudad como refugiados políticos, la mayor parte de mi familia ha asistido a esa parroquia por ser la que nos corresponde, de acuerdo con la zona en que vivimos. En realidad, no nos había extrañado el hecho –que ahora

³⁹⁸ *Ídem.*

³⁹⁹ OHI-UTEP, entrevista No. 143, a José Cruz Burciaga por Óscar J. Martínez, 16 de febrero de 1974.

comprendí insólito- de que nunca habíamos visto dentro del templo a feligreses de nuestra raza, a pesar de la contigüidad de la iglesia con el barrio donde muchos de ellos habitan. Éramos nosotros los únicos mexicanos asistentes a Misa. Hoy, por primera vez, nos encontramos ahí con una familia de piel trigueña y pobremente vestida, aunque con decoro y pulcritud. No sé si por el tono de su piel, o por ser su indumentaria la de personas humildes, el cura se atrevió a anunciar desde el púlpito, que los mexicanos no somos bienvenidos en San Patricio. Que eso suceda entre tejanos ignorantes, prejuiciados y faltos de caridad, me explico, pero que un representante de Cristo actúe en esa forma no tiene disculpa posible. [Se ha rebajado] al nivel de un patán sin instrucción. Yo no sé que piense Su Excelencia al respecto. Tampoco adivino, ni me compete, como pondrá en su lugar a ese clérigo. Me duele el daño que puede haber causado a esa pobre familia. Por mi parte, quiero recordarle que ustedes (la Iglesia) nunca se han negado a recibir ayuda económica –en extremos generosa, por cierto- de mi nuera María Luján que siempre ha tenido su bolsa abierta para responder a las necesidades de la Parroquia. Dudo que seguirá haciéndolo con tanta largueza después de haber visto a sus compatriotas humillados.⁴⁰⁰

El Obispo Schuler le dio a Terrazas la simplona excusa de que lo que se quiso decir era que en la Sagrada Familia se ofrecía el servicio en español a lo que el viejo patriarca:

¡Pobre disculpa es esa! Los mexicanos a quienes nos referimos viven muy lejos del Sagrado Corazón. Creo que Su Excelencia olvida que ellos no cuentan con coches y chofer para trasladarse fácilmente de un lado a otro de la ciudad. Yo insisto en que se dé una satisfacción pública a mis compatriotas. No puedo tolerar que se menosprecie a mis hermanos de raza, porque cualquier desaire que reciba un mexicano, repercutirá en todos los que lo somos, aunque no estemos en la misma posición económica que los que sean humillados.⁴⁰¹

La revancha de los exiliados pudientes como los Terrazas, o las familias juarenses Ochoa, Daguerre y Samaniego fue el encargar la

⁴⁰⁰ *El conquistador del desierto, biografía de un soldado de la República*, Chihuahua, Edición particular, 1982, pp.575-577.

⁴⁰¹ *Ídem*.

construcción de la capilla de la Sagrada Familia que fue inaugurada para las fiestas patrias del año 1916. Sin embargo las prácticas racistas en la catedral de San Patricio no terminaron, por ejemplo, en la escuela parroquial adscrita a ella, los niños para ser aceptados, eran sometidos a una evaluación de la que formaba parte un examen de complejión y se incluía una prueba que medía la suficiencia o insuficiencia de “melanina”; ello ocasionó que se diera el caso de que parientes de tez blanca, “abogaran” a favor de la blancura de un niño de tez morena que buscaba su admisión.⁴⁰²

Los propios sindicatos jugaron su papel en armar el medio de clasificación racial y de reforzamiento de los mecanismos de exclusión que caracterizaron a ciudades con fuerte presencia hispana y mexicana como El Paso. Tal como se mencionó, el mercado laboral de la región había hecho una apuesta por apoyar y alimentar a la economía extractiva del suroeste y, debido a ello le era indispensable asegurar flujos constantes de mano de obra barata y poco calificada que sólo fue posible vía el enganche masivo de braceros mexicanos. Para cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el mapa laboral de la ciudad marcaba claramente a una sociedad que funcionaba con fuertes diferenciaciones raciales. Los empleos administrativos, gerenciales y profesionistas, conocidos como *white-collar*, estaban destinados fundamentalmente a los americanos anglos; en tanto que, todos los trabajos que requerían un bajo nivel de calificación y se pagaban con salarios bajos en la industria, los servicios públicos, almacenes, etcétera, estaban destinados a mexicanos, a quienes se conocía como empleados *blue-collar*.⁴⁰³

⁴⁰² Víctor Manuel Macías, “Mexicans ‘of the better class’. The Elite Culture and Ideology of Porfirian Chihuahua and its Influence on The Mexican American Generation, 1876-1936”. Tesis de maestría, UTEP, 1995. p.126.

⁴⁰³ Esa clasificación se debía a que unos iban al trabajo usando camisas de cuello blanco y otros con sus toscos overoles azules.

La presencia masiva de trabajadores mexicanos en la escena laboral del suroeste estadounidense se debe a una política deliberada de atracción y contratación de estos braceros que permitieron el *boom* económico regional. Por ello, resulta paradójico que los sindicatos de aquel país, en lugar de realizar su combate en contra de los grandes intereses económicos y en contra de las políticas migratorias oportunistas de su gobierno, dirigieran sus denuncias, encono y aún agresiones en contra de los braceros mexicanos, tal como hizo durante años el sindicato local de la American Federation of Labor, que fue incapaz de poner la identidad de clase por encima de la discriminación racial. Trabajo, clase y raza se encontraban pues, totalmente entremezcladas en el sistema de exclusión de la sociedad estadounidense de la frontera.

La cercanía física y anímica sumada a este complejo sistema de segregación produjo como uno de los resultados más importantes y de más larga vida, la falta de interés por parte de los inmigrantes mexicanos por mezclarse más intensamente con la cultura americana y como consecuencia una falta total de incentivos para volverse ciudadanos de los Estados Unidos. La participación política de la comunidad mexicana en ciudades como El Paso era bajísima, su agenda era inexistente salvo en periodos electorales cuando su peso demográfico hacia que los políticos profesionales y los partidos para los que trabajaban voltearan sus ojos hacia esos mexicanos silenciosos.

El voto mexicano en El Paso tuvo un carácter pasivo y fue utilizado como moneda para la compra de ciertas formas de protección. En efecto, desde fines del siglo XIX un grupo de políticos profesionales mexicano-americanos fueron impulsados por una alianza de importantes comerciantes y profesionistas pertenecientes al Partido

Demócrata que se interesaba en asegurar el decisivo voto mexicano, cuyo control se aseguró ofreciendo protección “racial”, es decir, tratando de minimizar las tensiones étnicas que eran promovidas por los sectores más conservadores de la población anglo. Esa alianza que llegó a ser conocida como el *Ring* jugó un papel muy importante en la derrota del grupo local del Ku Klux Klan a principios de la década de los 1920s.⁴⁰⁴

A través del *Ring*, se promovió la formación de varias agrupaciones políticas de mexicanos pero que tuvieron escasa participación real, más allá de la de los políticos profesionales. Agrupaciones tales como el Club Político Social Ortiz, el Young Women’s Democratic Club, el Young Men’s Democratic Club y el Círculo de Amigos, sirvieron para la promoción de las carreras de los políticos mexicano-americanos y para mantener el control clientelar de los votantes mexicanos con prácticas que desde el principio fueron denunciadas como viciosas y fraudulentas.⁴⁰⁵

El estallido de la Revolución vendría a cambiar radicalmente esta situación de pasividad y de alejamiento de la política. La guerra civil que consumió toda la segunda década del siglo XX, produjo cambios enormes en la actitud de la comunidad mexicana en los Estados Unidos, particularmente aquélla asentada en la frontera con México. En primer lugar, produjo una oleada migratoria que llevó durante esos años a un millón de mexicanos a vivir al país vecino; en segundo término, para la inmensa mayoría de los mexicanos que llegaron durante la Revolución, pero también para los muchos miles que vivían desde antes de su inicio, México y no los Estados Unidos, era el depositario de su identidad

⁴⁰⁴ García, *op. cit.* pp. 160-161 y Shawn Lay, *op. cit.*

⁴⁰⁵ OHI-UTEP, entrevista no. 27, a Chester Chope por Wilma Cleveland, 27 de julio de 1968. El señor Chope fue reportero y editor de la sección local de *El Paso Times* entre 1917 y 1925 y después editor asociado de *El Paso Herald Post* hasta 1962, la compra de votos –señala- durante las primeras décadas del siglo XX “eran práctica común. Véase también W.H. Timmons, *Four Centuries at the Pass. A new history of El Paso on its 400th Birthday*, El Paso: The City of El Paso Arts Resources Department, 1981. p.67.

patriótica. Allá habían encontrado refugio, trabajo, posibilidades de sobrevivir, pero no dejaba de ser un mundo de connotaciones materiales; México los habría hecho huir por razones políticas, falta de oportunidades o por simple miseria pero, finalmente era la patria.

La Revolución fue la bujía que encendió el interés político y la maquinaria nacionalista de los mexicanos fuera de México; quizá simplemente por el hecho de que con la guerra, familiares, amigos o lo que pudieran haber dejado de patrimonio material se encontraba en peligro. No fue pues éste un nacionalismo alimentado por una guerra de intervención o un levantamiento de liberación nacional, fue un sentimiento avivado por una patria cercana envuelta en una guerra fratricida -como son las guerras civiles- en la que precisamente la cercanía les exigía alguna forma de involucramiento; sobre todo, porque para una gran cantidad de los exiliados, el futuro -real o ideal- seguía teniendo como escenario a México y por ello, sentían el compromiso por cooperar, desde el exterior, en la construcción de un país próspero, estable y en paz al cual peregrinar de regreso.

No sé si pueda catalogarse como único, pero lo cierto es que el fenómeno del exilio que produjo el movimiento armado mexicano entre 1910 y 1920 produjo muy interesantes matices. Se podría decir que el exilio mexicano está compuesto por oleadas de inmigrantes que se refugiaron, de manera fundamental, en los Estados Unidos en diferentes momentos políticos que vivió la Revolución. En cada una de las oleadas eran fácilmente distinguibles dos grupos de mexicanos, aquéllos que salían del país por el riesgo que corrían al estar en el poder una facción contraria a la de ellos, y por el otro lado, formando a la mayoría del exilio, los centenares de miles que dejaron México por simple cuestión de sobrevivencia material: Las condiciones de vida en su país los expulsaban a buscar suerte en territorio estadounidense, en donde

además, eran fundamentales para asegurar el éxito de la economía del suroeste de esa nación.

Para el año 1917, se calcula que en los Estados Unidos vivían más de un millón de mexicanos, destacando los estados fronterizos: Texas con 555,000; California con 350,000; Nuevo México con 180,000; Colorado con 70,000 y Arizona con 60,000. Diez años después, la United States Catholic Welfare Conference hizo pública su estimación de 2.5 millones de mexicanos en aquel país y al menos 1 millón de ellos en condición de ilegales.⁴⁰⁶

Los que hace pues tan especial al exilio mexicano producido por la Revolución es esa combinación de exiliados por cuestiones de revanchismo político –menos que por cuestiones ideológicas- y el resto mayoritario que dejaron México por huir de las desastrosas condiciones económicas provocadas o agravadas por la guerra civil. Más interesante aún resulta explorar las condiciones de vida que tuvieron en los Estados Unidos y el tipo de relaciones que se establecieron entre esos dos grupos.

Los diferentes grupos del exilio.

Digamos primero que mucho antes que la Revolución de 1910 se iniciara, la ciudad de El Paso había sido escenario de las actividades de muchos disidentes y opositores al dictador Porfirio Díaz. En 1893, Víctor L. Ochoa hizo de esta población su centro de operaciones conspirativas, desde aquí planeó el asalto a la aduana mexicana de Palomas, situada a unos 100 kilómetros al poniente de Ciudad Juárez, y tuvo en jaque durante varios meses a las autoridades del estado de Chihuahua y a la

⁴⁰⁶ Macías, *op. cit.* p.126.

sede consular mexicana en El Paso.⁴⁰⁷ Años después, el movimiento magonista encontró apoyo y adherentes para sus ideas y movimiento en contra del régimen de Díaz que para 1905-1906 había acumulado ya desprestigio y encono en México, así como dudas -sobre su capacidad de modernizar al país- en los Estados Unidos.

Pero ningún movimiento causó tantas simpatías y apoyos abiertos como el encabezado por Francisco I. Madero. El apoyo recibido tanto por la colonia mexicana, como por sectores importantes de la sociedad anglo, incluyendo al periódico *El Paso Times*, convirtieron a El Paso en una auténtica ciudad maderista. En 1912, un grupo de maderistas *paseños* formaron una organización llamada *The Defenders of Order* (Los defensores del orden) y en agosto de ese año la mayoría de los clubes sociales y agrupaciones de mexicanos y de México-americanos, residentes permanentes tanto como inmigrantes, desfilaron por las calles de la ciudad para mostrarla como una plaza fuerte del maderismo.⁴⁰⁸

El primer grupo significativo de exiliados de la Revolución en llegar a El Paso fue ocasionado por el sitio y posterior toma de Ciudad Juárez en mayo de 1911. Para las familias de clases acomodadas resultó más que sencillo cruzar el Puente Internacional de Santa Fe y buscar acomodo y alojamiento mientras los momentos críticos pasaban. En la mente de muchos de ellos seguramente se guardaban esperanzas de que el ejército federal conservara la plaza y que el régimen de don Porfirio reestableciera su control sobre el territorio nacional. Bien sabemos que ello no sucedió, las fuerzas maderistas tomaron la ciudad y para las familias pudientes juarenses quedarse a vivir en El Paso mientras

⁴⁰⁷ De hecho hay evidencia que permite pensar que Ochoa recibía no sólo apoyo de la comunidad mexicana sino de autoridades estadounidenses, ver Carlos González Herrera, *Miguel Ahumada....*

⁴⁰⁸ *El Paso Times*, 21 de agosto de 1912, p.1. y Macías, *op. cit.*, p. 183.

intentaban negociar la protección de sus intereses en Ciudad Juárez fue de relativa facilidad; finalmente –deben haber pensado- el líder del movimiento armado era un hombre educado, rico y de buenas familias con él cual sería sencilla la comunicación: muchos de los intereses que a ellos les interesaba proteger, eran los mismos de Madero. Las figuras populares que habrían de infundir temor a las clases adineradas y beneficiarias del régimen de Díaz, como Francisco Villa o Pascual Orozco, permanecían subordinadas a la de Madero.

La formación del exilio de clase alta fue relativamente lenta, empezó durante los aciagos días de la toma de Ciudad Juárez y continuó durante el siguiente año y medio. Todo habría de cambiar a fines de 1913, Francisco Villa ya comandaba a un poderoso ejército revolucionario y su avance sobre Chihuahua, la capital del estado, fue suficiente para que una parte muy considerable de las familias ricas y poderosas de la ciudad, encabezadas por el viejo patriarca Luis Terrazas, prepararan maletas, juntaran oro, joyas y dinero y huyeran hacia los Estados Unidos por Ojinaga, atravesando el desierto oriental chihuahuense en un gélido mes de diciembre. Tras los pasos de aquella caravana, muchos otros marcharon al exilio; según algunos cálculos durante las primeras semanas de 1914 más de 5,000 personas -entre civiles y militares- habían llegado a El Paso. Aquellos con recursos, encontraron lugar para vivir en hoteles y casa de renta, pero la inmensa mayoría fue instalada en un campo de refugiados en el Fuerte Bliss.

Para 1915, en El Paso, como en otras ciudades del suroeste estadounidense, estaba ya bien asentado un exilio formado por miembros de la clase alta mexicana y chihuahuense, representante de las oligarquías que habían apoyado tanto al régimen de Díaz como al de Victoriano Huerta. A diferencia de la mayoría de sus compatriotas que concentraban sus fuerzas físicas y anímicas en sobrevivir a las duras

condiciones de trabajo y discriminación, este sector del exilio mexicano tuvo el tiempo, los recursos y la necesidad de lanzar un notable proyecto de identidad cultural y nacional. En El Paso, fueron responsables por ofrecer una imagen de la lengua española como una de enorme riqueza y potencial cultural, promoviendo el teatro español del Siglo de Oro, así como la opereta y la zarzuela y la música de cámara mexicana. No menos importante en esa labor fue el establecimiento de escuelas, círculos literarios y artísticos, bibliotecas y sobre todo, periódicos, que como *La Patria* dirigida por el respetado⁴⁰⁹ periodista de Chihuahua Silvestre Terrazas, colocaron al español como la segunda lengua extraoficial de la ciudad.

La condición de exilio para estas antiguas clases oligárquicas sometió a sus miembros a un proceso contradictorio de construcción de identidad. Por un lado reprodujeron los esquemas de separación y estigmatización social que caracterizaban a la sociedad mexicana de aquellos años; pero por otro ellos mismos eran objeto de actitudes marcadas por la discriminación por parte de la sociedad anglo. Paradójicamente, se encontraban igualmente distanciados tanto de sus compatriotas pobres a quienes consideraban inferiores que de la sociedad anglo que sólo ocultaba el desprecio que les profesaba gracias a las fortunas que habían traído consigo desde Chihuahua y otros lugares de México.

La maquinaria cultural, que sirvió como un parapeto identitario y nacionalista, fue compleja y tuvo una función doble: Creando un ambiente “culto y selecto” reafirmó su estatus social trasladando al

⁴⁰⁹ Sin ser exhaustiva la lista incluiría a viejas familias de Juárez y El Paso como Ochoa, Samaniego, Provencio, Gutiérrez, Flores, Escobar, Daguerre, Bárcenas, Armijo, Maese, Cuarón. Otras provenientes fundamentalmente de la ciudad de Chihuahua, como Terrazas, Creel, Gameros, Madero, Urrutia, Porras, Ochoa, Argüelles, Parra, Aguilar, Velarde, Asúnsolo, Cuiilty, Lizárraga, Fernández, etcétera, nombres tomados del OHI-UTEP.

exterior, el mismo esquema material y simbólico que los colocaba en la punta de la jerarquía social, cultural y racial prevaleciente en México; pero a diferencia de lo que ocurría en su país de origen, esta maquinaria sociocultural funcionaba también como una protección en contra de los prejuicios y la discriminación de que eran objeto por parte de la sociedad anglo dominante.

Un proyecto cultural amplio que permitiera la recreación de un México idealizado fue parte importantísima de la vida de este segmento del exilio mexicano en las ciudades estadounidenses. Las organizaciones, clubes, círculos se sumaron a la tarea desplegada por las iglesias y las escuelas fundadas para atender a la enorme colonia mexicana en El Paso y permitieron, además de la reafirmación de la rígida jerarquía social, la posibilidad de que la vieja oligarquía se convirtiera de nuevo en la elite del exilio ofreciendo al resto de sus compatriotas –en ciudades como El Paso- una versión particular “a la mexicana” de lo que significaba la modernidad y que se presentaba como alternativa al materialismo de masas estadounidense, considerado como inferior, vulgar y culturalmente contaminante. En este gran montaje cultural, el compromiso por mantener y cultivar la cultura hispánica, como matriz de la mexicana, fue de gran importancia.⁴¹⁰ Enrique Acevedo, un sonoreense radicado en El Paso, hace un interesante recuerdo de la entrevista de los presidentes Díaz y Taft en 1909, el mandatario americano –señala- iba vestido de negro con demasiada sobriedad, en cambio, don Porfirio hizo gala de lo que debe ser un presidente: vestía de gala y su cortejo y guardia personal vestía “igual que los reyes europeos, con cascos, plumas y caballos hermosísimos.”⁴¹¹

⁴¹⁰ Macías, *op. cit.* p.6.

⁴¹¹ OHI-UTEP, entrevista no. 130, a Enrique Acevedo por Robert H. Novak, 17 de mayo de 1974.

Es entendible que el exilio de esas “grandes” familias del México de principios de siglo haya llamado y llame tanto la atención,⁴¹² sin embargo miles de mexicanos de clases medias y populares también decidieron su suerte dejando el país. La ciudad de El Paso ofrece uno de los mejores ejemplos de esas familias que al llegar a los Estados Unidos, se encontraron desprovistas de los medianos niveles de bienestar y reconocimiento que habían logrado en lugares como Juárez, Chihuahua, Camargo, La Laguna o la capital del país. Muchas de sus historias son narraciones de intentos desesperados –muchas veces fallidos– por mantener “su decencia”. Eran mexicanos “de la mejor clase” -como dice Víctor Macías en su espléndida descripción de la burguesía chihuahuense en el exilio- que reclamaban un trato diferente al que se les daba a sus paisanos braceros; para ello pusieron a disposición del mercado laboral local, sus aptitudes, conocimientos, refinamiento y apariencia física, logrando así colocarse como secretarías, empleados de oficinas, contadores, vendedores. Otros con mejores contactos corrieron con suerte y lograron reestablecer sus prácticas profesionales como médicos, abogados, profesores, boticarios u oficios bien pagados tales como mecánicos, barberos, impresores, agentes viajeros, incluso músicos y artistas.⁴¹³

El exilio resultó una dolorosa sangría para la sociedad mexicana, pues con independencia del sufrimiento que provocaba la separación de las familias, abandonaban México muchos de sus escasos profesionistas, gente con habilidades sociales y actitud emprendedora dueña de talentos empresariales e intelectuales en verdad notables. La

⁴¹² Un muy serio intento por recuperar la experiencia del exilio de las clases altas mexicanas es el libro de Carlos Tello Díaz, *El exilio: un relato de familia*, México, Cal y Arena, 1993.

⁴¹³ OHI-UTEP, entrevista no.153, a Mario Acevedo por César Caballero, 9 de abril de 1973, y no.418, a Ángel Oaxaca por Óscar J. Martínez, 26 de febrero de 1977.

otra cara del exilio, fue el enorme beneficio cultural y material que éste trajo a muchas ciudades de los Estados Unidos que se beneficiaron prácticamente en todos los sentidos de su presencia. Podemos decir que refinaron la vida de esas ciudades del suroeste y sus aptitudes les lograron un nicho en la vida fronteriza, su condición bicultural y bilingüe les permitió ampliar los horizontes de los grandes comercios, empresas y muchos en Estados Unidos supieron reconocer las “curiosidades” de aquellos mexicanos:

Su bilingüismo y su exquisita cortesía junto con sus habilidades para memorizar e imitar rápidamente, se combinan con su disposición al servicio y al sacrificio para hacerlos particularmente aptos para tal clase de trabajos que requieren un alto grado de habilidades sociales.⁴¹⁴

La clase media produjo el segmento del exilio que tuvo más dificultades para adaptarse a su nueva vida fuera de México. Como resulta fácil de entender, los hombres tenían mejores posibilidades de conseguir empleos que las mujeres que se vieron obligadas a emigrar solas o como jefas de familia. Para muchos de ellos, la situación se facilitó cuando comprobaron que habían trabajado para compañías estadounidenses en Chihuahua u otros estados del país, sobre todo aquéllas con fuertes inversiones tales como las ferrocarrileras, mineras o las dedicadas al comercio o la ganadería. Al ser contratados en El Paso, estos mexicanos refugiados ponían a disposición de esas grandes compañías y corporaciones, sus conocimientos y redes de contactos que eran una excelente herramienta para la expansión de actividades en México; podemos decir que funcionaron como puentes o traductores culturales de una importancia que no ha sido reconocida.

⁴¹⁴ Macías, *op. cit.* p.123.

Las compañías transnacionales en los campos de la importación y la exportación, los ferrocarriles, la minería, el petróleo, la agricultura y la ganadería se beneficiaron de la gran habilidad para los negocios de muchos de estos refugiados quienes a su vez ofrecieron a aquéllas el valor agregado de su excelente educación y “buenas maneras”. Para este grupo selecto de exiliados, el ascenso social y material fue relativamente fácil; a ellos habría que sumar a los muchos cientos de abogados, ingenieros, doctores que ofrecieron su talento a los Estados Unidos sin que este país hubiese invertido un solo centavo en su formación. Un simple dato nos puede dar idea de la dimensión de ésa que quizá fue la primera gran fuga de cerebros de México: en 1920, el 6% de los médicos y dentistas de aquel país, eran de origen latinoamericano y de ellos, los mexicanos eran la fracción más importante.⁴¹⁵

Pero de entre estos refugiados hubo también los que sufrieron al no poder rehacer sus vidas con el nivel que tenían en México. La situación provocada por la Revolución había ya deteriorado sus patrimonios y al salir del país, muchos lo hicieron con tal prisa que no pudieron vender sus bienes, llegando a los Estados Unidos prácticamente sin nada. A diferencia de sus compatriotas de familias ricas o de aquéllos que consiguieron buenos empleos, a éstos les fue imposible irse a vivir al norte de la ciudad a barrios elegantes como Sunset Heights donde el exilio dorado tenía como vecinos a miembros prominentes de la comunidad judía de El Paso.⁴¹⁶ Muchos de estos refugiados sin capacidad para elegir donde vivir, tuvieron sus domicilios en los barrios mexicanos tradicionales cercanos a la línea fronteriza, donde vivía la mayor parte de la población trabajadora. Vecindarios

⁴¹⁵ Macías, *op. cit.* pp.125-126.

⁴¹⁶ Familias como Mathias, Caples, Orndorff, Krakauer, Shamaley, Trost, Farah, Schwartz. Sobre ese barrio residencial véase Martin R. Rice, *Sunset Hights: Proposed District (Zoning), Summary Report*, El Paso, Tx: Office of Historic Preservation, Department of Planning, City of El Paso, 1982, en El Paso Public Library, Southwest Collection, Fichero vertical.

como Chihuahuita o el Segundo Barrio fueron el escenario donde muchas familias de antiguas clases medias vieron sus esperanzas de ascenso social derrumbadas e iniciaron un camino seguro hacia una lumpenización que fue vivida como verdadera tragedia. Ir a vivir al “sur de las vías del ferrocarril” significaba ir a vivir junto a las discriminadas masas proletarias, significaba un rotundo fracaso para seguir siendo “gente decente”.

Para muchos de estos refugiados mexicanos, tan atados a una autoconciencia de pertenecer a los “mexicanos de mejor clase”, el objetivo por permanecer atados a ese mundo del exilio y no del inmigrante bracero fue perseguido con muchos esfuerzos y en ocasiones con obsesión. La generación del concepto de “mexicanos de afuera” o “mexicanos del exterior” los acercaba más -a pesar de su precaria vida material- a los miembros acomodados del exilio, que a las masas de inmigrantes pobres. Por ello, el apego a conceptos e ideales de limpieza, comportamiento, virtud, civilidad, masculinidad y feminidad, contribuyeron tanto a que los mecanismos de exclusión cultural y discriminación racial que la sociedad anglo dominante practicó en contra de la colonia mexicana, no generaran respuestas organizadas por parte de la población mexicana que ya para 1920 superaba a la población anglo en una relación de 2 a 1.⁴¹⁷

“Podré no tener un centavo, pero no soy un pelado”, podría resumir al elaborado mecanismo de identidad de ese sector de refugiados. En su lucha por diferenciarse de los mexicanos proletarizados, muchos hombres y sobre todo muchas mujeres, aceptaron empleos con salarios bajísimos en tanto que el “ambiente” en el que fueran a desarrollar su trabajo mantuviera la escenografía de un

⁴¹⁷ 72,000 habitantes eran mexicanos contra una población anglo de 38,000.

sitio decente: una tienda departamental, la recepción de un médico o un abogado, etcétera.⁴¹⁸ Si ello contribuía a mantener bien dibujada la línea divisoria, el reto era asumido provocando la felicidad de sus empleadores, anglos y judíos que no podían más que reforzar aquella ideología de identidad que tan lucrativa les resultaba.⁴¹⁹

Otros refugiados tomaron el camino del autoempleo desarrollando un buen número de pequeños negocios que eran catalogados como empleos de “blue collar”: talleres mecánicos, panaderías, estanquillos o abarrotes, servicios de construcción y plomería, o incluso algunas fondas, restaurantes y hasta hoteles.⁴²⁰ La importancia de este grupo reside en que al tener que renunciar a varios de los enunciados discriminatorios de la cultura dominante proveniente de México, se encontraron en un plano de mayor igualdad e identidad con los millares de braceros inmigrantes que componían el sector más desfavorecido de la población *paseña*, que al volverse sus principales clientes, los ayudaron a prosperar y a generar una auténtica explosión de pequeñas empresas iniciadas con apenas un poco más que ganas y las fuerzas propias. Decenas y decenas de restaurantes, lavanderías, sastrerías, carnicerías fueron fundándose conforme transcurrían los años revolucionarios en México; hacia 1920, a esos sencillos negocios se habían agregado otros de mayor envergadura: funerarias, librerías, imprentas, joyerías, hoteles y cines. No cabe duda que si bien este sector del exilio fue “expulsado” del círculo -importado de México- de las personas “bien”, recibió a cambio la lealtad como consumidores de

⁴¹⁸ OHI-UTEP, entrevista no. 195, a Gaspar Cordero por Richard Estrada, 3 de julio de 1975.

⁴¹⁹ *Ídem*.

⁴²⁰ En los abarrotes, la comida y la hotelería destacaron varias mujeres como Jesusita Uribe, Josefa Azad, J. Estrada o Josefina Galván, quienes lograron prosperidad sin abandonar el círculo de la “gente decente”. Ver Macías, op. Cit. pp.126-127 y Michelle Loraine Gomilla, “Los Refugiados y los Comerciantes: Mexican Refugees and Businessmen in Downtown El Paso: 1910-1920” Tesis de Maestría, UTEP, 1990.

varias decenas de miles de mexicanos pobres que vivían al sur de la ciudad o en poblaciones rurales cercanas, e incluso de muchos juarenses.

Pero como ya dejamos dicho, la cercanía con su país de origen y las prácticas –abiertas o veladas- de discriminación de la sociedad anglo dominante, crearon la necesidad de alimentar una relación de identidad muy fuerte con México y para ello ingeniaron una parafernalia cultural variada y sofisticada. Fue precisamente esa necesidad de identidad la que generó un engrudo social que afianzó una relación multclasista entre la enorme comunidad de inmigrados y refugiados de El Paso. Los elementos de esa ingeniería cultural, para el lanzamiento de un nacionalismo en el exilio, fueron de una gran variedad, los escenarios utilizados para su expresión abarcaron la casi totalidad de los espacios de la vida social: el religioso; el educativo; el de la cultura y el esparcimiento; el del civismo patriótico, el de la comunicación y el comercio; y el de la política por supuesto. A continuación describiré muy brevemente algunos de ellos.

Las diversas caras del nacionalismo mexicano en el exilio. El nacionalismo desde abajo y sin Estado.

El espacio religioso.

Como ya se señaló, las prácticas religiosas que formaban parte del comportamiento de diversas iglesias en El Paso, reforzaban la cultura de segregación y discriminación a la que eran sometidos, en mayor o menor medida todos los mexicanos y los mexicano-americanos. Siendo un aspecto tan sensible para la vida diaria de los seres humanos, y de la sociedad mexicana en lo particular, no es de extrañar que parte de la cruzada de identidad nacionalista que lanzaron varios sectores de la

colonia mexicana en esta ciudad fuera precisamente en el campo de la vida diaria que es impactada por la religión. Quizá el momento más espectacular de utilización de la religión como mecanismo nacionalista, en defensa no de la religión en sí misma, sino de la discriminación de la iglesia católica anglo en contra de los mexicanos fue la protesta dirigida al obispo Schuller y que ya se narró con anterioridad. Pero ese enojo y la consecuente construcción de la iglesia de La Sagrada Familia, en la calle West Missouri, por parte de la oligarquía chihuahuense en el exilio para servir a fieles mexicanos, fue sólo parte de la estrategia en este campo.

Al igual que la iglesia católica anglo de El Paso, La Sagrada Familia abrió un escuela que fue encomendada a la congregación de las Hermanas de Loreto que proveyó de educación elemental en un ambiente católico para los hijos de las familias de emigrados de las clases media y alta. También para el servicio de este sector, fue fundado El Colegio de Señoritas de las Hijas de Jesús y María cuya madre superiora era María de Loyola, hija del depuesto dictador mexicano Porfirio Díaz.⁴²¹

Un proyecto de identidad cultural y fortalecimiento de los sentimientos nacionalistas no podía estar completo sin un plan que incluyera a los sectores populares de la población mexicana de El Paso y, como puede resultar fácil imaginar, la figura de la Virgen de Guadalupe fue la escogida para el caso. Desde 1915 y poco después de la llegada masiva de refugiados huertistas a El Paso, la idea de construir un templo dedicado a esta advocación mariana fue tomando fuerza. Para fines de esa década, ya estaba montada una red para la promover esa obra que a diferencia de las otras experiencias, despertó un enorme

⁴²¹ Esta orden que tenía como sede la ciudad de México, movió su noviciado completo a El Paso en 1926 ubicándolo en la Casa Mundy, una enorme mansión en Sunset Heights, el barrio de los exiliados ricos, ver Cleofas Calleros, *Diocese of El Paso: Texas Centennial Celebration*, El Paso: Diocese of El Paso, 1936.

interés en los sectores marginados de la población inmigrante mexicana; de hecho, esos mexicanos “de humildad notable [...] sin mucha instrucción pero con corazón grande” pidieron que el templo fuera erigido en la zona conocida como La Mesa, al norte de la ciudad en la que vivía una gran cantidad de familias mexicanas de origen obrero o dedicadas a los servicios públicos y domésticos. Su barrio, por encontrarse en un lugar alto y “humilde”, recordaría lo sucedido en el Tepeyac. Por su parte los mexicanos de clases acomodadas, estaban también entusiasmados pero sugería que fuera el elegante barrio de Highland Park donde se levantará el templo, pues ahí los recursos serían más abundantes.⁴²²

El espacio de la cultura y el esparcimiento.

La oligarquía mexicana había desarrollado una fijación casi obsesiva por las manifestaciones culturales europeas, las de origen español fueron desplazadas por las provenientes de Francia y se hicieron presentes en múltiples manifestaciones de su vida cotidiana: arquitectura, música, francés como segunda lengua, comidas, bebidas, vestuario y mobiliario. Sin embargo, al estallar la Revolución y verse obligados a refugiarse en los Estados Unidos, sus preocupaciones culturales tuvieron un fuerte giro. De nuevo, la presión que provocaba el carácter discriminatorio de la sociedad anglo dominante los impulsó a una recreación simbólica de un México cuya producción cultural consideraban de mucha mayor calidad y linaje.

La cultura y el entretenimiento proporcionaron nuevas herramientas para construir formas identitarias y apuntalar un patriotismo que les ayudara a sobrellevar la discriminación y al mismo

⁴²² *La Patria*, 20 y 20 de mayo de 1919

tiempo resistir los riesgos de la asimilación cultural y espiritual. El tradicional culto a las formas afrancesadas de la “alta cultura” cedió rápidamente espacio al “descubrimiento” de la belleza y profundidad de la cultura hispana y de la mexicana en lo particular. La poesía, el teatro, la música y luego el cine fueron parte de esta ingeniería cultural para reposicionar los valores nacionales, sobre todo durante los años de la guerra civil. Amado Nervo, el teatro del Siglo de Oro, las canciones vernáculas mexicanas y la zarzuela española fueron mezcladas para producir la sensación de una cultura nacional que si bien se encontraba en el exilio, era heredera de lo más refinado de la cultura occidental. La colonia mexicana, pensaban los más activos promotores de este renacimiento cultural nacionalista, “debía dar muestra permanente de su cultura y civismo en el extranjero” y con ello mostrar “la devoción hacia la tierra en que se nace”.⁴²³

Una tras otra, diversas iniciativas culturales fueron lanzadas por los mexicanos refugiados en El Paso para no ser simples observadores de los espectáculos profesionales que llegaban a la ciudad, sino actores de ese renacimiento de la cultura nacional en el extranjero. El Centro Cultural Mexicano se encargaba –entre otras cosas- de mantener viva y popularizar la obra del poeta Amado Nervo. El programa de conmemoración de 1919 sugiere con claridad el esfuerzo por hermanar la obra de Nervo con expresiones de la música europea, reclamando así la pertenencia de la cultura mexicana como parte esencial de la cultura occidental.⁴²⁴ El Centro Juvenil Literario “Nicolás Bravo”, fundado por mutualistas en 1915, organizaba con frecuencia festivales en las que sus miembros hacían gala de sus dotes artísticos y en los que también se insistía en presentar expresiones culturales mexicanas de corte

⁴²³ “Manifiesto a la Honorable Colonia Mexicana de la Ciudad de El Paso, Texas” por Jesús Franco y Roberto Enríquez, en *La Patria*, 9 de agosto de 1920, p.2.

⁴²⁴ *La Patria*, 17 de julio de 1919, p.3

popular como el jarabe tapatío, con números de ballet clásico, música de Verdi, poemas patrióticos, sin faltar la ejecución del Himno Nacional.⁴²⁵

La Sociedad de Damas de la Escuela Católica de la Sagrada Familia, organizaba grandes festivales artísticos en el Liberty Hall en el que talentos locales participaban junto a músicos internacionales para integrar programas que de nueva cuenta mezclaban la música de compositores mexicanos como Manuel M. Ponce, con la de Saint Saens.⁴²⁶ En los Estados Unidos fueron formadas además, compañías artísticas profesionales dedicadas a la promoción de la música mexicana y la opereta española. En los estados de Texas, Nuevo México y Arizona fue muy conocida la Compañía de María del Carmen Martínez que se encargó de estrenar y difundir la “Revista patriótica, sentimental y política Pro Patria” del actor cómico refugiado Luis G. Quevedo a quien se elogiaba por no transigir con el gobierno carrancista que lo mantenía en el exilio.⁴²⁷

Se sumaban a estos esfuerzos los realizados por agrupaciones de tipo político que utilizaban los eventos culturales y artísticos para hacer promoción de sus proyectos políticos, tales como la Asociación Unionista Mexicana,⁴²⁸ el Club Cultural Porfirio Díaz, la Alianza Liberal Mexicana, la Agrupación Mutualista Leñadores del Mundo, o el Comité Mexicano por la Paz.

Esta intensa actividad cultural encaminada a despertar sentimientos patrióticos, era complementada con la visita a El Paso de

⁴²⁵ *La Patria*, 23 de mayo de 1919, p.3

⁴²⁶ *La Patria*, 23 noviembre de 1921, p.1

⁴²⁷ *La Patria*, 20 de junio de 1919, p.2.

⁴²⁸ Que organizaba las conmemoraciones más importantes de la figura de Porfirio Díaz desde su muerte en París en julio de 1915. *La Patria*, 2 de julio de 1919, p.1.

artistas mexicanos de gran fama, tanto aquellos que venían de México como aquéllos que se encontraban en el exilio. La opereta, la zarzuela y la revista musical gozaban de una popularidad enorme entre las clases medias mexicanas de las ciudades del suroeste y el oeste estadounidenses. Por el Teatro Colón de la ciudad de El Paso desfilaron Mimí Derba que estrenó la opereta “La Reina del Carnaval”, la Compañía Valdealde-Llerandi integradas por 36 artistas mexicanos, la Compañía Graziani-Castillo de la que era estrella la soprano Beatriz Pisorni Gini, mexicana de nacimiento. En el mismo teatro se presentó también la soprano mexicana Consuelo Medina, la Compañía Artística de los Hermanos Bell, integrada por artistas mexicanos que vivían en los Estados Unidos. En el Teatro Estrella la Compañía de Zarzuela y Variedades del barítono David A. Martínez realizaba largas temporadas para un público de menores posibilidades económicas, pues mientras en el Colón las entradas llegaban a costar hasta 3 dólares, en el Estrella la entrada a cada tanda costaba 11 centavos.

Junto a estos espectáculos, los empresarios de teatro mexicanos de la ciudad trajeron a artistas populares como Celia Montalván, o a la propia Orquesta Típica Mexicana Lerdo de Tejada. El número de teatros era manejado por la Compañía Internacional de Diversiones, empresa mexicana que se especializó en mantener espectáculos para audiencias muy diversas, gracias a que contaba con los teatros Alcazar, Eureka, Hidalgo, Iris y Rex en los que se podían presentar en un mismo día una revista musical, un recital o el estreno de películas silentes, como el melodrama romántico “Ramona” que tenía como su mayor atractivo “comenzar y terminar en la histórica catedral de México”.⁴²⁹ Un gran acontecimiento fue la presentación del actor mexicano Ramón Navarro a

⁴²⁹ *La Patria*, 4 de diciembre de 1919, p.5.

quien se presentaba en un arranque de mercadotecnia patriótica como “Un hijo legítimo de México”.

El espacio del civismo patriótico.

Hay un hecho que no debe resultarnos sorprendente, no obstante tratarse de mexicanos exiliados a causa de la Revolución, la gran mayoría de estos refugiados -sobre todo los pertenecientes a los sectores medios y a aquellos que habían salido de México por razones verdaderamente de orden político o ideológico- no eran personajes de ideología conservadora o totalmente atados al pensamiento católico de la época. El despliegue de esfuerzos patrióticos durante los años del exilio, muestran con claridad el apego, al menos anímico, a las causas liberales perseguidas por Hidalgo, Juárez o Díaz y Madero. En su conciencia, la historia de México parecía haberse detenido en 1910 para que luego la nación cayese en una especie de torbellino de pesadilla de la cual tenían esperanzas pronto se saliese, sobre todo cuando surgiese o un nuevo hombre fuerte, o el apego a las instituciones modernas amparadas por la Constitución de 1857 –por la que sentían veneración- que hasta entonces habían tenido una existencia nominal frente al México real de caciques y corporaciones.

Prácticamente ninguna de las agrupaciones mexicanas surgidas en el exilio, ya fueran locales o sucursal de alguna de alcance nacional, renegaban del pasado liberal decimonónico y urgían a retomar el camino para la reconstrucción nacional de acuerdo al modelo ideal planteado por la mencionada Constitución del 57. Igualmente, el sector pensante del exilio y con mayor acceso a las audiencias, estaba unificado en varias ideas: el rechazo al carrancismo, la necesidad de conseguir un gran acuerdo para lograr la paz lo cual significaba reducir las demandas

radicales del movimiento armado y, la urgencia de conseguir el reconocimiento de los Estados Unidos para un nuevo gobierno mexicano.⁴³⁰

La reivindicación de los principios liberales mexicanos y de los héroes que mejor los representaban, el discurso que rescataba los ideales de una patria unida y próspera, el rechazo a las reformas sociales radicales por improcedentes e inoportunas, la necesidad de dar término al régimen de Venustiano Carranza y lo absurdo que sería planear el futuro del país sin tener en cuenta la relación con los Estados Unidos, unían a diferentes agrupaciones de exiliados e inmigrantes tales como el Club Progresista, la Asociación Unionista Mexicana, la Alianza Liberal Mexicana, el Comité Mexicano por la Paz, la Junta Patriótica, el Círculo Patriótico Miguel Hidalgo, entre las más importantes y activas. De todas ellas, el periódico *La Patria* -que muy pronto se había convertido en uno de los principales diarios publicados en español en los Estados Unidos- fue un aliado invaluable debido a la entrega a las tareas patrióticas de su fundador y director, el veterano periodista Silvestre Terrazas.

La celebración y conmemoración de los héroes o de las fiestas patrias reconocidas como tales: el inicio de la guerra de Independencia, el constituyente de 1857 y la Batalla del Cinco de Mayo, se ajustaban siempre a un ritual festivo elaborado y abigarrado que podía extenderse por horas enteras, para que el clima patriótico se pudiese alcanzar sin error. Sin faltar, después de la bienvenida a tales eventos, se empezaban a suceder alocuciones por damas o niños, números musicales instrumentales, cuadros bailables, recitación de poemas patrios, la

⁴³⁰ Un buen ejemplo de estas ideas se puede encontrar en el texto de Federico Cervantes, "Unificadores, no Faccionarios" aparecido en *La Patria* del 10 de marzo de 1919, p.3.

presentación de algún cantante, un discurso estrella preparado por algún tribuno profesional invitado, la interpretación del Himno Nacional que podía llevar a las lágrimas a varios, y para terminar de manera opcional con una simple despedida o un baile, dependiendo de los recursos aplicados a la organización del festejo y de las posibilidades económicas de los convidados.

El Club Progresista se encargó en 1919 de organizar la velada para celebrar “el glorioso aniversario de la Batalla de Puebla en la que el general mexicano Ignacio Zaragoza venció a las fuerzas invasoras”. La bienvenida y el discurso oficial fueron pronunciadas por Horacio Casa López para luego dar paso a números musicales y literarios por “señoritas hijas de miembros del Club”; el número fuerte corrió a cargo del “notable bailarín [hawaiano] Moli-Carlangas que aceptó tomar parte del festejo por sus simpatía hacia México”. El artista interpretaría ¡tangos argentinos y danzas exóticas para dar realce al acto patriótico!⁴³¹ La Asociación Unionista Mexicana organizó una fiesta matinée dedicada a la memoria del general Porfirio Díaz, primero una orquesta tocó una obertura, luego el organizador, el señor Vicente Vergara pronunció un extenso discurso “sentido y bello” que le fue muy aplaudido; luego la orquesta volvió a tocar una pieza para dejarle el escenario a la artista mexicana María del Carmen Martínez que recitó una poesía heroica dedicada a Díaz por la que recibió una estruendosa ovación con el público de pie; luego la señora Elodia de Roberts cantó el “*caro nome*” de la ópera *Rigoletto* de Verdi recibiendo “una tempestad de aplausos”; después el teniente coronel Jesús Franco “pronunció un discurso vehemente y pletórico de patriotismo” que fue constantemente interrumpido por las palmas de los espectadores. La matinée continuó con más música, la lectura de la hoja de servicios de Porfirio Díaz, la

⁴³¹ *La Patria*, 25 de abril de 1919, p.1.

interpretación por Reginaldo Sánchez del aria “*spirito gentile*” de *La Favorita* de Donizetti. No conformes, Luis G. Quevedo leyó un madrigal de su autoría que fue ovacionado, Pilar Manzano cantó arias de *El Barbero de Sevilla* de Rossini para finalmente todos juntos, sumados al público cantar el Himno Nacional mexicano.⁴³²

Si estos maratones se organizaban para recordar a los héroes, la celebración de la Independencia se prolongaba durante casi dos días y hasta el delirio patriótico. Iniciaba a las 8 de la noche del día 15 de septiembre y continuaban actividades de corrido hasta el día siguiente cerca de la media noche.

Este sector ilustrado del exilio, funcionó como un aparato intelectual orgánico de porciones muy importantes de la población mexicana que en los Estados Unidos, vivía en ciudades como El Paso. En su discurso, la condición de “arrancados de la patria”, de “mexicanos de afuera” no hacía sino potenciar sus sentimientos nacionales. El exilio durante esos intensos –aunque cortos– años de la Revolución no había significado alejamiento ni físico ni espiritual de la patria, el parapeto nacionalista que había sido tan rápidamente construido había ayudado a resistir los riesgos que en la asimilación cultural veían, así como a soportar con éxito las prácticas discriminatorias de la sociedad anglo dominante.

El nacionalismo en el exilio tuvo éxito en encontrar campo común que evitara hacer énfasis en las diferencias y a las confrontaciones a las que pudieran llevarlos sus simpatías por Díaz, Madero, Vázquez Gómez, Villa o Huerta; ese discurso y prácticas nacionalistas fueron eficaces también en nublar las notables diferencias socio-culturales y

⁴³² *La Patria*, 5 de julio de 1921, p.1.

económicas que eran tan evidentes y que en México habían sido la base de una sociedad jerarquizada casi estamental. Los mexicanos en el exilio decían

[...] al estar alejados de la Patria, [lo estamos] también de las convulsiones políticas que la agitan desde hace tiempo y [precisamente] por ello no podemos ni debemos permanecer indiferentes ante los peligros que la amenazan ni ante la realidad de las condiciones de zozobra, de miseria y de ruina en que viven nuestros hermanos allende el Bravo.⁴³³

El nacionalismo en el exilio encontró en diversas formas de solidaridad, la vía para ensanchar, más allá de los júbilos celebratorios de las fiestas patrias, los beneficios prácticos de este patriotismo fortalecido. Durante los primeros días de 1920, un fuerte temblor sacudió a los estados de Veracruz y Puebla dejando muchos damnificados. Las agrupaciones mexicanas de El Paso convocaron a la colonia de paisanos en una arrebatada y exaltada convocatoria ¡Mexicanos que vivís en los Estados Unidos: Merecéis bien de la Patria! a colaborar con los hermanos en desgracia ya que “...la Patria Mexicana no se encierra entre el Suchiate y el Bravo, sino que más allá de esos linderos políticos, más allá de las ondas del Atlántico y del Pacífico que la bañan amorosamente hay una ampliación espiritual de la patria [...] donde late un corazón mexicano allí esta México.” En sólo unos días en El Paso se juntaron 5 mil dólares pero ahora se pedía que el periódico *La Patria* pidiera a los mexicanos de otras ciudades estadounidenses que se sumasen a esa “...inmensa explosión de mexicanismo.”

Los promotores del nacionalismo en el exilio ponían a prueba la efectividad de la herramienta cultural cotidianamente utilizada, sobre todo desde 1914, en estos llamados a la solidaridad. La ayuda a las

⁴³³ “A todos los Mexicanos”, exhorto del Gran Círculo Cooperativo de Emancipación Mexicana, en *La Patria*, 27 de noviembre de 1919, p.5

víctimas de los terremotos de Puebla y Veracruz resultaban una prueba de fuego, ya que por entonces el origen de la colonia mexicana de El Paso estaba mayoritariamente en los estados del norte del país, pero como señalaba la convocatoria, “...ayudar a nuestros compatriotas en suelo extraño” era muestra de que “...todos se han sentido mexicanos [y que] los desterrados, perseguidos por odios gratuitos, han olvidado sus resentimientos y suman sus esfuerzos con los que aquí representan a sus perseguidores.” Terminaba la convocatoria llamando a formar comisiones “inflamadas de celo patriótico” a competir entre ellas en la reunión de fondos para que aquélla que sobresaliese se le premiara con “una banda con los colores naciones, de poco valor en sí.”

Patriotismo, nacionalismo y solidaridad se expresaron también dentro de los Estados Unidos cuando periódicos influyentes como *La Patria* de El Paso, o *El Heraldó Mexicano* de Los Ángeles, se sumaban a campañas para pedir clemencia por presos mexicanos sometidos a condenas impuestas por tribunales estadounidenses. Estos medios publicaban un pequeño cupón que podía ser utilizado por mexicanos que vivían en los Estados Unidos, en los que se solicitaba al gobernador de algún estado que conmutara o redujese la pena a que estaba sometido algún compatriota. Particularmente activas fueron las campañas para salvar de la muerte en California a Pedro Rico a quien se sospechaba se le había realizado un juicio injusto; o aquélla en la que se pedía la liberación del general Federico Cervantes y algunos otros que habían sido acusados de violar las leyes de neutralidad de los Estados Unidos en sus intentos por conspirar en contra del gobierno de Carranza.

El éxito de este nacionalismo en el exilio tuvo su base, cubriendo los espacios que se han descrito pero que fueron evidentemente reforzados por elementos quizá menos espectaculares, pero sí muy

efectivos por su carácter cotidiano y por su capacidad de impactar eventos sencillos de la vida diaria. Empresarios y comerciantes mexicanos en El Paso desarrollaron una interesante, y tal parece lucrativa, labor de mercadotecnia patriótica al ofrecer una gran cantidad de productos que eran muestra del apego de los consumidores a su patria. La casa comercial San Luis Mercantile Co. del señor José G. Nieto, realizaba su labor patriótica ofreciendo artículos mexicanos como el piloncillo blanco, chocolate, orégano, comino, queso de tuna, monturas, chorizos, tamarindo y máquinas para hacer tortillas; multitud de hierbas medicinales tradicionales, guitarras y banderitas y emblemas tricolores como distintivos patrióticos para las casas o para portar en la ropa. La publicidad de la San Luis Mercantile no deja duda de la unión entre mercadotecnia y sentimientos nacionales pues decía: “Nuestra casa es netamente mexicana, si usted es buen mexicano prefieran con sus órdenes.”

Con igual estrategia de promoción comercial basada en sentimientos nacionales, el señor B. Rodríguez, inventor que vivía en El Paso, ofrecía los productos de su ingenio para consumir platillos preparados con pasta de maíz. Su empresa de nombre Cuauhtémoc tenía como emblema una figura del rey azteca y como fondo una bandera nacional ondeando haciendo la figura de la República mexicana. Otros productos ofrecidos a través de la publicidad en los periódicos nos hablan del éxito que seguramente tenía este comercio basado en los mecanismos de identidad nacional y en los sentimientos patrióticos. Una compañía de Arizona anunciaba la venta de estandartes con la figura del cura Miguel Hidalgo grabada con un texto que sentenciaba: “No debe faltar en ningún hogar mexicano y todas las sociedades que se llaman mexicanas, así como las comisiones honoríficas, deben tener como símbolo de la nacionalidad, la venerable figura del Cura de Dolores.” El mismo periódico *La Patria*, ofrecía a los

automovilistas mexicanos la posibilidad de adquirir un distintivo metálico representando el águila mexicana, para ponerse en el radiador de cualquier automóvil.

Hasta aquí sólo se ha ofrecido un repaso breve de los mecanismos utilizados por la población mexicana refugiada en los Estados Unidos para la promoción de una identidad basada en el patriotismo y el nacionalismo en un momento en que México proyectaba una imagen de país sin rumbo y sumido en una guerra de facciones a la que no se le avizoraba el fin. El nacionalismo en el exilio construido por sectores influyentes de la población mexicana refugiada, retoma con claridad los elementos de la historia y las raíces culturales que mejor le convinieron para sus fines, lo mexicano en el exterior fue elaborado con el rescate de una cultura nacional hija de aquella heredada por España, por la elevación de algunos elementos de la cultura popular mestiza y criolla al mismo rango de la alta cultura occidental europea y por la reelaboración de un panteón de héroes y un calendario cívico-patriótico totalmente *ad hoc* a las necesidades sentidas; de manera sobresaliente resalta la eliminación de cualquier rescate del elemento indígena, el destierro de los líderes populares como Zapata o Villa, y la condena tácita a eventos como la Revolución o la Constitución de 1917 como elementos de discordia nacional.

Queda pues clara en este texto, mi adscripción a las corrientes teóricas e historiográficas aquí citadas, que rescatan un carácter eminentemente histórico, por no decir instrumental del variado abanico de las elaboraciones nacionalistas.

Nacionalismo popular contra la discriminación.

El holocausto

El 6 de marzo de 1916 Frank Scotten, alcalde de la prisión de El Paso y su director médico, el doctor G. B. Calnan, giraron instrucciones para que aproximadamente 50 prisioneros de la cárcel de El Paso fueran llevados al patio central de ésta. Ahí, se les ordenó desnudarse y agruparse para ser despiojados con una mezcla de querosén y vinagre. Repentinamente, una chispa de origen desconocido inflamó los vapores que salían de los tanques que contenían la mezcla y que se esparcían por el patio produciéndose como consecuencia enormes lenguas de llamas que, según algunos testigos, literalmente se tragaron a los infelices prisioneros que se encontraban desnudos. Después, los propios tanques funcionaron como bombas que causaron una tremenda explosión que destruyó los ventanales y puertas del hospital de la cárcel, situación que si bien puso en riesgo a los prisioneros hospitalizados, permitió que algunos de los que eran sometidos al procedimiento de desinfección pudieran abandonar el patio en llamas y refugiarse dentro del hospital.⁴³⁴

Para los *paseños*, el evento los puso frente a una crisis doble: En primer lugar, la explosión había puesto en riesgo no sólo a los internos de la cárcel, sino a todos sus trabajadores, mayoritariamente anglos, y a mucha gente en sus alrededores. Por otro lado, la destrucción causada había dejado paso libre para que muchos prisioneros escaparan y se vulnerara el carácter de esa institución de castigo. Ese doble escenario se hizo patente inmediatamente después de la explosión, hubo que hacer frente al rescate de quienes estaban dentro de la prisión. Por una lado, algunos ciudadanos sólo pensaron en entrar y ayudar a quienes no pudieran abandonar, por sí mismos, el edificio en llamas; por el otro, las

⁴³⁴ *El Paso Morning Times*, 9 de marzo de 1916, p. 8 y *San Antonio Express*, 8 y 9 de marzo de 1916, p.1, este periódico en su encabezado atribuía el accidente a un cigarrillo.

autoridades montaron un cordón policial que impidiera que los prisioneros, aún los heridos, abandonaran la cárcel y dejaron cerradas áreas de la prisión en las que quedaron atrapados algunos reclusos.⁴³⁵

La descripción que del evento hicieron los periódicos da cuenta de una doble actitud ante la tragedia. Los ciudadanos que entraron a la cárcel intentado ayudar a los heridos señalaron que había un fuertísimo olor a gasolina que, mezclado con el proveniente de cuerpos calcinados y ropa sucia en llamas, hacía el aire prácticamente irrespirable. Carmen Alonzo, una jovencita mexicana de 17 años exiliada en El Paso, se convirtió en la heroína civil del holocausto al haber dado los primeros auxilios, aprendidos en los campos de batalla de México, a varias de las víctimas. Hacia el final de aquel día, se sabía que de los 50 prisioneros que eran desinfectados en aquellas condiciones brutales, 11 habían muerto en el sitio, 11 más no se esperaba que sobrevivieran más allá de un par de días, 27 se creía que se recuperarían y sólo uno se reportó como huido.

Mientras los periódicos de El Paso en sus crónicas del suceso insistieron más en el carácter trágico y en el comportamiento heroico de los bomberos y de Carmen Alonzo, el *San Antonio Express* reportó testimonios en Ciudad Juárez en donde había un sentimiento de rabia y de indignación por la irresponsabilidad de las autoridades estadounidenses. Dos prisioneros mexicanos, aún con sus ropas en llamas, habían logrado cruzar hacia el lado mexicano y narrar que no se había tratado de un accidente, que autoridades de El Paso les habían arrojado gasolina y luego un cerillo encendido.⁴³⁶ El reportero de este

⁴³⁵ *El Paso Morning Times*, 8 de marzo de 1916.

⁴³⁶ Recordemos el fuerte olor a este combustible reportado por los testigos civiles minutos después de la explosión. El olor probablemente provenía de una mezcla de gasolina, creosota y formaldehído en la que se sumergía la ropa de los prisioneros: “Una solución de querosén y vinagres era administrada para bañar [a los prisioneros].”

diario señaló que era evidente el sentimiento de irritación que se respiraba en Juárez por la forma en que las autoridades de los Estados Unidos trataban a los mexicanos, sobre todo a los que venían del interior de la República, con el pretexto de la lucha contra el tífus.⁴³⁷

El coraje y la indignación se extendió entre la población mexicana, tanto de El Paso como de Ciudad Juárez, pero fue en esta última donde había más libertad para tomar acciones nacionalistas abiertamente anti-americanas. Los habituales visitantes temporales anglos que cruzaban para divertirse en el hipódromo o los salones de juego y cantinas de Juárez, fueron insultados, agredidos e incluso sus automóviles fueron baleados antes de llegar al puente Santa Fe, en su regreso a El Paso. Las autoridades carrancistas dieron muestras también de ese nacionalismo popular desorganizado y voluntarista al no intervenir para detener los disturbios o incluso al cerrar las oficinas de aduanas y el puente mismo, obstruyendo el tráfico de El Paso hacia Ciudad Juárez. No fue sino hasta que las autoridades militares de El Paso demandaron la protección del gobierno federal mexicano que el general Murguía, el comandante militar carrancista en Chihuahua, tomó acciones de protección. Durante los siguientes días, los estadounidenses que recorrían el circuito entre el puente Santa Fe, las instalaciones de la aduana, el hipódromo, la zona de bares y salones de juego fueron custodiados por el ejército mexicano. Pocos momentos ejemplifican de manera tan clara el tipo de relación neo-colonial que la Nación-imperio, en aquellos años todavía en formación, esperaba de otros países: la ruta

Después del baño los prisioneros debían sumergir sus ropas en la mezcla dicha...". Respecto a la aparición de un cerillo en un sitio donde estaban estrictamente prohibidos, la declaración de R.H. Bagby, prisionero de buena conducta que gozaba de privilegios y que ayudaba en el proceso del baño, declaró que otro prisionero, un anglo de apellido McDonald había encendido no uno sino dos cerillos y los había arrojado al piso. Su declaración ponía en aprietos al director de la prisión Frank Scotten que había jurado que personalmente había inspeccionado a los prisioneros y ninguno tenía cerillo. *Ídem*.

⁴³⁷ San Antonio Express, 9 de marzo de 1916, citado por McKiernan, *op. cit.*, p. 195.

de la diversión, la prostitución, el juego y los vicios recorrida por los visitantes anglos, vigilada por el ejército del país “anfitrión”.

El holocausto significó también un aparatoso traspie al proceso de construcción de ciudad ideal que los *paseños* anglos habían iniciado casi tres décadas antes. El Paso como comunidad imaginada, era internacional y de gran tolerancia racial, era un sitio seguro en donde el progreso se aseguraba gracias a la visión de sus grandes hombres de negocios y a la acción de renovación de la salud moral y física emprendida por sus reformadores y por las instituciones del Estado encargadas de vigilar la salud pública y la integridad de la frontera. Todo este proyecto cultural había sido puesto a prueba desde el estallido de la Revolución Mexicana pero, finalmente, se podía hacer recaer la culpa en los revoltosos e incivilizados vecinos del sur. Lo sucedido en la cárcel de la ciudad, golpeaba desde el interior la imagen auto-construida de gran metrópoli.

Varias figuras prominentes de la opinión pública local no pudieron sino sumarse a diversas formas de condena por lo sucedido, buscando con ello exorcizar la culpa. Sólo dos días después del acontecimiento, cuando el hospital del condado se encontraba lleno de quemados, moribundos y en recuperación, el juez del condado declaraba que tanto en El Paso como en el resto del país había la seguridad de que en algún momento alguien había actuado con negligencia criminal y que los *paseños* debían poder explicarse cómo era posible que un montón de individuos desafortunados y que eventualmente se encontraban bajo el cuidado de la ciudad, habían perecido cremados.⁴³⁸

⁴³⁸ *El Paso Morning Times*, 8 de marzo de 1916.

Al día siguiente de la “tragedia”, se trató el tema en la Convención del Movimiento de Misioneros Seglares (Laymen’s Missionary Movement Convention) y en ese mismo tenor exorcizante representantes de varias iglesias protestantes se dirigieron a su audiencia, intentando digerir el evento. El reverendo Fred B. Fisher pedía a su feligresía dejar de pensar en los muertos como lo que habían sido y se les pensase como “hombres iguales a nosotros que pudimos haber estado en la cárcel la tarde de ese lunes”.⁴³⁹ Dirigiéndose a sus fieles, miembros de la población anglo más conservadora, el noble pastor hacía un llamado a una caridad cristiana: “pensemos que eran hombres como nosotros”. Sin embargo una lectura desdoblada del discurso también refleja una mirada llena de una piedad racista: Pensémoslos como hombres y no como mexicanos: encarcelados, pobres y llenos de piojos.

En la misma sesión, W. M. Gilbert sacaba una lección del “accidente” del día anterior e invitaba a que se aprovechara la privilegiada ubicación de El Paso y usarla “... como una puerta para ejercer una mayor influencia sobre México”. Desde ciudades como ésta –decía- se podía realizar una gran obra civilizatoria, “sería más conveniente mejorar las condiciones de la población mexicana de El Paso y sus alrededores, que estar volteando hacia el Lejano Oriente”. De acuerdo a Gilbert, debería empezarse por implantar “las ideas y los ideales” estadounidenses en la vasta población mexicana inmigrada:

Durante el poco tiempo que he pasado en la ciudad, he descubierto que hay 35, 000 mexicanos en El Paso y sólo la mitad tiene educación. Hay 300 jóvenes mexicanos, ahora exiliados en El Paso, que antes de la Revolución estaban realizando estudios profesionales. Entiendo que hace algo más de un año había unos 300,000 mexicanos expatriados en la frontera y que para este momento deben ser unos 500,000 [...] Hay probablemente 1’250,000 mexicanos en los

⁴³⁹ *Idem.*

Estados Unidos y esa gente constituye un campo para la labor misionera de grandes posibilidades.⁴⁴⁰

La ciudad de El Paso se encontraba en una encrucijada en la que coincidían dos nacionalismos: El estadounidense que reclamaba limpiar la imagen de la ciudad y de los Estados Unidos para volver a hacer automática la identificación entre etnicidad, nacionalidad, ciudadanía y el más alto estadio civilizatorio (como lo plantearía Turner). Pero este nacionalismo purificador y exorcizante se enfrentaba a un nacionalismo mexicano quizá desarticulado de sus formas oficiales y de Estado, pero con un preocupante potencial xenofóbico popular, que clamaba reivindicación e incluso venganza.

Con sorprendente rapidez, ¡un día después!, el alcalde Tom Lea y el juez Dan M. Jackson, buscaron encausar una posible oleada de indignación y presiones de la opinión pública, local y nacional, y el enojo de la población mexicana, nombrando un gran jurado que tendría que determinar si los cuerpos policíacos como los miembros del departamento de salud pública tenían alguna responsabilidad. ¿Cómo explicar –preguntaba el juez Jackson- la necesidad de usar querosén y vinagre para la desinfección de los prisioneros? ¿Cómo entender el proceder de la policía que había impedido la salida de la cárcel después de la explosión?

Igual que sorprendente, son fascinantes los términos en que el juez Jackson convocó al “gran jurado” pues no sólo predisponía a sus integrantes, sino contribuía a la construcción social de la imagen de los mexicanos:

⁴⁴⁰ *Ídem.*

Quiero instruirlos, caballeros, de su responsabilidad hacia esta corte y hacia la comunidad toda de llevar acabo una investigación completa para llegar al fondo del desafortunado incidente de ayer. Llamo a ustedes su atención del hecho, de que aunque la mayoría de los infortunados cuyas vidas fueron destrozadas ayer eran vagabundos y desechos de la sociedad, al mismo tiempo la ley es muy clara respecto a nuestra obligación.⁴⁴¹

Si bien la referencia general que hacía el juez era hacia los prisioneros, debemos recordar que la mayoría de los que fueron llevados a someterse al baño de desinfección el día 6 de marzo eran mexicanos. Para el día 8, el número de fallecidos por el incendio llegaba a 18 y sólo uno era angloamericano, un pintoresco personaje llamado Tommie James quien con frecuencia era arrestado por embriaguez.⁴⁴²

Los doctores e higienistas Pierce y Tappan, funcionarios del USPHS a quienes ya nos referimos, habían sido los artífices del sistema de monitoreo sanitario de la frontera y de alguna manera los autores de la patologización del mexicano como portador de enfermedades, debieron haber explicado a profundidad no sólo el por qué de la mezcla de querosén y vinagre, sino también por qué se había determinado que los prisioneros de origen mexicano eran los sujetos a esas medidas; por qué no raparlos si lo que se sospechaba eran que tenían piojos.⁴⁴³ Desde el punto de vista de la salud pública la relación entre el tifus y el piojo, como vector de su transmisión, había quedado comprobada científicamente. Sin embargo el mecanismo de monitoreo de la frontera establecido por el USPHS requirió que además quedara establecido que el piojo estaba relacionado con las condiciones de pobreza, suciedad e ignorancia privativas de la población mexicana. En un revelador testimonio, el general S.L.A. Marshall señaló que la muerte de los

⁴⁴¹ “Instrucciones del Juez Jackson al Jurado” en *Ídem*.

⁴⁴² *El Paso Morning Times*, 9 de marzo de 1916.

⁴⁴³ Ya entonces se sabía que el piojo era el vector para la transmisión del tifus.

mexicanos en la cárcel había sido trágica, pero que debía entenderse que por entonces en El Paso se luchaba contra las enfermedades infecciosas de las cuales los mexicanos, especialmente si vivían en Juárez, eran portadores habituales.⁴⁴⁴

Las víctimas habían llegado de Juárez, “una ciudad sucia, increíblemente sucia” -apuntaba Marshall- y entre los prisioneros había unos 19 villistas que habían sido hechos prisioneros al tratar de cruzar a El Paso, “[...] todos ellos estaban siendo desinfectados por la epidemia de tifus que había en el norte de México [...] porque el tifus era una epidemia en ese país”.

Muchas preguntas más podrían hacerse, como por qué en pleno invierno se les llevaba a desnudarse a un patio y cómo era posible que alguien pudiese encender un cerillo en condiciones tan peligrosas, los prisioneros no pudieron haberlo hecho pues se encontraban desnudos y desprovistos de sus pertenencias; y qué hubo con el fuerte olor a gasolina que los testigos percibieron y que hace un poco más creíble la versión rendida en Juárez de que se les había arrojado ese combustible. Pierce y Tappan enfrentaban una conclusión de la opinión pública difícil de rebatir: mientras al tifus sólo se le podía atribuir cinco muertes, las acciones para combatirlo habían causado más de 20.

Pero regresemos brevemente al miedo a una respuesta animada por el nacionalismo popular mexicano. No hay hasta ahora forma de comprobar una relación causa-efecto, pero lo cierto es que entre los muertos del holocausto se encontraban varios villistas y que sólo tres días después Columbus, Nuevo México, fue atacada por sorpresa por un contingente de fuerzas pertenecientes a los restos del ejército villista. La

⁴⁴⁴ OHI-UTEP, No. 181, entrevista al General S.L.A. Marshall, por Richard Estrada, El Paso, 5,7,9,11 y 19 de julio de 1975.

explicación más socorrida hasta hoy ha sido la del resentimiento que, por esos días, Pancho Villa tenía frente a la actitud del gobierno del presidente Wilson quien había dado facilidades militares al ejército carrancista, que finalmente lo derrotó a fines de 1915 en Sonora; el reconocimiento como gobierno *de facto* de Venustiano Carranza fue leído como una deslealtad de Wilson y como un acto de traición a la patria por parte de Carranza.⁴⁴⁵

Ahora bien, aunque la explicación que sigue imperando es la anterior, resulta por lo menos intrigante y aún fascinante revalorar el componente macro de tipo político e integrar a la narrativa del suceso el antecedente de un evento tan importante para la historia de relaciones fundacionales, como son las raciales, de una región como El Paso en la que la frontera seguía en proceso de construcción.⁴⁴⁶ Tengo la seguridad que la invasión de territorio estadounidense estuvo revestida de elementos adicionales de popularidad y legitimidad entre la población mexicana de ambos lados de la frontera, resultado de la siguiente lectura popular: Columbus fue un acto de justa venganza a la terrible muerte de mexicanos causada por acciones de un racismo oficial en los Estados Unidos. De hecho, existen testimonios de que tanto en Ciudad Juárez como en El Paso, se pensó que Columbus estaba ligado al holocausto; el citado general Marshall aseguraba que el ataque había sido ampliamente percibido como una represalia en contra de lo que muchos en México, incluido Villa, consideraron un acto criminal. Mario

⁴⁴⁵ El ataque en ese contexto ha sido visto como una forma de represalia al gobierno estadounidense pero sobre todo como una forma de poner en dificultades al gobierno de facto de Venustiano Carranza al tener que enfrentar un conflicto con los Estados Unidos. Esta es la explicación que ha encontrado mayor apoyo por parte de historiadores como Friedrich Katz, *La guerra secreta en México*, México, Editorial ERA, 1998 y *Pancho Villa*, México, Editorial ERA, 1999, Alan Knight, *The Mexican Revolution*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1986, vol. 2, pp. 419-421.

⁴⁴⁶ Alexandra M. Stern hace también una propuesta de relectura en su “Buildings, Boundaries, and Blood...”, p. 53.

Acevedo, quien llegó a El Paso en 1916 siendo un adolescente recuerda que

La incursión de Villa, según los rumores [...] fue en represión, en venganza, de un incidente que paso aquí en El Paso con algunos presos en la cárcel [...] Parece que estaban despiojando a algunos presos con gasolina y que estando una persona o dos, de lejos [...] de manera no intencional, sino inadvertida, alguna persona encendió un cerillo para prender un cigarro. Todo se prendió [...] y según se decía, Villa dijo: ¡Ahora les voy a enseñar cómo se quema a la gente!⁴⁴⁷

En ese mismo sentido resulta interesante escuchar otro testimonio, el de Ramona González, *paseña* de origen mexicano que siendo una niña de 10 años recuerda que su hermano mayor había presenciado

[...] el incendio de la cárcel [...] ¡sí, los bañaban con gasolina!, y no una untada, se las vaciaban, por eso se provocó el incendio, por tanta gasolina que había [...] y luego los peinaban para que no llevaran piojo [...] A los americanos no les tocaba nada de esto porque ellos pagaban fianza y no iban a la cárcel.

En El Paso, los mexicanos a eso le achacamos que Villa fue y atacó Columbus [...] en venganza y rabia por todos los que murieron.⁴⁴⁸

El ataque villista volvió a encender las pasiones racistas en la ciudad y de nueva cuenta partidas de *paseños* anglos enfilaron rumbo al sur y cruzando la frontera étnica de la ciudad marcada por las vías del ferrocarril y el propio centro de la ciudad, expresaron su ira atacando y golpeando a cualquier persona que tuviera apariencia de mexicano. La violencia potencial de la acción de estas turbas era tal, que las fuerzas del ejército estadounidense que protegían las instalaciones sanitarias

⁴⁴⁷ OHI-UTEP, No. 153B, entrevista a Mario Acevedo por Óscar J. Martínez, El Paso, 1 de mayo de 1975.

⁴⁴⁸ OHI-UTEP, No. 334, entrevista a Ramona González por Óscar J. Martínez, El Paso, 15 y 29 de mayo y 19 de julio de 1976.

del puente Santa Fe de ser agredidas desde Juárez por mexicanos molestos, abandonaron el lugar y tendieron un cordón de protección para detener a esa particular expresión de la sociedad civil estadounidense en plena manifestación de su nacionalismo violento y racista, en defensa de los barrios miserables del sur de la ciudad habitados por mexicanos.⁴⁴⁹

El holocausto llevó a un *vis a vis* de nacionalismos de diferente calidad, calibre y objetivos, dejando escapar tensiones acumuladas quizá desde la guerra de 1846-1848, imprimió también dos marcas hacia el futuro: El nacionalismo y el proyecto para la construcción y vigilancia de la frontera con México fueron mucho más coherentes y articularon con gran efectividad diversos niveles de discurso e identidad: el popular, con el de la ciencia y finalmente con la acción del Estado; y como en el caso mexicano, el nacionalismo se movió entre el nivel de un discurso enunciativo y las expresiones de un nacionalismo popular poco articulado, sujeto a respuestas coyunturales explosivas, voluntaristas y de corte defensivo. Pero igualmente importante, el holocausto y las expresiones nacionalistas, de ambos lados, obligó a reformulaciones importantes del proyecto de salud pública y particularmente aquel destinado a fortalecer el monitoreo de la frontera con México; de alguna forma, este sistema de vigilancia tuvo que aceptar que la inspección de los cuerpos de las personas basadas en etnicidad, nacionalidad y ciudadanía había producido y seguiría produciendo diversos niveles de enfrentamiento entre dos comunidades nacionales opuestas por cultura.

Tal como se describió en el capítulo 4, fue necesario reinventar los procedimientos y espacios para la inspección de los cuerpos que

⁴⁴⁹ Alexandra M. Stern, "Eugenics Beyond Borders: Science and Medicalization and the U.S. West, 1900-1950", University of Chicago, Ph.D. Dissertation, 1999, pp. 131-139.

cruzaban el puente. Sin embargo hay que reconocer también, lo que pudiese verse como un efecto no planeado del ataque a Columbus. La invasión villista a territorio continental de los Estados Unidos generó un fuerte conflicto internacional, provocó una numerosísima fuerza invasora a nuestro país con resultados desastrosos y ayudó a preparar a la sociedad y fuerzas armadas estadounidenses para su irremediable ingreso al teatro bélico de la Primera Guerra Mundial. Todo ello finalmente redujo sustancialmente la presión para que la investigación del muy posible comportamiento criminal en la cárcel de El Paso, llegase hasta sus últimas consecuencias. Al convertirse en un asunto de corte internacional, en el que además estaban en juego elementos del nacionalismo estadounidense tan fuertes como su soberanía, su honor, las responsabilidades institucionales por un combate a las enfermedades transmisibles basado en una mezcla de conocimiento científico y racismo, se diluyeron. La fuerte presión que recibió el Dr. Pierce y el USPHS justo después del holocausto, se desinfló por lo que los cambios realizados y que ya describimos en el capítulo 4, fueron suficientes. El Paso, como un todo, pareció ponerse de acuerdo en echar suficiente tierra al hecho como para hacerlo invisible a la memoria colectiva. De nuevo escuchemos las reveladoras palabras del general Marshall:

El incidente ha escapado a la memoria de El Paso. Usted no encontrará referencia alguna a éste y a su conexión con el ataque [a Columbus], y ello me sorprende mucho pues el evento estremeció a la comunidad completa. Los *paseños* vieron una relación causa efecto entre el incendio y el ataque.⁴⁵⁰

Vistos como unidad, el holocausto en El Paso y el ataque a Columbus, nos permiten una vista integradora de la forma en que la

⁴⁵⁰⁴⁵⁰ OHI-UTEP, No. 181, entrevista al Brigadier General S.L.A. Marshall, por Richard Estrada, El Paso, 5, 7, 9, 11 y 19 de julio de 1975.

frontera era construida por esos días desde dos proyectos nacionales de abismales diferencias y potencialidades. El horror causado por la muerte de entre 15 y 20 mexicanos en la cárcel de El Paso y, sobre todo, las condiciones en que ésta se dio, auguraban una escalada de conflictos raciales de dimensiones no conocidas para la zona; vale la pena también imaginar que habiendo ya una comunidad de exiliados tan grande en la ciudad y en todo el suroeste del país, pudo haber encendido también la mecha de un nacionalismo mexicano militante con fronteras mucho más allá de los límites culturales.

La violenta entrada a territorio estadounidense por parte de una partida de hombres identificados como villistas, fue leída en términos nacionalistas por ambos grupos nacionales: es una venganza política pero también de raza por lo sucedido a los mexicanos muertos en la cárcel, en condiciones que lindaron con la ejecución, y que adicionalmente formaban parte de los leales a Villa. Pero también, en ambos casos la respuesta nacionalista a esos dos eventos fue rápidamente minimizada por la puesta en marcha de una invasión a territorio mexicano por parte de un cuerpo expedicionario con fines punitivos. Durante la primera quincena de ese mes de marzo de 1916, los acontecimientos se sucedieron de manera vertiginosa: el día 6 explotó el patio central de la cárcel de El Paso incinerando a más de una docena de prisioneros mexicanos, el día 9 un grupo armado, identificado con Francisco Villa, ataca Columbus y para el día 15 estaba lista para entrar a territorio del estado de Chihuahua, una fuerza del ejército estadounidense de casi 5 mil soldados al mando del general John Pershing.⁴⁵¹ En menos de dos semanas el asunto dejó de ser el

⁴⁵¹ A las fuerzas de la expedición punitiva muy pronto se les sumaron otros 5 mil hombres y, como se sabe, el objetivo de capturar a Villa resultó un fracaso. De hecho hay evidencias de que para antes de que finalizara el año la persecución de Villa se había abandonado y sólo se espera la incorporación de las tropas a los frentes del la

holocausto en la cárcel *paseña* y se convirtió en la entrada a territorio mexicano de una fuerza expedicionaria enviada por el gobierno estadounidense y, que aunque de carácter punitivo contra Villa no dejó de ser una invasión de una nación a otra.

La entrada de Pershing y su fuerza expedicionaria a México nubló las posibilidades de una respuesta nacionalista de tipo localista y enfocada al evento del holocausto y abrió una etapa para el fortalecimiento de un nacionalismo anti-yankee más amplio pero también más disperso; más de orden cultural que de acciones concretas de reivindicación.

La revuelta de la pelirroja.

Era el 28 de enero de 1917; como todos los días, Carmela Torres y muchas otras mujeres de Juárez se preparaban para cruzar el puente Santa Fe. La mayor parte del trabajo doméstico en El Paso era realizado por mujeres como Carmela. No habían dado las 7 de la mañana y quizá para evitar los rigores del invierno varias de ellas habían abordado el tranvía que las llevaría hasta el centro de El Paso. Pagaron su boleto y el peaje del puente pero el recorrido a sus lugares de trabajo fue súbitamente interrumpido por el doctor Claude Pierce, personaje ya conocido en esta tesis. Amparado en la autoridad que como jefe de la estación de la USPHS, su prestigio profesional y la cuarentena que se había decretado para proteger a El Paso de las enfermedades contagiosas que pudieran importarse desde México, Pierce ordenó a las mujeres descender del tranvía y pasar a la planta de desinfección recién inaugurada.

Primera Guerra Mundial, OHI-UTEP, No. 125, entrevista al Coronel H. Crampton Jones por Robert H. Novak, El Paso, 8 de abril de 1974.

Normalmente una primera inspección ocular decidía quiénes deberían ser sometidos al ritual de desinfección; sin embargo, sobre todo en el caso de mujeres, algunos **cruzantes** decidían acompañar a los seleccionados por el miedo o disgusto a ir solos a la planta. En un primer momento, Carmela y sus compañeras de viaje se molestaron porque el gasto que habían realizado en el tranvía y el peaje para un cruce rápido a sus trabajos ahora resultaba dinero tirado a la basura y “se les había negado su reembolso”.⁴⁵² Muy seguramente la actitud del personal de vigilancia del puente Santa Fe y la forma en que se les informó que no era optativo el proceso de desinfección, irritó a Carmela quien pasó de inconformarse por haber sido bajada del tranvía y perder su dinero a la negativa a ser bañada.

Pero también debemos tomar en consideración que los baños y los mecanismos de desinfección practicados por las autoridades sanitarias, tanto locales como federales, estaban rodeados de recuerdos amargos; el más ominoso y aún muy reciente evento llamado “el holocausto”, al que nos acabamos de referir. Pero además, contamos con los testimonios que nos narran lo degradante y traumática que resultaba la experiencia de ser bañados y salir con la ropa arrugada y con un fortísimo olor a desinfectante: Los desnudaban y los bañaban y luego les regresaban sus ropas todas arrugadas [...] se pensaba que los mexicanos traían microbios o algo por el estilo desde México”.⁴⁵³

Los testimonios tampoco dejan lugar a dudas sobre el doble papel de las cuarentenas y las medidas de desinfección: En primer lugar, la explicación oficial que era la protección de la salud pública de la ciudad de El Paso; en segundo lugar y como parte del discurso no escrito y de la

⁴⁵² *El Paso Times*, 28 de enero de 1917.

⁴⁵³ OHI-UTEP, No. 722, entrevista a la señora X, por María Nuckolls, El Paso, 7 de diciembre de 1979.

ingeniería cultural practicada a la frontera con México, estaba el fortalecimiento de los límites políticos y socioculturales entre las dos naciones y, menos aceptado aún, la construcción de la frontera a partir de la racialización de “los otros” como mexicanos y del norte de México como una realidad geográfica y humana totalmente diferenciada.⁴⁵⁴ Habla un antiguo obrero de la planta de refinación de metales ASARCO en El Paso:

Cuando uno cruzaba y lo daban de alta [en el trabajo], pero que ya así lo llevaban a bañar allí. Pero mire, como entra uno así que le echaran la casa encima, así corría [in-entendible] blanco, así de ponerse [in-entendible] en los baños. ¡Era una pesadilla! Y luego otra cosa, hombres, mujeres, a todos los pelonaban. Y luego... lo bañaban a uno, y después del baño lo bañaban de criolita, un compuesto muy fuerte. Toda la gente trabajadores se bañaba, nomás la gente de oficina y todo eso no. Pero a todos los demás trabajadores.⁴⁵⁵

Un exiliado de la Revolución ayuda con su testimonio a entender el vínculo entre raza, nacionalidad, clase y las medidas sanitarias:

En aquella época sí que nos trataban mal a nosotros, principalmente los Texas Rangers. Eran los inspectores, nos daban patadas cuando algo no les gustaba, [...] además nos bañaban cada ocho días, teníamos que bañarnos cada ocho días y nos daban un como recibo cuando queríamos pasar. Nos bañaban abajo del puente. Por el puente había unos baños, unas regaderas y una caldera. La ropa la metían en un como túnel, y allí le soltaban vapor y nos la entregaban toda arrugada [...] Eso hacían a todo el que pasaba de México para trabajar. Un día de la semana nos decíamos ¡Me toca baño! Y perdíamos medio día.⁴⁵⁶

En sólo unos momentos el enojo de Carmela, y de otras mujeres trabajadoras que como ella tomaron el tranvía aquella mañana, se

⁴⁵⁴ Stern, “Buildings, Boundaries, and Blood...” p. 70.

⁴⁵⁵ OHI-UTEP, No. 143, entrevista a José Cruz Burciaga por Óscar J. Martínez, El Paso, 16 de febrero de 1974.

⁴⁵⁶ OHI-UTEP, No. 144c, entrevista a Félix López Urdiales por Óscar J. Martínez, El Paso, 22 de febrero de 1974.

convirtió en uno de los más serios entredichos en los que fue puesto el sistema de vigilancia sanitaria basado en cuarentenas y baños desinfectantes. Pero también la actitud de la opinión pública estadounidense se había tornado menos tolerante. Si un año antes, ante el escándalo provocado por el holocausto en la cárcel de El Paso, había mostrado cierta simpatía ante la tragedia sufrida por los mexicanos y denunciaba algunos de los malos tratos que sufrían en los Estados Unidos, frente a la actitud molesta de la mujeres mexicanas encabezadas por Carmela Torres se mostró durísima.

La cobertura que se decidió dar al suceso del 28 de enero presentó a un grupo de mujeres mexicanas ignorantes, pobres y desordenadas oponiéndose a un perfectamente estructurado sistema de reglamentaciones estadounidenses. La nueva estación sanitaria del Puente Santa Fe representaba una de las facetas más sofisticadas del sistema de monitoreo que el Estado había montado para defender la frontera con México y el doctor Pierce uno de los preclaros diseñadores. La protesta fue vista como una actitud anti-americana que venía a sumarse a los repetidos actos de agresión que los mexicanos cometían contra un vecino de buena voluntad como los Estados Unidos. Mujeres lideran una revuelta en contra de las leyes americanas, fue la frase utilizada tanto por *El Paso Times* como por el *New York Times*. Condenaban el hecho de que los baños de desinfección, que eran una expresión de un nacionalismo moderno y manejado por el gobierno federal, hubiese sido puesto en duda y abiertamente rechazado por un expresión de un nacionalismo mexicano popular, ignorante y llevado acabo ¡por mujeres!

El hecho de llamar rebelión o motín a la actitud de las mujeres juarenses ayudó a recrear la imagen de los sectores anti-modernos de la sociedad fronteriza que con su actitud insubordinada ponían a la ciudad

de El Paso bajo la amenaza de contagios de los cuales cuidaba precisamente las instalaciones del USPHS. No era la primera vez que las autoridades sanitarias, con el eco de la prensa, condenaban la actitud de las turbas urbanas formadas por inmigrantes que se oponían, debido a su fanatismo e ignorancia, a los procedimientos de salud pública de un país moderno.⁴⁵⁷ La molestia de que esta oposición hubiese sido protagonizada por mujeres fue hecha pública por la prensa, que en un tono nacionalista y de franco desprecio a las mujeres no dudaba en calificarlas como anti-americanas y como parte de un movimiento criminal organizado: “Una mafia de mujeres jefaturazas por una pelirroja organizan un motín anti-americano”, fue la noticia que leyó la sociedad angloamericana del estado de Texas.⁴⁵⁸

Utilizando también la connotación negativa y semidiabólica de las mujeres con cabelleras rojas, *El Paso Times* publicaba la versión de que la “amazona pelirroja” que había encabezado los disturbios de mujeres en el Puente Santa Fe había puesto en peligro la integridad de funcionarios y autoridades estadounidenses. La misma nota se encargó de introducir un elemento que en teoría pudiera explicar el disturbio: “... hay un rumor entre las sirvientas mexicanas de que los funcionarios encargados de la cuarentena, las fotografian desnudas mientras se bañan”. Sin embargo, no se trata sino de realzar la irracionalidad con que mujeres mexicanas, ignorantes y pobres reaccionaban en contra de las medidas modernas de la salud pública.⁴⁵⁹

De nueva cuenta, la respuesta del gobierno mexicano fue prácticamente inexistente y la población reaccionó con espontáneos

⁴⁵⁷ Las masas de inmigrantes europeos pobres habían sido marcados con esa etiqueta a fines del siglo XIX, ver Markel, *Quarantine...*

⁴⁵⁸ Ver McKiernan, op. cit., pp. 198-203 y la edición del 29 de enero de 1917 del *San Antonio Express*.

⁴⁵⁹ “Auburn haired Amazon at Santa Fe Bridge leads feminine outbreak”, *El Paso Times*, 29 de enero de 1917.

brotos de nacionalismo expresados en hecho de xenofobia popular: lanzar piedras hacia el lado estadounidense, atacar automóviles de turistas que visitaban el hipódromo u otros centros de diversión, insultos a funcionarios federales, secuestros rápidos de taxis de El Paso que se encontraban en Juárez. Muchas de esas expresiones fueron realizadas por mujeres y ello hizo que se acrecentara la dimensión del insulto, de la insolencia y del delito:

[...] aquellos que atestiguaron las acciones de la turba mexicana en el extremo del puente nunca lo olvidarán. Había un estado de shock ante la furia que se producía en Ciudad Juárez [...] La multitud estaba compuesta sobre todo por jovencitas, obsesionadas por destruir todo lo que viniera del lado americano. Tan pronto como un automóvil cruzaba, las jovencitas lo rodeaban y lo cubrían por completo. [...] Las manos de la turba femenina se clavaban en los toldos de los autos y los desgarraban. Los cristales eran desmontados y eran estrellados al igual que otras partes tales como faros y cláxones.⁴⁶⁰

Las autoridades carrancistas de Ciudad Juárez no realizaron mayor esfuerzo por detener o atemperar la protesta.⁴⁶¹ Quizá, tal como sucedió durante los disturbios por el holocausto, su actitud pasiva fue la forma de sumarse a esa expresión de nacionalismo popular desorganizado y voluntarista que caracteriza tanto a la frontera norte de México hasta nuestros días. Cuando el cónsul mexicano en El Paso, Andrés García, cruzó el puente e intentó convencer a la muchedumbre que no había motivo para protestar y que la USPHS sólo desinfectaría a los que cruzaran hacia El Paso y que la gente de Juárez no tenía de que preocuparse, la gente se enfureció con él y lo regresaron a El Paso. Incluso cuando el jefe militar de la plaza, el general Murguía, envió un

⁴⁶⁰ *El Paso Times*, 28 de enero de 1917.

⁴⁶¹ No se puede dejar de pensar que este ataque de nacionalismo xenofóbico pudo expresar la rabia que producían los requisitos odiosos que los mexicanos tenían para cruzar la frontera y la facilidad total que los “gringos” tenían para ver a Juárez. Situación que hoy mismo es exactamente igual.

destacamento de caballería, las mujeres se les enfrentaron tomando las riendas de los caballos en una mano y el sable, que algunos soldados llevaban desenvainado, con la otra. La tropa carrancista no se atrevió o no quiso arremeter en contra de las mujeres. Ya para entonces, a las mujeres se les habían sumado muchos hombres, que en calidad de esposos, hijos o hermanos se indignaban ante la posibilidad de que “sus mujeres” fueran desnudadas, fotografiadas y desinfectadas.⁴⁶²

Los dos eventos narrados aquí representan arranques de un nacionalismo alimentados por la xenofobia popular y que se materializaba en expresiones momentáneas, voluntaristas, desordenadas, radicales en ocasiones pero no lograban crear un cuerpo de ideas y comportamientos alineados a una propuesta coherente proveniente del Estado mexicano. Llama poderosamente la atención que los testimonios que recuerdan esos acontecimientos y que se encuentran en la colección de historia oral de la Universidad de Texas en El Paso, insisten en los actos de humillación para cruzar el puente. Sin embargo, también son muestra de que las protestas eran provocadas por los actos extremos de vejación pero que no lograban articular un rechazo coherente a los actos de exclusión que la reformulación de la frontera con México trajo por parte de los Estados Unidos. De hecho, muchos mexicanos cruzantes habituales del puente Santa Fe aprendieron a jugar con las reglas de la apariencia que el monitoreo de las autoridades estadounidenses habían impuesto, incluía la costumbre de escoger la vestimenta adecuada y lucir una apariencia de limpieza que les facilitase el cruce a El Paso.⁴⁶³ Los baños desinfectantes, la campaña contra las enfermedades contagiosas y en términos generales, el nuevo tipo de vigilancia que se estableció en la

⁴⁶² Edición en español de *El Paso Morning Times*, 20 de enero de 1917. McKiernan, *Ídem*.

⁴⁶³ Sánchez, *op. cit.*, p. 51 y McKiernan, *op. cit.*, p. 215.

frontera con México fue, al parecer, absorbida, interiorizada, naturalizada en la vida diaria de los mexicanos de la región. Raza y nacionalidad pasaban a formar parte de los riesgos de la vida diaria fronteriza.

Conclusiones

Usualmente la atención de los angloamericanos hacia el fenómeno de la frontera ha estado atada a la reconstrucción imaginaria, *turneriana*, de la historia estadounidense en su expansión hacia el oeste aunque, en realidad, hay dos tradiciones que considerar: La muy familiar de uso en inglés, *frontier*, que nos dice que la frontera es un espacio donde los colonizadores blancos entraron en zonas “libres” con abundante tierra “disponible”. Y otra tradición, la *border*, es mucho menos familiar, la zona que divide a los Estados Unidos y a México.

Mientras la primera tradición creó en la sociedad estadounidense la ilusión de tierras vacantes y por conquistar, con arrojo y trabajo, la segunda los enfrentó con una realidad dual que con el paso del tiempo sólo se ha ido complicando hasta convertirse en el lugar “donde el tercer mundo se enfrenta al primero y sangra” para utilizar el lenguaje, anímicamente desgarrado, de Gloria Anzaldua.⁴⁶⁴

Las fronteras, en general, son erigidas para definir lugares: lo propio y lo extraño, lo seguro y lo inseguro, la pertenencia y la exclusión; sirven en pocas palabras, para diferenciar el nosotros de los otros. De manera particular, la frontera que divide a los Estados Unidos de México no sólo fue, durante casi un siglo, una estrecha línea de difícil determinación, sino que a sus lados se extendía un mismo espacio, definido por estructuras históricas antiguas y que, aunque fueron parcialmente destruidas por la guerra (1846-1848) y sus consecuencias, dejaron poderosos remanentes culturales y emocionales así como fuertes redes sociales y de movilidad que una división, tan absurda y súbita, no podía eliminar con facilidad.

⁴⁶⁴ *Borderlands. La Frontera. The New Mestiza*, San Francisco, Aunt Lute Books, 1999.

Aunque el desarrollo de esta tesis se ha concentrado en sólo las tres primeras décadas del siglo XX, me parece que ha logrado mostrar la idea de cómo una frontera como la construida para separar a los Estados Unidos de México fue, por su origen y elementos constitutivos, un espacio físico cuyo contenido social y cultural, se ha encontrado en un constante estado de transición y complicado afianzamiento: la construcción de las identidades que contienen o excluyen, los filtros que definirán lo permitido y lo prohibido, lo legítimo y lo trasgresor. Aún elementos constitutivos de esta frontera, como lo son la exclusión, la discriminación y el racismo dirigidos hacia los mexicanos, tuvieron que ser paulatinamente elaborados en los Estados Unidos por el Estado y muy diversos sectores de su sociedad. Para ello se valieron a través de prácticas de variada sofisticación, desde el racismo rústico y ramplón del “*not dogs or mexicans allowed*”, hasta los cálculos de las cuotas migratorias por nacionalidad elaboradas al amparo del triunfo del racismo científico.

Hoy en día, la región que separa a estos dos países se nos aparece como un lugar único en el mundo por ser un espacio donde una nación poderosa e industrializada comparte una frontera terrestre tan grande con otra, cuya constante parece ser un perenne estado de saltos frustrados para salir de la pobreza. El abismo material entre las dos naciones es tan grande hoy en día y produce tantos desequilibrios, que cualquier intento por suavizar su frontera a un lugar de gran riqueza cultural por la multitud y variedad de sus intercambios y sincretismos, en donde la gente ha aprendido a convivir sin problemas, se vuelve un chocante intento por romantizar lo que por necesidad es conflictivo. En la frontera la violencia cotidiana, real y simbólica, proviene en buen grado del hecho de que las relaciones de poder y subordinación que atraviesan las relaciones entre la nación imperial y una nación periférica, se

concentran en un espacio relativamente pequeño. Relaciones nacionales de tal complejidad y tensión no pueden producir zonas limítrofes pacíficas, armoniosas y de comprensión sencilla.

En este trabajo he tratado de presentar una visión que se opone a la visión de la frontera como un escenario sencillo y que se forma por decreto, acuerdo, o tratado impuesto por la fuerza. La construcción de la frontera entre los Estados Unidos y México, no es un problema de mapas, aunque haya quien lo suponga así.⁴⁶⁵ La distancia entre una línea divisoria trazada en un mapa oficial y una frontera construida y entendida a través de prácticas sociales y de autoridad, es enorme. La primera se logra en poco tiempo, la segunda, tal como se ha demostrado, toma décadas en el mejor de los casos.

El esfuerzo de esta tesis se centró en realizar una especie de arqueología de la formación de la frontera para un periodo relativamente corto pero, sostengo, muy significativo. Busqué entender ese proceso como un acto de la ingeniería cultural del proceso de construcción del Estado-nación estadounidense en su carrera por imponer al mundo el designio imperial de su poder. Los elementos de esa ingeniería cultural que aquí se han explorado y relacionado, son la migración provocada y la elaboración del concepto de México y lo mexicano, como una versión particular de la otredad.

La herramienta usada para esa exploración fue el análisis del desarrollo de las políticas de administración de un puesto de vigilancia fronteriza específico en El Paso, Texas. El Puente Internacional San Fe ha sido propuesto aquí como el teatro para la escenificación de los rituales de vigilancia y monitoreo fronterizos, resultados de la

⁴⁶⁵ Ver Paula Rebert, *La Gran Línea. Mapping the U.S.-Mexico Boundary, 1849-1857*, Austin, University of Texas Press, 2001, p.1:

interacción del poder estatal y de las agendas particulares de los grupos de interés estadounidenses.

Comparada con la extensión tres mil kilómetros de la frontera entre los Estados Unidos y México, la región de El Paso y los pocos metros cuadrados que cubrían el Puente Santa Fe y sus instalaciones de vigilancia, parecen insignificantes. También pueden perderse las actuaciones de “personajes menores” como médicos, inspectores, contrabandistas, empleadores e inmigrantes, ante la fuerza y visibilidad de los jefes de Estado, diplomáticos, militares de alto rango y revolucionarios. Sin embargo la apuesta ha sido a que es precisamente en el espacio reducido y en el detalle cotidiano de la actuación de estos personajes “menores” donde se concentran y se hacen evidentes las relaciones de poder y la capacidad de crear conciencia de esa ingeniería cultural. Las prácticas de vigilancia fronteriza que llevan a la clasificación y a la exclusión, tales como el escrutinio ocular, las entrevistas, la revisión física de los cuerpos, los baños y desinfecciones, los pasaportes y las vacunas, conforman parte fundamental del andamiaje de esa construcción del Estado-nación imperial.

Los agentes del poder estatal estadounidense requirieron ir creando bases de legitimidad, cada vez más sofisticadas y aceptadas, para administrar la composición del *body politic* nacional y al mismo tiempo satisfacer las demandas prácticas de su desarrollo económico. Las contradicciones entre políticas de inmigración y la necesidad de los mercados laborales que aquí se han documentado, no son momentos de excepción sino la regla que hace del oportunismo, del pragmatismo cínico la norma de actuación de una nación de las dimensiones y ambiciones de los Estados Unidos.

Desde la Ley de Inmigración de 1891, la entrada a los Estados Unidos fue convertida en un “rito de pasaje” que fue acotado de manera cada vez más sustancial por vocabularios médicos que para la segunda década del siglo XX habían logrado una relación de correspondencia entre patologías, razas y nacionalidades. Los grandes avances que la medicina mostró durante la última parte del siglo XIX, en materia de la teoría de los gérmenes y de la bacteriología, dieron un vuelco a la comprensión de la etiología de muchas de las enfermedades infecto-contagiosas que afectaban a las personas, abriendo con ello el camino para las reformas de los sistemas de salud de la época. Pero cuando estos avances cruzaron su camino con teorías emergentes en materia de la herencia, el racismo científico cobró fuerza. Al amparo de la fuerza y “neutralidad” de la ciencia, esas corrientes que urgieron a que los Estados comprendieran y contribuyeran, particularmente en países destino de las migraciones, a convertir en sentido común los postulados de “ciencia, eficiencia y orden” que postulaba el movimiento eugenista en su afán por implantar la contención institucionalizada de la reproducción y la movilidad de los grupos “no aptos”.⁴⁶⁶

No sobra insistir en estas páginas de conclusión, que una de las vías, de mayor legitimidad y consenso, para revolucionar la vigilancia y administración las puertas de entrada de *aliens*, a los Estados Unidos, fue la sustentada en el discurso médico. Uno de los argumentos claves para entender el proceso de consolidación de los modernos estados nacionales, es aquel que apela a la salud pública. En el Puente Internacional Santa Fe, el escrutinio médico y sus procedimientos de desinfección, prevención y exclusión fueron el mecanismo más eficaz, quizá por la violencia implícita institucionalizada que implicaba, para

⁴⁶⁶ Howard Markel y Alexandra Minna Stern, “Which Face? Whose Nation? Immigration, Public Health, and the Construction of Disease at America’s Ports and Borders, 1891-1928” en *American Behavioral Scientist*, Vol. 42, June/July 1999, pp. 1313-1330.

redefinir la historia social y cultural de los habitantes de una región binacional como la de El Paso-Juárez. Era imposible, después de ser sometido a este tipo de revisiones, seguir ignorando que una frontera existía y cuya vigilancia diferenciaba a unos de otros basados en origen nacional, raza o pertenencia a cierta clase social. Es quizá uno de los ejemplos más precisos y radicales de relaciones de poder penetrando los cuerpos y conciencias de las personas, que pueda yo pensar.

El discurso y prácticas de salud pública, que se han descrito aquí, son en apariencia sólo el producto de la conciencia científica “neutra” a favor del bienestar de las personas. Sin embargo, también se ha dado evidencia de que estas políticas, como herramienta del Estado, sirven para proteger intereses particulares y no obstante, gozar de consenso popular, merced a que se presentan envueltos en el velo de la salud ciudadana de una nación. Los discursos de la medicina y de la eugenesia lograron una catalogación de gran aceptación de México como un territorio donde las enfermedades infecto-contagiosas se sufrían de manera endémica. De manera necesaria, se concluía también que los mexicanos deberían ser considerados como vectores de tales enfermedades.

Me parece que se ha aportado la evidencia que impide la sorpresa ante el hecho de que tales enfermedades hayan tenido un papel tan poco relevante en decidir la exclusión de los inmigrantes mexicanos: menos del 1% de todos los mexicanos que cruzaron hacia los Estados Unidos entre 1900 y 1930 fueron rechazados por motivos de salud. El diagnóstico comprobado de los inmigrantes mexicanos como portadores de enfermedades contagiosas es en verdad raro, según los registros históricos del USPHS.⁴⁶⁷ La conclusión que obtenemos es que la salud

⁴⁶⁷ *Ídem*, p. 1323.

pública fue también la vía para dar respetabilidad a las inspecciones basadas en otro tipo de evidencias tales como la pobreza, la apariencia racial y la adscripción a creencias políticas consideradas peligrosas o subversivas. El azoro, de existir, desaparece y, surge en su lugar, la necesidad de entender el rol de la salud pública en el triunfo del racismo científico que, sobre todo en los años veinte, contribuyó a modelar los rostros de las naciones en la “era de los extremos” como se refiere Hobsbawm al siglo XX. Gracias a ello, las objeciones por clase, raza, género o incluso creencias políticas, podían ser ocultas en un discurso que seguía generando clasificaciones de otredad, pero supuestamente liberadas de carga política o prejuiciosa mediante el uso de una terminología que la patología y la medicina habían desarrollado.

El consenso popular ganado por este discurso permitió que hacia fines de los años veinte, cuando se quiso restringir la entrada de mexicanos a una cuota anual, gobernantes, legisladores, líderes sindicales, académicos y eugenistas pudieran acudir a los estereotipos sobre el mexicano -pobre, ignorante, sucio, enfermo y, como consecuencia de la Revolución Mexicana, violento y revoltoso- para reclamar la validez de prácticas humillantes y la segregación sociocultural de facto del *body politic* estadounidense.

Las reflexiones e información de esta tesis, abonan la idea del carácter oportunista de las políticas de inmigración de los Estados Unidos; explican, también, que las formas de exclusión que estas políticas operan, son de una naturaleza fluida y amoldable a las necesidades del entorno nacional y pueden utilizarse a conveniencia o incluso ser aumentadas según el momento: riesgo a la salud pública, incapacidad mental, aptitud física, género, ignorancia, moralidad, robo de oportunidades a los trabajadores locales, riesgo político, combate al terrorismo, etcétera. El carácter fluido y oportunista de las formas de

exclusión muestra su utilidad en la medida en que sin dañar a los intereses económicos del país, siempre mantienen a la mano la posibilidad de reclamar que cualquier inmigrante representa un riesgo para la nación.⁴⁶⁸

El carácter fluido de estas prácticas migratorias y de exclusión selectiva, tiene su ejemplo más completo en la forma en que se ha querido entender el movimiento de trabajadores mexicanos hacia la frontera norte y la administración de su ingreso hacia los Estados Unidos. Se ha hecho pasar como sentido común, como algo connatural a la nacionalidad mexicana, la necesidad que millones han tenido de cruzar la frontera, legal o ilegalmente, para encontrar trabajo y así paliar la pobreza secular de México. Uno de los objetivos más claramente perseguidos en esta tesis ha sido el develar el carácter instrumental del proceso migratorio. La emigración hacia los Estados Unidos no es producto, en su origen, de las condiciones de pobreza que se viven al sur. Es un proceso concientemente inducido, desde los Estados Unidos, que responde a la toma de decisiones que el Estado y buena parte de los grupos dominantes hicieron para satisfacer sus mercados laborales. Primero del suroeste y el medioeste y luego de muchas otras regiones del país. La pobreza de México sólo fue un facilitador para la atracción de mano de obra abundante, barata y poco calificada durante un muy largo periodo, desde los últimos quince años del siglo XIX hasta el Programa Bracero iniciado durante la Segunda Guerra Mundial y terminado en la década de 1960.

La migración vista desde el observatorio que proporciona la información aquí presentada, toma un giro radical. No es un movimiento

⁴⁶⁸ Baste recapitular lo dicho sobre los mexicanos en diferentes momentos. Antes de la Revolución Mexicana, eran trabajadores saludables, fuertes y amoldables. Después y al cambiar las condiciones, las posiciones restriccionistas antimexicanas decidieron que estaban enfermos, que eran débiles, flojos y rebeldes.

producido como resultado de un fenómeno físico en el que la carencia busca la satisfacción. Verlo así es olvidar la historia y borrar la responsabilidad que las situaciones de dominio colonial y poscolonial tienen al irrumpir en las zonas periféricas, creando grandes interrupciones. Por el contrario, una mirada arqueológica de la migración debe ayudar a entender la responsabilidad de los imperios coloniales y poscoloniales en la creación de las tremendas oleadas migratorias que hoy arriban a sus territorios y que son vistas como invasiones de “nuevos bárbaros”.⁴⁶⁹

Baste decir por otro lado, que no se propone un regreso a las posiciones del dependentismo económico de los años setentas que en su afán por demostrar las consecuencias del imperialismo, olvidaban la responsabilidad de las elites locales en el afianzamiento de las condiciones de pobreza de los países latinoamericanos. Tampoco se ha querido obviar el carácter que las fronteras tienen como un espacio de transformaciones recíprocas entre el dominante y el subalterno. Los encuentros que los actores de los mundos imperial y periférico, en zonas de contacto como las fronteras, no implican movimientos de entidades discretas a través de límites inamovibles. De manera evidente, se trata de transformaciones recíprocas, de encuentros que si bien son desiguales, por la dirección en que circulan las relaciones de poder, los cuerpos, las conciencias y las fronteras mismas se definen mutuamente y son transformadas por esos procesos asimétricos de transculturación.

⁴⁶⁹ Ian Chambers ve en ese reconocimiento la posibilidad de “[...] empezar a hablar de una interrupción, significativa del sentido anterior de nuestras vidas, culturas, lenguas, y de nuestros futuros [...] Estas diferencias, sin embargo, no son siempre inexorablemente instancias de división, barreras. Ya que pueden operar como mecanismos no sólo para cerrar puertas en el creciente tráfico universal, sino también para abrirlas.” Ver su *Migración, cultura, identidad*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1994. pp. 14-15.

Retos pendientes.

Las investigaciones que nos permitan ir reconociendo en la frontera un fenómeno de gran complejidad histórica y cultural tienen aún caminos largos por recorrerse. Naturalmente no me refiero al hecho de aceptar que hoy en día la frontera represente un hecho de muy difícil manejo y comprensión por las tensiones que la vecindad entre los Estados Unidos y México enfrentan al arranque del siglo XXI. Hay, para decir verdad, una literatura que ha sido producida como avalancha, casi en exceso. La frontera en muchos sentidos es y ha sido moda por los pasados 20 años. Sin embargo, me parece, que han privado las miradas inmediatistas e instrumentales.

Este trabajo pretende una forma de diálogo distinto con la frontera y la propone como un artefacto promovido por intereses y necesidades de dos Estados nacionales que fueron construidos, expresados y socializados en términos de prácticas culturales de una gran variedad. Esas prácticas de identidad, monitoreo, exclusión y discriminación las hemos propuesto a su vez como procesos que definen y transforman los caminos de consolidación del Estado nación. Queda pues claro, que un trabajo más integral para comprender esta frontera binacional está aún lejos y requerirá continuar promoviendo investigaciones para estudiar más “zonas de contacto” como lo intentamos con la región de El Paso. Cada nueva investigación tendrá, idealmente, que ir promoviendo una visión más integradora del fenómeno fronterizo mexicano-estadounidense en su conjunto.

El otro reto mayor y que puede constituir la continuación de estas ideas que hoy presento, corresponde a la forma en que el Estado y la sociedad mexicanos enfrentaron la formación de esta frontera. A lo largo del texto se adelantan algunas ideas. La frontera no fue, ni ha sido un

escenario para la expresión del optimismo nacional, tampoco ha sido considerado como muestra del espíritu cultural de México. Podríamos preguntarnos si hoy día esa actitud ha cambiado; hay datos para no suponer un giro sustancial y pensar que el territorio fronterizo sigue siendo, en más de un sentido, el espacio que nos separa del vecino poderoso y abusivo. El carácter periférico y marginal que a la región se le ha dado en el proyecto de construcción nacional desde el siglo XIX, ha promovido la idea de espacio vacío y donde todo, o casi todo, se vale.

La Frontera como esa zona de contacto en el que abrumba el poderío de los Estados Unidos, tiene también parte de su explicación en la ausencia del Estado mexicano en la zona, ni física, ni anímicamente la franja fronteriza fue durante los años que aquí se estudian, objeto de sus esfuerzos. Tal pareciera que desde que los límites internacionales quedaron, de manera general, fijados como consecuencia de los Tratados de Guadalupe-Hidalgo, los sucesivos gobiernos mexicanos decidieron que la vigilancia de la frontera, sólo correspondería a la nación poderosa. Desde entonces las diferentes facetas que hacían evidente la presencia del Estado: militar, salud, educación, etcétera, siempre se dio en el lado estadounidense. La respuesta mexicana fue consistentemente escasa y tardía. Las consecuencias de las políticas erradas y de la ausencia de Estado en la región, se viven hoy al iniciar el siglo XXI.

Durante los años que cubre este estudio, las respuestas mexicanas, tanto las oficiales como las populares, carecieron de estructura y continuidad. Pero aún en el desorden y en el voluntarismo que las caracterizaron, se percibe tanto la ausencia de una política de Estado hacia la frontera, como los prejuicios raciales que marcaron a la sociedad mexicana y la actuación de sus gobiernos. Como quedó señalado, fue después del estallido de la Revolución Mexicana cuando se

recrudescieron las prácticas de vigilancia, exclusión y discriminación en el suroeste de los Estados Unidos. Ciudadanos mexicanos fueron objeto de malos tratos, tanto en el ambiente laboral como en los procedimientos de admisión en ciudades como El Paso, Laredo o Brownsville y si bien es cierto que las autoridades consulares mexicanas tuvieron una actividad destacada, también es cierto que en su actuación se permeaban las actitudes racistas hacia los indígenas y los trabajadores más pobres de México.

Los cónsules mexicanos de aquellos años, que se encontraban cumpliendo misión en ciudades cercanas a la frontera presentaron quejas ante autoridades estadounidenses, federales y locales, denunciando malos tratos a ciudadanos mexicanos. Sin embargo estas quejas tendían a referir la experiencia de “respetables mexicanos nortños de clase media”, separándolas de aquellas sufridas por simples peones o de indígenas.⁴⁷⁰ La desgracia de la falta de protección al norte del Bravo, se completaba para los trabajadores migratorios cuando regresaban a México donde la práctica de estafarlos y asaltarlos ya está bien afincada por aquellos años. El Estado mexicano, incluso se hacía cómplice de estos delitos, al menos por omisión.⁴⁷¹

La combinación de la actitud hacia la frontera y aquella proveniente del racismo mexicano hacia indígenas y campesinos ayudó a delinear una política de Estado que revalorara el papel de la zona, el

⁴⁷⁰ Esas quejas se encuentran en los archivos del Departamento de Estado y son citadas por Mackiernan, op.cit., capítulo VIII.

⁴⁷¹ Aquí unas líneas de Alfonso Fabila de 1932: “Los trabajadores mexicanos, que a fuerza de sacrificios logran ahorrar para volver, llevan consigo 500, 1,000 dólares, con que piensan establecerse independientemente en sus pueblos [pero] al cruzar de regreso la frontera los empleados aduanales los reciben hostilmente [...] Saben que el peón lleva dinero y se lo arrebatan estúpidamente. En cambio si cruza la línea un señoritingo que porta flamante carta de recomendación, introduce libre de derechos, cuanto se le antoja...”, “El problema de la emigración de obreros y campesinos mexicanos” en *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*, Jorge Durand, compilador, México, CONACULTA, 1991. p.62.

de los trabajadores migratorios y ha de reconstruir de manera convincente la responsabilidad que había en la actuación de los Estados Unidos en promover una política de succión de mano de obra mexicana. Las valiosas conclusiones que Manuel Gamio derivó de sus estudios *The Mexican Immigrant: His life-Story* de 1931, *Mexican Immigration to the United States: A Study of Human Migration and Adjustment* de 1930,⁴⁷² fueron prácticamente ignoradas en México a diferencia de los Estados Unidos donde fueron muy leídos y discutidos en el marco de la gran crisis de 1929.

Por esos años, el Estado mexicano tampoco puso en marcha algún plan para promover o facilitar la repatriación de los trabajadores que se encontraban en los Estados Unidos, bajo las tremendas presiones laborales, legales y culturales que la depresión económica trajo a partir del año 1929 y cuyo ambiente hemos descrito. No obstante el tono nacionalista de los gobiernos mexicanos, sobre todo a partir de Venustiano Carranza, la evidencia histórica relata un desinterés casi total hacia la suerte del millón y medio de sus ciudadanos emigrados.

El proyecto mexicano para su frontera con los Estados Unidos, explorado de la manera en que aquí lo hicimos para el caso estadounidense, plantea una línea de investigación necesaria para entender el fenómeno fronterizo en toda su riqueza y cabalidad. Las facilidades para la investigación son menores, sin embargo la exploración que ya se está haciendo sobre los elementos de la ingeniería cultural en el proyecto de reconstrucción del Estado-nación en los años veintes y treintas del siglo XX, así como la utilización de nuevos

⁴⁷² El primero fue recientemente publicado en una espléndida edición bajo el título de *El migrante mexicano. La historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*, México, SEGOB, INM, US MEXUS, CIESAS, Miguel Ángel Porrúa, 2002.

recursos documentales, permiten plantearse la futura, pero pronta, investigación que complemente esta propuesta.

Anexos

Anexo 1

La Patria, 14 de enero de 1922, Comentarios de Actualidad La abolición de los pasaportes.

En otro lugar de esta misma edición nos referimos a la buena nueva de la abolición de los pasaportes en las fronteras de Estados Unidos y México, abolición esperada por tanto tiempo, y que al cabo de gestiones reiteradas de las Cámaras de Comercio de El Paso, Texas y de Ciudad Juárez, México se ha conseguido al fin.

Los gobiernos de ambas naciones van a lanzar en estos días, simultáneamente, sus respectivas disposiciones para el 1ro. de febrero próximo sea cancelada la dificultad mayor que en los últimos años ha sido rémora para el mayor tráfico entre los dos países, y que ha contribuido en mucho para que el comercio internacional se haga en mayor escala.

No hay que pensar, por supuesto en que con solo intentar pasar la línea divisoria sea del todo libre ese paso, pues quedan aun las disposiciones de inmigración, vigentes en todas las naciones del mundo, reservándose cada país el derecho de admitir o no a cierta clase de inmigrantes. Esto no obstante, mucho se adelanta con remover disposiciones propias de un estado de guerra, y es de esperarse que ello contribuya gradualmente para mejorar las relaciones comerciales y sociales entre los ciudadanos de uno y otro país.

A nuestro modo de ver, tiene también una significación mayor la abolición de pasaportes, pues no hay que fijarse solamente en el detalle de la abolición, sino que, antecedida por las necesarias pláticas entre ambos gobiernos, oídas las gestiones que Cámaras de Comercio de alta importancia hicieron para conseguir lo que se ha conseguido ya, todo indica muy claramente que la amistad entre ambas administraciones mejora mucho, y por consiguiente, que se encamina la acción al reconocimiento del gobierno mexicano que haya de ser el principio de la nueva era de prosperidad para nuestro país.

La trascendencia, pues, del acto que comentamos, implica un gran paso de unión y de concordia entre los dos grandes pueblos vecinos, y muy digna de aplauso tiene que ser la acción de instituciones como las que hemos citado, tanto mas de hacerse constar, cuanto que personas no del todo conocedoras han externado a veces la versión de que nada han hecho ni hacen Cámaras de Comercio como la de Juárez.

Desde el próximo primero de Febrero, el tráfico entre las dos naciones vecinas tendrá que intensificarse, y creemos que no se repetirán ya los casos de devolución, o solo de "tourista", cuyo viaje

seria mas o menos placentero, sino de distinguidos comerciantes, que no muy conocedores de las taxativas reinantes, han tenido que regresar al lugar de origen tan solo por no haber traído, de Cónsul norteamericano de su residencia o del lugar mas cercano, el documento siguiente que hubiera de servirles de “pasaporte”.

Los prejuicios que en mucho tiempo se han resentido por motivo de los pasaportes, han sido grandes para los comerciantes e industriales norteamericanos y mexicanos, y es de esperarse que dado el primer paso para ampliar las relaciones y para consolidarlas, se obtengan en los sucesivo mejores entendimientos, mayores transacciones, y sobre todo que subsista la sincera amistad entre ambos pueblos, que parece haberse iniciado en la nueva era de paz que ha venido a México.

LA PATRIA, que ha sido y seguirá siendo defensora entusiasta de las buenas relaciones internacionales que ha empeñado y se empeñará en fomentar cuanto tienda al buen entendimiento entre todas las fuerzas vivas de una y otra nación, no puede menos, en casos como este, que aplaudir sinceramente el paso muy adelantado y provechoso a que hemos hecho referencia.

Anexo 2

Frontier Stories, The Border Patrol By Eugene Cunningham¹

Romance, adventure and of the ancient, two-gunned, shoot-or-die variety-come in large measure that efficient little army called the Border Patrol. From Lobo, Texas, away to the Arizona line, these forty- odd Federal men watch for border criminals – contraband runners of every sort, with a particular eye for smugglers of tequila, sotol, narcotic drugs and aliens. Army deserts often fall into their hands, as do revolutionary agents with supplies of guns and ammunition and fugitives from both Mexico and United States.

They are among the smartest looking of policemen – far snappier than the famous Texas Rangers, who are apt to wear Booger Red ducks or overalls, jammed carelessly into boot tops. The Border Patrol wear Baden Powell Stetsons, olive drab blouses and breeches, shining puttees. They have a trimness like that of the Canadian Mounted Police.

Very carefully, indeed, are they chosen for the arduous, dangers work that almost daily falls to the lot of a Border Patrolman. No candidate can pass who stands less than five feet seven inches and who cannot pass a rigid physical examination. The age limits are from twenty-one to thirty-six, upon enrollment.

Upon the long and varied border they patrol, they go mounted or afoot, according to the nature of the terrain. The *bosques* of the Rio Grande- and no “bosky dells” are these- wild stretches of soft-floored river bottom scrub, make ideal hideouts and ambushes for desperate men. So do the sandhills of the eastern desert.

The runners of contrabands are usually and chiefly Mexican. This fact does not simplify the task of the Border Patrol. A great deal of bunk has been written of the Mexican by the famous tribe of West Brooklyn Westerners; about his spinelessness before white men, his sneaking treachery. The truth is that the Mexican criminal is apt to be very like an Apache –at home in the wilderness, possessed of the (to white men) inexplicable bravery and skittishness of the Indian. For the lower class of Mexican is almost, if not wholly, of Indian blood.

At any rate, these smugglers from Mexican are quick to kill upon the slightest opportunity, to avoid capture and a prison sentence. And in certain sections of the border –as in those districts of El Paso skirting the Rio Grande, where the population is virtually all –Mexican, the sentiment of the people is either apathetic toward the workings of the

¹ Eugene Cunningham, “The Border Patrol” en *Frontier Stories*. Pp 87-89.

law or openly sympathetic toward all sorts of Mexican- committed crimes. Smuggling is not considered a crime, but a game.

The Border Patrolman's round become, in consequence, extremely hazardous affairs. Two patrolmen approach a "monument" marking the line between Texas and Mexican. Perhaps they come upon a file of furtive figure, each bent under a sack, hastening through the darkness across the line. In those sacks are much valuable contraband – some narcotics perhaps, or possibly liquor. There are other things, too, that it is very profitable to bring quietly across the line, not to mention the aliens that are occasionally slipped through. But whatever it is, the men carrying those sacks are desperate characters, and ready to fight, usually, in defense of their booty.

The call to halt is given, to be answered, very often, by the instant rattling of shots. The patrolmen drop to the ground and return the fire. From behind them –from the American side- friends or confederates of the smugglers join the battle, shooting into the backs of the patrolmen.

Perhaps a man of the Border Patrol dies there gun in hand; perhaps both of them die. Perhaps the fates are reversed and a smuggler or two fall under the exceedingly accurate fire to which the Border Patrol is trained.

Tom Threepersons, the big Cherokee ex-North west Mounty, with his friend, Juan Escontrias, fought a furious battle one night upon the river bank. The rolling play of Tom's famous white-handled Colts echoed and reechoed from the sand hills; the guns smugglers flashed in a ragged line behind the greasewood and mesquite clumps. Tom grunted as a bullet thudded into his chest. There were answering yells, almost, from the darkness where the fire of Tom and Escontrias was finding its targets. And when dawn came gray above rugged Franklins it showed, not only the wounded patrolman, but three dead smugglers on the sand.

To most readers of the newspapers, the Border Patrol is somewhat vague of identity –and this is true even in such a city as El Paso, where the familiar uniform of the Patrol is often seen upon the streets. The public reads a headline –"Border Patrolman Killed by Smugglers!"-and scans a brief story that tells of patrolmen killed and wounded, of smugglers taken or killed. But there is no clear picture of the Border Patrol as a unit of the Federal scheme of things, of olive-drab- clad figures patrolling one hundred and forty miles of wild border line, a tiny, yet mightily efficient force for law enforcement.

Certainly the Border Patrol deserves wider publicity than it has had. Any force does which in this prosaic day and time offers to the young fellow looking for Old West-style excitement all of this he can assimilate-provided he can qualify for enrollment.

Anexo 3

The Guardians of the Rio Grande

By Dick Halliday

Along the sun-scorched Texas Border, where the Rio Grande angles eastward through El Paso runs the line of the Last Frontier where the guardians of the Rio Grande –the men of The United States Border Patrol –keep their dangerous watch and ward. From where the waves of the blue Pacific leave the beaches of California, across the sandy, cactus-strewn, mirage-haunted desert borderland of Arizona and New Mexico, down through Texas, following the sinuous line of the Rio Grande, to the Gulf of Mexico, stretches the long line of the two thousand mile strip of frontier between Mexico and the United States.

It is a picturesque, colorful country, this long, cactus-line strip of borderland along which the men of the Border Patrol enforce the law of the land. Here, under the rays of a semi-tropical sun, the twentieth century and its ideals, rub shoulders with a race, who, in thought and custom, live in the style of three hundred years ago. In a country like this, anything can happen –and it does-. That is why the Border Patrol was raised and placed down there.

They are a body of irregular, semi –military police, under the Civil Service department. They wear a cavalry uniform but they it themselves and they are as particular about its cut fit as a New York clubman is about the set of his dress coat. An olive drab Baden-Powell is their official headgear, a tunic of military cut, of forest green serge, with silver buttons and badges and dark blue facings is worn when in full dress. Flaring riding breeches, of English cut, with a dark blue stripe down the legs are worn above the trim cavalry boots.

There are less than three hundred of them to patrol the Border and each man is hand picked and has to serve a six months' probationary period before he is accepted as a full fledged man of the Patrol.

The War Office issues sidearms to the Colt Model 1917 Service revolver, chambered to take the .45 automatic cartridges in half-moon clips. It is however, optional with the men to carry the Government issued arms or to buy their own guns and most of them prefer to buy their own. Quite a few of them choose the Colt Single Action Frontier .45 others prefer the Smith and Wesson .44 Special and a few of the most expert shots carry a weapon calibered for the .38 Special. These privately owned guns are mostly fitted with carved pearl and ivory handles, elaborately

engraved and chased and not infrequently mounted with gold and silver, Good work-man always have good tools.

Beside their revolvers, they have 12 gauge riot shotguns and army rifles issued to them. Wherever they go, in uniform or in "civvies", their arms go with them, for as Federal officers, they take precedence over all States police, sheriffs, rangers and deputies. Practically all of these men are as expert with their six-guns as any of the famous gunfighters of the Old West. It takes good shooting to hit tin cans and smash bottles when you flash by them in a speeding car, on jolty motor cycle or perched on the saddle of a galloping horse, but there are plenty of Patrol men who can do it.

The duties of the Border Patrol are simple –very simple-. They have nothing whatever to do with the enforcement of the Eighteenth Amendment as so many people suppose, neither have they anything to do with the work of the Customs officers or any other branch of the Federal Service departments. Their duties are to prevent all smuggling from Mexico into the United States, to stop the illegal entry of aliens into the country and to prevent American smugglers from running guns and cartridges into Mexico when one of the periodic revolutions happens to be on the bill-of-fare. Even before the Eighteenth Amendment was on the statute books, it was against the law to smuggle alcoholic liquors from Mexico into the United States and as this law has never been repealed, this will explain why the Border Patrol are heard of so often in connection with liquor seizures. The liquor they seize is being smuggled into the United States and consequently its seizure happens to be in the line of their duties.

El Paso, being situated right on the Border with the old Mexican city of Juarez practically a suburb of the American town, has, for long been noted as an easy port of entry for smuggled goods. Accordingly a section of the Border Patrol are assigned to special duty as river guards and it is with their activities that this article will deal.

For obvious reasons, too many details about the methods used in the work cannot be given but "for ways that are dark and tricks that are (sometimes) vain", Bret Harte's heathen Chinese isn't even in the same street as the Mexican smugglers of the present day. The work of the river guards is one of the most dangerous assignments that a Border Patrolman can get.

There is no way of sizing the job up beforehand either. The Patrol Inspectors on river guard duty may seize small backloads of contraband goods for several days and then, without warning they will find themselves opposed to a large gang of well armed smugglers who, doped with liquor and drugged with *marihuana*, will endeavor to shoot their way across the line into the United States.

Perhaps the best way to explain this work would be to take actual incidents from the everyday work of the Border Patrol. It should first be

explained that smuggling contraband into El Paso is facilitated by the rough, unsettled range country with surrounds the city on all sides. You can literally step from a cement pavement into unfenced mountain and desert rangeland and the *contrabandistas* know every trail, ford and pass along both sides of the river.

Along the Rio Grande, in the El Paso sector, smuggling is usually done by hiring some Mexican *peon* to carry a backload of drugs, contraband or liquor into United States territory by wading the Rio. Very rarely indeed does the smuggler himself ever take the risk attached to the actual crossing of contraband goods. He hires a *peon*, arms him with a revolver and also gives him a bottle of "Dutch courage", tells him where to deliver the goods in El Paso and to get his pay –usually two dollars and a half –on delivery.

Sometimes the plan works and sometimes it doesn't. Take the case of Rafael Soria for instance. Rafael wanted to see Juarez so, in the typically casual way peculiar to the Mexican, he went there and arrived dead broke and hungry to boot. Whilst he was standing on a street corner, two Mexicans, driving by in truck, spotted him. They offered to give him a lift into the United States, where, so they assured him, both work and comida were plentiful. Don Rafael accepted the offer and climbed into the truck which thereupon headed for Cordoba Island, which spot happens to be the name of a little geographical joke played by the Rio Grande, by which Mexico has acquired title to a block of land inside the United States boundary and north of the present course of the river which, by treaty, marks the international boundary line.

Opposite the notorious Hole-In-The Wall saloon, at the foot of Eucalyptus Street, El Paso, the truck stopped. The coast appeared to be clear and the truck driver told Rafael to pick up a pack of goods and follow two other men who were also carrying contraband. They assured him that there was no danger and that he would be paid for the work. So Rafael picked up the load and following the two other men, hiked over the line into the U. S. A. without first complying with the due formalities of the laws regulating the admission of aliens and dutiable goods.

Hiding in the rough ground at the foot of the street, four hawkeyed Inspectors of the Border Patrol were interested spectators of these highly irregular proceedings. As soon as the smugglers were over the line, on Texas suddenly rose up from their hiding places and politely placed the uninvited visitors under arrest.

Now in Rafael's native land, officers of the law usually use a club or a gun fist and explain afterward, naturally therefore, at the sudden appearance of four officers with leveled rifles, the soul of Don Rafael Soria was filled with apprehension. He dropped his load and headed southward at rapid gait. A ragged picket fence loomed in front of him and in attempting to clear it, his trouser caught in the sharp points of stakes and brought him down. His struggles to get loose literally ripped

the garment off his legs and when the handcuffs clicked on his wrists, his only article of attire were a pair of shoes and a very abbreviated cotton shirt.

But, unknown to the Patrol Inspectors, a number of Mexican gunmen were laying in ambush on the Mexican side of the line and, without warning, they opened fire on the Patrolmen. There was no chance for the Inspectors to fight back, the hidden marksmen hailed volleys of steel coated Mauser bullets around them and the only thing to do was retreat with their prisoners and the captured contraband. It was only the poor marksmanship of the ambushed Mexicans which saved them from being killed on the spot.

El Paso, for all its claim to be the Border metropolis, is one of the most delightfully casual cities on the American continent. Anything in the line of battle, murder and sudden death bobs up unexpectedly at any hour of the day or night. According to the Border Patrol boys, you can't even take a little morning stroll to work up an appetite for coffee and cakes without getting into a gun battle. Inspectors Stafford, Ross and Coscia decided to pile into a car, run out to Alameda Avenue and take a morning stroll along the line, just to take the kinks out of their legs. They left the car at Alameda and were walking along the edge of Cordoba Island when they saw two Mexican boys scouting ahead of them and, from their actions, obviously "spotting" (acting as lookout for officers on behalf of their criminal employers).

The three Inspectors hastily concealed themselves behind a shack and when the boys came by, grabbed them. The two frightened youngsters confessed that *contrabandistas* were coming, so, in order to prevent ten from escaping and giving the alarm, they were handcuffed to a picket fence and the three Patrolmen, hiding behind an old Mexican shack, held themselves in readiness.

Then just in front of them, a Mexican stepped out from the brush and looked cautiously around. He was armed with a rifle and a gun-belted sixshooter swung on his hip. Thinking that the coast was clear, he threw up his hand in a signal and then five men, loaded down with packs, filed into view, followed by another armed Mexican. It was a party of smugglers accompanied by an armed escort. They were well inside the U.S. Boundary line so the officers rushed out from their hiding place and charged down on them. The smugglers dropped their loads and dived for the shelter of the *mesquite* whilst the two guards covered their escape with rifle fire which made up in speed for what it lacked in accuracy. The three Border Inspectors sprayed the *mesquite* with a few rounds from their revolvers and then gathered up the five loads of dutiable goods, garnered the two youngsters for questioning purposes and wended their way back to the barracks and then, after a shave and a shower, went on up to Bolton's to breakfast, congratulating themselves on having an undamaged commissariat department to put it in.

On another occasion, one of the Inspectors, clad in "civvies", was walking through a lane in the Mexican quarter of South El Paso, when he saw an ancient, withered old Mexican crone, shrouded in a black shawl, come shuffling along. Behind her, trudged a little Mexican boy who was hauling a toy express wagon, loaded with cardboard cartons. The wagon stuck in the deep sand and the youngster could not budge it. The old dame turned back to help him, a vigorous yank on the handlebar moved it but spilled the load. The suspicious tinkle of glass attracted the Inspector's attention. Investigation revealed that the cartons contained pint flask of whiskey. So the old lady and her grandson had to step over to the barracks as prisons and the toy wagon, under the statutes governing vehicles used to transport smuggled liquor, was solemnly confiscated by due process of law and everyone concerned, except the old *anciana*, enjoyed a good laugh.

The regular work of the river guards is a very dangerous job. Night and day, in details of two, sometimes four men, dressed as laborers, cowboys or tramps, they patrol the banks of the Rio Grande. Their business is to halt and question all pedestrians, cars and other vehicles and find what they are doing along the banks of the river which marks the line between Mexico and ourselves.

Just across the Rio Grande, in Old Mexico, is the quaint historic old frontier town of Ciudad de Juarez, now one of the most notorious resorts on the Border. It is from Juarez that the big booze barons, the dope-runners, gun and cartridge smugglers and the chiefs of the Border underworld direct nearly all their nefarious operations along the Mexican Border. Sometimes they attempt to cross over contraband on a larger scale, by trucks, wagons or pack-horses and on these occasions they send armed guards to convoy the goods across the time. Frequently in the history of the Border Patrol, pitched battles, fought in plain sight of the righted streets of El Paso, have taken place in which the officers were opposed by smugglers armed with Mauser rifles and supported by snipers, hidden in houses on both sides of the Rio or else in the *mesquite* fringing the river banks.

The men on patrol duty along river in the El Paso sector are all marked men. They are know to the smugglers, the "spotters" and to nearly all the riff-raff criminal element along both sides of the Rio Grande. Their cars are know and the news that officers are coming is flashed ahead of them by the "wireless" of the frontier. But the smugglers are often over-confident and very frequently news of their plans leak out and then the Patrol men get there first and lay in wait.

It was an undercover tip which took a detachment of six men down to the Las Pompas ford at San Elizario Island not long ago. It was dark, the rain was falling in torrents, the ground was deep in mud and floodwater and the river guards had to hide in the willows and thorny *mesquite* and wait as patiently as they could.

Then across the river they saw a Mexican riding on horseback down to the ford. As the horse breasted the steep bank of the Rio on the American side, the guards closed in on him to arrest him. The noise they made gave them away. A concealed party of Mexican riflemen was laying in ambush under the cover of willows and irrigation ditches. A sudden, ragged volley, fired from ambush, rattled into the hated *federales-gringos*. They returned the smugglers fire and then were surprised to find another volley sent into their rear from the American side. Then bullets came into them from both flanks. The smugglers had the little party surrounded, corralled by a ring of flaming rifle.

For a few desperate minutes the fighting was vicious, hand to hand, with the orange flashes of rifles and revolvers lancing through the darkness of the night under the falling rain. But the close, cool, accurate fire of the Patrol Inspectors drove the Mexicans back to their own side of the Rio Grande. The fight was over but Patrol Inspector Scotten was laying dead on the field of battle with his empty gun clutched tightly in his stiffening hand. He had been shot twice –through the body and through the head.

It is almost impossible to describe to the average layman what life along the Mexican Border is like. on that frontier there are whole sections where a man carries his life in his hands –place where the ability to draw quick and shoot straight is the only safeguard that that the ranchman, the cowboy, the Texas Ranger and the men of the Border Patrol have against a sudden and violent death.

Trough the rough, wild Big Bend country, the Mexicans on both sides of the Border, have no regard for understanding of law and order. And since the Immigration Service has tightened up on the restrictions governing administration of Mexican peons to the United States, any officer, Federal or State, is regarded as being an obstacle to be removed. As an old cowman put it,—

“Life down there is scarcely with a cartridge to blow a man down. If you don’t get to Old Judge Colt first, the coroner’ll hold an inquest over you—that is, if anyone ever finds your carcass.”

From Polvo to Terlingua there is a long stretch of wild, rough country where nearly every man is a law unto himself and the natives are as wild and rough as their country. It was down in this country, the home of rustlers, gun-runners and smugglers, that Assistant Chief Inspector Miles Scannell, of the Maria Detachment of the Border Patrol was recently killed.

A certain amount of mystery, which will, in all human probability, never be cleared up, surrounds the killing of the Assistant Chief Inspector of the Maria detail. The Mexican laborers of the Concho region, which is on the Mexican side of the Big Bend, have been used to crossing over the line and abating employment amongst the American ranchers and cotton growers whenever they needed work. Recent immigration restrictions now forbid this and as a consequence, these

ignorant, revengeful and vindictive folk now look upon Federal officers as persecutors and enemies.

It is supposed that the Assistant Chief Inspector was out on a lone scouting trip, not far from Polvo States. Discretion would have bade hi, turn back, the stern code of the Border Patrol forbade this. And besides this, Miles Scannell was the descendent of an old family of fighting Irishmen, of the breed who put honor and duty first and their lives last. He lived up to the traditions of his blood and the honor of the Border Patrol which required him to do his duty even if it cost him his life.

And Miles Scannell did his duty. Exactly what happened that morning will never be know. Expert frontier trailers, to whom the tracks on the ground are as legible as the letters on a printed page, deduce that he put up a gallant fight before he went down before his assailants.

When his body was found, it was discovered that his skull had been battered in, his neck broken, five bullet holes were in his body and he hand been stabbed fifteen time with a knife. No comment need be sufficient to prove to any doubting Thomas, who, from the safety of an armchair, imagines that he is competent to criticize the officers who administer the law of the land on this still untamed frontier, the danger to which these gallant men who guard our frontiers, have to expose themselves as a part of their daily work.

Rank and file, amongst the personnel of The United States border Patrol, you will find ex-Army officers, Texas Rangers, forest Rangers, soldiers, cowboys and professional men.

There is not a finer body of men in the service of the United States tan these men who wear the forest green of the Border Patrol. As a corps, they are young in years bur already they are writing their history of duty, -well and faithfully done, in the blood of their slain and they are building their traditions on the bones of their dead.

The time will come when the reputation of the Border Patrol will be as famous as that of the Royal Canadian Mounted Police, who might almost be styled as being their brothers-in-arms, for they too are men of the frontier. In the meantime, unknown to fame, they are quietly and unostentatiously performing their dangerous work of guarding the Rio Grande.

“Trough poets have nor yet sung them
Though writers their worth have not old
I, who have lived among them
I know them for Hearts old Gold”.

Bibliografía y fuentes

Aguirre Cárdenas, Flavio, *El problema de la heterogeneidad racial de México*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1929

Allen, Theodore W., *The Invention of the White Race*. New York, Verso, 1994.

Almaguer, Tomas, *Racial Faultlines: The Historical Origins of White Supremacy in California*. Berkeley, University of California Press, 1994.

Anderson Mark C., "Revolution by Headlines: Mass Media in the Foreign Policy of Francisco "Pancho" Villa", Ph.D. Dissertation. University of California, Riverside, 1995.

Anzaldúa, Gloria, *Bordeland, La Frontera The New Mestiza*. San Francisco, Aunt Lute Books, 1999

Barth, Gunther, *Bitter Strength: A History of the Chinese in the United States, 1850-1950*. Cambridge, Harvard University Press, 1964

Basave Benítez, Agustín, *México Mestizo. Análisis del nacionalismo mexicano en torno a la mestizofilia de Andrés Molina Enríquez*. México, FCE, 1992

Batchelder, Roger, *Watching and Waiting on the Border*. Boston: Houghton Mifflin Co., 1917.

Beezley, William H. and Linda A. Curcio-Nagy editors, *Latin American Popular Culture An Introduction*, Wilmington, SR Books, 2000.

Bowler, Peter, *The Eclipse of Darwinism: Anti Darwinian Evolution Theories in the Decades around 1900*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1983.

Brandt, Alan M., *No Magic Bullet: A Social History of Venereal Disease in the United States since 1880*. Oxford, Oxford University Press, 1987.

Bulnes, Francisco, *The Whole Truth about Mexico: President Wilson Responsibility*. Translated by Dora Scott. New York: M. Bulnes Book Co., 1916.

Calleros, Cleofás, *Diocese of El Paso: Texas Centennial Celebration*. El Paso: Diocese of El Paso, 1936.

Cohn, Bernard, *An Antropologist among the Historians and Other Essays*. Delhi, Oxford University Press, 1987.

Cohn, Bernard, "Beyond the Fringe: The Nation-State Colonialism, and the Technologies of Power" en *Journal of Historical Sociology*. Vol. I.

Cooper, Federico and Ann Laura Stoler editors, *Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World*, Berkeley/Los Ángeles/London, University of California Press, 1997.

Chambers, Iain, *Migración, cultura, identidad*. Buenos Aires, Amorrourtu editores, 1994.

Creel de Müller, Lulú, *el conquistador del Desierto*, biografía de un soldado de la República. Chihuahua, Edición particular, 1982.

Creighton Millar, Stuart, *The Unwelcome Immigrants: The American Image of the Chinese, 1785-1882*. Berkeley, University of California Press, 1969.

Dawley, Allan, *Struggles for Justice, Social Responsibility and the Liberal State*. Cambridge, Harvard University Press, 1991.

De la Teja, Jesús F., "La colonización e independenciam de Texas. El punto de vista tejano", en Ma. Esther Schumacher (compiladora) *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*. México, FCE-SRE, 1994.

De León, Arnolde, *The Tejano Community 1836-1900*. Albuquerque, The University of New Mexico Press, 1982.

_____, *They Called Them Greasers. Anglo Attitudes toward Mexicans in Texas, 1821-1900*. Austin, University of Texas Press, 1983.

Durand, Jorge (Compilador), *Migración México-Estados Unidos. Años veinte*, México, CONACULTA, 1991.

Etulain, Richard W., *Writing Western History: Essays on Major Western Historians*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1991.

Feagin, Joe R., "Old Poisson in New Bottles: The Deep Roots of Modern Nativism", en Juan F. Perea editor, *Immigrants Out! The New Nativism and the Anti-Immigrant Impulse in the United States*. New York, New York University Press, 1997

Foley, Neil, *The White Scourge. Mexicans, Blacks, and Poor Whites in Texas Cotton Culture*. Berkeley, University of California Press, 1997.

Foner, Eric y John A. Garraty, editores, *The Reader's Companion to American History*. Boston, Houghton Miffling Company, 1991.

Foucault, Michel, *Microfísica del poder*, Madrid, Ediciones de La Piqueta, 1992 (3ª. Edición)

Foucault, Michel, *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI editores, 1999 (1ª edición 1976)

Flores Simental, Raúl *et. al.*, *Crónica en el Desierto. Ciudad Juárez de 1659 a 1970*. México, Ágora Comunicadores, 1998.

French, William E., "Peaceful and working people: The inculcation of the capitalist work ethic in a Mexican mining district (Hidalgo District, Chihuahua, 1880-1920)" Dissertation. UT-Austin, 1990.

Frey, Herbert, *El "otro" en la mirada. Europa frente al universo americano-indígena*, México, Universidad Autónoma de Quintana Roo/Miguel Ángel Porrúa, 2002.

Freyre, Gilerto, *The Masters and The Slaves [Casa-Grande & Senzala]. A Study in the Development of Brazilian Civilization*, New York, Alfred A. Knopf, 1956, Garcia compiladora. México, Instituto Mora, 1988, vol. 3.

Froebel, Julios "Viaje por Chihuahua en 1852", en *Textos de la Nueva Vizcaya*, Año 1, No. 0, Jesús Vargas director, Chihuahua s/d.

Gamio, Manuel, *El inmigrante mexicano. La historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*. México, SEGOB, INM, US MEXUS, CIESAS, Miguel Ángel Porrúa, 2002.

García, Mario T., *Desert Immigrants. The Mexicans of El Paso, 1880-1920*. New Haven-Londres, Yale University Press, 1981.

Joseph, Gilbert, "Close Encounters. Toward a New Cultural History of U.S.-Latinamerican Relations" en Gilbert M. Joseph, Catherine C. Legrand, and Ricardo D. Salvatore, editors, *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.- Latin American Relations*. Druham-London, Duke University Press, 1998.

Gomilla, Michelle Loraine, "Los Refugiados y los Comerciantes: Mexican Refugees and Businessmen in Downtown El Paso: 1910-1920" Tesis de Maestría. UTEP, 1990.

González de la Vara, Martín, *Breve historia de Ciudad Juárez y su región*. México, New Mexico State University, El Colegio de la Frontera, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2002.

González Herrera, Carlos, "Purificar la frontera: Eugenesia y política en la región El Paso-Juárez, 1900-1930" en Hernán Salas Quintanal y Rafael Pérez-Taylor editores *Desierto y frontera. El Norte de México y otros contextos culturales*. México, UNAM, 2004.

_____, *Miguel Ahumada, el gobernador porfirista de Chihuahua*. Cd. Juárez, Meridiano 107-UACJ, 1989.

Griswold del Castillo, Richard, *The Treaty of Guadalupe Hidalgo: A Legacy of Conflict*. Norman, University of Oklahoma Press, 1990.

Hanson, Victor Davis, *Mexifornia. A State of Becoming*, San Francisco, Encounter Books, 2003.

Hendricks, Rick and W.H. Timmons, *San Elizario. Spanish Presidio to Texas County Seat*. El Paso: Texas Western Press, 1998.

Johnson, Robert B., "The Punitive Expedition: A Military, Diplomatic, and Political History of Pershing's Chase after Pancho Villa, 1916-1917" Ph.D. Dissertation, University of Southern California, 1964.

Kevles, Daniel J., *In the Name of Eugenics: Genetics and the Uses of Human Heredity*. New York, A. Knopf, 1985.

Knight, Alan, *The Mexican Revolution*. Lincoln, University of Nebraska Press, 1986, vol. 2.

Kraut, Alan, *Silent Travelers: Germs, Genes, and the "Immigrant Menace"*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1995.

Lee Klein, Kerwin, *Frontiers of Historical Imagination Narrating the European Conquest of Native America, 1890-1990*. Berkeley, University of California Press, 1997.

Leys Stepan, Nancy, *The Hour of Eugenics: Race, Gender, and Nation in Latin America*. Ithaca, Cornell University Press, 1991.

Limmerick, Patricia N. *The Legacy of Conquest. The Unbroken Past of the American West*. New York-London, W.W. Norton & Company, 1987.

Lowry, Philip, "The Mexican Policy of Woodrow Wilson" Unpublished Ph.D. dissertation, Yale University, 1949.

Macías González, Víctor Manuel, *Mexicans 'of the better class'. the Elite Culture and Ideology of Porfirian Chihuahua and its Influence on the Mexican American Generation, 1876-1936*. Tesis de maestría, UTEP, 1995.

Markel, Howard and Alexandra Minna Stern, "Which Face? Whose Nation?. Immigration, Public Health, and the Construction of Disease at America's Ports and Borders, 1891-1928", *American Behavioral Scientist*, Vol. 42, June/July 1999 1313-1330.

Markel, Howard, *Quarantine! East European Jewish Immigrants and the New York City Epidemics of 1892*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 1997.

Martínez, Óscar J., "Puntos importantes en las relaciones fronterizas México-Estados Unidos, 1848-1876", en Ma. Esther Schumacher (compiladora) *Mitos en las relaciones México-Estados Unidos*. México, FCE-SRE, 1994.

McKiernan, John Raymond, *Fevered Measures: Communicable Disease and Community Formation on the Texas-Mexico Border, 1880-1923*. Tesis Doctoral, The University of Michigan, 2002.

McLean, Robert Norris, *That Mexican! As he really is, north and south of the Rio Grande*. Fleming H. Revell Co., New York and London, 1928.

Meade, Edwin R., "Inmigrantes chinos en los Estados Unidos", en *Estados Unidos de América. Documentos de su historia socioeconómica*, Silvia Núñez García compiladora. México, Instituto Mora, 1988.

Minna Stern, Alexandra, "Buildings, Boundaries, and Blood: Medicalization and Nation Building on the U.S.-Mexican Border, 1920-1930", en *Hispanic American Historical Review*. 79, 1:48-81, 1999.

Montejano, David, *Anglos and Mexicans in the making of Texas, 1836-1986*. Austin, University of Texas Press, 1987.

Moyano, Ángela, Jesús Velasco y Ana Rosa Suárez, *EUA. Síntesis de su historia I*. México, Instituto Mora-Alianza Editorial Mexicana, 1998

Muñiz, Elsa, *Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional, 1920-1934*. México, UAM-A y Miguel Ángel Porrúa, 2002.

Palmer, Steven, "Central American Encounters with Rockefeller Public Health, 1914-1921" en Gilbert M Joseph, Catherine C. Legrand, and Ricardo D. Salvatore, editors, *Close Encounters of Empire. Writting the Cultural History of U.S.-Latin America Relations*. Druham-London, Duke University Press, 1998.

Payno, Manuel, *Compendio de la Historia de México para el uso de los establecimientos de Instrucción Pública de la República Mexicana*. México, Imprenta de F. Díaz de León, 1882,

Perkins, Clifford A., *Border Patrol: With the U.S. Immigration Service on the Mexican Boundary, 1910-1954*. El Paso, Texas Western Press, 1918.

Pratt, Mary Louise, *Imperial Eyes: Travel Writting and Transculturation*, London and New York, Routledge, 1992

Priestley, Herbert Ingram, *The Mexican Nation, A History*. New York, The Macmillan Company, 1930.

Proctor, Robert N., *Racial Higiene: Medicine under the Nazi*. Cambridge, Harvard University Press, 1988.

Raby David L., *Educación y revolución social en México*. México, SepSetentas, 1974.

Rebert Paula, *La Gran Línea. Mapping the U.S.-Mexico Boundary, 1849-1857*, Austin, University of Texas Press, 2001

Rice, Martin R., *Sunset Hights: Proposed District (Zoning), Summary Report*, El Paso Tx.: Office of Historic Preservation Department of Planning, City of El Paso, 1982, en El Paso Public Library, Southwest Collection, Fichero vertical.

Rozat D., Guy, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*. México, Universidad Veracruzana/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/ INAH, 2002.

Rydell, Robert W., *All the World's Fair, Visions of Empire At American International Expositions, 1876-1916*. Chicago, The University of Chicago Press, 1984.

Sánchez, George J, *Becoming Mexican American. Ethnicity, Culture and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*. New York, Oxford, Oxford University Press, 1993.

Saxton, P., *The Indispensable Enemy: Labor and the Anti-Chinese Movement in California*. Berkeley, University of California Press, 1975.

Shawn, Lay, *War, Revolution and the Ku Klux Klan. A Study of Intolerance in a Border City*. El Paso, Texas Western Press, 1985.

Siller, Pedro, *1911 La Batalla de Ciudad Juárez. La Historia*. México, Cuadro por Cuadro editores, 2003.

Scott, James C., *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, ERA, 1990.

Solórzano, Armando, "The Rockefeller Foundation in Revolutionary Mexico: Yellow Fever in Yucatan and Veracruz", en Marcos Cueto, editor, *Missionaries of Science: The Rockefeller Foundation in Latin America*. Bloomington, Indiana University Press, 1994.

Sonnichsen, C.L., *Pass of the North. El Paso*. Texas Western Press, 1968.

Stern, Alexandra Minna, "Buildings, Boundaries, and Blood: Medicalization and Nation-Building on the U.S.-Mexican Border, 1910-1930", en *Hispanic American Historical Review*. vol.79, no.1. February 1999.

_____"Eugenics Beyond Borders: Science and Medicalization and the U.S. West, 1900-1950", University of Chicago, Ph.D. Dissertation, 1999

Stoler, Ann Laura, "Sexual Affronts and Racial Frontiers. European Identities and the Cultural Politics of Exclusion in Colonial Southeast Asia" en Frederick Cooper y Ann Laura Stoler, editors, *Tensions of Empire. Colonial Cultures in a Bourgeois World*. Berkeley, University of California Press, 1997,

Tello Díaz, Carlos, *El exilio: un relato de familia*. México, Cal y Arena, 1993.

Tenorio Trilo, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*. México, FCE, 1998.

Timmons, W.H., *Four Centuries at the Pass. A new history of El Paso on its 400th Birthday*. El Paso, The City of El Paso Arts Resources Department, 1981.

Tompkins, Colonel Frank, *Chasing Villa*, Harrisburg Pennsylvania: Military Service Publishing, 1935.

Turner, Frederick Jackson. “El significado de la frontera en la historia Americana”, en *Estados Unidos de América. Documentos de su historia socioeconómica*, Silvia Núñez García compiladora. México, Instituto Mora, 1988.

Vázquez, Josefina Zoraida, *Mexicanos y norteamericanos ante la Guerra del 47*. México, SEP-Setentas, 1970.

Zamora, Emilio, *The world of the Mexican worker in Texas*. College Station, Texas A&M University Press, 1993.

Periódicos

El Paso Herald, El Paso, Texas.
El Paso Morning Times, El Paso, Texas.
La Patria. El Paso, Texas.
El Imparcial, Ciudad de México.
El Diario, Ciudad de México.

Archivos

Immigration and Naturalization Service, RG. 85. Colecciones Especiales. Biblioteca Centra. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.
Archivo Histórico Municipal de Ciudad Juárez.
Oral History Intitute- Colecciones Especiales de la Biblioteca de la Universidad de Texas en El Paso.
“Pioneer Association Biographical Sketchbook” en Colección de Microfilmes- MF 503 de la Universidad de Texas en El Paso